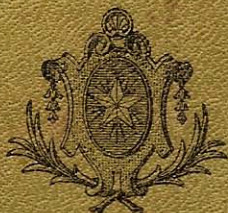


G. M. BRUÑO

Manual  
de  
**URBANIDAD**

La Vida en Sociedad  
Arte de Hablar — Arte de Escribir  
Arte de Estudiar



PARIS  
PROCURADURÍA GENERAL

78, RUE DE SÈVRES, 78

# Manual de Urbanidad

Nº 490

COLECCIÓN G. M. BRUÑO

---

**Manual**  
de  
**URBANIDAD**

---

La Vida en Sociedad  
Arte de Hablar — Arte de Escribir  
Arte de Estudiar

POR

G. M. BRUÑO

---

NUEVA EDICIÓN REFUNDIDA



PARIS  
PROCURADURÍA GENERAL

78, RUE DE SÈVRES, 78

## PRÓLOGO

---

*En los años de 1716, San Juan Bautista de la Salle publicó su tratado de las Reglas de Cortesía y Urbanidad cristiana, y, durante más de un siglo, aquel libro tuvo mucho éxito en las escuelas.*

*Tomar de dicho manual precioso los principios morales y el espíritu pedagógico que lo informan, y amoldar su redacción á los buenos modales de la sociedad moderna, tal es el objeto que nos hemos propuesto al escribir la presente obra.*

*Es, al propio tiempo, un libro de lectura y de premio para el alumno; una guía y un consejero para el joven que entra en la vida social; un memento utilísimo en la biblioteca de familia.*

*En realidad de verdad, tiene el libro mayor amplitud que la que su nombre denota. Compónese de cuatro partes de extensión desigual: la Vida en Sociedad, el Arte de Hablar, el Arte de Escribir y el Arte de Estudiar.*

*Las tres últimas se relacionan estrechamente con la primera, ya que la cortesía y la distinción son tan obligatorias en el hablar como en la correspondencia epistolar, y mediante un trabajo intelectual tenaz y metódico es como se aprende á hablar y á escribir correctamente.*

*Algunas ilustraciones amenizan la obra y le comunican ese encanto especial que da vida y colorido á las « lecciones de cosas ».*

*Leyendo holgadamente estas páginas, el adolescente y el joven comprenderán la verdad de esta frase de Fenelón: « La virtud es la que produce la verdadera cortesía. » Lograrán persuadirse igualmente de que, « la cortesía y la urbanidad de las costumbres preparan felicisísimamente las inteligencias para concebir la sabiduría y seguir las luces de la verdad. »*  
*[León XIII.]*

# MANUAL DE URBANIDAD

---

## PARTE PRIMERA

### LA

# VIDA EN SOCIEDAD

---

## CAPÍTULO PRIMERO

# LA URBANIDAD

### I. — Su importancia.

La urbanidad puede definirse : *Un esmero delicado y atento en manifestar á todos, por nuestro porte exterior, estima y benevolencia.*

Originada del amor del hombre para con su semejante, cifra la urbanidad su felicidad en labrar la ajena. Es á un tiempo bondad del corazón, tino y cordura de la mente, pureza del lenguaje y donaire de los modales.

*Esa flor de la bondad*, como la llama San Francisco de Sales, que vuelve más fáciles y amenas las relaciones sociales, fué siempre muy estimada en las naciones amantes de las artes y las letras.

Un pueblo está tanto más civilizado, cuanto más urbano es. En tiempos de Pericles solía oírse, en los templos de Atenas, esta hermosa plegaria : *Ojalá no digamos ni hagamos cosa alguna que desagrade.*

El hombre cortés y urbano se muestra bueno para con todos; procura no afligir á los demás y trata de darles gusto. Es digno sin altanería, reservado sin ser taciturno, gracioso sin afectación; son sus modales tan afables como distinguido su lenguaje.

El sujeto descortés ofende de continuo á la caridad y no pocas veces á la justicia, la cual abarca mucho más de lo que se suele pensar. *Los hombres, dice Joubert, son justos sólo con aquéllos á quienes aman.*

Por lo general prescindimos de las reglas de urbanidad porque estorban á nuestros defectos. *No es la falta de cortesía, dice La Bruyère, hija de un solo vicio, sino de varios: de la pereza, de la loca vanidad, de la estupidez, de la distracción, de la envidia y del desprecio á los demás.*

La urbanidad es ante todo una ciencia práctica; apréndesela poco en los libros y mucho con el trato de la gente bien educada. Transmítese como por tradición, en la sociedad culta; allí es donde la hemos de buscar.

Existen en el porte, los modales, el tono y los ademanes de una persona fina y atenta, una expresión y unos pormenores que no logran indicar los mejores tratados. Conviene pues recomendar encarecidamente á los niños y jóvenes que pongan mucho cuidado, siempre que se encuentren con personas al tanto de las leyes de la buena crianza y procuren imitarlas.

Distínguense dos clases de urbanidad : la de los modales y la del corazón.

## II. — La Urbanidad de los modales.

La *urbanidad de los modales* tiene por objeto el conocimiento y la práctica de las reglas de la cortesía y de las leyes de la etiqueta.

La *urbanidad (ars vivendi)* consiste esencialmente en las formas exteriores; es el ceremonial de la gente bien educada. Si no infunde en todos los casos bondad, equidad, complacencia y gratitud, virtudes que supone la *urbanidad del corazón*, por lo menos reviste á los hombres con las apariencias de aquéllas y hace que parezcan exteriormente lo que son dentro de sí mismos, — ó mejor dicho, lo que debieran ser.

Obligado á vivir en el mundo, no puede uno ignorar sus usos, sus costumbres, su lenguaje, todo cuanto nos exige en las diversas circunstancias de la vida, so pena de pasar por un hombre falto de educación. *Los modales, que descuidamos como cosa de poca monta, son precisamente lo que hace que los hombres opinen bien ó mal de nosotros* (LA BRUYÈRE).

Para su debida aplicación, requieren las reglas de cortesía muchísimo tino. So pretexto de urbanidad, no debe uno carecer de naturalidad, mostrarse obsequioso en demasía ni encogido; ha de hermanarse cierta dignidad con mucha soltura y despejo.

Sin la urbanidad del corazón, la de los modales no puede ser duradera. Esta se agotaría como esos arroyos efímeros originados por una tormenta, y que el primer viento ó el primer rayo de sol hacen desaparecer.

## III. — La Urbanidad del corazón.

La *urbanidad del corazón* se relaciona con las cosas íntimas; nos enseña á amar al prójimo y á sacrificar nuestra felicidad en aras de la ajena. No es sino la amable caridad

que San Pablo caracteriza tan bien cuando dice : *Es paciente, bienhechora, no es envidiosa. No piensa en lo malo, no busca sus propios intereses, nada hace contra el decoro. Todo lo cree, todo lo soporta, todo lo sufre.*

Causa á veces admiración encontrar en los campesinos un tino exquisito, y una idea exacta de los buenos modales. Aunque poco ilustrados, no dejan de ser amables, porque practican la caridad, que los hace modestos, indulgentes y benévolos. *Entre los montañeses, dice San Francisco de Sales, he hallado no pocas veces esa buena y maravillosa sencillez que constituye la perfecta urbanidad, y que el mundo, por cortés y fino que sea, no siempre conoce.*

Quien posee tan sólo la *urbanidad del corazón* bien podrá equivocarse acerca de la forma de un sombrero, del color de una corbata, del modo de entrar en un salón... ; pero, siendo bondadoso y compasivo, dejará el mejor lugar á un enfermo, no permanecerá sentado en presencia de un anciano en pié, etc.

A todos es útil la cortesía y urbanidad, pero lo es de un modo especial á los jóvenes, que han de crearse una situación ó abrazar una carrera.

¡Cuántas situaciones se han malogrado, no tanto por falta de saber, cuanto por falta de urbanidad !

Un joven secretario de embajada preguntaba cierto día á un éncanecido diplomático lo que convenia hacer para salir airoso en su carrera : *Sed urbano*, contestó éste, *y vuestro acierto queda asegurado.*

¡Cuántas negociaciones, á veces importantísimas, se han frustrado por causa de una descortesía !

El hombre cortés y urbano á todos agrada ; gusta su conversación, búscase su trato y con placer se traban con él relaciones ya de negocios ó ya de amistad. Lo mismo que la piedad, la urbanidad, que es una de las formas de la caridad, es útil para todos.

El mundo suele tener en poco la ciencia de los individuos.



Clasifica entre la gente mal educada, á personas muy ilustradas que manifiestan cierto menosprecio hacia las convenciones sociales y las reglas de la buena educación.

Invitado á almorzar en casa de su amigo Desportes, llegó el poeta Malherbe cuando se hallaban los convidados á la mesa. Desportes se levantó para recibirle diciéndole : *Voy á traerle la nueva edición de mis poesías.* — *No corre prisa,* le contestó Malherbe, *prefiero su sopa.* Profundamente ofendido, se mostró Desportes muy reservado y frío durante la comida y, desde entonces, cortó toda relación con su antiguo amigo.



## CAPÍTULO SEGUNDO

# EL ASEO Y EL ORDEN

### I. — El Aseo.

El aseo, la limpieza, que no se ha de confundir con la loca y vana coquetería, no es un asunto de lujo, sino un deber. Lo embellece y transforma todo. ¿Hay acaso algo más amable, encantador y gracioso, que un niño que lleva el traje limpio, la cara y las manos aseadas y el cabello bien peinado?...

El aseo es una forma del respeto de sí propio y de los demás, mientras que el desaseo es una señal casi cierta de la bajeza y ruindad de los gustos, cuando no de una mala conducta. *No conozco condición tan desfavorable para la pureza del alma, como la suciedad física.* (M<sup>ma</sup> BEECHER-STOWE.)

Considerada por los antiguos como una semi-virtud, la limpieza es el atavío del pobre; cuando el rico carece de ella, con nada puede suplirla.

Agrada á todos, mientras que el defecto contrario provoca asco y disgusto. Repugna ver á una persona desaseada y el olor que despidе es á veces insoportable.

*No sé, decía Enrique IV rey de Francia, cómo puede uno dispensarse de la buena educación y de la limpieza, siendo así que basta un saludo para ser cortés y un vaso de agua para ser limpio.*

El agua es necesaria para la salud. Favorece las funciones tan importantes del cutis, y preserva de las numerosas enfermedades que la suciedad produce. Muy agradecidos

debemos estar al abate Kneipp, que recomendó tanto el uso frecuente del agua. Aun cuando su sistema no acarree más ventaja que la de aficionarnos á la limpieza y el aseo, sería ciertamente digno de tomarse muy en consideración.

Aconsejan los higienistas frecuentes baños de pies, y, de vez en cuando, baños completos. Tibios, no han de durar éstos más de media hora, y, si son fríos, no más de diez minutos.

Cada mañana, es menester lavarse cuidadosamente las manos, el rostro, el cuello, las orejas, peinar y afeitarse la cabeza, lustrar el calzado, examinar si no están rotas las medias ó calcetines ó si no están manchados los vestidos.

La ropa que toca directamente al cuerpo ha de estar muy aseada; así lo exige la higiene. Es de toda precisión mudar de ella cuando menos una vez por semana en invierno, dos en verano, y cada vez que se está transpirando.

No sólo nos vuelve la limpieza agradables á los demás y favorece nuestra salud, sino que es además un precioso manantial de economía. Un traje que se coloca siempre en su respectivo lugar, y que se dobla con mucho cuidado, que se lleva sólo en el tiempo debido, durará seguramente más que aquél que se deja tirado con descuido sobre cualquier mueble ó silla, ó que se lleva sin precaución alguna.

## II. — El Orden.

*Tiene el orden un puesto para cada cosa y coloca cada cosa en su puesto.* Esta preciosa cualidad influye en la existencia toda. Constituye un ahorro de tiempo y dinero, y contribuye á introducir algo de método en la mente.

El orden es economía de tiempo. ¿Hace falta un objeto?... Ni un momento se desperdicia en buscarlo; nos

viene á la mano como por encanto, porque se hallaba en su puesto.

Quien de todas veras es aficionado al orden ajusta su vida á un reglamento : todas sus acciones se hacen en momentos señalados ; cada hora tiene su deber, y cada deber su hora. Muéstrase parco en perder los menores instantes.

Así ordenada, es fecunda la vida. La del ilustre Cuvier es ejemplo notable de ello. *Cada hora tenia su trabajo señalado, dice su biógrafo, cada trabajo tenia su gabinete especial, donde se encontraba todo cuanto era necesario para dicho trabajo : objetos, libros, dibujos...* Esta costumbre del orden hizo que diese cima á los incomparables trabajos que inmortalizaron su nombre.

También ahorra el orden dinero. El joven que posee tan preciosa cualidad cuida de que las cosas que le sirven no se extravíen ni se echen á perder ; de este modo no tiene que renovarlas tan á menudo.

Apunta todos sus gastos, aun tratándose de sumas de poca cuantía. Muy enterado del estado de su reducido haber, no lo despilfarra y nunca se vé en obligación de pedir prestado.

Por lo contrario, el joven desordenado da sin tino, gasta disparatada é inconsideradamente. Se le va el dinero de entre los dedos y suele andar casi siempre con el bolsillo vacío.

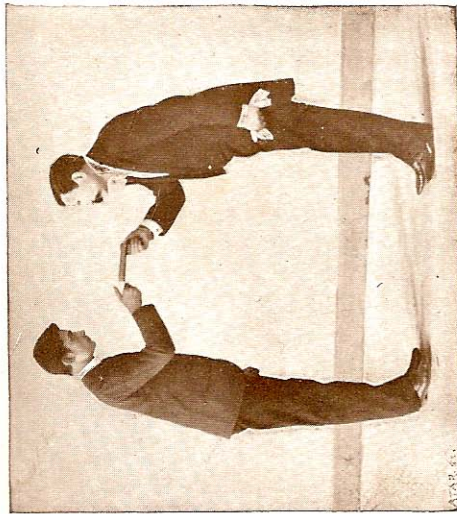
No paga á sus acreedores y no comprueba sus cuentas. Lo engañan y no se atreve á reclamar. Se vuelven las deudas el azote de su existencia y le exponen á las más graves tentaciones.

¿Cómo podrá administrar una fortuna, cualquiera que sea? Si es hoy descuidado para cosas mínimas, lo será más tarde para otras mayores, y esto causará su ruina.

Una vida desordenada, descosida, en que todo anda suelto, en que todo se hace al acaso ó por capricho, ha de ser fatalmente estéril.

Esta carencia de orden destruye la energía, debilita el

PRESENTAR Y RECIBIR UN OBJETO



Detenerse. — Reunir los pies. — Presentar ó recibir el objeto con la mano derecha, entre el pulgar y los demás dedos, ligeramente cerrados. Inclinarse mirando á la persona que da ó recibe el objeto.

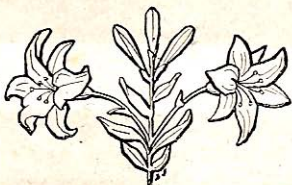
MODO DE BEBER



Tomar el vaso con la mano derecha, debajo de la copa, llevarlo á la boca apoyándolo ligeramente sobre el borde del labio inferior. — No beber á traguitos ni apurar el vaso de una sola vez.

carácter, atrofia la voluntad é impide que se lleven á cabo ningún estudio ni empresa seria.

Para que sea una vida fecunda, es menester, ante todo, que se la ordene, según el consejo de Franklin : *Dar en la casa un puesto conveniente á cada objeto y hacer cada cosa en su hora y tiempo.*



## CAPÍTULO TERCERO

# CONTINENTE Y ACTITUDES

### I. — El Continente.

El continente es el conjunto de las diferentes actitudes que toma el cuerpo; caracteriza á una persona y hace que se la juzgue más ó menos favorablemente. Es indicio casi cierto de buena ó mala educación, y constituye el resumen de diversas cualidades naturales ó adquiridas.

Durante sus estudios, se hizo notar Juliano el Apóstata por su mirada altanera, su risa estrepitosa, su gesto insolente, sus contestaciones impertinentes ó hipócritas, lo que dió pie á San Gregorio Nacianceno para pronosticar lo que sería un día aquel miserable.

Un buen continente es tan enemigo de los modales presumidos, pedantescos, bruscos ó ligeros como de cuanto sabe á dejadez ó á molicie. Ha de ser firme sin rigidez, gracioso sin afectación ni melindres, suelto sin arrogancia, modesto sin timidez. Será tanto más conveniente cuanto más natural sea, pues toda afectación es vicio.

En los tiernos años es cuando se ha de contraer el hábito de un buen continente, mantener el cuerpo en actitud firme, y evitar toda dejadez ó descuido.

Los niños de índole viva y despierta están más expuestos que otros á quebrantar las reglas del buen continente del cuerpo: se hallan de continuo en movimiento, plantándose ya en un pié, ya en otro, toman posturas indolentes, descuidadas, y por nada se molestan.

Un continente mesurado infunde respeto y comunica esa distinción tan deseada por las madres para sus hijos,

y que es una de las señales características del cristiano.

Cuando está uno en pie, no debe encorvar el cuerpo, apoyarse en una sola pierna, arrimarse á ningún mueble, inclinar la cabeza hacia adelante, echarla atrás, ni adoptar la actitud de un soldado de guardia. Los pies han de colocarse uno junto á otro, y no uno delante de otro, como para caminar. (VÉASE CUADRO XIV. — PRESENTACIÓN.)

Los padres y los profesores deben cuidar especialmente de que lleven los niños la cabeza derecha y los hombros hacia atrás. Esto último se consigue exigiendo que mantengan siempre, ya al caminar, ya en reposo, los codos junto al cuerpo, sin exageración ni rigidez.

Cuando se está sentado, exige la buena educación que se tengan las rodillas en ángulo recto, los talones casi juntos y las puntas de los pies algo apartadas. (CUADRO XXII. — CONVERSACIÓN.)

Un joven bien educado no se sienta con dejadez en su silla ni cruza las piernas, sobre todo en presencia de algún superior. Evita con sumo cuidado todo cuanto indique molicie ó dejadez como el apoyarse de codos sobre el brazo de un sillón para sostener la cabeza, el enganchar los brazos en el respaldo de la silla, el asir con las manos una de sus rodillas, etc. (CUADRO XXIV. — EL DESCARADO.)

No trata de imitar al elegante que se retuerce el bigote, ó forma bucles con el cabello al mirarse en un espejo; sino que se hace notar por la reserva y dignidad de su continente.

Un tonto, dice La Bruyère, no se sienta, ni se levanta, ni calla, ni se mantiene en pie del mismo modo que un hombre de talento.

## II. — La Cabeza y el Rostro.

Es la cabeza la parte más noble del cuerpo. No se debe inclinarla hacia delante, ni echarla hacia atrás, ni torcerla á un lado ó á otro; es preciso mantenerla derecha sin rigidez.



Es del todo inconveniente contestar á una pregunta con un simple movimiento de cabeza.

La cara tiene un poder de expresión que nada iguala, es el espejo del alma. Da á conocer con harta fidelidad, la turbación y las agitaciones del corazón. El vicio y la virtud dejan en el rostro rasgos característicos.

Ciertas caras, de facciones bastante regulares por otra parte, infunden repugnancia en vez de atraer, porque revelan maldad, odio, vicio. El semblante del santo cura de Ars y el de Voltaire ofrecen más de un rasgo de semejanza, y con todo ¡cuán diferente es la expresión de fisonomía de ambos!

*Hay bellezas insoportables, dice M<sup>ma</sup> de Staël; son aquellas en que no resplandece ninguna inteligencia, ningún sentimiento.*

El rostro del hombre bondadoso es apacible y sereno; asoma en él continuamente una leve sonrisa, y están abiertas sus facciones á todas las emociones suaves.

*El rostro, dice San Juan Bautista de la Salle, ha de manifestar á todos señales de respeto, afecto ó benevolencia; debe ser alegre sin liviandad y sereno sin descaro.*

No conviene estar sombrío y mohino cuando se escucha alguna relación festiva, ni sonreír cuando nos ha herido una desgracia ó cuando conversamos con personas afligidas.

*El hombre prudente debe tratar de conservar un semblante siempre igual; así como no debe abatirle la adversidad, tampoco ha de volverle demasiado alegre la prosperidad. (SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE).*

### III. — El Cabello y la Barba.

El cabello y la barba requieren cuidados constantes y frecuentemente renovados.

El cabello ha de cortarse con bastante frecuencia. El cabello corto se mantiene más limpio y da aspecto más varonil.

Un joven que se perfumara con exceso, se hiciera rizar el cabello, ó lo arreglara de un modo extravagante no se libraría ciertamente de la crítica. *Cabeza vacía*, diríasele, *necesita ser adornada*.

Los perfumes de olor muy penetrante, como el almizcle, el ámbar gris, etc., molestan á muchas personas; no se ha de usarlos á no ser en caso de necesidad absoluta. *Para oler bien*, dice Montaigne, *no se ha de exhalar olor alguno*.

Con todo es permitido valerse con moderación de las aguas de tocador y de algunas esencias muy suaves como el jazmín, la violeta, etc.

Los que contrajeron la buena costumbre de afeitarse la barba á diario, sufren menos con esta operación, pierden poco tiempo y están siempre limpios y aseados. Llegan á afeitarse cada mañana con la misma facilidad con que se lavan las manos ó la cara.

Las personas que llevan la barba larga han de lavarla y peinarla con suma frecuencia; sobre este particular no se ha de temer el exagerar los cuidados.

#### IV. — La Frente y los Ojos.

La frente es el asiento del pudor y de la sabiduría. Se entristece y se vuelve amenazadora bajo la acción de cualquier pasión violenta. La honradez lo mismo que la perversidad, el crimen como la inocencia, dejan en ella su rastro. Surcada por arrugas, comunica un aspecto severo que aleja de nosotros á los demás.

Un dicho obsceno, un ademán indecente, sacan el rubor á la frente de aquél que tiene el corazón puro y recto.

Los ojos son espejo del alma, intérpretes fieles del corazón. Los más hábiles en disimular su estado íntimo no logran siempre ocultar la expresión de su mirada. Bien lo saben los culpables, por eso jamás miran de frente.

La mirada apacible y modesta es particularmente agradable; dura y arisca, denota ira; altanera y arrogante, es indicio de insolencia; lánguida y falta de vida, indica estupidez y descuido.

El atolondrado mira ligeramente á un lado y á otro; el distraído mantiene los ojos muy abiertos, clavados sobre un objeto que ni siquiera percibe.

Durante una conversación, es conveniente que la mirada se dirija vagamente hacia la parte inferior del rostro de la persona con quien se está hablando. No se han de tener los ojos siempre bajos, esto da un aspecto poco natural; tampoco se ha de huír de las miradas del interlocutor, pues se suele desconfiar de las personas que no miran de frente.

Hacer guiños, remedar á los míopes ó á los bizcos, mover los ojos en las órbitas con gesto irritado, son actos groseros, indecorosos que no se permite una persona bien educada.

## V. — La Nariz y el Pañuelo.

Arrugar la nariz levantando al propio tiempo los labios es manifestación de menosprecio, de impertinencia ó de presunción. Repetido con frecuencia, dicho acto acaba por dar al rostro esa expresión peculiar que se observa en el vanidoso y en el tonto.

Debe uno sonarse con rapidez, con delicadeza y sin ruido. Tómate el pañuelo por en medio, siempre por el mismo lado, luego se guarda con presteza y sin examen alguno. Cuando está perfectamente limpio y sin usar, estas precauciones son inútiles; pero es preciso desdoblarlo y arrugarlo antes de meterlo en el bolsillo. No se debe desplegarlo con una especie de ostentación, ni hacer con él ademán alguno, como tampoco depositarlo en ningún mueble ó silla; es

menester esconderlo en cuanto sea posible, especialmente si se tiene costumbre de sorber rapé.

No se debe escupir en la lumbre, ni en el suelo, ni por la ventana, ni en la calle. La higiene al par que la urbanidad requieren que se escupa en el pañuelo y no en otra parte.

Cuando tiene uno que toser ó estornudar, se pone discretamente el pañuelo ante la boca. Hoy día, no se suele prestar atención alguna á la persona que estornuda; dicho incidente pasa inadvertido.

Claro está que no se puede evitar el toser, escupir, estornudar y sonarse en sociedad; mas como quiera que todos esos actos son algo repugnantes, se ha de ejecutarlos con rapidez, tratando de no molestar á los que están hablando ni á aquéllos á quienes se está escuchando.

En las conferencias literarias que se verificaban en su casa, se sentaba siempre Malherbe junto al hogar por su costumbre de escupir continuamente, lo que provocó esta humorada á Marini: *En mi vida he visto hombre tan húmedo, ni poeta tan seco.*

Llevar las manos á la nariz, meterse los dedos en ella, aspirar fuerte y ruidosamente, son actos todos tan repugnantes como dañosos para la salud.

Aquí viene al caso hablar del tabaco.

## VI. — El Tabaco.

Hay varios modos de usar el tabaco; el mejor no vale gran cosa.

A mediados del siglo xvi introdujeron los Españoles en Europa la costumbre de sorber rapé, y las leyes más severas fueron impotentes para impedir la propagación de esta costumbre.

Y sin embargo, *no hay nadie*, dice el autor de las « Buenas Costumbres eclesiásticas », *que no experimente*

*el más profundo asco al ver á ciertas personas que toman rapé, con la cara y las manos manchadas de tabaco, dejando manar por las narices dos chorros negruzcos, que ruedan por sus labios y caen sobre sus vestidos. Bien hubiera podido agregar que caen sobre el papel, la mesa, el pan, y sobre todo cuanto les rodea.*

No se debe tomar rapé sino por necesidad; pues, cuando ha contraído uno esta mala costumbre, es poco menos que imposible corregirse de ella.

La persona que sorbe tabaco debe mudar con frecuencia de pañuelo y cuidar de que sea de limpieza irreprochable. Es preciso que no llame la atención con ruidosas aspiraciones nasales ni contorsiones ridículas.

*Cuando se toma rapé en sociedad, ha de hacerse rara vez y no se debe tener de continuo la tabaquera en las manos, ni éstas llenas de tabaco. (Urbanidad y cortesía.)*

Salvo el caso de mucha intimidad, no se ofrecerá ni se pedirá tabaco, y con mucha más razón no se tomará rapé en una tabaquera dejada sobre un mueble.

Cuéntase que cierto día un paje de Federico II, creyendo que el rey estaba muy ocupado, se permitió tomar un polvo de rapé en la tabaquera real ricamente engastada con diamantes.

Federico II, que lo había visto, le dijo: *Parece, señor, que usáis rapé; ¿tenéis acaso una tabaquera?* — *No, Majestad,* contestó el paje tembloroso. — *En tal caso, repuso el monarca, meteos ésta en el bolsillo, pues es muy pequeña para que la usemos los dos.* Aquella generosidad causó agradable sorpresa al paje, quien había transgredido gravemente las reglas de la buena educación.

Los niños y los jóvenes están más inclinados á fumar que á sorber rapé. Reviste el cigarrillo, para ellos, los hechizos de la fruta vedada.

Y sin embargo, ¡cuán tristes y funestos son los efectos del tabaco, especialmente en los jóvenes!... Cansa el cerebro, debilita la memoria, enerva, embota la volun-

tad, detiene las funciones digestivas, predispone al cáncer, etc. etc.

El fumador que experimenta muchas veces la necesidad de humedecer la boca y de beber, se deja arrastrar fácilmente á los excesos de la bebida. El alcoholismo y el abuso del tabaco, esas dos grandes plagas de la sociedad contemporánea, se hallan no pocas veces en el mismo sujeto. ¡Ay del joven que no logra librarse de ellas!... En el Canadá, hay prohibición de fumar y de llevar tabaco antes de los dieciocho años. Esta medida es ciertamente muy sabia.

El olor penetrante del tabaco es muy desagradable para los que no fuman; causa náuseas á muchas personas, lo cual impone al fumador ciertas precauciones. Debe ventilar su aposento, airear sus vestidos y, después de haber fumado, tomar algunas pastillas de cachunde.

Un joven bien educado nunca fuma en coche, en tren, en la fonda, sin haber obtenido previamente licencia de las personas presentes, licencia que solicita rara vez, por miedo á molestar. En casa ajena, aguarda á que se le ofrezca el permiso; no lo pide. No usa nunca la pipa en público, ni entra en una casa con el cigarro encendido.

¡Cuán poco razonable es el forjarse necesidades ficticias, difíciles de satisfacer, dañosas para el cuerpo no menos que para el espíritu y que, por la costumbre, se truecan en imperiosa exigencia, en verdadera tiranía!

## VII. — La Boca.

La boca ha de tenerse siempre en la forma que le es natural.

Los labios puestos en forma de hocico, ó que expresan ya desdén, ya ironía, dan al rostro gesto desagradable.

Una boca cerrada, con labios sonrientes, es indicio de

distinción, en tanto que caracteriza la necedad y estupidez una boca siempre entreabierta.

No se deben morder los labios, ni humedecerlos con la lengua, ni agitarlos continuamente, ó tenerlos muy abiertos.

Requiere la boca cuidados minuciosos y constantes. Es el asiento de gérmenes nocivos, — angina, supuración, pulmonía, — los cuales aguardan sólo la ocasión favorable para invadir el organismo, desarrollarse y causar enfermedades no pocas veces mortales.

Los dientes deben lavarse cada mañana con un cepillo ligero. No se deben limpiar en sociedad y, cuando uno lo efectúa en particular, no ha de valerse de objeto capaz de dañar el esmalte, como alfiler, cortaplumas ó cuchillo...

Nunca estará por demás lo que se haga para conservar sana la dentadura, tan necesaria para una buena alimentación. ¡ De cuántas dolorosas enfermedades de estómago se librarían los hombres, si desde temprana edad, tomasen mayor cuidado de sus dientes !

Bostezar es una señal ya de cansancio, ya de aburrimiento, que se ha de disimular, cuanto sea posible, con la mano ó el pañuelo. No se ha de hablar cuando se está bostezando.

### VIII. — La Risa y las Manías.

Es la risa una señal de alegría y superioridad, una manifestación de inteligencia. El animal no puede reír. *Es antídoto de la enfermedad y sostén de la salud*, dice el doctor Mackenzie.

Está muy permitido pues el reírse, pero nunca fuera de sazón ni sin motivo suficiente. Es un arte el saber reír y quedar formal cuando conviene. Los que más se ríen suelen ser los que menos piensan y reflexionan. Son incapaces de guardar formalidad.

*El insensato, dicen las Sagradas Escrituras, rie á carcajadas, en tanto que el sabio apenas sonrie.*

*Desearia, escribia Lord Chesterfield á su hijo, que se os viese sonreir muchas veces, pero que no se os oyese nunca reir. Á carcajadas es como el populacho vil expresa su loca alegria.*

Lenguaje del corazón, la sonrisa es propia del hombre de ingenio y de gusto. Da animación al rostro y pone de relieve sus bellezas todas. Con acierto se la llamó *la risa de la inteligencia*.

La sonrisa de la franqueza, la inocencia y la cordialidad gusta á todos, aun á los mismos malvados.

Un porte alegre, despejado, y hasta un tanto militar, sienta muy bien á los jóvenes; pero han de evitar, con el mayor cuidado, cuanto tenga viso de arrogancia ó descaro.

Es laudable procurar mantenerse serio en presencia de una cosa risible, con objeto de no exponerse, en ciertos casos, á herir á alguno con una risa involuntaria.

Los resabios, las manías, todo cuanto pueda volver ridícula á una persona deben evitarse escrupulosamente.

Las manías echan á perder las índoles mejor dotadas y muchas veces vuelven insoportable á un sujeto sobresaliente. Tienen un don maravilloso para molestar al prójimo y poner á prueba su paciencia.

Pocas personas están exentas de ellas.

Unas tamborilean sin cesar; otras se roen las uñas, ó se escarban los dientes; las hay que sueltan una carcajada tras cada frase, aun cuando el asunto de que se trate no se preste á reir, etc. etc. Todas esas manías y resabios exasperan á quien sea testigo de ellos.

Las manías de que uno se gloria son incorregibles y hacen que se califique de loco á quien adolece de ellas.



## IX. — Las Oejas.

El desaseo de las orejas, repugnante para los demas, puede acarrear una enfermedad grave, la sordera.

Es preciso lavarlas cada mañana, y no limpiarlas nunca con un alfiler ó lapicero y menos aún con los dedos.

Rascarse la oreja cuando se halla uno apurado para contestar es cosa pueril.

## X. — Las Manos.

Por la limpieza de las manos es como se distingue, en el mundo, al hombre de buena sociedad. *Una mano muy cuidada*, dice Salvá, *me hace pensar siempre en cierta delicadeza de sentimientos y de educación.*

Se ha de lavarlas todas las mañanas, cuando se sale de visita, y cada vez que se ha tocado algún objeto que haya podido mancharlas.

Las uñas requieren cuidados minuciosos; han de estar siempre limpias, blancas, ni muy largas, ni demasiado cortas. Roerlas es un defecto repugnante y dañoso para la salud.

Llevar las manos metidas en los bolsillos, sobre las caderas, ó cruzadas detrás de la espalda, es incorrecto y falta de gracia. Es preciso dejarlas caer á los lados con cierto abandono ó detenerlas á la altura de la cintura, de manera que la derecha esté más alta que la izquierda.

Debe presentarse un objeto con la mano derecha, de manera que se lo pueda tomar con comodidad. (GRABADO I. *Modo de presentar un objeto.*)

Cuando se reciben ú ofrecen simultáneamente dos objetos, se puede darlos ó recibirlos con ambas manos.

En el cambio simultáneo de dos objetos, uno presenta con la mano derecha y recibe con la izquierda.

Al recibir ó al remitir algún objeto, se hace una leve inclinación, y, si uno se ve obligado á alargar el brazo ó la mano delante de una persona, le pide excusas.

No se debe señalar á alguna persona ó cosa con el dedo, tamborilear con la mano ó agitar la cadena de reloj, etc.

Hay personas que son realmente insoportables cuando están hablando con uno. Estriéganse las manos, golpéanse el muslo, enseñan el puño á su interlocutor, le ponen la mano en el hombro, le agarran del cuello ó de los botones del vestido; parece que no pueden quedar quietos ni un momento. Una persona bien educada y fina es más reservada y más tranquila.

## XI. — Los Pies.

Para que los pies no despidan olor ninguno, es preciso lavarlos á menudo y mudar con frecuencia de medias.

El calzado muy ancho estorba el paso; el muy estrecho lastima los pies y causa dolores muy vivos. Hay que cuidar el calzado no por vanidad, sino por razón de higiene. *El frío en los pies es, según reza un refrán, el primer ministro de la enfermedad.*

El modo de andar manifiesta á las claras el carácter: el descuidado se arrastra; el soberbio alza la cabeza; el tímido, desmañado y corto de genio, no se atreve á alzar la vista.

Para caminar como es debido, es preciso mantenerse derecho sin tiesura y colocar los pies con precaución, con la punta vuelta un tanto hacia afuera. No se debe golpear el suelo con el tacón, ni arrastrar los pies, ni bajar un hombro más que el otro, ni volver ligeramente la cabeza hacia la derecha ó la izquierda. El que no mira delante de sí, se expone á topar contra algún transeúnte y á herirse con cualquier obstáculo.

Muy pocas personas caminan con elegancia, pues mu-

chísimas balancean los brazos ó se contonean, dando pasos demasiado largos. Cuando se camina con movimiento moderado, los pasos no han de exceder unos 40 centímetros.

## XII. — El Bastón y el Paraguas.

El bastón y el paraguas se llevan con la mano derecha, evitando lo mismo el porte del elegante como la rigidez de un pertiguero de procesión; no se los ha de llevar bajo el brazo.

Se apoya uno sobre el bastón á cada *doble* paso que se da. Posarlo en el suelo sólo al *segundo doble paso* es sumamente rústico.

Valerse de él para hacer el molinete como un espadachín, para sentarse encima, para tronchar las plantas ó golpear los guijarros del camino, es indicio de un joven presumido ó poco serio.

Cuando está lloviendo, no se debe apoyar el paraguas sobre el hombro, como suelen hacerlo algunos campesinos; sino llevarlo con soltura, alzándolo ó bajándolo según convenga para no molestar á nadie.

Si se tiene ocasión de prestar abrigo á alguna persona á quien se deba respeto, hágaselo con toda delicadeza y finura, y condúzcasele hasta su casa, siempre que sea posible.



## CAPÍTULO CUARTO

# MODO DE LEVANTARSE, DE ACOSTARSE Y DE VESTIRSE

### I. — Modo de levantarse.

La salida de la cama debe hacerse con regularidad, modestia y presteza. Los higienistas todos aconsejan que se acueste uno temprano y que madrugue, y que no se prolonguen las horas de cama : nueve horas para los niños pequeños, y cosa de siete ú ocho para los jóvenes parecen bastar, según se ha comprobado.

Para conservar el vigor y la actividad, es bueno quedarse con un poco de sueño, como conviene levantarse de la mesa con un poco de apetito. La molicie daña tanto al espíritu como al cuerpo.

*Nada hay más cobarde ni más vergonzoso que el dormir después de salido el sol*, dijo Séneca. El Espíritu Santo alaba á la mujer fuerte por haber preparado, *desde la aurora*, el trabajo de sus siervos.

El perezoso no consigue arrancarse de los brazos del sueño; el demonio se halla á su cabecera y le sirve de almohada.

El joven piadoso se levanta á hora fija, se persigna, ofrece su corazón á Dios y se viste observando todas las reglas de la modestia cristiana. Después de haber orado de rodillas ante el crucifijo y la imagen de la Virgen Inmaculada, está listo para el día entero.

## II. — Modo de acostarse.

Las reglas para acostarse son las mismas que para levantarse.

Un niño bien educado nunca va á descansar sin despedirse de todos los miembros de su familia y pedir á su padre y á su madre una bendición que nunca deja Dios de ratificar.

Si no se ha hecho la oración en común, lo que es de sentir, la reza piadosamente al pie de su crucifijo : *Siempre me ha parecido, dice Lamartine, que la plegaria, ese instinto tan verdadero de nuestra naturaleza impotente, es la única fuerza real ó cuando menos la mayor fuerza del hombre.*

El joven que de todas veras desea perfeccionarse, dedica cada día algunos instantes al examen de su conciencia. *¿ Qué he hecho hoy? ¿ Con qué personas he tratado? ¿ En qué culpas he incurrido? ¿ Qué resoluciones he de tomar?*

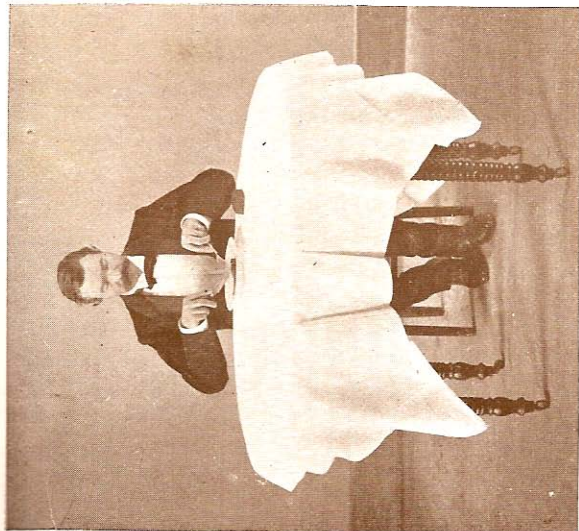
Este examen tan importante ha sido encomiado por los mismos filósofos paganos : Séneca, Pitágoras, Sócrates...

Cada noche, apuntaba el ilustre Franklin con fidelidad las faltas que había cometido y las que había evitado durante el día.

*El hombre, dice Francisco Coppée, que se interroga á diario sin debilidad acerca de sí mismo y se juzga con rigor, se mejora pronto.*

Luego se acuesta uno sobre el lado derecho para no estorbar los movimientos del corazón, y, antes de dormir, dirige á Dios una breve invocación, una postrera plegaria.

**MODO DE CORTAR**



Tomar el tenedor con la mano izquierda, con el índice extendido sobre la parte en que empiezan los dientes; y el cuchillo con la mano derecha, extendiendo ligeramente el índice sobre el recazo.

**ECHAR DE BEBER**



Tomar la botella por el cuello, cuidando de no ocultar el gollete de aquella. — Escanciar lentamente.

*Obten:* Coger el cuerpo de la botella lo bastante alto para que pueda extenderse el índice sobre el cuello.

### III. — Modo de vestirse.

Los vestidos sucios, ajados y rotos, son señal de descuido ó desaseo.

Debe evitarse el salpicarlos con lodo, el estregarlos contra las paredes, ó el mancharlos durante las comidas.

Cuando uno los deja, debe colocarlos al abrigo del polvo, colgarlos con precaución ó volver á doblarlos por sus mismos pliegues.

Cepillándolos cada mañana, haciéndolos remendar y limpiar oportunamente es como quedan los trajes aseados y duran mucho tiempo.

El traje, variable con las estaciones, debe ostentar limpieza irreprochable. No se debe uno apresurar á dejar los vestidos de invierno; pues, como dice un proverbio: *Si es cierto que el calor es á veces un amigo importuno, el frío nunca deja de ser un enemigo peligroso.*

Un hombre cuidadoso se distingue por su sombrero y sus vestidos bien cepillados, su ropa muy limpia, sus zapatos lustrados y sus guantes en buen estado.

Preguntábase cierto día á una señora lo que opinaba acerca de un joven empleado. *¡ Oh! es muy formal,* respondió, *pues lleva siempre el sombrero bien cepillado, lo que denota cualidades de respeto, orden y economía.*

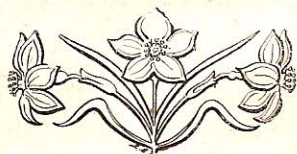
El traje ha de ser de buen gusto y conforme con la situación de fortuna. San Luis aconsejaba que vistiese cada cual según su condición: *Que no puedan decir los sabios: ¡ Eso es demasiado! ni lo jóvenes: ¡ Eso es mezquino!*

Una persona decente no atrae nunca las miradas por lo singular de su traje. Si bien sigue las modas, lo hace sin volverse esclavo de las mismas; desecha las que son extravagantes ó molestan el ejercicio libre de los órganos.

Consagrar suma importancia á seguir la última moda, á no usar sino guantes, corbatas ó calcetines conformes

con los caprichos del día, es cosa propia del vanidoso ó del tonto. Puede uno lucirse por medio de la ropa, pero sólo con las cualidades del espíritu y del corazón es como se agrada á los demás.

La sencillez de las estatuas antiguas, dice Fenelón, demuestra la nobleza y gracia de los vestidos poco adornados. Tomando esa sencillez como modelo, se libra uno de los excesos ridículos en que incurren algunas personas.





## CAPÍTULO QUINTO

# EL RESPETO Y LA DISTINCIÓN

### I. — Fuentes del Respeto.

Cada día, váse perdiendo más el respeto, y proviene esto de causas múltiples siendo una de las principales la debilitación de la Religión.

¿Cómo podría uno acostumbrarse á honrar al prójimo si no tributa á Dios, al Soberano Señor, el culto que se le debe?

Sin hábitos de respeto y deferencia, no puede existir la cortesía; pues ésta no es más que el respeto de los derechos, de las prerrogativas y de las conveniencias.

Ahora bien, como dicho sentimiento disminuye entre nosotros, las relaciones sociales se vuelven cada vez más difíciles y menos amables.

El hombre cortés y urbano varía la consideración con arreglo á la calidad de las personas; en ningún caso se muestra irrespetuoso, ni ofende el legítimo orgullo de los demás.

*El malvado, dice Silvio Pellico, es el que no tiene respeto para la vejez, la mujer y la desgracia.*

### II. — El Respeto para con Dios.

Los más sagrados entre los deberes nuestros son los que hemos de cumplir para con Dios, el Ser infinito, necesario, quien nos creó para gloria suya y felicidad nuestra.

Newton no profería nunca este bendito nombre sin descubrirse la cabeza, y alligase Buffón cuando en su presencia abusaban de tan santo nombre.

*La mejor manifestación de la civilización perfecta, en el sentir de Lamartine, consiste en ser Dios mejor apreciado, adorado y servido por los hombres.*

En la iglesia es donde rendimos al Altísimo el culto público que le debemos; allí nos deja sentir Él su presencia y se complace en colmarnos de sus beneficios. No debe uno presentarse en el templo con vestido descuidado ni extravagante, sino con traje limpio y decente, especialmente los domingos y días festivos.

Después de haber tomado agua bendita con la mano derecha, al entrar, hay que ofrecerla á las personas á quienes uno acompaña, y luego persignarse.

En seguida va uno con modestia á su puesto, y adora al Santísimo Sacramento.

Si uno se halla al lado de personas conocidas, las saluda sin trabar conversación alguna, remitiendo, si esto fuere necesario, el hablar con ellas para después de la salida.

Si se tienen dos sillas, es conveniente ceder una á las personas que no la tienen; y si no se tiene más que una, conviene ofrecerla á cualquier señora ó anciano que estén de pie.

Si se llega después de comenzado algún ejercicio de piedad, débese cuidar de no turbar la ceremonia con el ruido ya de los pasos, ya de las sillas.

Cruzarse de piernas, estirarlas sobre el reclinatorio, quedarse en pie mientras los demás están arrodillados, ó sentado cuando se debe estar en pie, son actos tan reñidos con la buena crianza como con el respeto que se debe á Dios presente.

El joven bien educado se abstiene, durante un sermón, de todo cuanto pueda distraer al auditorio, como toser, hacer ruido con los pies ó la silla, hablar con sus vecinos, ó sonreírse con ellos.

Si en el templo se distribuye pan bendito, como suele hacerse en muchos países, en ciertas misas solemnes, toma un pedazo cualquiera, sin elegirlo, y, antes de llevarlo á la boca, hace la señal de la cruz.

Si hay colecta, da lo que consiente su estado de fortuna, cuidando mucho de no hacer esperar y acompaña su ofrenda con un leve saludo.

Deja el libro y los guantes para confesar y comulgar; si es militar, se quita la espada. Durante la confesión, evita el mirar al sacerdote cara á cara, el mantenerse muy alejado ó muy junto á él, como también el retirarse con el semblante sonriente ó distraído.

Cuando está visitando una iglesia por pura curiosidad, se porta de un modo sério, circunspecto y modesto; habla en voz baja, camina sin ruido y no da el brazo á nadie. En lo posible, trata de no hacer esta visita durante los oficios.

### III. — El Respeto para con los Padres.

Después de Dios, los padres son merecedores de ocupar el primer puesto en el corazón de un niño; debe amarlos y respetarlos; éste es el precepto divino.

Es preciso ser muy desnaturalizado, tener un corazón perverso para no amar á aquéllos á quienes, después de Dios, somos deudores de la existencia y que se están imponiendo los mayores sacrificios para nuestra educación.

¡Cuánto no debemos á nuestra cariñosa madre! ¡Cuántas solicitudes! ¡Qué de trabajos, sacrificios y desvelos!

*Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia; de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor, dice Selgas.*

Por grande que sea nuestro afecto para con nuestros padres, no igualará nunca el amor con que ellos nos aman.

¿Es acaso necesario, como lo exige el tristemente célebre filósofo ginebrino que sea el hijo, *ante todo*, el amigo de su padre?

Esta máxima funesta, al dar por tierra con todas las barreras del respeto, debilitó considerablemente la autoridad paterna, sin dar incremento alguno á la piedad filial. So pretexto de cariño, el padre se trocó no en amigo, sino en camarada del hijo, faltándole el prestigio suficiente para hacerse obedecer.

Mandó el hijo, y los padres tuvieron que someterse á los antojos y caprichos de aquél. Dicho trastorno de las leyes naturales sembró la turbación y el desorden en la familia y por ende en la sociedad.

¡Cuántas lágrimas vierten algunas pobres madres por sus hijos insumisos y faltos de respeto!

El amor de los padres debe ser fuerte é inducirles á hacer poco por el placer de sus hijos, bastante por sus necesidades y todo por su moralidad y virtud.

Han de recordar sin cesar : *que nunca perdió el afecto, por haber permanecido dentro de los lindes del respeto, algo de su sinceridad y franqueza.* (L. VEUILLOT.)

Ciertos jóvenes son realmente incomprensibles; manifiéstanse urbanos y atentos sólo cuando se hallan fuera de la familia; en el hogar, son desapacibles, mohinos y groseros. Dijérase que al franquear el umbral de la morada paterna se truecan en otros hombres. Mucho parecido tienen con esos artistas ambulantes que, magníficamente ataviados en las tablas, en casa visten como mendigos.

Si es verdad que la cortesía y urbanidad tienen por objeto el volver más agradable la vida, ¿no es por ventura en el hogar doméstico donde han de tener su puesto preferente? ¿No es acaso con los propios con quienes debe ser uno afectuoso y evitar las asperezas y disgustos inútiles?

Joubert lo dijo gráficamente : *Es preciso traer el terciopelo por dentro, esto es, manifestar su amabilidad*

*preferentemente á aquéllos con quienes vive uno en comunidad.*

Sin duda, la cortesía en la familia no reviste el carácter de la que se practica con los extraños; es más cordial y menos amanerada. Su respeto se amalgama con cierta afectuosa intimidad y familiaridad. Por medio de sus atenciones, consideraciones y obsequios, se propone sobre todo eludir las contradicciones, precaver los desagradados; prevenir ó disipar las tormentas, de modo que imperen la calma, la paz y la armonía en el hogar doméstico.

El hijo afectuoso es urbano de por sí; busca la compañía de sus padres, y gustoso aprovecha cualquier coyuntura para darles gusto y manifestarles su amor. Dispénsales profusamente las atenciones más finas, las palabras más amables y las caricias más tiernas. Sacrifica por ellos sus antojos y diversiones, y les excusa, en cuanto esté en su mano, los sinsabores, fatigas y trabajos.

Si visita la enfermedad á su padre ó á su madre, entonces es cuando se echa de ver cuán grande es su afecto. Entonces tiene un solo pensamiento, un solo deseo: restablecer una salud que estima de más valía que la suya propia.

El amor no excluye al respeto; por lo contrario, lo requiere. Por eso profesa el hijo afectuoso gran deferencia y veneración á sus padres. Escucha sus consejos con docilidad y con respeto sus amonestaciones. La confianza que tiene en la experiencia de sus padres es ilimitada; no tiene secreto alguno para ellos. Obedéceles con presteza, y, aun llegado á cierta edad, nada importante emprende sin consultarlos previamente.

Muy distinta es la conducta del hijo irrespetuoso y sin afecto. Con gran concepto de sí mismo, engreído por el propio talento, considérase muy por encima de su padre y de su madre; les habla con altanería y los trata con menosprecio. No teme discutir con ellos, darles un mentís, dirigirles reconvenciones y aun burlarse de lo que él llama manías, ó ridiculizarlos ante los extraños. ¡Cuán digno de lástima es ese pobre niño!

Arrojado de la mesa de familia por su hijo y su nuera, cierto anciano achacoso tomaba su comida en la cocina y en una hórtera ó escudilla de palo. Una noche, mientras los jóvenes estaban cenando á la mesa y cuando el desgraciado viejo estaba comiendo en su rincón, vieron á su hijito, de unos cinco años, juntar en el suelo unas tablillas de madera. *¿Qué estás haciendo?* preguntáronle. *Una escudilla de palo*, respondió la criatura, *para que papá y mamá coman en ella cuando sean viejos.*

Miráronse en silencio los culpables; anublaron sus ojos las lágrimas del arrepentimiento, y desde aquel día el buen abuelito tuvo el mejor puesto á la mesa de familia. (GRIMM.)

#### IV. — El Amor fraterno.

Para los hijos de una misma familia es un deber el amarse mutuamente. ¡Cuán agradable es el cumplimiento de ese deber! ¿Cómo no amarse y quererse, cuando se tienen un mismo padre, una misma madre, la misma sangre en las venas, la misma honra que guardar, los mismos bienes que defender? ¿Dónde encontrar amigos mejores y más seguros que los hermanos con quienes tan unidos estamos, desde la infancia por los deberes como por el nacimiento?

Es el amor fraterno la más vigorosa y duradera de todas las amistades. Las demás son mudables é inciertas. La inclinación nos da un amigo, el interés nos trae un compañero; feliz aquél á quien el nacimiento otorga un hermano.

Los dos grandes obstáculos al amor fraterno son : la envidia y el egoísmo.

La envidia vierte en todas partes su hiel y acíbar; enerva el corazón, apaga las ideas generosas y acaba por emponzoñar las relaciones más amistosas. No fué otro sentimiento el que causó el primer homicidio y trocó á Caín en fratricida.

LÁMINA III.

PRONUNCIAR UN BRINDIS



Levantarse. — Tomar la copa que contenga un poco vino, con la mano derecha. — Inclinarsse al pronunciar con claridad las palabras del brindis, mirando á la persona á quien se dirige.

Tiene la envidia estrecha relación con el egoísmo, cuyo lema es el siguiente: *Todos para mi y yo para nadie*; y se halla en oposición directa con el lema de la urbanidad y la cortesía: *Olvidarme para dar gusto á los demás*.

El egoísta y el envidioso son seres peligrosos para la familia; fomentan en ella riñas, enemistades y aun odios.

Las familias divididas no conocen la paz ni el éxito feliz; las que están unidas prosperan y Dios las bendice.

Como cualquier afecto, el amor fraterno debe cimentarse con el respeto; pues sin éste no hay estimación, y sin estimación no hay amor.

Los jóvenes bien educados manifiestan á sus hermanas un cariño acompañado de muchas atenciones y algo protector. Evitan causarles disgustos ó desazones y procuran serles agradables. Impónense la agradable obligación de prestarles cuantos favores menudos estén á su alcance, llevarles cualquier paquete, cederles el puesto de honor, el mejor bocado; en resumen, son para con ellas lo que un hombre bien educado debe ser para con una persona débil, amada y respetada.

Poniendo en práctica la urbanidad en la familia va adquiriendo el niño el hábito de los buenos modales, y se vuelve un joven distinguido, gloria y orgullo de sus padres.

## V. — El Respeto á los maestros.

Los maestros sustituyen á los padres y son depositarios de la autoridad de éstos. Como ellos, deben ser amados y respetados. Sin poder compararse con el cariño paterno, el del verdadero educador de la juventud es no pocas veces admirable.

Al confiar Teodosio el Grande la educación de su hijo á San Arsenio, le dijo: *Desde ahora vos seréis su padre más que yo mismo*.



La vida de un maestro es muy meritoria; es como un sacerdocio que requiere la práctica de las más heroicas virtudes. ¡ Qué abnegación, qué sacrificio no entraña semejante vida !

Combatir la ligereza, fijar la atención, infundir afición al trabajo : he aquí una mínima parte de su laboriosa tarea. Debe también combatir las pasiones nacientes, formar y templar el carácter, despertar el horror al vicio y el amor á la virtud. ¿ Hay por ventura en este mundo misión más bella, más noble ?

La severidad, que se suele echar en cara al maestro, es para él un deber, deber penoso, mas necesario. No prepara uno el porvenir, riendo y divirtiéndose.

Después de Dios y de nuestros padres, á nuestros maestros somos deudores de cuanto somos. *Debo más, decía Alejandro Magno, á Aristóteles, mi maestro, que á Filipo, mi padre ; éste me dió un reino, y aquél me enseñó á gobernarlo debidamente.*

Un corazón grande y noble guarda siempre para quienes le han educado, no sólo respeto, sino afecto y cariño ; echa en olvido sus defectos y no recuerda sino su abnegación y buenas cualidades. Nunca los considera como á extraños y aprovecha con gusto todas las ocasiones para manifestarles su gratitud.

El agradecimiento, necesidad primera del corazón bueno, se parece á ese licor de Oriente que no se conserva sino en vasos de oro : *embalsama las almas grandes y se agria en las almas estrechas.*

No obstante el alto puesto que ocupaba, el emperador Marco Aurelio daba muestra de una veneración especial á los maestros de su juventud. Había hecho colocar los retratos de éstos, grabados en oro, en el lugar más visible de su palacio, y, á diario, daba gracias á la divinidad por haberle suministrado maestros tan dignos de su amor.

## VI. — El Respeto á los ancianos.

La vejez merece ser respetada; pues casi siempre supone la virtud. El vicio mata el cuerpo y el alma y pocas veces llega el vicioso á una edad avanzada.

El respeto á la ancianidad es una de las notas distintivas de las buenas familias. Donde no se honren las canas, no se verá ni prudencia en los consejos, ni circunspección en las empresas y ménos aún subordinación, paz, ni armonía.

¿Cómo atreverse á ser duro para con los ancianos? ¿No son acaso amigos y bienhechores? Como dijo cierto poeta: Cuando el árbol ya viejo se corona de ancha copa, recuerda uno de haber saboreado sus frutos más de un otoño y gozado de su sombra más de un verano.

Durante largos años, trabajaron los ancianos con valor, luchando con energía, resistiendo tentaciones en las que muchos otros sucumbieron. Aguataron muchas pruebas, y penosamente están recorriendo la última y más dolorosa etapa de su vida. Hállanse en los umbrales de la eternidad y se disponen á dejarnos. *Son amigos que se van, es preciso por lo menos que les acompañemos de un modo cortés*, dice Alfonso Karr.

Faltar de consideración á la ancianidad, es deshonorarse á sí mismo; ya que el anciano es la impotencia, la debilidad, la víctima á quien pronto ha de herir la muerte.

Es conveniente que la juventud respete á los ancianos, preste oído á sus discursos, les pida consejo, les de ayuda, y mediante cuidados constantes, sostenga su debilidad.

Reconócese á un niño bien educado por las atenciones que tributa á las personas avanzadas en años, por el respeto que les manifiesta y por los cuidados que les prodiga. Joubert recomienda que se estime sólo á los jóvenes que sean corteses y urbanos para con los ancianos.

En Esparta, ordenaba una ley al joven que se levantase al acercarse un anciano, lo saludase si lo encontraba, le cediese el paso, se callase cuando el viejo hablaba y le manifestase doquiera gran veneración. Lo que hoy no prescribe la ley, lo manda la cortesía.

En el ardor y lozanía de sus veinte abriles, el joven no piensa en la muerte y menos en la vejez. No puede imaginarse que un día se verá él también reducido á la impotencia, que sus miembros cansados se negarán á servirle, que sus sentidos fatigados, con dificultad le permitirán comunicar con este mundo, que hoy constituye su alegría y felicidad.

## VII. — El Respeto á los desgraciados y á los pobres.

Sobrellevada con valor y entereza, la desgracia es merecedora del respeto. Por medio de la lucha se adquieren y se perfeccionan la paciencia, el valor y todas las virtudes de fortaleza. Al desenvolver la energía, forma la lucha los grandes caracteres.

Sin el padecimiento, es imposible elevarse al heroísmo del bien; por eso dice el Evangelio: *¡ Bienaventurados los que sufren! ¡ Bienaventurados los pobres!*

Por medio de éstos, según la bella expresión de San Francisco de Asís, conseguimos dar algo á Dios.

Con harta frecuencia se quiere llamar crimen á su miseria, se les desecha y menosprecia. Inclinarsé hacia ellos con bondad, es engrandecerse, es hacerse acreedor á la gratitud del mismo Dios.

¡ Señor, yo te bendigo!  
En caridad, por tí. mi alma se abrasa;  
Dejando yo al mendigo  
De mi menguado bien limosna escasa,  
De sus ojos inmóviles, sin vida,  
La engrandeció una lágrima caída.

(RUIZ AGUILERA.)

No basta dar, es preciso, por decirlo así, saber engalanar la ofrenda, para acrecentar su valor. *Bis dat qui cito dat*, « quien da presto da dos veces, » reza la locución latina.

Nada conmueve tanto á los pobres como el verse tratados con benevolencia; como tampoco los hiere nada tan profundamente como las palabras arrogantes, los modales altaneros, aun cuando vayan acompañados de una copiosa limosna.

Un ademán afectuoso, una palabra de aliento, suelen causar más gusto á un desgraciado que una moneda.

Distínguense dos clases de ayuda ó de socorro: la que honra y la que humilla.

*La asistencia honra, cuando agrega al pan que alimenta, la visita que consuela, el consejo que dirige, el apretón de manos que anima; cuando trata al pobre como á un amigo, un hermano, un superior. Causa humillación, cuando considera sólo las necesidades materiales, los sufrimientos de la carne, el grito del hambre y del frío, lo que nos mueve á compasión, lo que socorremos aun en los animales. (OZANAM.)*

Hay muchos ingratos entre los pobres, dicen algunos. Tal vez sea esto verdad, mas no obsta para que demos con generosidad. La verdadera caridad no hace cálculos; abre las manos y cierra los ojos.

## VIII. — La Distinción.

La distinción es el reflejo de la belleza del alma sobre el individuo; es la superioridad de la virtud sobre el vicio, de los sentimientos nobles y elevados sobre las ideas bajas y ruines.

Se adquiere la distinción; no pertenece ni á la alcurnia, ni á la situación, ni á la fortuna; es galardón magnífico de una juventud virtuosa.

El joven distinguido se hace notar por la expresión de su

fisonomía, lo digno de su continente, lo noble de su lenguaje, las hermosas dotes de su espíritu y su corazón.

Aun cuando carece de dones físicos, es su rostro amable, gracioso, simpático. Su traje, aunque sencillo, es elegante y está llevado como es debido. Su limpieza es irreprochable.

Con la cortesía del corazón, une la de los modales. Su andar es decidido, sus ademanes moderados, y su lenguaje en ningún caso se vuelve trivial ó grosero. Aborrece esas expresiones incultas que se oyen en las calles y que constituyen el caló ó jerga de la gente soez y descarada.

El joven distinguido no se complace en lo bajo y vulgar; dirige sus aspiraciones hacia lo verdadero, lo bueno y lo bello. Apasionase fácilmente por los grandes pensamientos y las causas nobles.

Posee sobre todo la distinción del corazón, sin la cual nada valen las demás elegancias. Sabe vencerse, dominar sus malas inclinaciones, y no exceder los límites de la dignidad.

Bueno y generoso, el joven distinguido patrocina las obras caritativas, y gustoso se priva de cualquier cosa para ayudar á los que padecen : á los enfermos, á los indigentes, etc.

Es fiel y abnegado para con los amigos á quienes ha elegido y que son, como él, distinguidos, no sólo en los modales, el tono y el lenguaje, sino también en el espíritu y el corazón, en la abnegación y la virtud.

*Nada puede parangonarse, dice Renato Bazin, con el hechizo que produce la vista de un joven distinguido; su aspecto solo hace vibrar todos los sentimientos generosos; las miradas se detienen en él con complacencia, y se siente uno inclinado á amarle, aun antes de conocerle.*

---

## CAPÍTULO SEXIO

# LA MESA

### I. — La Sobriedad y la Gula.

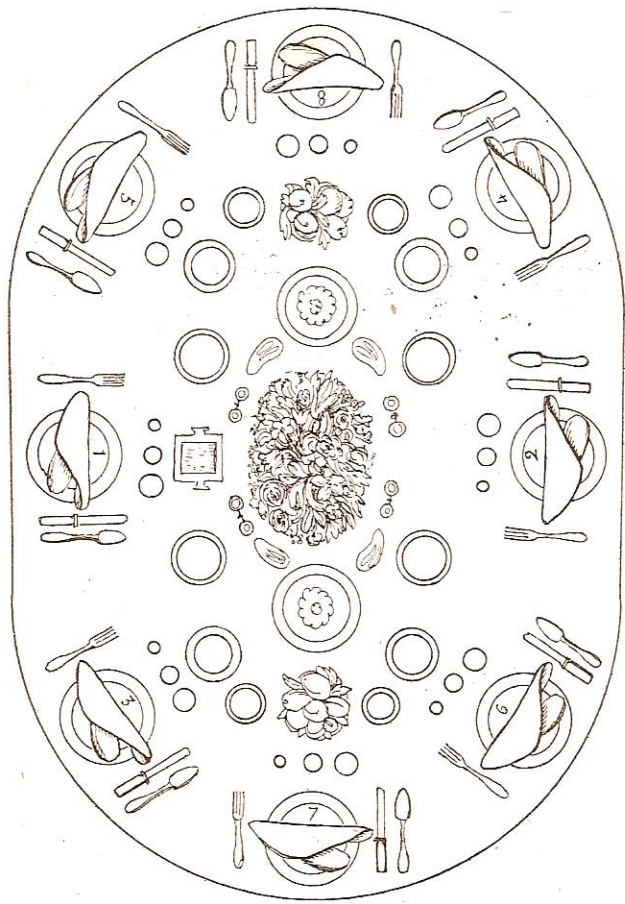
La gula, *defecto de las almas que carecen de talento*, no es menos dañosa para el espíritu que para el cuerpo. Entorpece el entendimiento, debilita la voluntad, vuelve egoísta, colérico, perezoso. Basta, como suele decirse, ver á una persona mientras está á la mesa para estimarla en su justo valor. *Una de las mayores injurias que pueden inferirse á un hombre es echarle en cara que es aficionado al vino y comilón.* (S. JUAN BAUTISTA DE LA SALLE.)

La sobriedad que La Rochefoucauld llama *amor á la salud*, es el medio por excelencia para perfeccionar la inteligencia y precaverse de la mayor parte de las pasiones y enfermedades. Es la receta de las personas que llegan á edad muy avanzada.

En los monasterios de trapenses, son desconocidas muchas enfermedades, y en ellos puede verse crecido número de ancianos sanos y robustos.

Hallándose en la corte del rey de Persia, preguntó cierto médico muy célebre cuál era el régimen que se seguía para la mesa real. *Se come cuando se tiene hambre, y nunca hasta satisfacer por completo el apetito.* — En tal caso, respondió el médico, *nada tengo que hacer aquí*, y se retiró.

En medio del pasto más rico, sabe el buey moderarse; harto ya, el buitre deja su presa: sólo el hombre, entre los seres vivos, se propasa en el alimento y la bebida.



**Orden de los asientos.** — 1 Amo de la casa. — 2 Ama de la casa. — 3 Primer puesto de honor (señora). — 4 2º puesto de honor (hombre). — 5 3º puesto de honor (señora). — 6 4º puesto de honor (hombre). — 7 y 8. Jóvenes, niños.

La gula es la pasión dominante de los niños; no se ha de favorecerla, sino combatirla. Se debe darles, en horas fijas, un alimento sano, copioso y sencillamente aderezado. Los manjares fuertemente condimentados, el vino no aguadao, el café, los licores, todo cuanto es excitante les es dañoso, á no ser que se trate de raquíticos ó escrofulosos.

Conviene acostumarlos desde temprana edad á que coman con limpieza y aseo, y recordarles muchas veces que en la mesa, como en cualquier otra parte, requiere la urbanidad que uno se olvide de sí propio para dar gusto á los demás.

Las comidas pueden dividirse en dos grandes categorías : las *de etiqueta* y las *de familia*.

## II. — Las Comidas de etiqueta.

Las comidas de etiqueta : banquetes, festines, comidas de boda, etc., exigen un cumplimiento más exacto y prolijo de las reglas de la mesa y de su ceremonial.

Casi todos tenemos ocasión de asistir, siquiera alguna vez, á esta clase de comidas. Conviene pues conocer los usos que en ellas se practican, si no se quiere parecer torpe é ignorante.

Quando uno ha sido invitado á una comida de etiqueta, debe concurrir á ella con traje apropiado é irreprochable, y presentarse en el salón unos diez minutos antes de la hora señalada. Llegar más temprano fuera indiscreción; más tarde sería falta de cortesía.

Tan pronto como el criado anuncia que la *Señora está servida*, el dueño de la casa presenta el brazo izquierdo á la señora más calificada para ir al salón del banquete. Todos los caballeros hacen otro tanto, cuidando de franquear, ellos primero, el umbral de las puertas. Los sacerdotes y religiosos quedan excusados de dar el brazo á la señora á quien acompañan. En el desfile toma cada cual el orden que le conviene; los jóvenes quedan los últimos.



Al llegar á la mesa, aguarda uno, que la dueña de casa le indique el puesto que debe ocupar; si los nombres de los convidados se hallan escritos en tarjetas ó sobre las *minutas*, trata de encontrar el suyo comenzando por los puestos menos honorables.

Entonces se hace la oración, sin ostentación como sin respeto humano. En las comidas académicas, Monseñor Dupanloup, el ilustre obispo de Orleáns, decía la bendición y la acción de gracias en voz alta é inteligible, y el mismo Dumas (hijo) se persignaba.

Sólo después que toma asiento el dueño de la casa, debe uno sentarse y tomar la servilleta, la cual no se mete en el cuello ni en el ojal, sino que se extiende sobre las rodillas, sin desplegarla del todo.

En la mesa, el joven bien educado evita hacer ruido con el cubierto, comer demasiado, llenar mucho la cuchara ó el tenedor, alzar el plato para tomar las últimas gotas de caldo, y, con mucha mayor razón, beber en el plato. Cuando la sopa está muy caliente, no la sopla, sino que espera que se enfríe y toma de los bordes. Deja la cuchara en el plato para que se la quiten.

Colocado al lado de una señora ó de un anciano, les sirve de beber, les presenta las especias, los entremeses, y les presta todos aquellos servicios mínimos que están de su mano, sin mostrarse demasiado obsequioso.

El *pan* se parte á medida que uno lo come; no se corta. Los pedazos han de ser bastante pequeños para poder introducirse en la boca de una vez.

La carne se corta teniendo el tenedor con la mano izquierda y el cuchillo con la derecha. Debe cortarse pedazo por pedazo y no toda de una vez.

Asir los huesos con los dedos, ya para desprender de ellos la carne, ya con mayor razón para llevarlos á la boca, es contrario á la buena educación. Cuando se les ha quitado la carne, se colocan en el borde superior del plato,

esto es, sobre el borde opuesto al que está más cerca de nosotros. No está permitido partirlos, ni introducir en ellos el tenedor ó el cuchillo para sacar la medula.

A la reina Victoria de Inglaterra le gustaba mucho comer caza. Estando en familia, se valía con frecuencia de los dedos para roer algún alón de perdiz. Una princesita, admitida á su mesa, quedó indignada, y, señalando á la reina, exclamó : ¡ Oh ! ¡ qué desaseada ! ¡ come con los dedos ! Aquella ocurrencia provocó una carcajada.

Las personas que *saben* comer pueden permitirse ciertas licencias que nunca parecerán groseras, por el modo delicado y fino con que proceden.

No se deben aplastar las *legumbres* para formar una especie de gacha, ni migar pan en el plato para comer un guisado muy líquido ó para arrebañar una salsa.

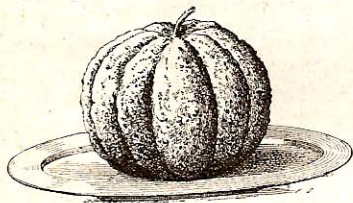


Fig. 1. — Melón.

tiende con el cuchillo sobre cada bocado de pan ; no está permitido hacer rebanadas de pan con mantequilla, á no ser para tomar el te.

El *cangrejo*, la *langosta* se comen, mientras sea posible, con el tenedor ; pero es muy lícito valerse de los dedos para romper las bocas ó las patas.

Los huesecitos de *aceitunas* se colocan delicadamente en la mano ó sobre el tenedor, y luego en el borde del plato.

Las *ostras* se arrancan con el cuchillo, luego se aproximan

Los *rábanos* se llevan á la boca con la mano.

El *melón* se come valiéndose del cuchillo y del tenedor. Se sirve generalmente á los postres.

La *mantequilla* se ex-

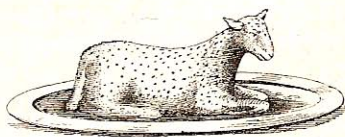


Fig. 2. — Cordero con mantequilla.

á los labios y se sorben. Es preferible valerse de un tenedor especial.

Los *huevos* pasados por agua se comen con una cucharita; los huevos con crema, con la cuchara ordinaria, y fritos ó en tortilla, se comen con el tenedor.

Requíerese cierta habilidad para comer como es debido un huevo pasado por agua; el uso no consiente que se vacie su contenido en el plato: se coloca el lado más delgado del huevo sobre la huevera; después, con un *golpecito seco del cuchillo*, se rompe el cascarón á la altura deseada. El agujero debe ser suficiente para que se puedan mezclar la clara y la yema con la cucharita. Está permitido mojar en el huevo rebanaditas de pan cortado en filetes.

Las *papas* asadas se mondan en el plato; los trozos, sobre los cuales se extiende un poco de mantequilla, se llevan á la boca con el tenedor. Este plato no se sirve más que en familia.

El *pescado* y las *legumbres* se comen con el tenedor



Fig. 3. — Tortilla.

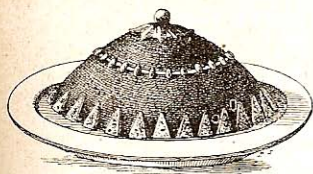


Fig. 4. — Espinacas.



Fig. 5. — Berenjenas.

solo, sin socorro del cuchillo, ayudándose, si se quiere, con un pedazo de pan.

Las *hojas de alcachofa* se llevan á la boca con la mano, y el fondo, ó sea la parte carnosa, con el tenedor. Las alcachofas enteras se presentan sólo en las comidas de familia.

La *ensalada* se come sola ó con el asado. No se la ha de

cortar en el plato ni tampoco mezclarla con otros manjares.

Las mezclas suelen ser poco gratas á la vista ; no se debe abusar de ellas.

Algunos *quesos* se extienden, como la mantequilla, sobre cada bocado de pan ; otros se comen con la cuchara ; otros, en fin, se cortan en pedacitos, que se colocan sobre el pan con el cuchillo y se llevan á la boca.

Las *frutas* se toman del plato donde están servidas, ya con los dedos, ya con la cuchara. Para mondarlas y comerlas, se hace uso del tenedor. Sin embargo, no es menester singularizarse ni querer dar una lección, no procediendo como todos. La fruta ni el postre no deben nunca ponerse sobre el mantel.

Las *manzanas* y las *peras* se cortan en cuatro partes, que se pelan separadamente con cuchillo de plata, si lo hay.

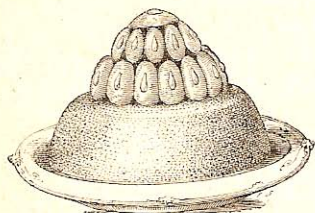


Fig. 6. — Duraznos con arroz.

Los *duraznos* y *melocotones*, si son de cierto tamaño, se mondan y comen como las peras y las manzanas. Antes de llevar los trozos á la boca con el tenedor, algunas personas los espolvorean con azúcar.

Los *albaricoques* y las *ciruelas*, ni se mondan ni se cortan. Se abren para extraerles el hueso y se llevan á la boca con los dedos.

El *higo* fresco se toma por el rabo y se parte en cuatro, sin desprender los trozos. Luego se saca delicadamente con el cuchillo la carne de la piel y se come cada cuarto.

El *racimo de uvas* se tiene con la mano izquierda, y se llevan los granos á la boca con la mano derecha. Cuando se teme ser molestado por las semillas y los hollejos, se pueden dejar en el borde del plato, pero es preferible comerlos.

Las *fresas* algo grandes se llevan á la boca con el tenedor ; las *frutillas* y las *frambuesas*, con la cuchara.

Las *cerezas* se toman por el rabo, una por una. El hueso recibido en la mano derecha ó en la cuchara de postre, se deposita después en el plato.

Las *naranjas* se abren de muchas maneras. Una de las más expeditivas consiste en cortarlas en cuatro partes como las peras y las manzanas y pelar separadamente cada cuarto antes de llevarlo á la boca. El segundo procedimiento muy preferible consiste en cortar la piel exterior y arrancarla con los dedos. Los cascos se separan luego y se llevan á la boca con la mano.

Las *almendras*, las *nueces* y las *avellanas* se parten con la mano, el cuchillo ó el cascanueces; nunca con los dientes.

Las *castañas* se mondan con el cuchillo y se llevan á la boca con la mano.

Las *frutas cocidas* se comen con el tenedor y el cuchillo; las *compotas* y *confituras*, con cuchara ordinaria ó la cucharilla.

Los *pasteles* y *tortas*, cortados en pequeños pedazos en el plato, se llevan delicadamente á la boca con los dedos ó, mejor aún, con el tenedor.

Las *grajeas*, los *caramelos* y las *pastas secas* se toman con la mano, pues no pueden ensuciar. Lo mismo diremos del pan.

Cuando se teme no saber comer como es debido una

vianda cualquiera, ó un postre, queda siempre el expediente de rehusarlos; pues está muy permitido, y es algunas veces conveniente, no aceptar todo lo que se nos ofrece.

Repetimos que para todos los usos prolijos y menudos, conviene tener en cuenta lo que los demás comensales hagan.



Fig. 7. — Frutero.

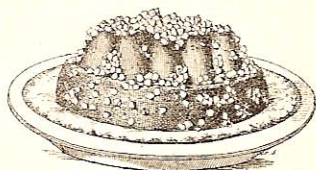


Fig. 8. — Pastel de los tres hermanos.

Y en ciertos casos es más conveniente transgredir las reglas, que distinguirse por observarlas rigurosamente.

Añadiremos, algunas observaciones, que se refieren principalmente á los niños.

No debe uno apoyar los codos sobre la mesa, inclinarse demasiado sobre el plato, accionar con la cuchara, el tenedor ó el cuchillo; manchar el mantel, ó los dedos; dejar en la copa señal de los labios, hablar ó beber con la boca llena; escupir, toser ó sonarse, sin tomar las precauciones requeridas; en resumen se debe tratar de no ser, para los demás comensales, causa de molestia ó de repugnancia.

La cuchara y el tenedor, si se toman en forma conveniente, deben introducirse en la boca por la extremidad y no por el lado.

Durante todo el tiempo que se come un manjar, queda el tenedor en el plato; después se coloca sobre el mantel con los dientes para abajo ó sobre un soporte especial.

La cuchara no se saca del plato; pues casi siempre la retiran cuando se cambia éste.

El cuchillo no debe nunca tocar los labios ni servir para llevar algo á la boca. Cuando se acaba de usarlo se le coloca en la mesa, teniendo cuidado de apoyar la punta en el soporte.

Conviene estar muy atento y vigilarse mucho para no transgredir las reglas de la etiqueta ó los usos de la buena sociedad.

Un profesor francés de bellas letras hablaba cierto día con el poeta Delille de un banquete, donde se había encontrado con gente de la Corte y otros personajes.

« Apuesto, le dijo Delille, á que has cometido allí mil desaciertos.

— ¿Cómo ha de ser? replicó vivamente el profesor, muy inquieto. Me parece haber obrado lo mismo que todos.

— ¡Vaya una presunción! Apuesto, á que no has hecho

nada como los demás. Hablemos sólo del banquete. En primer lugar, ¿qué hiciste con la servilleta al sentarte á la mesa?

— ¿Con mi servilleta? Hice como todos los demás : la desplegué, extendila y metí una de sus puntas en el ojal.

— Pues bien, amigo, fuiste el único que hiciera tal cosa ; no se extiende completamente la servilleta, sino que se deja sobre las rodillas. Y ¿cómo hiciste para tomar la sopa?

— Como todos los demás, me parece. Tomé la cuchara con una mano y el tenedor con la otra.

— ¡El tenedor! Nadie usa tenedor para tomar la sopa. Pero, sigamos. Después de la sopa, ¿qué comiste?

— Un huevo pasado por agua.

— Y ¿qué hiciste con el cascarón?

— Como hicieron los demás, se lo dejé al lacayo que me servía.

— ¿Sin romperlo?

— Sin romperlo.

— Pues bien, amigo, no se come nunca un huevo sin romper la cáscara.

— Y ¿después del huevo?

— Trajeron un plato de pescado, con una salsa muy rica.

— ¿Y cómo lo comiste?

— Pues como todos, con el cuchillo y el tenedor, y luego rebañé con pan la salsa que sobraba...

— Hiciste mal, no debiste emplear el cuchillo, ni rebañar la salsa con pan, y hasta quizás lo hiciste con los dedos... Pero, dime : ¿de qué manera comiste el pan?

— Ciertamente, como todos los convidados : lo corté delicadamente con el cuchillo.

— ¡Vamos, hombre! se rompe el pan, no se corta... Sigamos. ¿Cómo tomaste el café?

— ¡Oh! lo mismo que los demás : estaba caliente, de modo que lo pasé poco á poco de mi taza al platillo.

— Pues bien, obraste como no lo hizo seguramente nadie. Todo el mundo bebe el café en la taza y nunca en el platillo. Ya ves pues, amigo mío, que no dijiste una palabra ni hiciste un movimiento que no fuera contrario al buen tono. »

El infeliz profesor de bellas letras estaba confuso. Durante seis semanas, trató de enterarse por todas las personas que encontraba de algunos de los usos que Delille le había revelado.

Esta anécdota, algo anticuada, contiene pormenores interesantes, y demuestra que es preciso examinar é imitar á los comensales que están al tanto de los usos que se observan en la sociedad culta.

### III. — Modo de servir en la mesa.

Tres modos hay de hacer servir en una mesa :

1.º *El dueño de casa sirve separadamente á cada comensal, empezando por los más calificados.*

Habiendo un criado, éste recibe el plato de manos del dueño de casa y lo coloca ante cada invitado, siguiendo el orden de los asientos. En cambio toma el del comensal, lo lleva al dueño de casa, después de haberle pasado antes la servilleta, que lleva constantemente bajo el brazo. Sería descortés entregar á otro el plato así presentado.

Cuando son muchos los invitados, el anfitrión no sirve sino á los principales, haciendo luego circular las fuentes.

2.º *Después de haber trinchado, el dueño de casa hace inmediatamente pasar la fuente de mano en mano.*

En este caso se sirve uno pronto, con moderación, teniendo cuidado de sacar el trozo que se desea, y de no hacerlo resbalar de la fuente al plato.

Elegir en toda la fuente lo que se prefiere es una incorrección



y una grosería. Los jóvenes no deben tomar los trozos mejores <sup>1</sup>.

No se debe hablar al servirse, pues por distracción podría dejarse caer la cuchara ó el tenedor en la salsa.

Por deferencia, se sostiene la fuente á una señora ó á un superior que se están sirviendo.

3.º *Las viandas quedan algunos momentos en la mesa; después, luego de ser trinchadas en la repostería, las presenta á los comensales un criado.*

Este servirá primero á las señoras, luego á los caballeros. Cuando los invitados son más de diez, conviene organizar servicio doble.

Este modo de proceder conviene para los grandes banquetes, y simplifica la tarea del dueño de la casa.

En rigor, no se debería comenzar á comer de un plato antes que todos estén servidos, cosa que se practica muy rara vez, sobre todo, cuando los comensales son numerosos.

En ciertas comidas, sería difícil, por no decir imposible, aceptar todo cuanto se presenta. Está pues, permitido excusarse, pero no se debe hacer notar que uno se reserva para viandas determinadas ó mejores. Madama de Luxemburgo no podía soportar en su mesa á los indiscretos que repetían de un plato de precio subido.

Se sirve el vino uno mismo, así como los entremeses y los condimentos, y el comensal debe ofrecerlos graciosamente á sus vecinos.

<sup>1</sup> Cuando se sirve á los demás, deben dárseles los mejores bocados. La pechuga del pollo asado pasa por ser la mejor parte del mismo; los muslos valen más que las alas.

En la carne de vaca, son preferibles los trozos entreverados de gordo y magro.

En las aves que escarban la tierra, las alas son más delicadas; pero los muslos valen más en los pájaros que viven principalmente en el aire.

En los patos y sus similares, el trozo de elección es la parte superior de la pechuga, la cual se corta en el sentido de la longitud.

En un lechoncillo, lo más estimado es el pellejo y las orejas.

En las liebres y conejos, las partes más exquisitas son la rabadilla, los muslos y los hombros.

En un lomo de ternera, lo mejor es lo más carnoso; pero el riñón es lo más excelente.

Lo que más se estima en los pescados ordinarios es la cabeza y lo que más cerca está de ella; en cuanto á los pescados que no tienen más que una sola raspa, como el lenguado, el centro es, sin contradicción, lo mejor.

Para llenar la copa se toma la botella por el cuello á una altura suficiente para que el índice pueda alargarse sobre el cuello, teniendo cuidado de no tapar la abertura. Tomarla por abajo es siempre contrario á las buenas costumbres. (Grabado II : *Manera de servirse de beber.*)

Cuando se necesita del sirviënte, no se le llama « mozo », sino por su nombre ó mejor con una seña.

Si la dueña de casa insiste en que se acepte un plato, se debe generalmente acceder.

Los espárragos, las alcachofas, las fresas, etc., se toman con la cuchara de la fuente, y no con los dedos.

La ensalada se toma de la fuente con la cuchara y el tenedor; no debe hacérsele resbalar de la fuente al plato.

Es de buen tono hacer, con tacto y oportunidad, el elogio de los vinos, del servicio y orden de la mës;a; la crítica, aun la más indirecta, nunca está permitida.

Generalmente se habla poco al principio de la comida, y más al fin; nunca se debe volver la espalda al vecino : sería seña de menosprecio.

No es conveniente dejar restos y abandonar la mesa, teniendo aún vino en el vaso. Recargar el plato, pedir más de lo necesario, es exponerse á llamar la atención y á pasar por goloso.

No se debe dejar la mesa sino después de la dueña de la casa; la servilleta se coloca, sin doblarla y sin arrugarla, sobre la mesa ó el respaldo de la silla. No se vuelve á colocar en su lugar la silla que se ocupaba, y se sigue, para volver al salón, el mismo ceremonial de la llegada.

#### IV. — Manera de cortar las viandas.

Saber trinchar es un talento muy apreciable : se adquiere con la práctica. Los jóvenes deben ejercitarse para obtenerlo; pues si llegan á ser hábiles, podrán prestar buenos servicios.

*El jamón* se corta al través en lonjas delgadas entreveradas de gordo y magro.

*La carne de vaca cocida* se corta á través de las fibras musculares, en tajadas ni muy delgadas ni muy gruesas. Los trozos mechados ó que tengan un poco de grasa son los más presentables.

Al trinchar viandas calientes, debe tratarse de obtener trozos cuadrados bastante espesos, y no separarlos unos de otros á fin de que no se enfrien. No se debe cortarlos en rebanadas finas ni extenderlas sobre la fuente. Las viandas frías se cortan por lo contrario en lonjas delgadas siempre perpendiculares al filo del cuchillo.

*Los filetes de vaca y el lomo de ternera* se cortan en tiras transversales y oblicuas. Las partes secas y grasas quedan en la fuente.

*La cabeza de ternera* se sirve bien caliente. Son sus mejores trozos la carrillada, las sienas, las orejas y por último la lengua; se agrega á cada porción un poco de sesos.

*La pierna de carnero* se trincha en tiras delgadas paralelamente al hueso, por el costado exterior del muslo.

Se la toma por el hueso, con la mano izquierda. También se pueden cortar las tajadas perpendicularmente al hueso, y resultan entonces un poco más gruesas.

*El lechón.* Se le corta inmediatamente la cabeza. Se le saca luego la piel en trozos cuadrados, de manera que quede debajo un poco de carne. Se desprenden las orejas y se corta

la cabeza en dos, después el brazuelo izquierdo, el muslo izquierdo, el brazuelo derecho y el muslo derecho.

*El cabrito.* Se separan los muslos, las piernas y las chuletas; los filetes de las piernas son lo mejor que tiene.

*Pavo asado.* Se buscan las coyunturas con la punta del cuchillo, después se sacan las alas, los muslos, la rabadilla, la pechuga, y se rompen los huesos del espinazo. Las alas y la pechuga son los trozos más estimados.

Es preferible no cortar ninguno de los miembros, sino trinchar la pechuga á filetes en toda su anchura.

*El ganso.* Se le corta longitudinalmente en tajadas, de manera que se obtengan cuatro de cada costado.



Fig. 9. — Salchichón.

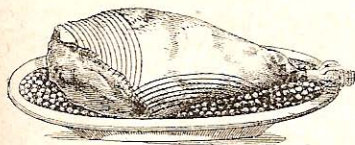


Fig. 10. — Pierna de carnero.

*El pollo.* Para trinchar un pollo se sujeta cogiendo el tenedor, con la mano izquierda, el ala más próxima, se corta la coyuntura, después, teniéndolo firme se tira, y sale el ala fácilmente; al ala debe quedar adherida un poco de pechuga: es el bocado preferido. Se obra de la misma manera con los muslos, que pueden cortarse en dos. Después de haber sacado las alas y muslos, se extrae con la cuchara el contenido,

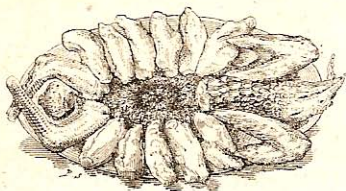


Fig. 11. — Pavo trinchado.

ó sea el relleno, que se dispone convenientemente al lado de cada trozo. Se cortan luego la cabeza y el pescuezo, después se dividen en dos el estómago, el caparazón y la rabadilla.

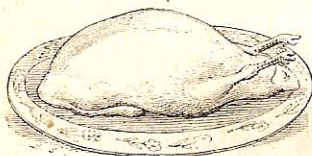


Fig. 12. — Ganso.

después á lo largo ó sólo en dos presas, en el sentido de la longitud.

*El pato.* Se corta la mayor cantidad posible de tajadas de pechuga, luego las alas y los muslos, como para las demás

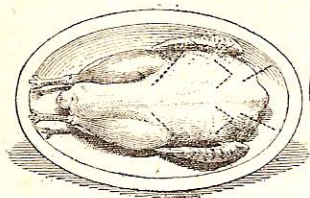


Fig. 13. — Pollo.

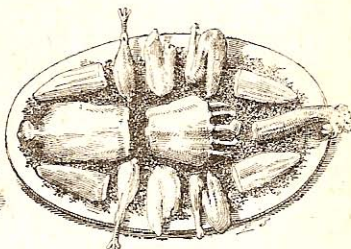


Fig. 14. — Pollo trinchado.

aves. El pavo, el ganso, el pollo, etc., han de presentarse tendidos de espalda; la liebre y el conejo, por lo contrario, colocados boca abajo.

*La carpa.* Se le corta primero la cabeza, que es el bocado más delicado. Se sacan luego la piel y las escamas, que se

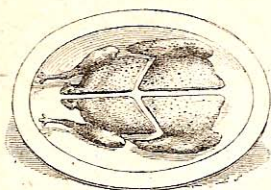


Fig. 15. — Paloma.

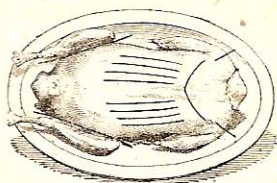


Fig. 16. — Pato.

ponen á un lado. Partiendo de las agallas, se sigue la línea media del cuerpo, línea que está más ó menos señalada en todos los peces grandes. Se divide luego en varios trozos. Lo

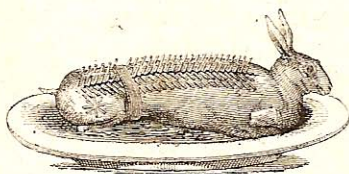


Fig. 17. — Liebre.

mismo se hace con los pescados de mismo tamaño. La cabeza del *salmón* no se sirve.

Conviene que las fuentes tengan dimensiones suficientes, ni

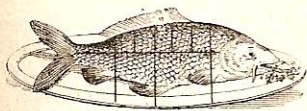


Fig. 18. — Carpa.



Fig. 19. — Trucha asalmonada.

muy grandes ni muy pequeñas. Los cuchillos, largos y estrechos para el jamón, y cortos y delgados para las aves, deben estar bien afilados. Una vianda trinchada con arte ofrece más grato aspecto y aprovecha mejor.

## V. — La Bebida y los Brindis.

El joven bien educado es sobrio y bebe el vino siempre aguado. En cuanto á los vinos finos, los aceptará dos veces cuando más, pues la mezcla de vinos, aun en mínima cantidad, provoca, muy frecuentemente, el mareo, si no la embriaguez.

No bebe á cada instante, y antes y después de hacerlo se limpia delicadamente los labios con el borde de la servilleta (Grabado I : *Manera de beber*).

El vaso se toma generalmente lo más lejos posible de los bordes, y la copa por la parte más delgada, con los dedos y no con la palma de la mano.

Al beber, no hay que mirar acá ni allá, ni hacer ruido con la lengua ó los labios. Después de haber bebido se coloca la copa sobre la mesa suave y silenciosamente.

*Los brindis.* — Generalmente no se pronuncian hoy brindis sino en banquetes celebrados en circunstancias especiales : bautismos, casamientos, fiestas onomásticas.

Deben ser sencillos, breves, poco numerosos, dos cuando más, con su contestación. Los discursos se reservan para banquetes políticos ó de corporaciones.

El discurso se lee ó se declama. Cuando tiene alguna extensión, la primera forma es quizás mejor, sobre todo cuando no se está seguro de la memoria.

Sólo el dueño de casa tiene derecho á brindar á no ser que la comida sea para festejarle á él mismo. En tal caso, corresponde la palabra al comensal más calificado.

Para pronunciar un brindis, debe ponerse en pie el orador, teniendo levantada la copa, que contendrá un poco de vino, y se inclinará al pronunciar de manera distinta algunas breves palabras, como las siguientes ú otras análogas :

*Brindo por la salud de todos los que se han dignado honrar mi mesa, etc., ó para bodas de plata : Bebo por esta prolongada felicidad, haciendo votos por que vea también nuestro querido amigo sus bodas de oro y de diamante.*

Los demás convidados alzan la copa, poniéndose en pie, y beben luego su contenido (Grabado III : *Brindar*).

La persona á quien fué dirigido el brindis se pone en pie, y agradece con un gesto distinguido y gracioso, ó mejor aún con algunas delicadas palabras.

Está permitido brindar por la salud de una persona cuya ausencia se lamenta.

## VI. — El Café.

El café puede servirse en el comedor; lo más común es, sin embargo, servirlo en el salón, donde las señoras están sentadas y los caballeros en pie.

Se colocan en una mesita la bandeja, las tazas, el azucarero y los licores. La dueña de casa sirve la infusión que, según las prescripciones del doctor Rochard, ha de ser *transparente, caliente y cargada*.

La taza debe ser presentada con la mano derecha, y el azucarero con la izquierda, por un niño ó un amigo de la casa.

Los invitados sacan por sí mismos el azúcar con las tenacillas, y no con los dedos (Grabado XVI : *El te*).

Si el café está muy caliente, se le deja enfriar, pero no se le debe soplar ni vaciar en el platillo.

Muchas personas rehusan los licores; no hay que insistir mucho, pues, en ofrecerlos. Si se acepta, sólo se toma una copita.

Está muy conforme con las reglas del buen tono recoger

de manos de una dama, de un anciano ó de un superior, la taza vacía.

Á no mediar circunstancias excepcionales, no se sale de la casa inmediatamente después del café; se debe permanecer con el anfitrión una hora más ó menos.

Los caballeros pueden reunirse en el jardín ó en una sala especial para fumar; pero antes de entrar en el salón, pueden tomar alguna pastilla aromática para atenuar el olor á tabaco que despide su aliento.

Después de una invitación á comer, es costumbre hacer durante la semana una visita, aun cuando no se haya aceptado el convite.

## VII. — La Etiqueta en una comida.

Esta cuestión importa poco á los jóvenes y menos aún á los niños; sin embargo creemos útil decir acerca de ella algunas palabras siquiera.

Quando se ofrece una comida, hay que recibir á los convidados con soltura, amabilidad, distinción y *según su propia situación de fortuna*. Recibirlos sin ceremonia, es casi siempre una grosería.

La elección de los convidados debe ser hecha con tino y discernimiento. Conviene, pues, no reunir en su mesa sino á personas que tengan gusto en juntarse y sean de opiniones parecidas.

*Las invitaciones.* Se hacen éstas de palabra ó por escrito, con plazo conveniente; cuando más, con quince días de anticipación y cuando menos con cuatro.

En rigor, presentando excusas, puede convidarse un amigo íntimo la víspera.

Por escrito, son las invitaciones algo ceremoniosas; de palabra son más familiares y cordiales.



Las fórmulas que se han de emplear varían con las circunstancias. Hé aquí algunos ejemplos :

« El señor Y... tiene el honor de ofrecer al Sr. Z... las expresiones de su respeto, y le suplica tenga á bien acompañarle en su mesa, tal día, á tal hora. »

En el caso de recibir á un personaje eminente ó á un amigo particular del invitado, podría agregarse : « con el señor Fulano. » A los íntimos se escribe en la forma ordinaria de las cartas :

« ¿ Quieres darme el gusto de venir á comer conmigo tal día, á tal hora ? »

El invitado responderá inmediatamente si acepta ó rehusa la invitación.

Sería menester una causa de fuerza mayor para no concurrir á una invitación aceptada, razón que sin demora se debe dar á conocer al invitante, presentándole excusas.

*Colocación de los convidados.* — Debe hacerse conforme á la distinción de los huéspedes, su edad y el grado de parentesco.

Los sitios de honor son la derecha y la izquierda del señor y de la señora de casa, que se colocan una frente al otro en el centro de la mesa. Los amigos y los parientes ceden la preferencia á los extraños.

Al extremo de la mesa, es decir cerca de la puerta de entrada, se coloca á los jóvenes y á los niños.

Si la comida se ofrece para festejar á alguna persona, cualquiera que sea su edad ó sus cualidades, debe dársele el puesto de la derecha del amo ó el ama de casa.

En una comida, á la que no asisten más que caballeros, el anfitrión coloca frente á sí al personaje más calificado. El orden de colocación es entonces : 1.º y 3.º á la derecha é izquierda del anfitrión, 4.º y 5.º á la derecha y á la izquierda de la persona que esté frente á aquél, 6.º y 7.º á la derecha é izquierda de éste, pero en segundo puesto.

El dueño de la casa no cede el lugar de distinción sino á un superior jerárquico y, en tal caso, se coloca frente á éste, á fin de poder vigilar el servicio.

Cuando los invitados son todos más ó menos iguales en dignidad, se les coloca en tal forma que tenga cada cual un vecino que le agrade ; se reservan sólo los cuatro sitios de honor para los menos íntimos.

*De la minuta.* — La *minuta* ó lista de manjares que componen el convite, se divide en tres categorías llamadas : primero, segundo y tercer servicio.

MINUTA

SOPA DE TORTUGA  
 FILETE DE VACA  
 MAYONESA DE PESCADO  
 CON CAMARONES  
 BERENJENAS RELLENAS  
 Á LA BRASILEÑA  
 PICHONES SALTADOS  
 PAVITO TRUFADO  
 ENSALADA — BERROS  
 POSTRES  
 VINOS            CAFÉ

Minuta de una comida.

El *primer servicio* comprende la sopa, los principios, carne de vaca, pescado; *las entradas*, viandas que no sean carne de vaca cocida ni asada. Dos entradas bastan para cada principio.

El *segundo servicio* se compone de *asados*, carne de vaca, pollo, pato, pierna de carnero; de *ensaladas* : espárragos, ensalada rusa; de *legumbres* : judías, frijoles, espinacas, guisantes; de *platos dulces* : crema, helados, etc.

El *tercer servicio* comprende todos los postres : pasteles, quesos, frutas, confituras, compotas, bombones, etc.

A los primeros servicios, se agregan entremeses calientes ó frios : pastelillos, anchoas, mantequilla, rábanos, salchichón, etc.

En una comida algo ceremoniosa, el pescado es casi indispensable.

Los vinos son de tres clases : el vino ordinario, los vinos finos y los vinos de postre. En muchos convites se sirve solamente vino corriente, y uno espumoso ó licoroso.

Los postres han de ser abundantes, y las frutas bien maduras.

*Disposición de la mesa.* Para festejar á los convidados, se coloca en la mesa lo mejor que se tenga de mantelería, porcelana y cristal.

La *mesa* debe, ante todo, estar cubierta con un tapiz grueso de muletón blanco, destinado á amortiguar el ruido que produce el choque de los platos, vasos y demás accesorios. Encima,

se coloca un *hermoso mantel* que puede ser adamascado y adornado con entredoses de encaje y armas ó cifras bordadas.

Un mantel de lienzo fino, de color amarillo tenue, con guarnición de ramilletes, constituye un gracioso capricho.

Los postres, artísticamente adornados con ramos de flores, se distribuyen simétricamente, las pastas frente á las pastas, las frutas frente á las frutas. Todo se dispone de manera que impresione agradablemente á la vista.

La mesa ha de ser bastante ancha para que quepa en ella cómodamente el servicio y lo suficientemente larga para que los invitados no se vean estorbados en los movimientos : 60 ó 70 centímetros por persona.

Todo cuanto se sirva á los convidados debe ostentar exquisita limpieza. Este lujo barato, que nada puede suplir, está al alcance de todos los bolsillos.

El tenedor se coloca á la izquierda del plato, el cuchillo y la cuchara á la derecha. La servilleta, entre cuyos pliegues estará medio oculto un panecillo, se coloca sobre el plato. La tarjeta de la minuta vuelta para abajo se coloca sobre la servilleta. Cuando el invitado se haya sentado, la volverá y luego la colocará á su derecha, junto á la cuchara, y delante de los vasos, que estarán dispuestos en línea ó en ramillete.

Las botellas, botellones y saleros estarán distribuídos con simetría, de manera que puedan fácilmente alcanzarse.

Es muy conveniente servir el vino en botellones, cerrados con un tapón de cristal.

Se cambia de cubiertos después del pescado y de los platos azucarados y, en algunas casas, después de cada plato.

Cuando ha terminado el segundo servicio, el sirviente saca los entremeses, los saleros, las angarillas, los frascos de mostaza, y no deja en la mesa sino los postres.

Para los postres dulces, trae á cada invitado el plato de postre sobre el cual ha colocado el juego de cubiertos : cuchara y cuchillo, y hace pasar en seguida los pasteles.

Presenta los quesos, que lo mismo que los vinos añejos no deben figurar antes sobre la mesa : hace luego pasar los postres en el orden siguiente : frutas crudas, confituras, compotas, bombones.

Por lo común se trincha en la cocina ; pero, en algunas comidas íntimas, el dueño de casa trincha él mismo ó hace trinchar por un comensal hábil. En tal caso, este último, después de terminada su tarea, presenta la fuente

á la persona que preside, á fin de que ésta la ofrezca á lo comensales.

MINUTA	
—	
MAYONESA DE POLLO	
JAMÓN CON JALEA	
FILETE DE VACA	
CON SETAS	
COSTILLAS DE PEJERREY	
LEGUMBRES	
LECHÓN ASADO	
ESPÁRRAGOS	
POSTRES — FRUTA	
VINOS	CAFÉ

Minuta de un almuerzo.

la persona más calificada.

Durante toda la comida, tomarán los sirvientes los cuidados más minuciosos para evitar los accidentes, y no hacer ruido con las copas ó los platos ó al caminar.

*Minuta de un almuerzo.* La *minuta* del almuerzo es parecida á la de la comida, con la diferencia de que los entremeses reemplazan la sopa y de que no se sirve carne con salsa.

## VIII. — La Comida en familia.

Pocas personas cumplen en la mesa con todas las reglas de la cortesía, y manejan diestramente el tenedor y el cuchillo, porque en su casa, en la intimidad, no se observan lo bastante.

Habituándose á comer correctamente en familia es como

Los cubiertos de trinchar se colocan delante del dueño de casa, y las cucharas para los guiso dos ante la señora.

Los criados deben estar muy atentos á fin de que nada falte á los invitados, y para acudir á la primera señal.

Pondrán en reserva sobre una mesa próxima, platos, vasos, cuchillos, tenedores,... para darlos inmediatamente á los convidados que los pidieren.

Para servir, se colocarán los sirvientes á la izquierda, y á la derecha para escanciar vino en las copas y quitar ó colocar los platos. Presentarán dos veces las fuentes y no las colocarán nunca, al llevárselas, unas sobre otras. Quitarán primero los platos que estén enfrente de

se llega á conocer y practicar esa cantidad de nimios pormenores que ha introducido el uso en las comidas.

Dichas pequeñeces varían con el tiempo y los lugares; pero lo que es invariable, lo que data de tiempo inmemorial en todas partes, es que se debe comer con aseo, limpieza y elegancia, y no ser para los demás un motivo de molestia ó de repugnancia.

En la mayoría de las familias se sirven tres comidas al día : el *desayuno* á las siete, el *almuerzo* á mediodía y la *cena* por la noche.

*Del desayuno.* — El desayuno se sirve casi siempre en particular. Se compone ordinariamente de café con leche y mantequilla, ó de chocolate y de miel.

Parte uno mismo el pan, para mojar los trozos en el café, sin servirse del cuchillo. Si gusta la mantequilla, pueden hacerse pequeñas rebanadas, y tomar alternativamente un bocado de pan y una cucharada de café. Es contrario al buen tono conservar la taza en la mano, y, con mayor razón, el beber con la taza.

El chocolate se toma como el café con leche, con esta diferencia que, en vez de hacer rebanadas con mantequilla, se suelen hacer con miel.

*Del almuerzo.* — La segunda comida se verifica á mediodía y toma el nombre de *almuerzo*. Compónese generalmente de una sopa (que algunas veces se suprime), un plato de carne, otro de legumbres y de uno ó dos postres.

En las comidas de familia se observan las mismas formalidades que en las de ceremonia; sin embargo, hay en ellas menos severidad en lo tocante á las reglas de etiqueta. Así, pues, está permitido colocarse la servilleta al cuello ó prenderla del ojal, para preservar mejor el vestido; pero no debe la persona sentarse muy cerca ni muy lejos de la mesa, manifestar su gusto ó repugnancia por ciertos manjares, oler el primer bocado de carne, palpar las frutas para conocer su grado de madurez, etc. etc.

Para servir, se toma la cuchara con toda la mano; para

comer se la tiene con el pulgar puesto sobre la parte superior y los dos dedos siguientes bajo ella. Para pasarla á alguno, se la toma por el mango, con el pulgar y el índice, y luego se presenta sin tocar su concavidad.

El tenedor se coge como la cuchara, y también poniendo el pulgar sobre la hoja y los tres dedos vecinos de abajo, la mano á medio cerrar.

El cuchillo se toma con toda la mano, poniendo el índice sobre el mango y el pulgar sobre el lado.

La cuchara no debe nunca colocarse apoyada en el plato y con el mango sobre el mantel; lo propio diremos del tenedor.

La urbanidad más elemental prohíbe comer á troche y moche, cortar bocados muy grandes, ó embadurnar con salsas el tenedor ó el cuchillo.

Es faltar gravemente á la buena educación llenar la copa por completo y vaciarla de un trago. No se debe sacar la sal del salero con el mango de la cuchara ó del tenedor, sino con la cucharita especial, ó, si no la hay, con la punta del cuchillo, bien limpio.

Romper las nueces, las avellanas ó las almendras con los dientes es grosero y peligroso.

En la mesa, y sobre todo en familia, el niño bien educado es amable y gracioso; no permanece extraño á la conversación, pero recuerda siempre que el medio por excelencia de hacerse agradable es *saber escuchar*.

*De la cena.* — La comida de la tarde se compone de una sopa y de dos ó tres platos.

Como en todas las demás comidas del día, no debe nadie mostrarse exigente para la alimentación.

Algunos niños, tan caprichosos como mal educados, no encuentran nada á su gusto. No prueban un bocado de tal manjar, y de otros dejan más de la mitad. Si se les sirve sopa, sacan con cuidado todas las legumbres, con las que hacen alrededor del plato una corona de aspecto más ó menos caprichoso. No hay medio de satisfacerles.

Se les vé rehusar la carne y las legumbres y no aceptar más que confituras ó chocolates. ¡Cuán lamentable es el proceder de esos niños!

Después del ejercicio violento de la palestra y de un baño en el Eurotas, los antiguos Espartanos encontraban muy apetitoso su grosero plato de jigote negro.

« Un buen recurso para encontrar excelentes todos los manjares, dice San Juan Bautista de la Salle, es quedarse algún tiempo sin comer; los alimentos que uno creía no poder comer, parecen entonces deliciosos. »



## CAPÍTULO SÉPTIMO

# BEBIDAS HIGIÉNICAS

### I. — El Vino.

Las bebidas higiénicas son el *vino*, la *cerveza*, la *sidra* y sobre todo el *agua pura*, que es la mejor de todas ellas.

El vino es un líquido útil y agradable, que estimula las fuerzas. No alimenta, pero es un excitante de corta duración. Esta propiedad la debe probablemente al alcohol, cuyos efectos modifica acertadamente el tanino contenido en las pipas, la película y el escobajo de la uva; lo mismo hacen las sales de potasa, de sosa, y los aceites esenciales que le comunican su fragancia.

Los vinos demasiado alcohólicos perjudican á la salud; si tienen más de ocho grados, en vez de favorecer la digestión, la atrasan, y si más de 15 grados, la estorban casi completamente. Hay que beber moderadamente en las comidas, comenzando por las bebidas menos alcohólicas, por el vino aguadao, y terminando con las más fuertes. En una comida de familia, se tomarán, por ejemplo, dos vasos de vino mezclados con agua y á los postres otro de vino puro. *Nunca licor alguno.*

Bebido moderadamente, el vino facilita la digestión, robustece la salud, da vigor al convaleciente y á las personas agotadas por el trabajo, la edad ó las enfermedades.

Útil para ciertos temperamentos, es dañino para otros. Estimulante precioso para un temperamento blando, linfático, escrofuloso, es peligroso para las personas fácilmente *congestionables*, para las que adolecen de *movimientos convulsivos*, ó que sufren ó están amenazadas de *enfermedades de estómago, hígado, riñones*, y para cuantas se ven á menudo afectadas por violentas pasiones: la cólera, el odio, la impureza.

Se debe pues tomarlo con moderación, y no olvidar que



LÁMINA VI. SALUDO EN LA CALLE



**Al dirigirse a una persona.** — Detenerse. — Reunir los pies. — Descubrirse con la mano derecha. — Saludar tanto más profundamente cuanto más consideración se debe a la persona. — Tener cuidado de no dejar ver lo interior del sombrero.

consumido con exceso, produce funestos efectos. Nunca se deberá tomarlo en ayunas.

En la Roma antigua, la ley prohibía el vino á las mujeres y no lo permitía á los hombres hasta los 30 años de edad. Estas prescripciones eran realmente sabias y conformes del todo con las reglas de la higiene moderna.

## II. — La Cerveza y la Sidra.

La cerveza, no falsificada, es una bebida tónica, refrescante y nutritiva; pero no merece, por cierto, el nombre de *pan líquido* que algunos aficionados le han dado. Contiene de 4 á 5<sup>o</sup>/<sub>o</sub> de alcohol, y cuando se abusa de ella, provoca la obesidad y enerva las facultades intelectuales.

La sidra, zumo fermentado de la manzana, es poco alcohólica, pues no pasa de 3 grados; no conviene á ciertos estómagos.

## III. — El Café y el Te.

El café y el te son dos excitantes: no hay que abusar de ellos. Favorecen la digestión y el trabajo intelectual.

Tomados immoderamente, y sobre todo en ayunas, producen enflaquecimiento, pérdida de fuerzas y causan graves perturbaciones nerviosas. « Los padres, dice un tratadista, deben prohibirlos á sus hijos, si no quieren que se conviertan en figurillas secas, achaparradas y viejas á los veinte años. »

## IV. — El Agua.

La mejor y más higiénica de todas las bebidas es, sin discusión, el agua de fuente, fresca, limpia, inodora y de sabor agradable. No contiene microbios ni materias orgánicas. El ilustre Pasteur nunca dejó de recomendarla.

Para convenir á la alimentación, el agua de pozo ó río debe hervirse ó filtrarse; pues se hallan frecuentemente en ella gérmenes de enfermedades contagiosas, y en particular de la fiebre tifoidea.

*Cualquier agua vale más que el mejor vino*, ha dicho un médico célebre. Es esto algo exagerado, con todo, no puede negarse que el agua favorece la salud y prolonga la vida. Otro médico ha escrito: « Los bebedores de agua tienen mejor apetito y mejor salud; viven más tiempo. » (Dr HOFFMANN.)

En la gobernación de Kásán (Rusia), la mortalidad entre los Tártaros mahometanos es de 29 por ciento, mientras que entre los Rusos es de 40 por ciento. Las condiciones de la vida son iguales para los Rusos y para los musulmanes; sólo que estos últimos no toman vino.

Algunas compañías inglesas de *Seguros sobre la vida* conceden una importante reducción de prima (15 %) á los que beben sólo agua; pues han comprobado que, de 1.000 asegurados *bebedores de agua*, 590 llegan á los sesenta años, y que, de un número igual de asegurados que toman vino, sólo 453 llegan á dicha edad.

---

## EL ALCOHOLISMO

### I. — Sus peligros.

Un sabio moderno, J.-B. Dumas, en una conferencia notable, pedía hace poco tiempo que se hiciese un llamamiento « á la religión, á las luces de la ciencia, á las abnegaciones de la caridad, á las precauciones de la razón de Estado, para combatir el terrible azote del alcoholismo, que tan graves daños físicos y morales produce, y que podrá, en poco tiempo, causar la ruina de los países más ricos ». (*Discurso á la Sociedad de temperancia.*)

El alcoholismo es un envenenamiento lento, que destroza profundamente el organismo, disminuye las fuerzas físicas, intelectuales y morales, y conduce fatalmente á la demencia ó á la muerte.

Es la más terrible plaga de nuestra sociedad. « Hace por sí solo, decía el ilustre Gladstone, más daño que la guerra, la peste y el hambre. »

Se llega á ser alcohólico, no sólo por la embriaguez repetida, sino también tomando, aun en dosis mínimas, aperitivos ó licores.

El alcohol es un líquido volátil, que se obtiene por fermentación y destilación de las substancias azucaradas, feculentas ó amiláceas. El vino produce aguardiente; de la melaza sale el ron; el enebro, el trigo, el centeno, la cebada, el maíz, la avena, las patatas, los trapos suministran los alcoholes llamados *de industria*.

Todos los alcoholes son venenos, pero en grados diferentes. Los industriales son mucho más tóxicos que los otros. Suelen tener un sabor desagradable, que se disimula convirtiéndolos en licores ó aperitivos, por medio de esencias, algunas de las cuales son también venenos enérgicos.

La esencia de ajeno es tan tóxica que un gramo, inyectado en las venas de un caballo, le causa en el acto una crisis de epilepsia.

Durante largo tiempo, tuvo el alcohol reputación exagerada é inmerecida. Considerábasele como una panacea universal, capaz de sanar los males todos tanto del espíritu como del cuerpo. De ahí, el nombre de *agua de vida* que le dieron los Franceses y los Italianos; mejor hubiera sido llamarlo *agua de muerte*.

El alcohol dista mucho de tener las propiedades que le atribuyeron en otro tiempo los prejuicios populares. *No alimenta, ni calienta*, excita al hombre momentáneamente para sumergirlo luego en un abatimiento mayor.

## II. — El Alcohol no alimenta ni calienta.

Dos centavos de pan contienen 90 veces más alimento que dos centavos de vino y 437 veces más que dos centavos de coñac.

La cerveza es la más alimenticia de las bebidas fermentadas, y sin embargo, un kilogramo de pan contiene más substancias nutritivas que 12 litros de cerveza y suele costar 30 veces menos.

Lo que nos hace creer que el alcohol alimenta, es que excita mucho el sistema nervioso, y que en vez de estimular la digestión la retrasa.

Después de beber una ó dos copitas, acelérase el pulso y late el corazón con más fuerza; los colores salen al rostro, se enardecen las mejillas, acude la sangre hacia la epidermis, la superficie del cuerpo se calienta y transmite su calor al aire ambiente, lo cual produce un enfriamiento. Por eso, es hartó común en invierno, que los borrachos, al salir de la taberna, cojan resfriados y congestiones mortales.

Mientras más frío haga, con más cuidado deben evitarse los licores, éstos no nos calientan un momento sino para enfriarnos más que antes.

El célebre navío *Fram* llevó á cabo, en 1898, un viaje á las regiones polares. El médico del barco no consintió que se embarcase ni una sola gota de alcohol en el buque, y fué aquella la primera expedición de su clase de la que hayan vuelto todos los hombres sanos y salvos.

### III. — El Alcohol excita, y luego causa estupor.

El alcohol es un estimulante del cual no conviene abusar. Al médico toca indicar el tiempo y modo en que se ha de usarlo.

El cuerpo humano es una máquina admirablemente organizada, pero delicadísima. Requiere muchas precauciones: si se conmueve demasiado su sistema nervioso, se le expone á graves enfermedades.

Un caballo pesadamente cargado sube con mucho trabajo una cuesta. Si le dáis un recio latigazo; el animal, sobreexcitado, apresura el paso y vuelve luego á su primera lentitud. Pero si le dáis un segundo, un tercer y un cuarto latigazo, la pobre bestia acaba por desfallecer: mejor hubiese sido hacerla descansar y darle un poco de cebada. Una alimentación buena y sana vale más que todos los excitantes, y que todos esos latigazos momentáneos.

Por otra parte, la sobreexcitación producida por el alcohol

es de muy breve duración; síguele, casi inmediatamente, una gran postración, como puede comprobarse en ciertas escenas harto frecuentes en las tabernas y despachos de bebidas.

Después de los primeros tragos, los bebedores se animan, hablan de un modo festivo y casi ingenioso. Conforme van vaciando botellas, se vuelven más comunicativos; hablan sin tino y cantan alegremente.

Luego crece su sobreexcitación; cantan, gritan ó riñen. Todos hablan, ninguno escucha.

La calma se produce poco á poco. Las cabezas se vuelven pesadas, las lenguas pastosas, las piernas se tambalean, caen las copas de las manos, sienten los borrachos necesidad de vomitar y se duermen con sueño profundísimo. Sucede á la sobreexcitación un completo embrutecimiento.

Cuando Noé hubo plantado la vid, dice un cuento árabe, Satanás fué á regarla con la sangre de diferentes animales y finalmente con la de un puerco. Por eso aquél que abusa del pérfido licor acaba por asemejarse á ese animal inmundo, que se revuelca en el cieno y se duerme.

El alcohol es un veneno, y sin embargo reina en muchas partes. Con los nombres más variados, desde la montaña hasta la llanura, desde la ciudad hasta el campo, desde el castillo hasta la choza, va sembrando á su paso, al par que una alegría ficticia, la ruina, la desolación y la muerte.

#### IV. — El Alcohol arruina la salud.

Aun tomado en dosis menores muy repetidas, el alcohol ataca rápidamente todos los órganos esenciales á la vida : congestiona el hígado, ulcera los intestinos, seca el estómago y quita el apetito. *Los grandes bebedores*, afirmaba ya Hipócrates, *son incapaces de digerir el alimento necesario á la reparación de sus fuerzas.*

No alimentándose suficientemente, el alcohólico se debilita poco á poco y se convierte en un terreno abonado para recibir y desarrollar los gérmenes de la casi totalidad de las enfermedades contagiosas : viruelas, tifoidea, cólera... ¡ Cuántas

tisis adquiridas ó hereditarias provienen del abuso de las bebidas fermentadas!

Las sobreexcitaciones constantes producidas por el alcohol atacan el cerebro, amenguan las facultades intelectuales, causan la parálisis, la apoplejía y la locura.

El alcohólico es muy irritable; cualquier cosa lo exaspera, lo irrita. ¡Ay de su familia! Para ella no hay reposó, ni tranquilidad, padece á menudo la más profunda miseria. *¿Sabéis lo que bebe ese hombre en esa copa que vacila en su mano temblorosa de embriaguez?... Pues bebe las lágrimas, la sangre, la vida de su esposa y de sus hijos.* (LAMENNAIS.)

El alcohólico no tiene fuerza, ni energía; observa en sí mismo los funestos y espantosos estragos del alcohol, y no obstante, arrastrado por una costumbre que no logra ya vencer, bebe cada vez más.

El alcoholismo puebla los manicomios, las cárceles y los hospitales. No deja esto la menor duda, pues numerosas estadísticas prueban que la criminalidad, los suicidios, los accidentes del trabajo crecen en todas partes al compás del consumo de alcohol.

En ciertos grabados anatómicos publicados por sociedades de templanza, y que muestran á las claras los efectos perniciosos del alcohol sobre los órganos vitales del hombre, léense esas palabras: *El alcoholismo, ese es el enemigo.*

Sí, es en verdad el enemigo del individuo, cuya salud arruina, cuya inteligencia debilita, cuyo sentido moral embota y borra; el enemigo de la familia, á quien empobrece y desconzuela; el enemigo de la patria, que despuebla.

## V. — El Alcoholismo empobrece y despuebla una Nación.

Mientras más se bebe en una profesión, más joven se muere en ella. Los taberneros vienen en primera línea, siguen luego los carniceros, los panaderos, los herreros, los corredores de comercio, etc.

Por consecuencia del abuso del alcohol, el promedio de

la vida humana en Nueva Holanda no pasa de unos 24 años escasos.

De treinta centenarios, hay por término medio *quince* que toman sólo agua, *trece* que consumen una débil cantidad de bebidas fermentadas, y *dos* solamente que usan ó han usado el vino de un modo immoderado.

Todos los médicos é higienistas recomiendan la sobriedad como causa de salud física é intelectual. Ella forma los cuerpos sanos y los entendimientos vigorosos.

Se ha probado que la edad media de 150 anacoretas era de 77 años y 3 meses, y la de 150 intelectuales de 70 años y 2 meses : la mortificación cristiana y el trabajo no hacen morir á nadie.

Á la sobriedad debían los Persas, los Lacedemonios y los Romanos su actividad, su vigor y sus victorias. La intemperancia, al debilitarlos, causó su ruina.

*En la época de la decadencia*, dice Horacio, *las virtudes romanas estaban á menudo iluminadas por el fulguro.*

La casi totalidad de los grandes hombres, tales como Sócrates, Ciro, Pitágoras, César, Carlomagno, Napoleón I, fueron muy sobrios. Masinisa, el más sobrio de todos, venció á los Cartagineses á los noventa y dos años de edad.

Puede decirse, sin temor de engaño, que *sobriedad y virtud, inteligencia, salud y longevidad* son una misma cosa.

## VI. — Conclusión.

El trabajo *físico ó intelectual* se hace más fácil con el uso del agua y se ve estorbado por el alcohol.

Los que sólo beben agua tienen probabilidades de mejor salud y de vida más larga.

Los licores han de ser desterrados de toda alimentación racional. No sólo no son útiles, sino que son perjudiciales.

Debe uno pues :

1º Abstenerse rigurosamente de los licores, aperitivos y vinos demasiado alcohólicos ;

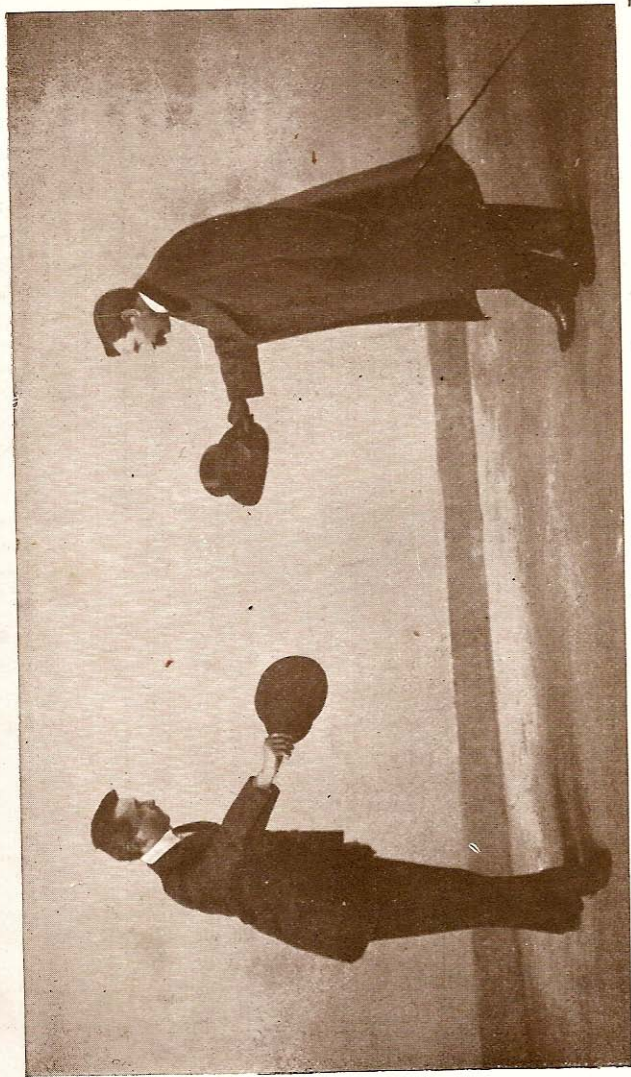
2º No tomar nunca bebidas fermentadas fuera de las comidas ;



3º Si se toma vino en las comidas, debe agregársele por lo menos un tercio de agua.

El único remedio realmente eficaz para que puedan librarse de tan tiránica pasión los alcohólicos y aquellos que; por herencia, profesión ó temperamento, están expuestos á serlo, es la *abstención* completa de vino y de toda bebida fermentada.





**Caminando.** — Descubrirse algunos pasos antes de cruzarse. — Saludar con la mano opuesta á la persona conocida. — Mirarla al mismo tiempo, inclinándose con arreglo á la importancia que tenga. — No dejar ver lo interior del sombrero.

## CAPÍTULO OCTAVO

# MODOS DE PRESENTARSE Á UNA PERSONA

### I. — El Saludo.

El saludo ocupaba en otro tiempo un puesto importante en la educación; se estudiaban entonces con esmero los más prolijos pormenores de este acto. Hiciéronse célebres las lecciones del anciano Vestris al príncipe de Larmarck. En nuestros días, no sucede ya desgraciadamente lo propio y esta muestra de respeto y cordialidad va perdiendo cada vez más el significado que encerraba.

La forma del saludo varia según los tiempos y lugares.

Los Turcos se inclinan, llevándose la mano al corazón, á los labios y á la frente; lo que quiere decir: « Servidor de Vd. con el corazón, la boca y el pensamiento. »

Desde principios hasta mediados del pasado siglo, se saludaba profundamente, *en ángulo recto*; más tarde, acostumbróse hacer una reverencia con la cabeza, teniendo el cuerpo muy rígido; en nuestros días, se inclinan la cabeza y el busto, con toda la elegancia de que es uno capaz.

En el modo de quitarse el sombrero se cifra casi toda la elegancia del saludo. Se debe, después de haberlo levantado ligeramente de la cabeza, bajarlo hasta la mitad del cuerpo y aun más bajo si se saluda á un superior, teniendo cuidado de volver la copa del sombrero para sí.

Es una falta tanto de consideración como de elegancia el

llevar simplemente la mano á la frente, como los militares.

« Saludar con la mano izquierda, dice la baronesa Staffe, es casi grosero, y seguramente falto de gracia. » Algunos profesores de modales afirman lo contrario y recomiendan que se salude, en ciertos casos, con la mano izquierda.

Sería peligroso y descortés conservar un bastón ó un paraguas en la mano con que se saluda.

No está permitido guardar el cigarro en la boca; se lo retira con una mano y se saluda con la otra.

Cuando saluda, sabe el joven bien educado distinguir las más delicadas diferencias. Su saludo, respetuoso para con los superiores, amistoso para con sus iguales, afable para con sus inferiores, es circunspecto y casi frío en algunas circunstancias.

Cuando encuentra á alguna persona á quien debe consideraciones, se descubre dos ó tres pasos antes de llegar al lado de ella, y no vuelve á ponerse el sombrero, sino después de haber pasado aquella. (Grábado VIII : *Encuentro con un superior.*)

Si la persona manifiesta intenciones de detenerse, avanza hacia ella, con el sombrero en la mano, á la altura de la frente, llevándolo algo separado del cuerpo y á un lado, y queda con la cabeza descubierta, hasta que se le diga que se cubra de nuevo.

Si permanece descubierto, mantiene el sombrero con la mano derecha aplicado contra la pierna y con lo interior vuelto hacia sí; la mano izquierda queda pendiente, ó doblada sobre el pecho.

De igual á igual y de superior á inferior, está permitido invitar á cubrirse; pero un inferior peca contra la cortesía si ruega á su superior que no siga descubierta.

Sería una prueba de falta de ingenio pretender establecer un cálculo entre iguales para saber quién ha de saludar primero. La buena educación supone apresuramiento en la cortesía, y prohíbe demasiado rigor en la etiqueta.

Después de haber saludado á un amigo, vuélvese á poner inmediatamente el sombrero en la cabeza, aun cuando se detengan ambos para conversar. Como la calle no es un salón, no se cambian en general sino palabras insignificantes. La persona de más edad es la que comienza y cierra la conversación.

Nunca se permitirá un inferior acercarse á un superior en la calle, y, mucho menos, detenerle para conversar con él.

Cuando la persona con quien se va de paseo saluda á otra, debe imitarse su ejemplo.

En una escalera, en el campo, en un sitio aislado, las personas bien educadas se saludan, aun cuando no se conozcan entre sí. Más vale ser pródigo que parco en saludos.

Cuando un joven bien educado encuentra en una escalera á una persona á quien debe deferencia, se descubre, cediendo el pasamano, y se hace á un lado para dejarla pasar. Si la escalera es estrecha, deberá esperar en el descanso á que aquél baje ó suba. (Grabado IX : *En la escalera.*)

Es un deber arrodillarse ante el Santísimo Sacramento, descubrirse cuando se encuentra una procesión ó una comitiva fúnebre, y saludar, por respeto á su carácter, á los sacerdotes y religiosos.

No devolver un saludo, ó saludar con aire desdeñoso á un protector, « es, dice V. Salvá, un orgullo que suple al ingenio en aquéllos que no le tienen. »

Un gobernador de Virginia estaba hablando en la calle con un negociante, cuando le saludó un negro que pasaba.

El gobernador le devolvió inmediatamente el saludo.

« ¿Cómo, Excelencia, saludáis á un negro? — Sin duda, respondió el gobernador, ¿querriais que se mostrase un negro más urbano que yo? »

## II. — El Apretón de manos y el Abrazo.

El apretón de manos es una muestra de afecto ó de interés, que implica más familiaridad que deferencia; debe ser franco y sin sacudida. (Grabado X : *Manera de dar la mano.*)

En la forma de dar ó retener la mano, hay un sinnúmero de diferencias muy finas que expresan ya la bondadosa protección, ya la cortesía, ó el respeto, ya el afecto, ó una mezcla de estos varios sentimientos.

Al estrechar la mano á una señora ó á un superior, debe hacerse una venia en señal de respeto, y no apretarla ni sacudirla cual se hiciera con un compañero. (Grabado X : *Dar la mano á un superior.*)

Hay personas que dan la mano sin apretarla; otras, que no son más cultas que las anteriores, no presentan más que uno ó dos dedos. Estos modales fríos y reservados manifiestan generalmente naturalezas egoístas y orgullosas.

Es molesto y ridículo el retener mucho tiempo una mano en la propia.

Nunca presenta primero un joven bien educado la mano á una señora, á un superior ó á un extraño á quien se encuentra por vez primera, á menos que éste no sea *amigo de uno de sus amigos*.

Antes de una prolongada ausencia y después de ella, como también en algunas circunstancias especiales, los parientes y amigos íntimos se abrazan en vez de estrecharse la mano. Este testimonio de afecto no se debe dar nunca en público, á no ser á la despedida ó á la llegada de un largo viaje.

Cuando se da un abrazo, es necesario hacerlo franca y diestramente. Puede considerarse como un arte el abrazarse y dejarse abrazar como conviene.

### III. — De las Fórmulas de saludo.

Al mismo tiempo que se saluda, que se da la mano ó un abrazo, se dirigen algunas palabras corteses.

A un superior de elevada dignidad, por ejemplo á un obispo, se le dirá : « Ilmo. señor, tengo á mucha honra presentar á V. S. mi más profundo respeto » ó « mis homenajes más respetuosos ».

Á un superior con quién se guarda relativa familiaridad :  
« Presento á Vd. mil respetos. »

Á un igual : « Buenos días, Don Fulano. » No se usan :  
« ¿ qué tal ? ¿ cómo te va ? » y otras expresiones que huelen  
á falta de crianza.

Saludando á un igual ó á un inferior, se le pregunta por  
su salud, con ayuda de las fórmulas consagradas por el uso :  
« ¿ Cómo está Vd. ? » « ¿ Qué tal va la salud ? »

Se responde : « Muy bien, gracias, ¿ y Vd. ? » Puede  
agregarse « ¿ y su familia, sin novedad ? » ó también  
« ¿ cómo está N... ? »

Á un superior no se le pregunta por la salud, á menos  
que haya estado realmente enfermo ; no se hace esto entonces  
sin una fórmula especial y delicada.



## CAPITULO NOVENO

# LAS RELACIONES FUERA DE CASA

### I. — En las calles.

El público tiene derecho á nuestro respeto. En su presencia, nadie debe permitirse nada que ofenda la decencia ó los usos consagrados.

Antes de salir de su casa, un joven bien educado examina si está su traje aseado, y si están en buen estado su sombrero, corbata y calzado.

En la calle camina con soltura y dignidad, sin pretensión ni descuido, con paso ni apresurado ni lento, y tomando todas las precauciones para no hacer saltar el barro al pisar en las baldosas, chocar con el paraguas, ó codear á los transeúntes. Trata de no caminar dando saltitos, ni con dejadez ni con tiesura, cosas todas igualmente ridículas.

Cuando ha causado cualquier accidente por inadvertencia ó falta de destreza, presenta inmediatamente excusas.

Si el movimiento está interrumpido, un joven culto, por prisa que tenga, espera su turno para pasar, y aun así, cede el paso á un eclesiástico, á una señora ó á un anciano.

Al cruzar un puente ó en una calle muy frecuentada, toma la derecha, siguiendo una costumbre que tiende á generalizarse, y que previene muchos trastornos y accidentes.



Si acompaña á una persona á quien debe respeto, le cede el lado de la acera ó vereda más distante de la calzada, es decir el lado de las casas, y en caso de necesidad, baja á la calzada.

En público, un joven bien educado es digno, modesto, reservado. Desde el interior de una casa no se permite hablar ó hacer señas á una persona que esté en la calle.

Yendo de paseo, y en lugares públicos, evita reír á carcajadas, interpelar á cualquiera desde lejos, tararear canciones, jugar con el bastón, hacerse notar por sus modales bruceos ó demasiado libres. No se mezcla nunca con los ociosos parados para ver á un saltimbanqui, á un mercader ambulante, ó los escaparates de las tiendas.

Un magistrado, de gran distinción y elegancia, aprovechando un hermoso día, salió de paseo á recorrer las calles más concurridas de una ciudad. Al llegar á una plaza, llamáronle la atención dos grandes culebras domesticadas, que se arrastraban sobre la mesa de un mercader de jabones al aire libre. Para verlas más de cerca, aproximóse el correcto funcionario. El mercader, tomándole inmediatamente por el brazo, se puso á frotarle su maravilloso jabón en la solapa del vestido, gritando al público allí reunido: « Mirad bien, señores y señoras : he aquí á un señor que con esta mancha de grasa iba sucio como un pordiosero ; vais á ver cómo desaparece la mancha en seguida, y queda el señor tan brillante como una moneda nueva. »

El quitamanchas pasó y repasó un blando cepillo por la solapa del magistrado, quien, desconcertado y confuso, no se atrevió á quejarse, por no agravar lo ridículo de su situación. Al fin, pudo escapar, pero por mucho tiempo no se le vió por las calles de la ciudad.

## II. — En tiendas y bazares.

En una casa de negocios, aunque se puede quedar con el sombrero puesto, el joven bien educado debe portarse con la misma mesura y distinción que en las demás circunstancias de su vida en público.

Debe ser respetuoso y culto al hacer sus compras. No porque se pague se tiene derecho para ser descortés y grosero. Los abogados, los médicos, los notarios reciben también sus honorarios, ¿podríase, á causa de esto, tratárseles con insolencia y rehusárseles atenciones? ¿Qué llegarían á ser las relaciones sociales si se pudiera ser impolítico cada vez que se da un poco dinero?

Después de haber saludado al comerciante á cuya casa se acude, se le pide, sin preámbulos, lo que se desea : « Señor, necesitaria comprar tal cosa. »

Hacer desempaquetar, desplegar y poner de muestra una gran cantidad de mercaderías, y retirarse sin comprar nada, es grosero y poco menos que cruel.

Cuando, después de haber buscado bien, no se ha encontrado nada á gusto, es conveniente hacer cualquier pequeña compra y retirarse, diciendo : « Siento haberle molestado por tan poco, y espero acertar mejor otra vez. »

Se debe evitar, al hacer la elección, desarreglar y arrugar las mercaderías y arrojarlas al mostrador todas vueltas.

Hablar mal de lo que se desea comprar, á fin de obtenerlo á precio reducido, es un procedimiento del que ninguna persona verdaderamente culta debe valerse. El comerciante no puede oír criticar la mercadería que ha elegido para sus clientes, sin sufrir por ello alguna pena.

En los bazares de precio fijo, es inútil y hasta ridículo regatear; en los demás, está permitido altercar sobre los precios con discreción y cortesía. El regateo exagerado suele indicar gente vulgar y falta de educación.

En las joyerías y en cualquier parte donde se vendan objetos de gran valor, no se deben tocar las prendas, ni aproximarse mucho á las vitrinas, sobre todo cuando el empleado se aleja.

Cuando el empleado de una casa de comercio trae algún paquete, se le suele dar una propina; lo cual es un excelente medio para lograr en otra ocasión ser prontamente servido.

Conviene, en cuanto sea posible, no adquirir nada á crédito. Las deudas, nunca lo repetiremos bastante, son la ruina de las familias y el verdugo de su tranquilidad.

### III. — En las oficinas.

Los hombres de negocios : escribanos, abogados, gerentes de sociedad, reciben en su gabinete, en el cual se debe estar descubierto, aun en ausencia del dueño.

Al entrar se le saluda y, sin preámbulo alguno, se le expone de un modo preciso y claro el negocio de que se trata.

Terminada la visita, el visitante se levanta, y, después de dar las gracias, se retira sin volver á poner en su sitio la silla que ocupó.

El pago exige cierta delicadeza. En caso de una sola consulta, y cuando se está á punto de retirarse, se pregunta lo que se debe. Se paga inmediatamente la suma pedida, sin decir palabra, colocándola sobre la mesa ó escritorio.

Cuando el asunto ha exigido varias consultas, se escribe para agradecer y pedir la cuenta.

Los regateos son en todo esto de muy mal gusto. Las exigencias de ciertos médicos y abogados son conocidas; si exceden los medios de que se dispone, es preferible consultar con otros.

#### IV. — Con los Empleados de oficina.

En la oficina de una administración se entra sin golpear, y después de descubrirse, se dirige inmediatamente el interesado al empleado con quien desea hablar. Llegado ya cerca de él, se le expone, sin preámbulos, el objeto de la visita. Si el negocio requiere cierto tiempo, puede sentarse uno, aun sin ser invitado á ello.

Una vez terminado todo, se deposita en la mesa la suma que se debe, y, luego de dar las gracias, se retira uno, sin volver á colocar en su lugar la silla que dejó.

Una persona de buena crianza ofrece un regalo al abogado, al médico, ó al funcionario que no han aceptado los honorarios á que tenían derecho.



## CAPÍTULO DÉCIMO

# LAS VISITAS

### I. — Cómo se hace una visita.

Las visitas deben hacerse con cuidadoso arreglo del traje, en relación con el objeto que uno se propone. Visitar á los pobres con lujosos aderezos, ó á un amigo que esté de luto con traje de gala, es evidentemente contrario á las reglas de la buena crianza.

El momento más conveniente para visitar es el que media entre el almuerzo y la cena, es decir, entre las tres y las siete de la tarde. Cuando una persona tiene un día señalado para recepción, se elige ese día.

Al llegar á la puerta de la casa, se limpia primeramente el calzado en el felpudo, y luego se llama discretamente. Si después de llamar dos veces nadie viene á abrir, conviene retirarse, no sin haber depositado antes en manos del portero, si lo hay, su tarjeta doblada en la esquina derecha.

Puede acontecer que, una vez en la antecámara, no se halle introductor. En tal caso, se dan con los nudillos de la mano algunos golpecitos discretos en la puerta del salón, y si nadie invita á entrar, se desaparece sin ruido, dejando la tarjeta en un sitio bien visible.

Cuando sale el criado á abrir, se le saluda, y poniéndose inmediatamente el sombrero, se le dice: “¿Está en casa el señor Fulano?” Si la respuesta es afirmativa, se pasa adelante después de descubrirse; si negativa, no se insiste; se deja la tarjeta y se retira uno.

En las visitas algo ceremoniosas, se depositan el bastón y el sobretodo en el vestíbulo; sólo se conserva el sombrero.

Cuando se tiene el honor de ser recibido por algún obispo ú otra elevada dignidad eclesiástica, debe hacerse al entrar una profunda inclinación; luego al llegar junto al prelado, debe inclinarse uno para besar su anillo y recibir la bendición.

Es contrario á la buena educación el hojear los libros ó álbumes de un salón, tal como se haría en la sala de espera de un médico ó de un abogado, y, con mayor razón, no se deben tocar los objetos que figuran sobre ningún mueble.

Cuando se le introduce á uno en un salón ó en una sala de espera, no es lícito pasearse, asomarse á la ventana, ó aproximarse á una mesa en que haya papeles escritos. Conviene sentarse, permanecer descubierto, y conservar una actitud tan reservada como si se estuviera en presencia del dueño de casa.

No se debe rechazar el ofrecimiento de pasar primero al entrar ó al salir de una sala; pero cuando la invitación es de una señora, no se acepta, aun cuando se esté en su propia casa.

Cuando ha pasado la puerta de un salón, debe el visitante dirigirse hacia la señora de la casa para saludarla con despejo y naturalidad. Los pies se mantienen juntos, se permanece derecho, inclinando la cabeza y el busto graciosamente, y dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo. (Grabado XI : *Recepción en un salón.*)

En seguida, si es conveniente, saludase al grupo de derecha, luego al de izquierda. Todo esto requiere cierta habilidad, y por consiguiente algún ejercicio.

Presentar sus respetos en alta voz al abrir la puerta de un salón, caminar con la cabeza baja y con precipitación, llevar el sombrero como quien pide limosna, son otras tantas torpezas que suelen provocar sonrisas malignas.

Cuando un niño acompaña á sus padres en una visita, debe entrar el último, salir el primero, y no dar nunca la señal de la partida.

El visitante acepta sin ceremonia la silla que se le ofrece;

no espera á que se la aproximen, la toma él mismo y no se sienta hasta que lo hayan hecho los dueños de la casa. Si éstos permanecen en pie, significa esto que la visita debe ser breve.

No se toma asiento en un confidente ó en un canapé al lado de la señora de la casa, sin ser especialmente invitado á ello.

Los niños y los jóvenes ocupan los puestos de menos dignidad, los asientos menos cómodos.

En otro tiempo, no se sentaba un niño en un sillón, en un sitio de honor, sin oír en el acto alguna observación severa.

En una sala, el sitio de preferencia es el lado de la ventana; el menos calificado es el de la puerta.

Cerca de la estufa ó chimenea, el lugar preferente es su costado derecho; el segundo, frente al primero, y el tercero, al lado del primero.

No deben ponerse las manos sobre el fuego, ni pasarlas por la llama, ni dar la espalda á las brasas, ni extender las piernas para calentarse los pies; por lo contrario, hay que alejarse lo más posible y no estorbar á nadie.

Durante el trascurso de la visita, debe guardarse una actitud reservada, poniendo en práctica las reglas anteriormente dadas respecto del continente ó postura.

Entre la arrogancia presumida y la timidez que hace á uno desairado, hay un justo medio : aquella serenidad modesta, es señal segura de una buena educación.

El sombrero es no pocas veces molesto, y el modo de tenerlo demuestra el grado de cultura social. Debe conservárselo en la mano, sobre las rodillas y con la abertura para abajo. (Grabado XI : *Recepción en un salón.*)

Si se le invita á uno á dejarlo, se coloca en la percha ó sobre un mueble; pero no se debe ponerlo sobre la chimenea ni sobre una cama.

Es de pésimo gusto llevar perros consigo á una visita.

Los jóvenes deben interesarse en la conversación, responder en forma graciosa á las preguntas que se les hagan, no contradecir á la persona que habla, ni dar su opinión con tono autoritario y brusco.

Muchas veces erigense en oráculos, pretenden resolver todas las cuestiones y constituirse en una especie de corte suprema que juzga en última instancia, y sin apelación. La modestia asienta bien á los jóvenes y es la nota del verdadero mérito.

Á la llegada ó á la salida de un visitante, todos los caballeros se ponen de pie, debiendo hacerlo en forma general cada vez que la señora de la casa dé el ejemplo.

La duración de la visita varía según las circunstancias: rara vez debe durar más de veinte minutos; así y con todo, no se debe mirar el reloj, para ver si ha transcurrido dicho tiempo.

Las mejores visitas suelen ser las más breves. Las felicitaciones por Pascuas, los parabienes por un ascenso, las visitas á un enfermo,... no deben durar sino algunos minutos; en tales ocasiones no se toma asiento.

La habilidad mayor del visitante se cifra en saber retirarse á tiempo debido. “ El hombre hábil, dice La Bruyère, sabe cuándo es grato y cuándo molesta, y desaparece un momento antes de estar demás. ”

Las visitas prolongadas son una plaga para las personas ocupadas: debe recordarse esto, aun cuando la visita se haga á los amigos. “ Uno incomoda á menudo á los demás, cuando cree que no podría incomodarles. ” (LA ROCHEFOUCAULD.)

Si el dueño de casa deja caer la conversación, si atiza el fuego sin necesidad, si mira con insistencia al reloj; si deja ver de cualquier manera que está fastidiado, hay que apresurar la partida.

Si la señora de casa recibe una carta ó algún despacho que no abre enseguida, se debe apresurar uno á dejarle en libertad.



Corresponde retirarse, á pesar de toda insistencia, cuando la persona visitada está á la mesa. En un caso de urgente necesidad, se hace llamar al dueño, y, sin tomar asiento, se le expone brevemente el objeto de la visita.

Á la llegada de un visitante hay que retirarse, á menos que el recién llegado sea algún pariente ó amigo; debe entonces prolongarse la visita ó motivar la partida para no aparentar querer evitarlo.

El modo de despedirse requiere mucho tiento. No se debe dejar una conversación interesante ó marcharse cuando la señora de casa se halla ocupada; aguarda uno una ocasión favorable para decir algunas palabras, é inmediatamente después, se levanta de la silla para salir. Se dirige entonces una frase cualquiera á la señora de casa, como para encargarla de transmitir saludos á su marido, y en seguida se sale de la casa sin precipitación ni lentitud, después de haber saludado á las personas presentes, particularmente á las que son conocidas.

No coloca uno en su lugar la silla que ocupaba; basta hacerla discretamente á un lado si estorba el paso.

Si por deferencia la dueña de casa acompaña al visitante hasta la puerta de salida, éste debe mantener su sombrero en la mano y hacer un último y gracioso saludo, volviéndose á medias cuando se llega á la primera vuelta de la escalera.

Cuando las visitas son muchas, está permitido marcharse á la francesa, es decir, sin ruido y sin decir palabra.

## II. — Recepción de visitas.

Una vez que llega una persona á ser nuestro huésped, tiene derecho á todos los miramientos. Sería faltar gravemente á los deberes que impone la hospitalidad, recibirla con exterior frío ó mohino.

“Cuando recibas una visita, dice un moralista, aun cuando fuere el visitante un acreedor, adopta una actitud afable;

ve á recibirla á la puerta, ruégale que tome asiento, aproxímale tú mismo un sillón, dale el lugar más honroso, y haz que al retirarse esté contenta de ti y de sí misma. ”

Es menester mostrarse muy obsequioso con todos los visitantes : abrirles las puertas, apartar cuanto pueda estorbar el paso, dar el brazo á un anciano que tuviera dificultad para caminar, etc.

Si se tiene el honor de recibir á un gran personaje, y se está advertido de la hora á que llegará, se debe ir á esperarle con los principales miembros de la familia hasta la puerta exterior, y manifestarle durante toda la visita un afectuoso y profundo respeto.

Dejar impacientarse á una visita en una sala de espera, aun cuando sea uno ó crea ser un gran personaje, es realmente grosero. “ La exactitud, decía Luis XIV, es la cortesía de los reyes. ”

En cierta ocasión, un hombre distinguido había solicitado audiencia de un ministro; éste le hizo esperar durante una hora. “ Había olvidado completamente que Vd. me esperaba, dijo el ministro excusándose. — Diga más bien que se olvidó Ud. á sí mismo, ” respondió el ofendido. Aunque un tanto severa, era merecida la lección.

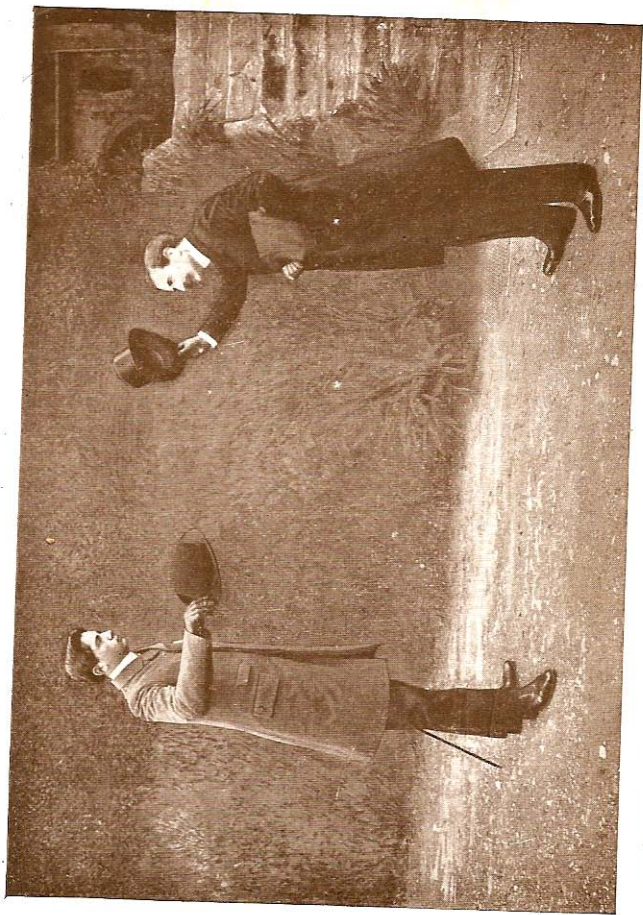
Cuando no se puede recibir inmediatamente á una visita, se la introduce en una sala conveniente, y, si es posible, se la hace acompañar por otra persona durante la espera.

Puede muy bien recibirse en el comedor, y aun en el dormitorio, cuando no se posee salón.

Durante las recepciones, los niños deben cuidar de ayudar á sus padres : aproximar una silla, abrir una puerta, cerrar una ventana, etc.

Es conveniente invitar á los amigos íntimos á quitarse en invierno la ropa de demasiado abrigo, y en todo tiempo, deshacerle del bastón y del sombrero.

Si se recibe durante la visita una carta ó un despacho, puede recorrérselos rápidamente, después de haber pedido



**Caminando.** — El inferior saluda tres ó cuatro pasos antes del encuentro; baja su sombrero horizontalmente á la altura del pecho. — No se olvide que la expresión y la mirada constituyen la calidad del saludo.

autorización, diciendo : “ Con su permiso. ” Si la carta anuncia un suceso feliz ó desgraciado que no hay por qué reservar, está permitido comunicarlo á las visitas, las que, según el caso, se apresurarán á presentar sus plácemes ó pésames.

Si recibe uno á una visita estando en la mesa, es indispensable ofrecerle una fruta, una taza de café ó cualquier otra cosa. Sería faltar gravemente á la educación comer dulces y golosinas sin convidar á las personas presentes.

Si se acompaña á la visita hasta el descanso de la escalera, se debe volver á cerrar la puerta sin ruido, y sólo después que aquélla se haya vuelto para saludar por última vez.

Á una persona de consideración se la acompaña hasta el coche y se le abre la puerta del vehículo. Una vez sentada en él la persona, y cuando comienza el coche á alejarse, se le hace un último y afable saludo.

Suele pensarse que las visitas son molestas, y sin embargo son útiles y aun necesarias. No sólo favorecen las relaciones sociales, sino que facilitan la adquisición de los finos modales, cuando se frecuentan salones en que reinan la urbanidad y la distinción.

Un poeta persa expresa de una manera delicada la benéfica influencia del trato con la gente de buena sociedad.

« Paseando, dice, por las calles, ví á mis pies una hoja medio seca, que exhalaba un olor suave. Recógila y aspiréla con delicia.

« ¿Tú que exhalas un perfume tan suave, díjete, eres la rosa? — No, respondiíme ella, yo no soy la rosa, pero he vivido algún tiempo con ella; de ahí proviene el dulce perfume que exhalo. »

En el campo las visitas son más familiares; se muestra uno, pues, menos severo en cuanto á la hora y al traje.

Es costumbre, sobre todo cuando las visitas vienen de lejos, ofrecerles refrescos; que deben ser de primera calidad.

El criado trae entonces en una bandeja todo cuando es

necesario, y destapa la botella con precaución; el dueño de casa presenta los vasos y los llena él mismo.

Al despedirse el visitante, se le acompaña hasta la puerta exterior de la casa y aun parte del camino.

### III. — Diversas Clases de visitas.

Pueden dividirse las visitas en muchas categorías: *visitas oficiales, de ceremonia, de negocios, de circunstancias y de amistad.*

Nada tenemos que decir de las visitas oficiales; tienen ellas un ceremonial particular del que los interesados han de estar ciertamente al tanto.

*Visitas de ceremonia.* Estas visitas se hacen á personajes eminentes, á superiores jerárquicos, para invitar á alguien á una gran reunión, á un banquete, á una comida de etiqueta...

Cuanto más ceremoniosas, tanto más cortas deben ser, llenas de reserva, y conformes con las reglas de la severa etiqueta. No deben durar sino unos cuantos minutos, y aun á veces no vale la pena de sentarse.

Cuando son colectivas, la persona más calificada sostiene la conversación, da la señal de partida y sale la última.

En la escalera se cede el lado de la baranda á las personas más honorables.

*Visitas de negocios.* Estas son más ó menos ceremoniosas, según la dignidad de la persona á quien van dirigidas.

El visitante debe exponer en forma clara y, sin preliminares, el asunto de que se trata, luego, si la respuesta es favorable, dar las gracias y retirarse después de saludar. En caso contrario, no hay que manifestar mal humor ni una satisfacción que no se experimenta; se despide uno simplemente, cambiando algunas palabras de cortesía.

*Visitas de circunstancias.* Estas se verifican con ocasión de un servicio prestado, de un suceso feliz ó desgraciado, de un viaje ó de un regreso, de la llegada á una ciudad, etc.

Después de un servicio prestado, se demuestra el agradecimiento haciendo *inmediatamente* una visita, que revestirá diverso carácter, según se trate de un superior ó de un amigo. Siempre debe ser muy cordial.

Las visitas con ocasión de un suceso feliz : bautizo, enlace, condecoración, etc., se hacen lo más pronto posible; llámanse visitas de felicitación.

Las visitas de *pésame* se verifican en la quincena subsiguiente al anuncio de la desgracia, sin ninguna exageración en el arreglo de la persona, y con cierta gravedad y mucho sentimiento.

No se le pregunta por su salud á una persona afligida, y se espera para hablarle del difunto ó de la desgracia sobrevenida á que ella misma comience á tratar este triste asunto. Entonces se escucha con complacencia y se trata de inspirar algunos motivos de consuelo.

Si se nota que el consuelo cae bien, no hay temor de prolongar la conversación; porque, después del placer de sacrificarse, no lo hay más dulce que el de consolar á los demás.

*Visitas á los enfermos.* Cuando se sabe que un pariente ó amigo está enfermo, se debe acudir lo más pronto posible á preguntar por su salud.

Si es uno admitido á verle, debe hablarle con tono moderado, tratar de distraerle y alegrarle, y no prolongar la visita sino mientras el enfermo manifieste el deseo.

Sería tan descortés como poco razonable criticar las órdenes del médico, indicar uno mismo otros remedios, excitar el desagrado ó las inquietudes del enfermo con algunas palabras imprudentes.

Después de la mejoría, el enfermo debe una visita de *agradecimiento á todas las personas que se han interesado por él.*

*Visitas de despedida.* Antes de emprender un viaje de larga duración, se previene á los amigos con una visita de despedida. Si la persona que se visita está ausente, se deja una tarjeta en que se escriben las letras: S. D. (se despide); P. O. P. E. (pide órdenes para Europa), ó cualquier otra parte, según el caso.

Cuando se establece uno en una localidad, se hace una visita á aquellas personas con quienes se desea entrar en relación. Estas tienen forzosamente un carácter de reserva. Sólo son obligatorias para con los superiores.

*Visitas de onomásticos.* Para esta clase de visitas, hay que tener en cuenta el grado de respeto ó afecto que se quiere demostrar. Se hacen la víspera á los superiores, el mismo día á los parientes próximos; en la semana á los allegados y amigos; en fin, durante el mes, á los demás conocidos.

*Otras visitas.* Hay además otras clases de visitas, como son las de agradecimiento por una comida, con motivo de una fiesta..., que no son practicadas entre nosotros con el mismo rigor que en otras sociedades, pero que proporcionan una ocasión más para estrechar las amistades y demostrar cultura y distinción.

#### IV. — De las Visitas de amistad.

La amistad es la forma más deliciosa de la amable caridad, muestra segura de grandeza de alma, y es la más alta recompensa ofrecida á la virtud.

La amistad desinteresada no es nada común.

Por eso, pues, no hay que contraer de ligero una amistad. Antes de ligarse íntimamente con cualquiera, es menester tratar de conocerle bien; de otra suerte, se expone uno á desagradados, á decepciones, tal vez á desgracias.

Una mala amistad, contraída en la infancia, puede tener consecuencias funestas para toda la vida. « Evita la amistad íntima con quien no tema á Dios y no se gobierne en todo por las máximas de la religión; de otro modo, él te perderá, por más buen corazón que tenga. » (FENELÓN.)

Un alma viciosa es esencialmente egoísta, y, por tanto, incapaz de comprender, y sobre todo de cumplir los deberes que la amistad impone. « La amistad no está hecha para los corazones corrompidos, » dijo Voltaire.

La verdadera amistad es poco común, pero existe; Nuestro Señor mismo nos dió ejemplo de ella. Estriba en la bondad y aprecio recíprocos. Si damos á uno derecho á despreciarnos, llegará á odiarnos. « Estimo lo que amo, ó dejo de amarlo. »

Un amigo es « otro yo », que se asocia con mis penas para aliviarlas, con mis placeres para acrecentarlos, y para quien no tengo más secreto que el secreto ajeno. Lejos de halagar nuestras pasiones, de favorecer nuestros defectos, el amigo procura por medio de sabios consejos y cariñosas advertencias, mantenernos en la senda del honor y del deber:

Distínguense tres clases de amigos: los amigos que nos aman, los que no se toman interés por nosotros, y los falsos amigos que nos envidian y detestan. En la desgracia es cuando se les conoce mejor.

Las visitas de amistad se hacen sin rebuscamiento en el arreglo, á cualquier hora del día y aun por la mañana. La etiqueta debe ser descartada en este caso.

El amigo visitado no tiene por qué incomodarse; puede ausentarse para un negocio urgente y dejar al visitante solo sin que éste pueda darse por ofendido. Por su parte, aun en una casa muy familiar, el visitante no debe mostrarse indiscreto, abrir cualquier mueble, hojear los libros, leer una carta olvidada sobre una mesa, etc. Sabrá herma-



nar una delicada reserva con la confianza que autoriza la amistad.

Aunque la duración de la visita á un amigo no está limitada, es necesario no volverse importuno y saber desaparecer momentos antes de llegar á hacerse fastidioso.

Cuando, estando de visita, llega un pariente ó amigo común, es menester prolongar la visita ó motivar la partida; si fuera un desconocido, debe retirarse uno inmediatamente, sin por ello simular la fuga.

Al llegarse á hablar con un amigo ó al dejarlo, se usan fórmulas familiares, que no vendrían al caso en una visita de ceremonia: « Buenos días, buenas tardes, hasta luego, hasta la vista... »

Como norma general, no se deben devolver sino las visitas recibidas; pero tratándose de parientes ó amigos no hay que atenerse á ningún cómputo, antes bien se debe dejar uno guiar por el afecto.

## V. — De las tarjetas.

La tarjeta es una admirable invención, que satisface á la cortesía y ahorra tiempo.

Debe ser tan sencilla como sea posible, y no hacerse notar por el tamaño, color ú originalidad de la letra.

Se envía en sobre abierto ó cerrado, con el sello de correo correspondiente.

Cuando se va de visita, se entrega la tarjeta al criado, si hay que hacerse anunciar de un modo preciso; si no se encuentra á nadie, se deposita en la portería, si la hay, después de haber plegado hacia adentro el ángulo izquierdo y de abajo; para las visitas de pésame se dobla en el ángulo derecho, al revés. Como la tarjeta representa una visita, no se debe dejar sino una para todos los miembros de la familia.

Por Pascuas, se envía la tarjeta á los superiores jerárquicos, á las personas de distinción : sacerdotes, magistrados ó médicos, con los cuales se haya tenido alguna relación ; á los conocidos muy íntimos, á quienes no se puede visitar por causa de la distancia, y, en fin, á las personas poco conocidas, de quienes no se quiere ser olvidado. La tarjeta debe remitirse con tiempo á las personas á quienes se debe respeto, de manera que llegue á su destino, á más tardar, el 31 de diciembre.

Fuera poco conveniente dirigir solo una tarjeta con motivo del onomástico ó del cumpleaños á personas conocidas con quienes uno se trata habitualmente.

Con motivo de un suceso feliz ó doloroso, se envía cuanto antes la tarjeta á un amigo, con algunas frases de felicitación ó de pésame.

Ejemplo : « Afectuoso pésame. Sinceras y respetuosas felicitaciones », « Sentido pésame », etc.

Otro ejemplo : « El Sr. X\*\*\* tiene á honra presentar al Sr. Z\*\*\* su muy sincero pésame y la expresión de sus sentimientos más respetuosos. »

Por medio de tarjetas se responde á las esquelas de nacimiento, bautizo ó defunción. Cuando se asiste á los funerales, se deposita la tarjeta con la esquina doblada ; si no, se inscribe el nombre en un registro especial.

Se acepta ó se excusa una invitación á una tertulia, á una comida, enviando la tarjeta con algunas palabras amables.

Acompaña uno su tarjeta á todo envío, á todo presente que no lleva personalmente.

Para agradecer un regalito, una buena acogida hecha á una persona recomendada, y para cualquier comunicación de poca importancia, se vale uno de la tarjeta.

« El Sr. X\*\*\*

tiene el gusto de saludar cariñosamente al Sr. Y\*\*\* y le agradece el haber acogido favorablemente al Sr. Z\*\*\*. »

Se debe siempre responder á una tarjeta y, en ciertos casos, redactar la dirección á nombre del marido y de su señora.



## CAPÍTULO UNDECIMO

# LAS TERTULIAS Y SARAOS

### I. — La Etiqueta en los saraos.

Los saraos son fiestas que se dan por la noche y terminan, desgraciadamente muy tarde.

Algunos son obligatorios, tales como los que se celebran después de una comida, para festejar ciertos aniversarios; otros, exclusivamente *mundanos*, deben evitarse, pues exponen á muchos peligros.

Cuando se recibe una invitación para una tertulia, es necesario responder inmediatamente para manifestar el gusto que se tendrá en asistir á ella, ó para excusarse de no poder asistir.

Llegado á la casa, deben depositarse en la antecámara el abrigo y el bastón, guardando el sombrero y los guantes.

Al entrar al salón, el invitado se dirige á la dueña de la casa para saludarla y cambiar con ella algunas palabras. Debe evitar la precipitación y hacer los diversos saludos con soltura y naturalidad.

Demasiada timidez pasa frecuentemente por simpleza, y mucho desenfado por arrogancia ó desvergüenza. (Grabados XII, XIII, XIV y XV: *De visita.*)

Después de haber saludado á los conocidos, se confunde uno con un grupo, evitando pasar por delante de las personas presentes y excusándose al hacerlo, si obliga á ello la falta de espacio. No se pasa delante ni por en medio

de un grupo, ni entre la lumbre y una persona que se calienta junto á ella.

La alegría bulliciosa, los modales bruscos ó muy familiares, todo cuanto adolece de vulgaridad y desvergüenza es de pésimo gusto.

Un joven bien educado no huye de las personas ancianas, antes bien las frecuenta gustoso, porque saca mucho provecho de su compañía.

Siempre amable y respetuoso, no permite que una señora ó un anciano estén en pie cuando él está sentado.

Conserva el sombrero en la mano, á no ser cuando tiene que cantar ó tomar refrescos.

Sin mostrarse obsequioso con exceso, aprovecha todas las ocasiones para dar gusto á los demás.

## II. — Los Juegos en general.

Se rompe agradablemente la monotonía de las tertulias con algunos juegos: billar, damas, ajedrez, dominó, etc.

El juego es una distracción permitida, pero de la que no se debe abusar. « Nos roba tres cosas, dice un proverbio inglés, el tiempo, el dinero y la conciencia. »

Para ser buen jugador no debe uno ser ni quisquilloso ni pendenciero, y debe tener presente que la lealtad es el primer deber de todo hombre honrado. Se empieza haciendo trampas ligeras y se concluye siendo un bribón.

A fin de no disgustar á nadie, deben ser las apuestas muy limitadas; corresponde al dueño de casa el fijarlas. Sería imperdonable descortesía exceder la suma fijada por él.

Mientras se está jugando, no se han de pedir consejos á las personas que miran el juego, ni sostener conversación con ellas, ni ocultarles el propio juego. Si sobreviene una discusión, está permitido sostener su derecho con calma y moderación; pero si el adversario insiste mucho ó se enfada, es preferible ceder.

Jugando cierto día el duque de Borgoña con uno de sus ayos, se produjo un caso dudoso; sostenía el duque con calor haber ganado, y el ayo decía lo contrario: « Vos creéis tener razón, alegaba el último, y yo también, ¿quién cederá? — Seréis vos, » respondió el duque encolerizado. Pero, serenándose de golpe, agregó: « porque sois el más razonable. » (Grabado XVII: *El juego*.)

No es señal de buena crianza el demostrar demasiado júbilo cuando se gana, ó mucha tristeza cuando se pierde; debe conservarse una actitud poco menos que impasible.

Ciertos jugadores, cuando triunfan, no logran disimular su contento; se estriegan las manos, tararean canciones, prorrumpen en chistes y en alegres exclamaciones. ¿Les es adversa la suerte? Entonces gritan, se indignan, desconfían de todas las jugadas, se quejan de quienes les aconsejaron, y se propasan hasta pronunciar palabras mordaces y aun ofensivas.

En su correspondencia se queja Madama de Maintenón amargamente de algunos jugadores. « Uno grita, otro golpea tan fuertemente sobre la mesa que toda la sala retumba, el tercero echa votos y reniegos hasta erizar los cabellos á los espectadores, todos parecen fuera de sí y da miedo verlos. »

Contar el dinero que se tiene ante sí, meterlo en el bolsillo mientras se juega, es contrario á la buena educación.

El ganancioso no debe rehusar un desquite al jugador desgraciado que se lo pide. El que pierde, por lo contrario, deja, cuando le place, el juego que no le es favorable.

No se debe por otra parte exceder el máximo de pérdida fijado al principio de la reunión.

Si, durante el juego, ve uno que el compañero hace trampa, no debe hacer recriminación alguna; pero, una vez terminada la partida, se retira uno sin hablar palabra.

Es faltar á la consideración á un jugador el barajar los naipes después de haberlo hecho él.

Cuando alguno ha olvidado poner su apuesta, se le reclamará tan cortésmente como se pueda, diciendo por ejemplo: « Falta tal suma en el juego... Alguno ha olvidado poner su dinero. »

Los juegos de azar, en que se aventura dinero, no son tolerados sino en esas casas funestas, donde deja un joven muy fácilmente la delicadeza y el honor.

El ajedrez, las damas, el billar, que requieren cierta habilidad, son preferibles á los juegos de naipes, que son casi todos juegos de azar.

Las bochas, los bolos, el croquet, procuran al mismo tiempo que una agradable distracción un ejercicio provechoso para la salud. En dichos juegos, no se deben dar gritos, ni tener los vestidos en desorden ni hacer contorsiones ridículas.

Las deudas de juego, llamadas « deudas de honor », se pagan en las venticuatro horas, y antes de toda reclamación.

Está permitido excusarse de tomar parte en el juego, alegando ignorancia ó diciendo con franqueza que se ha adoptado la resolución de no jugar nunca. Se contenta uno en tal caso con el papel de espectador.

Pero entonces, no debe uno erigirse en censor, ni dar consejos, ni tomar partido por uno ni por otro de los adversarios, ni presagiar el triunfo ó la pérdida de uno de ellos. Sólo en los lances dudosos, y á requisición expresa de los jugadores, está permitido intervenir.

El joven que se apasiona por el juego, pierde con él un tiempo considerable, y se expone á los más graves peligros: á la pérdida de la tranquilidad, de la fortuna y aun de la honra.

### III. — Los Juegos de sociedad.

Los *juegos de sociedad* no cuentan ya con mucho favor. Requieren mucha imaginación, alegría comunicativa, jo-

vialidad, tino y delicadeza. Deben variarse para mantener el interés. Algunos ni siquiera deben ser propuestos.

Cuando es llamado un joven á tomar parte en ellos, debe prestarse de buena gana y no tratar de imponer sus antojos ó su voluntad. Sacrificarse á sí mismo es una de las primeras reglas de la cortesía y el medio seguro de hacerse amable.

Sin indulgencia ni bondad, esta clase de distracciones se vuelven insoportables. Las alusiones agresivas y las bromas que se suelen dar en ellas producen no pocas veces crueles heridas.

Imponer *penitencias* dolorosas ó molestas es transformar el juego en una tarea desagradable.

Cuanto más grande sea la libertad concedida para estos juegos, tanto más necesario es estar sobre sí para no salir de los límites que la educación impone.

#### IV. — El Te.

Al final de una tertulia, ofrécese generalmente te ó chocolate. Se coloca sobre una mesa una pila de servilletitas y fuentes con pastelillos; y sobre una bandeja la tetera, las tazas, el azucarero y la botella de ron.

La dueña de la casa sirve el te, y uno de los niños se presta gustoso para ayudarle; presenta éste el azucarero á los invitados, recibe la taza vacía de las personas de consideración, etc. (Grabado XVI : *El te.*)

El dueño de casa ofrece el ron, que se puede rehusar. Lo mismo que el café, no se debe volcar el te en el platillo para enfriarlo y beberlo á traguitos. La cucharita se deja en el plato y no en la taza.



## V. — Declamación y Música.

Muchas veces, para amenizar la conversación en una tertulia, se recitan versos, representándose breves comedias, ó se toca música.

Cuando tiene uno suficiente talento y preparación, no puede negarse, sin faltar á la cortesía, á cantar un trozo ó recitar una poesía.

Un monólogo convenientemente elegido y declamado con arte, agrada siempre. Talma arrancaba lágrimas de ternura á la flor y nata de la sociedad parisiense, recitando la plegaria cotidiana; el Padre Nuestro.

Hay muchas maneras de declamar mal los versos, pero sólo hay una de interpretarlos convenientemente. Está mal, contra lo que se suele creer, tratar de dar al oyente la ilusión de la prosa. Aun haciendo vibrar la medida, el ritmo, la cadencia, la rima, debe ante todo esforzarse uno por patentizar el pensamiento del autor. Una fábula no se recita como una epopeya, ni una plegaria como un canto guerrero. Unas cosas requieren brillo, energía, énfasis; otras, sencillez é ingenuidad.

Declamar bien es un arte difícil que exige buena dicción, ademán apropiado y perfecta comprensión del tema.

El ademán es el complemento de la expresión y el acompañamiento imprescindible de la palabra. Él da su fisonomía al discurso.

Los ademanes exagerados y muy numerosos indican pretensión; los torpes y monótonos, timidez.

Cuando se ejecutan correctamente, se identifican de tal suerte con las ideas expresadas, que no los notan, ni el que declama ni los que escuchan. Deben ser, pues, sencillos, precisos, graciosos, variados, hechos ya con un solo brazo, ya con los dos. Deben preceder á la palabra y no terminar sino con ella.

Cuando se solicita á un joven para que desempeñe un papel en una comedia, debe estudiarlo con todo esmero, asistir á todos los ensayos, no hacerse nunca esperar, y conservar su dignidad, aún en las escenas más cómicas.

Si canta, lo hará con soltura, sin afectación, y evitando las muecas, contorsiones y actitudes teatrales.

No se debe entrar en una sala con un rollo de música en la mano; se deja en la antecámara y en el momento oportuno se va por él.

Se mantiene uno para cantar en pie y junto al piano, vuelto hacia la concurrencia. Para adquirir mayor serenidad, conviene de vez en cuando echar una ojeada á la partitura. Si llegan á pedir que se repita, sólo se recita ó canta de nuevo uno de los pasajes principales. (Grabado XVIII : *El canto.*)

*Las veladas musicales.* El programa de una velada musical debe ser variado, relativamente breve, en relación con los gustos de los invitados. Algunos trozos de poesía y de música vocal, bien distribuidos, dan mayor interés á la velada.

Al preparar un programa, hay que tener muy en cuenta que los números demasiado largos provocan á menudo cansancio é impaciencia, y que no todos los instrumentos tienen, como el arpa de David, la facultad de calmar los ánimos.

El acompañante no debe esforzarse por lucir su talento, y con mayor motivo si es en perjuicio del cantor. Sólo debe tener una preocupación : la de sostener al cantante, salvar sus flaquezas y hacer resaltar sus cualidades.

Corresponde á los dueños de casa y no á los invitados pedir la repetición de un trozo que haya agradado.

En una sociedad selecta, los aplausos son poco ruidosos; en la mayoría de los casos no forman sino un murmullo aprobatorio. No aplaudir nunca es señal de orgullo; manifestar descontento en cualquier forma, es prueba de mala educación.

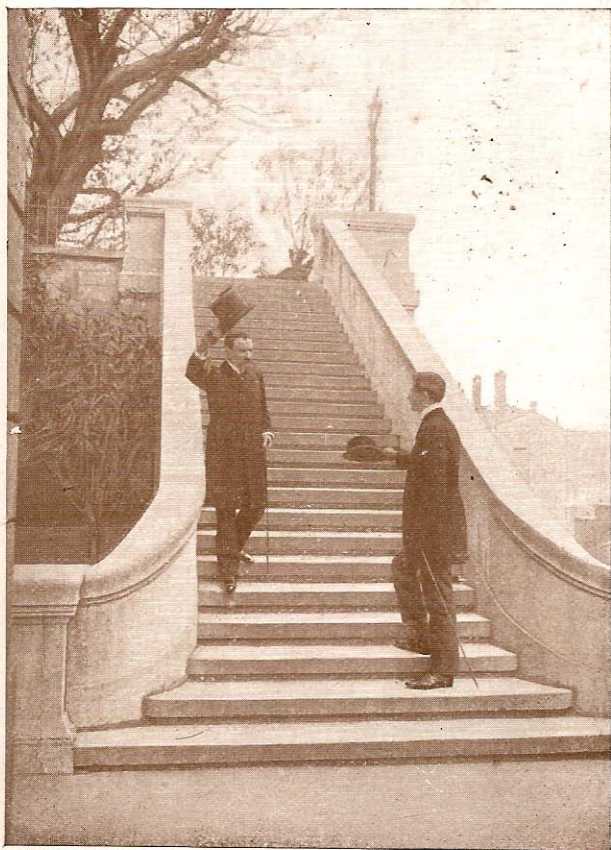
Mientras se canta ó se recita un trozo, no está permitido

salir del salón, llevar el compás, tararear, hablar con los vecinos, etc.

En el *buffet*, ó cuando se sirven refrescos, es necesario mostrar gran reserva para no exponerse á oír lo de aquellos criados en una tertulia célebre : « ¡ Pero, vayan con más cuidado, caballeros, de otro modo nada va á quedar dentro de poco ! »



LÁMINA IX.      ENCUENTRO CON UN SUPERIOR



**En la escalera.** — Guardar la derecha, si la escalera es bastante ancha. Si estrecha, esperar en la meseta que haya subido el superior. — Obsérvese el porte del personaje de izquierda y la posición de sus pies al bajar.

## CAPÍTULO DUODÉCIMO

# LOS PASEOS

### I. — Los Paseos á pie.

El paseo es un ejercicio saludable que distrae la mente. Se hace á pie, á caballo, á bicicleta ó en coche. Cuando en una reunión se propone un paseo, no son los jóvenes los que deben tomar la palabra, ni indicar el punto del paseo, ni los sitios y momentos de descanso; tampoco deben dar á conocer sus preferencias, aun cuando sean interrogados acerca de ellas. Si el paseo se efectúa en compañía de un superior, es preciso manifestar á éste gran deferencia, uniformar el paso con el suyo y mantenerse siempre algo atrás, de manera que el superior pueda escuchar cómodamente.

En la calle, se le cede el lado de las aceras ó veredas que linda con las casas, y en un camino donde éstas no existen, se camina á su izquierda.

Si son tres personas las que pasean, el primer puesto es el centro, el segundo á la derecha de la persona más calificada, y el tercero á la izquierda.

Si tres personas de igual dignidad caminan juntas, el centro es ocupado sucesivamente por cada una de ellas; habitualmente, se deja en medio al que habla.

Para escuchar mejor un relato, los superiores colocan á veces á uno de sus subalternos en el puesto de honor; éste debe dejar dicho lugar en cuanto concluya de hablar.

Cuando son cuatro los paseantes, el sitio de honor es el que ocupa la persona más respetable; el segundo en orden es su derecha; el tercero, su izquierda, y el cuarto\*, la derecha del segundo.

Hay que evitar el acercarse demasiado á los compañeros de paseo, el codearlos, el detenerse cuando ellos andan ó caminar cuando ellos se detienen; en una palabra, el estorbarles en forma cualquiera.

En un camino angosto, se cede el paso á la persona más calificada; pero si el camino es incómodo ó peligroso, el joven bien educado pasa delante, para ayudar á franquearlo.

A no mediar una circunstancia excepcional, no se deja á los compañeros para unirse con un pariente ó amigo encontrado por casualidad.

Cuando se necesita pedir informes, reconocer un camino, buscar sitio donde refrescarse, los jóvenes deben encargarse de ello.

Todos los gastos menudos : alquiler de sillas, golosinas para los niños, coche si llueve, etc., están evidentemente á cargo de los caballeros.

Si, llegados al punto del paseo, no hay suficientes sillas para sentarse, los jóvenes quedarán en pie.

En los jardines públicos y lugares concurridos, conviene no llamar la atención con un modo de caminar excéntrico, con modales ruidosos ó con carcajadas, interpelando á los transeúntes, señalando á cualquier persona ó cosa con el dedo : son estos otros tantos actos groseros, que un joven bien educado no se permite nunca.

## II. — Los Paseos á caballo.

En los paseos á caballo, no se monta sino después de que el más autorizado haya montado; si es necesario, se le sostiene el estribo. No se debe partir antes que él, y se le deja regular el paso de los caballos.

Debe colocarse uno á la izquierda de un superior, y de modo que el caballo que uno monta no se adelante al suyo.

Cuando el camino está enlodado ó lleno de polvo, hay que apartarse de manera que no se moleste, y, si es necesario, dejar el lado izquierdo.

Si se encuentra al paso un arroyo, un vado ó un pantano, se toma la delantera; pero si viene detrás una persona que merezca respeto, conviene alejarse lo suficiente para que el caballo no le salpique agua ni barro.

### III. — Los Paseos á bicicleta.

Muchos jóvenes montan á bicicleta para distraerse ó ejecutar más rápidamente algunas diligencias necesarias.

Deben tener gran cuidado con los accidentes, évitarse el acaloramiento excesivo, y mostrarse siempre amables y cultos.

### IV. — Los Paseos en carruaje.

En un coche, hay generalmente cuatro asientos: el primero es el del fondo, á la derecha; el segundo, el del fondo, á la izquierda; el tercero, frente al primero, y el cuarto, frente al segundo. (Grabado XIX: *En carruaje.*)

Cuando invita un superior á que se suba antes que él al coche, conviene, previo un ligero saludo, aceptar dicho honor y ocupar el último asiento. Sólo se cubrirá uno, y se colocará junto al superior, una vez que él lo haya ordenado.

Dijosele una vez á un monarca que un caballero, de los más cultos, no faltaba nunca á las reglas de la cortesía. « Lo pondré á prueba, » repuso el rey. Á los pocos días lo invitó á dar un paseo en coche. Estando abierta la portezuela del coche real, díjole el monarca: « Suba, amigo mío. » El caballero obedeció inmediatamente y sin ceremonia alguna. « No es posible engañarse, dijo el rey, acerca de la

educación de este hombre; otro se hubiera deshecho en excusas, y habría rehusado descortésmente. »

En el coche, hay que vigilar la postura; los modales, el lenguaje, como si se estuviera en un salón. No se debe ni escupir por la ventanilla, ni recostarse muellemente, ni extender ni cruzar las piernas; en fin, no se ha de faltar á las reglas de la urbanidad ó de la *cortesía*. (Grabado XX : *El saludo en coche.*)

Ofrécense á los sacerdotes, á las señoras, á los ancianos, los puestos más honrosos del coche, se les hace subir primero, y si es posible, se acompaña hasta su domicilio á las personas de consideración.

Obliga la buena educación á bajar antes que todos del carruaje, para auxiliar á las personas de importancia, ofreciéndoles la mano, y á hacerlo por la portezuela más próxima para no molestar á nadie. (Grabado XXI : *En coche, bajada y recepción.*)





## CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO

# LOS VIAJES

### I. — La Cortesía y la Discreción en los viajes.

Seguramente en los viajes es donde con mayor relieve se pone de manifiesto la buena ó mala educación de un joven. Si es descortés, exigente, egoísta, vanidoso, tales defectos aparecerán con toda su fealdad. Sus compañeros de viaje tendrán que soportar su mal humor, sus antojos y caprichos. Si está bien educado, será complaciente, amable y grato para todos.

Aun en viaje, la cortesía no permite consentirse comodidades á expensas de los demás. Exige, por tanto, que sin perjuicio de conservar su parte de bienestar, no se salga en ningún caso de los límites que imponen la buena crianza y la galantería, y que en toda circunstancia se respeten los derechos del sexo, de la edad y del sufrimiento.

Al entrar en un vagón de ferrocarril, en un vehículo público cualquiera, un joven bien educado escoge rápidamente su asiento, no llena la red con su equipaje, ni estorba en forma alguna á sus vecinos.

Habla poco, nunca de asuntos personales, ni aun con parientes ó íntimos amigos. Su continente es digno, su palabra afable, su tono bondadoso. No se familiariza con nadie; en caso necesario, abre un libro ó periódico para alejar de sí cortésmente á algún importuno.

Evita cuanto puede cansar á sus compañeros de viaje, como el apoyarse en el hombro del vecino, el poner los pies sobre los almohadones, el estirar ó cruzar las piernas.

Si, por inadvertencia, tropieza con un vecino, se apresura á presentar en el acto sus excusas.

Aun con los desconocidos el joven bien educado sabe molestarse para dar gusto y prestar algunos ligeros servicios. Ayuda á pasar los bultos, abre y cierra las portezuelas, ofrece á una persona, á quien fatiga el ir sentada contra la marcha, mudar de asiento con ella; en suma, se muestra para con todos tan servicial como las circunstancias y la buena educación lo exijan. Si viaja con uno de sus superiores, le manifiesta en todo momento gran deferencia, no olvidando el respeto que le debe. No se hace esperar nunca, se aviene con todo, y no se queja por nada.

## II. — El Egoísta y el Vanidoso de viaje.

Muy distinta es la conducta del *egoísta* y del *vanidoso*.

El *yo* constituye para el egoísta el límite del universo; no ve nada más allá. No piensa sino en sí propio, no vive sino para sí; todo debe ser para su persona, á expensas ajenas. « Quemaría la casa del vecino para freírse un huevo, » dice Champfort. Su divisa: « todos para mí y yo para nadie, » le vuelve injusto y grosero.

Al entrar en el tren, no tiene atención alguna para los viajeros presentes: se apodera del mejor sitio y no lo cede á nadie, ni siquiera á un enfermo. Llena las redes, coloca bultos en los asientos, estira las piernas, y se instala tan cómodamente como puede, cual si estuviera solo.

Levanta ó baja los cristales según su capricho, fuma sin pedir licencia, se asoma á la ventanilla para admirar el paisaje haciendo caso omiso de los demás viajeros.

Habla desmedidamente de su persona y de sus derechos: « He pagado yo mi asiento como los demás; quiero, pues, aire; quiero respirar libremente. »

Para el egoísta, *el yo nada tiene de feo*; muy por lo contrario.

Si se dirige al buffet ó fonda se apodera de los entremeses, toma para sí los mejores bocados, interpela á los mozos y les hace las observaciones más desagradables.

« Únicamente preocupado por sí mismo, dice La Bruyere, al egoísta le importan un comino las reglas de la urbanidad ; fastidia á todo el mundo y no se molesta por nada ni por nadie. »

El *vanidoso* no se conforma con pasar inadvertido y hace hasta lo imposible por llamar la atención de sus compañeros de viaje. Vestido á la última moda y muy perfumado, se instala con mil precauciones y gran ceremonia.

Abre la cartera para que se admire su elegancia, se quita los guantes para enseñar sus hermosas sortijas adornadas con piedras falsas. Se acaricia el bigote, se cala los anteojos, se pasa delicadamente los dedos por el cabello y mira complacido á su rededor para apreciar el efecto que acaba de producir.

Luego, con cierta cortesía, inicia la conversación. Habla de su fortuna, de su empleo, de sus viajes, de su talento. Inventando para el caso algunas historias en que figura él mismo como un gran personaje.

Como cree tener ingenio, habla mucho, y los que tienen la paciencia de escucharle observan una vez más que « la vanidad y la estupidez son dos hermanas que difícilmente andan separadas ».

Si, no obstante todos los esfuerzos, los viajeros permanecen indiferentes, el vanidoso emprende otro programa para atraer la atención sobre sí.

Quéjase entonces de la lentitud de los trenes, de la escasa comodidad de los coches, del mal estado de la vía... Nada está bien, nada es bueno, todo es indigno de él.

Si se presenta ocasión favorable, sostiene discusiones violentas con los empleados, con el jefe de estación, con algunos viajeros tímidos ; siempre, eso sí, con prudencia, pues no tiene generalmente gran valor. Su tono, insolente y grosero ante el público, se vuelve dulce y melifluo ante el comisario de policía.

El vanidoso luce por su traje y adornos y desagrada por su persona : es, á la vez, un orgulloso y un tonto.

## CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

# LA HOSPITALIDAD Y LOS REGALOS

### I. — La Hospitalidad prestada.

La hospitalidad exige, por parte de quien la presta, mucha cordialidad, y, por parte de quien la recibe, una gran discreción.

No se debe invitar á nadie á que se albergue en la propia casa, sin poder procurarle todo el bienestar y comodidades á los que habitualmente está acostumbrado.

Encuéntrense con mucha frecuencia personas que, muy generosas de palabra, ofrecen graciosamente hospitalidad á sus amigos y conocidos, y que se ven sumamente sorprendidas y sobre todo apuradas cuando se toma su invitación en serio. No es, por tanto, prudente aceptar esta clase de invitaciones, si no se está seguro de dar gusto, y solamente corresponde hacerlo, después que hayan sido perfectamente determinadas la fecha de la llegada y la duración de la estancia.

Antes de llegar el invitado, se examinan con detenimiento las habitaciones á él destinadas, y se cerciora uno de que todo está allí perfectamente aseado y ordenado. La cama requiere una particular atención.

Los armarios deben estar limpios de polvo y desocupados de cuanto puedan contener; la mesa de tocador provista con todo esmero, para que si el invitado olvidó cualquier objeto, no se vea obligado á pedirlo.

En la mesa de trabajo, se coloca todo lo necesario para escribir, así como una serie de libros en relación con los gustos del huésped.

Algunas personas cansadas ó enfermas tienen costumbre de tomar, entre las comidas y aun por la noche, un ligero reconfortante; deben, pues, colocarse en la chimenea algunos bizcochos y galletas en un recipiente cerrado, así como una bandeja con una botella de agua y un frasquito de agua de azahar.

No hay que descuidar el alumbrado; la lámpara debe estar bien preparada y los candeleros provistos de bujías nuevas.

Á la hora y día indicados, es regla de cortesía acudir á la estación á recibir al invitado, á fin de darle la bienvenida y cuidar de su equipaje.

Llegados á la casa presenta uno el huésped á los miembros de la familia; luego se le conduce á su cuarto, que habrá sido calentado con tiempo, si se está en invierno. Si la hora de la comida está aún distante, se le hacen servir, á su gusto, leche, caldo ó te... Entonces debe preguntársele qué desayuno acostumbra tomar.

Debe tratarse de conocer los gustos del huésped, sobre todo en la alimentación, poner á su disposición todas cuantas distracciones sea posible, y organizar en su honor juegos, paseos, partidas de caza y de pesca.

Al retirarse á descansar, se le acompaña, por lo menos la primera vez, á fin de cerciorarse de que nada le falta, y de que todo está en perfecto aseo y orden.

De vez en cuando, se le pregunta si está satisfecho, si los criados no le descuidan en nada, si no tiene algún deseo, alguna necesidad particular.

Es menester mostrarse amable, pero no obsequioso en demasía, dejar al huésped gran libertad y algo de aquella dulce soledad que constituye para muchas personas el hechizo de una temporada de campo.

Á su partida se le asegura en términos afectuosos cuán breve ha parecido su visita, y se cumple con un deber acompañándole hasta la estación. Si el viaje es algo largo, se le preparan algunas provisiones elegidas con esmero.

Los deberes de la hospitalidad son á menudo molestos y costosos; conviene, sin embargo, cumplirlos con toda su extensión, si no se quiere parecer falto de tacto, generosidad y cortesía.

## II. — La Hospitalidad recibida.

Es una gran indiscreción ir á casa de los amigos y aún de los parientes, sin estar invitado especialmente. Tales sorpresas, lejos de dar gusto, suelen producir serias molestias y graves disgustos. El huésped más amable, si llega fuera de tiempo, se hace fastidioso y desagradable.

Cuando se ha aceptado una invitación, es imprescindible llegar en el día y hora indicados; en caso de accidente ó grave impedimento, debe avisarse por carta ó por telegrama.

Durante toda su permanencia, el invitado tiene que manifestar su contento, con su amabilidad y buen humor, atenerse al reglamento común de la casa, evitando hacerse esperar, sobre todo á las horas de comida.

Nada hay más vulgar y grosero que el mostrarse exigente respecto del alimento y echarlas de delicado en una mesa extraña. Se ha observado que precisamente las personas de baja estofa, que en su casa viven pobremente, son las que suelen ser muy exigentes en casa ajena; volviéndolas esto insoportables y ridículas.

Salvo raras excepciones, se deja libertad á los huéspedes durante la mañana; no se presenta uno á ellos hasta las once ó doce del día, en el momento del almuerzo.

Después de levantarse pueden ocuparse en leer, en escribir ó en dar algún paseo corto por el jardín ó los alrededores.

En casa extraña, un hombre de juicio y de tino no hace nada que huela á propietario, ni aún en el modo de hablar; no dirá pues : « mi cuarto », « mi habitación », sino « el cuarto, la habitación que ocupo ». No toca ni las flores del jardín, ni los frutos de la huerta; no se apodera nunca de lo que no haya sido puesto á su disposición.

Conserva su habitación en orden, sin permitirse mudar de sitio un mueble, un tapiz, una cortina, y con mucha más razón evitará el poner clavos ó perchas en las paredes.

Su limpieza y continente deben ser irreprochables. Muy reservado, no pide á los criados sino lo estrictamente necesario, y aun su reserva será mayor si la casa carece de servidumbre.

Un huésped delicado no se queja nunca, ni hace ninguna recriminación, ni alusión desagradable. Si, por ejemplo, le ha fatigado y aun indispuerto el paseo, atribuye su malestar, no á lo largo ó dificultoso del camino, sino á su poca costumbre de caminar.

No habla nunca de las circunstancias desagradables de la casa donde es recibido; como de la gran cantidad de escaleras, de la mala disposición de los dormitorios, de la escasa lozania del jardín, sino que hace con tino y cuando conviene el elogio de aquello que le merece.

Rara vez logra la crítica tener éxito; por lo contrario, es muchas veces una impertinencia.

Hay cosas que un huésped no debe ver ni escuchar y que debe inmediatamente olvidar, si es testigo involuntario de ellas. Su discreción en esto no será nunca suficientemente escrupulosa.

Con el fin de no causar gastos exagerados al dueño de casa, lleva consigo, en cuanto que sea posible, todo lo necesario para su tocado y sus distracciones. Si, por ejemplo, ha adquirido la mala costumbre de trabajar de noche, coloca dentro de su maleta algunas bujías, que podrá usar con prudencia, sin que nadie pueda notarlo.

La cuestión de las propinas ha dado lugar á muchas controversias. Si no se ha rogado al huésped especialmente que no lo haga, conviene recompensar el trabajo suplementario impuesto á los criados, con una propina que esté en relación con la condición propia y la duración de la estancia.

Si sólo se ha permanecido dos ó tres días, hace un obsequio al cochero que le condujo y al criado que le prestó servicios personales. Si la estancia ha durado más tiempo, se da también gratificación al cocinero.

Aun cuando se invite al huésped para que se quede algún tiempo más, debe marcharse el día indicado. Estas instancias no son, las más veces, sino fórmulas de cortesía. Es preferible hacerse desear, á ser importuno.

Durante la semana, se agradece por carta la amable hospitalidad recibida, y, más tarde, se elige una oportunidad favorable para enviar un regalo, si á la ida no lo llevó uno personalmente. Un joven puede ofrecer piezas de caza, frutos de su jardín, pesca de su estanque, etc.

### III. — Los Regalos.

Los regalos ayudan á mantener la amistad. Cuando ésta es verdadera, el regalo se ofrece sin mezquindad, con tacto y delicadeza. La forma de ofrecer un regalo, su oportunidad y su elección, constituyen su principal mérito : « el modo de dar vale más que lo dado. »

Los regalos que se hacen entre parientes ó amigos revisten formas muy diferentes : ramos de flores, paquetes de dulces, libros, alhajas, armas, caballos... Todo depende del gusto, de la fortuna y de la generosidad del que obsequia.

Á una persona rica se le ofrecen objetos de lujo : bronce, porcelanas, cuadros ; á una de mediana posición, un objeto agradable y útil : reloj, objetos de tocador, servicio de te ; á una persona pobre se le regala todo cuanto pueda ahorrar un gasto : una mesa, un armario, un vestido.

Ante todo, deben consultarse los gustos del que va á ser obsequiado, y no las propias preferencias.

Si se envía un regalo por correo ó por ferrocarril, es



necesario adoptar minuciosas precauciones para que llegue en buen estado. El embalaje debe ser tan esmerado y elegante, como sea posible, la envoltura exterior perfectamente limpia, las cuerdas sin nudos, y la dirección escrita con gusto.

Si el donante lleva consigo el regalo, el que lo recibe debe apresurarse á desenvolverlo, á elogiarlo y á agradecerlo, aun cuando no le satisfaga plenamente ó espere algo mejor. Preguntar su precio ó procedencia sería una falta de delicadeza; como así también el valerse del presente recibido para solicitar otro, más ó menos directamente.

Si está mal hacer elogio exagerado del presente ofrecido, no lo está menos el despreciarlo para librarse de cumplimientos.

Debe regalarse siempre un objeto prometido; un hombre de honor no falta jamás á su palabra, aun en las cosas menores.

El día primero de año, por Pascua, el día de su Santo, etc., hacen los padres obsequios á sus hijos, los padrinos á sus ahijados, los tíos á sus nietos, los amos á sus criados. En estas ocasiones, las personas del mismo sexo, edad ó condición, pueden también cambiar regalos.

Los niños aprovechan el santo de sus padres, los alumnos el de sus maestros, los obreros el de su amo para ofrecerles trabajos personales, un objeto de arte ó un simple ramo de flores.

Pedir á cualquiera su retrato es casi siempre una indiscreción; se requiere mucha intimidad para hacerlo.

Se retribuye un regalo con otro regalo; pero sin apresuramiento, á fin de que no se sospeche que se tiene intención de pagar el presente recibido.

Es contrario á la buena crianza el vender ó regalar un presente que se ha aceptado. Un escritor regaló un libro suyo á un amigo. Este, después de haberlo leído, lo encerró en su biblioteca, y algún tiempo después, lo vendió juntamente con otros libros. Un día en que se detuvo el

escritor ante el escaparate de un librero de viejo, encontró, no sin sorpresa, su volumen. Comprólo, lo hizo encuadernar ricamente, y lo remitió de nuevo á su amigo con estas sencillas palabras : « Guárdelo, siquiera sea por la encuadernación. »



## CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

# LAS FIESTAS DE FAMILIA

### I. — Las fiestas de la Iglesia.

Las fiestas de familia contribuyen poderosamente á mantener el afecto é infunden amor al hogar. Verificanse con motivo de las solemnidades con que la Iglesia celebra ciertos aniversarios, ó del onomástico de un pariente ó amigo. No son muy numerosas y permiten agradables sorpresas y mutuos presentes.

*Navidad.* — Esta festividad trae tiernos y deliciosos recuerdos.

Después de la tradicional misa del gallo, se acostumbra reunirse en familia para la cena de media noche, alegre y sin ceremonias, pero que suele servir también de pretexto para verdaderas fiestas.

Con ocasión de esta fiesta, los superiores por la posición, edad ó parentesco, reciben los homenajes y felicitaciones de sus inferiores, y les ofrecen en cambio cualquier presente, acompañado muchas veces de dulces.

El aguinaldo á los criados se hace comúnmente en dinero.

*Pascua de Resurrección.* — En este hermoso día, la alegría del padre de familia es completa si no hay puestos vacíos en su mesa y si todos han cumplido con el deber pascual.

Con ocasión de esta festividad, los padres causan alegres

sorpresas á sus hijos. Encierran con frecuencia hermosos regalos en cajitas de forma de huevo.

## II. — Bautizos.

Cuando nace un niño, el padre lo avisa á los parientes y amigos de la familia, por medio de una visita ó de una carta; aquellos responden del mismo modo.

Elegidos el padrino y la madrina, fijase el día del bautizo en fecha que, según las prescripciones de la Iglesia, no debe ser muy distante.

Salvo en casos particulares, el padre del marido y la madre de la esposa son padrinos del primogénito. Para el segundo hijo corresponde este derecho al padre de la esposa y á la madre del marido.

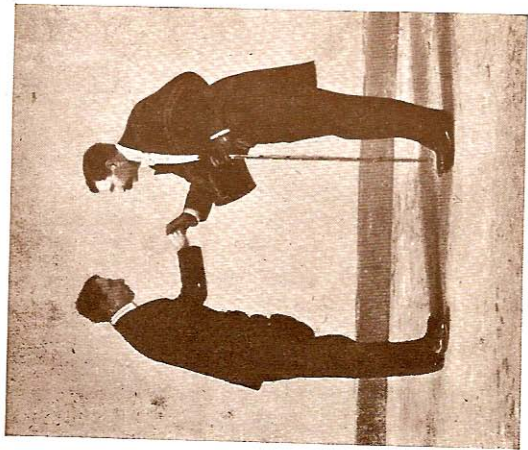
Está permitido rehusar el cargo de padrino, pues este honor impone obligaciones y gastos que no pueden ser aceptados á la ligera. Nadie tiene derecho para ofenderse por tal negativa.

El padrino se suele encargar de todos los gastos de la iglesia. En ciertos países, el padrino obsequia al sacerdote con una cajita de grajeas en la que deposita una moneda de oro ó de plata; y en la sacristía da algún dinero para el sacristán y los acólitos. También suelen regalarse grajeas á la madre del niño y á la madrina.

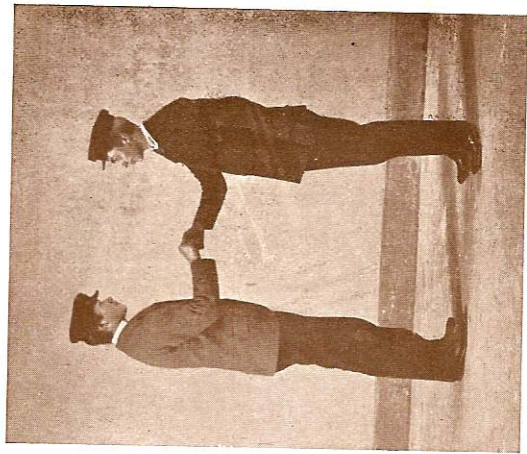
Á las grajeas, que deben siempre ser de la mejor calidad, suele agregar el padrino, para la madre, un regalo convenientemente elegido; para la madrina, un ramo, una caja de guantes y un recuerdo apropiado. Ofrece los primeros juguetes á su ahijado y da una gratificación á la nodriza.

El día fijado para el bautizo, se dirige el padrino, casi siempre en coche, á buscar á la madrina para llevarla á casa del recién nacido, y luego á la iglesia.

Durante la ceremonia, se coloca el padrino á la derecha



**A un superior.** — Detenerse. — Reunir los pies. — Descubrirse, pasando el sombrero á la mano izquierda. — Esperar que el superior alargue la mano primero. — Precisar siempre la mano derecha.



**Entre camaradas.** — Detenerse. — Reunir los pies y apretar la mano calorosamente. — Puede no quitarse uno el sombrero.

del niño, y la madrina á la izquierda; recitan juntos el Padre Nuestro y el Credo, y responden, en nombre del niño, á las preguntas del sacerdote. Deben desenguantarse para extender, en el momento del exorcismo, la mano derecha sobre la cabeza del recién nacido. Tras las últimas plegarias, pasan á la sacristía ó al despacho parroquial para firmar la fe de bautismo. El padrino no tomará la pluma sino después de la madrina.

Tanto á la entrada como á la salida del templo, el padrino y la madrina van á la cabeza; sigúenles la nodriza y el niño, el padre y los demás invitados.

Al regreso se ofrece á los parientes y á los amigos íntimos una comida familiar, muy alegre, pero sin gran aparato. El padrino y la madrina ocupan los sitios de honor, uno junto á otra, en el centro de la mesa; ó bien, uno frente á otro, en lugar de los dueños de casa. Figuran las grajeas entre los postres.

No se olvidan los sirvientes y los pobres en esta circunstancia, haciéndoseles partícipes de la alegría general por medio de algunas liberalidades.

En el campo, pasa menos inadvertido el bautizo que en las ciudades; es más alegre, más popular y más solemne: es un verdadero acontecimiento para el pueblo.

Quince días próximamente después del bautizo, el padre anuncia á parientes y amigos el feliz nacimiento de su hijo y los nombres que se le han dado.

« El Sr. y la Sra. X... tienen el gusto de comunicarle el feliz nacimiento de su hijo N..., acaecido el 19 del corriente. »

Según el grado de intimidad, se corresponde á esta esquila de participación, con una carta de felicitación ó una simple tarjeta.

No es necesario buscar en el calendario los nombres más raros, ni sacar una lista interminable de ellos. Entre los nombres elegidos debe encontrarse el del padrino ó de la madrina.

### III. — La primera Comunión.

Esta fiesta es incontestablemente la más bella de toda la vida, la que, en medio de los recuerdos transitorios de este mundo, deja una huella tan indeleble como suave en nuestro corazón.

Es menester cuidar de que no tenga carácter mundano esta ceremonia y que no se exciten en el corazón del niño sentimientos de vanidad con un traje muy lujoso. Lo más sencillo suele ser lo más distinguido; haciendo al niño más amable aún, si puede serlo.

El niño que va á hacer la primera Comunión pasa los últimos días de su preparación en un santo retiro, preocupado tan sólo con el gran acto que va á realizar. No se debe turbar su recogimiento con numerosas visitas á los parientes ó amigos.

Conforme á una piadosa costumbre, la víspera de este día feliz, el niño va á arrodillarse á los pies de su padre y de su madre, para pedirles perdón por las faltas cometidas contra los miramientos que les debe, y para implorarles su bendición. Este tierno acto hace correr lágrimas bien dulces, por cierto, y deja en el ánimo del niño un delicioso recuerdo.

Siendo la primera Comunión una fiesta del corazón, debe celebrarse con la mayor intimidad: los parientes próximos deben ser los únicos invitados á ella.

La comida servida con este motivo debe ser fina, delicada, pero sin gran aparato. A causa de la ceremonia que suele efectuarse por la tarde, no debe ser el vino ni muy generoso ni muy abundante.

El niño permanece en la iglesia ó cerca de sus padres durante este día inolvidable; no se le conduce á visitas, ni á paseo, y mucho menos á fiestas mundanales.

Las vacaciones motivadas por la primera Comunión son empleadas en regocijos tranquilos, visitas á los parientes

que viven en el campo, á cualquier santuario renombrado ó al sacerdote que preparó al niño para la recepción del divino sacramento.

En esta última visita, ofrecen los padres al sacerdote, juntamente con sus gratitudes, un presente que esté en relación con su posición y fortuna. Puede regalarse á un joven eclesiástico una obra de teología; á un sacerdote más anciano, un objeto de arte; á un cura poco afortunado, un objeto útil: un sillón, un reclinatorio, un servicio de mesa.

Cada vez se extiende más la costumbre de que el niño que hace la primera Comunión ofrezca á sus parientes y amigos un recuerdo de tan grande acto. Este recuerdo consiste generalmente en una estampa simbólica con su nombre impreso en el reverso.

A su vez, recibe el niño de sus parientes ó íntimos cualquier obsequio de circunstancia: una medalla, un libro, una alhaja. Cuanto signifique lujo ó frivolidad es de mal gusto en dicha oportunidad.

#### IV. — Casamientos.

El día fijado para la ceremonia del enlace, los coches contratados para el objeto van á buscar á los invitados que formarán el séquito, para conducirlos al domicilio de la novia. Allí esperan, en el salón, el momento de la partida para la iglesia.

Los novios y sus padres toman asiento en los dos primeros carruajes; los padrinos ó testigos en el tercero, y en los siguientes se ponen los demás convidados.

Las personas que no forman parte del séquito se trasladan á la iglesia antes de la llegada de los novios. Los amigos del novio se colocan á la derecha, los de la novia á la izquierda, y los de ambas familias, del lado de aquélla. Los que llegan tarde se colocan donde haya menos personas.

Se debe estar en pie mientras los esposos y parientes próximos van á tomar asiento y se conserva, durante toda



la ceremonia, una actitud digna y recogida. Sería faltar gravemente á la buena educación y al respeto debido á Dios y á la familia, conversar ó entretenerse durante la celebración de una misa de casamiento.

Una vez terminado el oficio, se pasa á la sacristía para felicitar á los recién casados y firmar el acta. Los padres del marido se colocan á su derecha, y los de la esposa á la izquierdá de su hija.

Los invitados desfilan rápidamente ante los nuevos esposos, estrechándoles la mano y dirigiéndoles algunas palabras. Después de estas breves felicitaciones, vuelven á la iglesia y permanecen en pie, en su sitio, mientras desfila la comitiva. Es este el único caso, en que esté permitido dar el brazo á una señora en la iglesia.

Al regreso, suben los nuevos esposos al primer carruaje; luego siguen los padres, los padrinos y los demás invitados.

Cuando se da con este motivo una comida, el dueño de casa conserva su puesto ordinario y sienta á la recién casada á su derecha; el yerno se sienta al lado de su suegra que estará frente al primero.

En algunas localidades, se colocan los recién casados en el puesto de honor uno junto á otro y los padres en frente; en otros, se ponen en la extremidad de la mesa. Hay que conformarse en cada caso con los usos del país que se habita. A los postres se suele brindar por la felicidad de los esposos : á los padres toca dar las gracias por ellos.

Hasta después de la celebración del matrimonio, no se envían las cartas de participación á los parientes y amigos que no han sido invitados por hallarse lejos ó por cualquier otro motivo. Debe contestarse á estas cartas en los tres ó cuatro días que siguen su recepción.

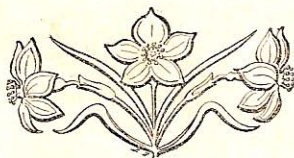
Según el grado de intimidad, los convidados á una mesa de bodas hacen una visita de felicitación á la familia ó envían una simple carta dentro de los quince días que siguen á la ceremonia. Solamente después de estar instala-

dos en su nueva casa, hacen los recién casados sus visitas de nupcias, visitas que no son correspondidas sino quince días después, y aun más tarde.

Antes de la boda, los parientes y amigos de los novios les obsequian con un regalo elegido con todo esmero. Sería ventajoso poderse entender entre los donantes, á fin de no ofrecer tres ó cuatro veces el mismo objeto.

El marido debe un regalo á los hermanos y hermanas de su esposa, y á la persona que ha servido de intermediario para el matrimonio.

Después de cierto tiempo, los invitados á la boda ofrecen á los nuevos esposos una comida. Esta costumbre tiende á desaparecer, lo cual es de sentir.



## CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

### EL LUTO

#### I. — La última enfermedad.

Cuando un enfermo se halla en peligro de muerte, es un deber avisarle su estado y proponerle el auxilio de los santos sacramentos. Si el paciente acepta, debe prepararse, con calma y sin demostrar inquietud, todo cuanto se requiere para la ceremonia.

Sobre una mesa, cubierta con un mantel blanco, colócanse un crucifijo, dos velas encendidas y algunas flores. Pónese asimismo un vaso con agua bendita, y un ramito; luego una cubeta, un jarro de agua, una servilleta, y en un plato, algunos pedazos de algodón y miga de pan.

Mientras se administra el santo sacramento, débese tener suma atención, á fin de que nada falte al enfermo ó al oficiante.

Es un deber estar al lado del enfermo hasta su postrero suspiro, y recitar, durante su agonía, las plegarias prescritas por la Iglesia.

Momentos después de la muerte, se cierran al cadáver la boca y los ojos, y se extienden sus miembros antes de que se pongan rígidos. Se le lava, peina y viste según los usos del país, dejando entre sus manos un crucifijo ú otro emblema religioso.

Al lado del lecho, sobre una mesa cubierta con un mantel, se coloca luego un crucifijo entre dos cirios encendidos y un vaso de agua bendita con una ramita. Se limpia la sala, se cierran las puertas y ventanas, se aleja á los

niños, y se establece alrededor del difunto un religioso silencio.

Seis ó doce horas después de la muerte, el cuerpo, acomodado en el ataúd, es transportado al salón, ó dejado en la cámara mortuoria, transformada en capilla ardiente. No se rehusa á nadie, ni siquiera á un enemigo, el acceso á dicha sala.

Se dirige inmediatamente un aviso á todas las relaciones del difunto, sin olvidar á nadie. En algunas partes, es más general anunciar la triste nueva por medio de los diarios, agregando después del nombre del difunto las palabras : « Confortado con los auxilios de la Santa Religión. » Es bueno sin embargo conservar un registro de los nombres y direcciones de todas las personas que tienen relaciones ya de amistad, ya de negocios con la familia.

## II. — Los Funerales.

Solamente graves razones pueden dispensar de asistir á los funerales cuando se ha recibido invitación especial, ó cuando se trata de un pariente ó amigo. Debe entonces enviarse á la familia del difunto una carta ó una simple tarjeta de pésame, según el grado de intimidad.

Quando se va á asistir á un entierro, debe la persona trasladarse á la casa mortuoria, algunos momentos antes de ser sacado el cuerpo, á fin de acompañar á los deudos en el último responso que reza el sacerdote, en la capilla ardiente, escribir su nombre en un registro especial, si lo hay, ó depositar su tarjeta en una copa ó un buzón especial. Se presenta en seguida en el salón para saludar á los parientes encargados de conducir el duelo. Si los conoce, les estrecha la mano silenciosamente, pues, en tan triste momento, un testimonio espontáneo de afecto es más elocuente que la más bella frase.

Mientras se espera el principio de la ceremonia fúnebre; puede sentar uno ó permanecer en pie, pero en silencio.

Nada hay más descortés que mantener una conversación, aun en voz baja, en esta ocasión.

Si le toca á uno el honor de llevar los cordones del féretro (honor que no puede rehusarse), se queda durante toda la ceremonia en uno de los ángulos del catafalco.

Una vez puesta en marcha la fúnebre comitiva los parientes, de gran luto y con la cabeza descubierta, se adelantan primero y luego siguen los acompañantes, vestidos, por lo menos, de obscuro.

Por respeto al difunto y al dolor de la familia, es necesario portarse grave y recogidamente durante el oficio religioso y en el acompañamiento al cementerio. ¡Cuán doloroso es ver á algunas personas en un acompañamiento fúnebre charlar á pocos pasos de un ataúd!

Los amigos íntimos consideran como un deber el acompañar hasta la sepultura los despojos de aquél á quien amaron aquí en la tierra, y á quien no volverán á ver sino en el cielo.

Inmediatamente después de los últimos rezos, los parientes del difunto se dirigen á la puerta del cementerio, donde sus relaciones les saludan y estrechan afectuosamente la mano. Si sobre la tumba se pronunciase algún discurso, sería descortés dar la menor muestra de aprobación ó de crítica.

Si los funerales se celebran en el campo, deben indicar las invitaciones los medios de comunicación y las horas de salida de los trenes. Después de la ceremonia, conviene ofrecer á los amigos, venidos de lejos, refrescos y hasta un sencillo y modesto almuerzo. En algunos países, el que ha presidido la mesa en tal ocasión, concluye recitando la plegaria de los difuntos.

Algunas personas gustan de verse rodeadas por sus amigos durante los días de duelo; otras, por lo contrario, prefieren la soledad; según el caso hay que saber prolongar ó abreviar una visita de pésame.

Los aniversarios y servicios de fin de mes no son obligatorios; sólo los parientes más allegados están invitados á asistir á ellos.

LÁMINA XI.

RECEPCIÓN EN UN SALÓN



Detenerse. — Reunir los pies. — Inclínarse mirando á la persona á quien se saluda. — Deja caer los brazos á lo largo del cuerpo.

*Observación.* — La persona que recibe está sentada porque se supone que hace las veces del ama de casa.

### III. — El luto.

Señal de afecto y de dolor, el luto se lleva más ó menos largo tiempo. El *luto severo* exige vestiduras negras y una gran cinta de paño del mismo color en el sombrero : no admite alhaja alguna ni siquiera de azabache. El *medio luto* es menos severo, y admite los matices grises y los botones de oro.

Las flores y las fiestas no pueden ser toleradas en una casa por donde haya pasado recientemente la muerte.

Una persona de luto severo se abstiene de toda reunión ó ceremonia que revista carácter festivo. Si, por ejemplo, se ve obligada á asistir á un enlace, no va sino á la iglesia.

Durante los tres primeros meses que siguen al fallecimiento, no se hace visita alguna ni aun de pésame. Sólo después de aquel plazo y poco á poco, vuelven á reanudarse las visitas ordinarias.

No sería correcto festejar á una persona y enviarle invitaciones cuando se sabe que está de luto severo.

El papel de cartas, los sobres y las tarjetas llevan un filete negro más ó menos extenso. El lacre para sellar debe ser de color negro durante todo el tiempo del luto.

Su duración varía según el grado de parentesco : por una esposa ó un hijo, se lleva dos años; por un padre ó una madre, un año; por un hermano ó hermana, seis meses; por un tío ó tía, tres meses.

Cada uno de estos períodos está dividido en dos partes iguales, de luto severo y de medio luto.

El luto por un suegro ó suegra es el mismo que por los padres.

El luto por un amigo, por un primo lejano, llamado *luto de cortesía*, debería más bien llamarse *luto del corazón*, no es obligatorio.

El luto no debe desaparecer bruscamente, sino, por lo contrario, disminuir paulatinamente.

## CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO

# CIERTOS HÁBITOS DESAPARECEN LA CORTESÍA SUBSISTE

### I. — Usos anticuados.

Variable en sus formas, tiene la cortesía algunas reglas y muchísimas excepciones. Hay usos considerados antiguamente como obligatorios, que están hoy día, sin embargo, echados completamente en olvido. Ciertas costumbres que causan repugnancia, y no tienen razón de ser, deben desaparecer para siempre. El *enjuagarse la boca* en público pertenece á este número.

¿Es acaso indispensable enviar un ramo de flores á una dueña de casa cuando se acepta su invitación á comer? Si se tiene pañuelo limpio, ¿por qué volverse á un lado, cuando se suena uno las narices?

Todas estas costumbres, y otras parecidas que no tienen objeto, han caído en desuso; pero no ha de suceder lo propio con los usos de que hacen caso omiso el capricho ó la moda.

¿Por qué, por ejemplo, prohibir que se rompa el cascarón del huevo en la mesa? Si el criado, al retirar el plato, lo deja rodar por distracción sobre algún convidado ó sobre la mesa ¿no disgustará acaso el haber provocado un accidente que tan fácilmente pudo evitarse?

Luego de haber destapado una botella, el anfitrión echa las primeras gotas en su vaso, á fin de no exponerse á dar á



sus convidados algunas partículas de lacre ó de coreho : ¿ puede acaso chocar una atención tan delicada ?

Si no se debe renunciar sin razón á los usos consagrados ; no debe uno someterse ciegamente á las reglas que á ciertos excéntricos se les antoja imponer : así como la de llevar el bastón con la punta al aire ó la de dislocarse la muñeca para dar un apretón de manos.

Todo cuanto sea pedante y trivial, ó llame demasiado la atención, es de mal gusto y debe rechazarse.

La cortesía carece de reglas invariables, pues tiene en cuenta las épocas, los parajes y las personas.

Quien hiciera, como en otros tiempos, profundas venias, repetidos saludos, cumplimientos interminables, parecería ridículo y provocaría tan numerosas como maliciosas sonrisas.

Hablar á un niño con tanto respeto como á un magistrado, á un hombre ignorante como á un académico, á una dama como á un militar, sería extravagante y á veces ofensivo.

La buena crianza exige mucho tino. « Requiere, dice San Juan Bautista de la Salle, que se den á todos, según las circunstancias, testimonios de respeto, de simpatía ó de afecto. »

## II. — El Tacto.

El gran secreto para ser amable y culto es poseer mucho tacto y buen corazón. El tacto ó tino es una especie de percepción ideal que nos hace adivinar lo que los demás padecen y adelantarnos á lo que desean. Nos indica lo que podemos decir y lo que debemos callar, lo que se puede hacer y lo que se debe evitar.

El joven que posee ese tacto, elige con destreza la ocasión de dar gusto, de decir una palabra afectuosa, de poner un poco de bálsamo sobre una herida. Carece de tino y cordura quien habla de la belleza de un paisaje ante un ciego, de

las ventajas de viajar á un enfermo, y, como vulgarmente se dice, *quien mienta la sogá en casa del ahorcado*.

El tacto comunica valor á las acciones más comunes. Saludar, recoger un guante caído, ofrecer una flor, son cosas muy ordinarias y que, sin embargo, deben ser verificadas con finura y delicadeza.

Adquiérese esta preciosa cualidad, sobre todo por el roce habitual con una sociedad selecta, en la que privan la distinción y la urbanidad.

Vigilarse siempre á sí mismo, hablar y obrar con prudencia, darse cuenta de las consecuencias de sus palabras y acciones, son condiciones esenciales para adquirir dicho tacto.

Lo es igualmente el acostumbrarse á encontrar en el acto lo que se ha de decir y hacer para ser agradable á las personas con quienes se vive, para sacarlas de una situación delicada, para hacerles aceptar un cumplimento y aún un reproche, en fin, para ser siempre amable.

Con cordura y un reducido código de razonable cortesía, fundado en los principios del sentido común y de la experiencia personal, no se verá nunca un joven en aprieto. Poseerá entonces esa destreza y tino que son muchas veces más útiles que el verdadero saber.

### III. — La Amabilidad.

La Bruyere dice : « Puede definirse el carácter de la cortesía, pero no se le puede fijar norma práctica. Sigue las costumbres consagradas; está relacionada con las épocas, los lugares, las personas, y no es la misma para ambos sexos, ni en las diferentes condiciones. El juicio solo nos la hará encontrar; nos ayudará á practicarla, y á perfeccionarnos en ella. »

Si hay una cortesía que muda de formas, existe otra, en cambio, constituida por la bondad y la amabilidad, que es invariable,

Dicha cortesía, que no es sino la manifestación de las virtudes cristianas, estriba en el principio divino que reveló Nuestro Señor al mundo : « Amaos los unos á los otros. »

Quien ama de veras á su prójimo, quien practica la caridad, es hombre perfecto, aun en punto á cortesía. Sabe reprimir las asperezas de su carácter, suavizar la voz, rechazar la involuntaria risa que sube á los labios en presencia de un ser ridículo. Detiene el chiste que herir pudiera al prójimo, y calla los defectos ajenos, que se niega á ver su mirada bondadosa ; merece en fin, como Santa Teresa, el hermoso título de *abogado de los ausentes*.

La burla mordaz, la mofa cruel, la vil lisonja, la baja envidia, le causan horror.

Juzga con bondad, elogia á quien lo merece y jamás critica con acritud. Amigo de los que padecen, tiene bálsamo para todas las heridas y consuelos para todas las tristezas.

« Ser bueno para con el pobre como para con el rico, para con el débil como para con el fuerte, compadecer todas las miserias, todos los infortunios, en esto se cifra, dice la baronesa Staffe, la verdadera elegancia, la elegancia moral, merced á la cual es tan fácil adquirir la de los salones. »

Hermanando en común consorcio la cortesía del corazón con la de los modales, granjéase uno rápidamente todas las simpatías. « Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. »

---

## CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO

# LA CORTESÍA EN LA ESCUELA

### I. — Su necesidad y sus ventajas.

El niño debe siempre vigilarse á sí mismo, pero debe hacerlo particularmente en clase, donde tan numerosas ocasiones se le presentan de poner en práctica las reglas de la urbanidad.

La escuela es un mundo reducido. Encuéntrense en ella superiores, iguales é inferiores; compañeros corteses, amables, graciosos; otros de genio díscolo, pendencieros, vengativos, malos. Para con todos ellos se debe ser bueno é indulgente, esto es *saber olvidarse á sí mismo para dar gusto á los demás*.

El niño adquirirá la costumbre de los buenos modales, practicando en la escuela la urbanidad y cortesía, y así es como llegará á ser un joven distinguido, cosa tan rara en nuestros días.

### II. — En la Iglesia.

Al entrar en la iglesia, el niño bien educado toma agua bendita, la ofrece á sus vecinos y se santigua.

Se dirige luego reposadamente á su sitio, hace la genuflexión gravemente, y queda en pie si tiene que dejar pasar á un compañero rezagado.

Sentado ó de rodillas, no cruza las piernas, ni sujeta la cabeza con las manos, ni mira para un lado ó para otro. Es grave, circunspecto, modesto, y no imita á ciertos atolondrados que rien sin motivo ó por cualquier nonada.

Basta que el monaguillo tropiece ó que algún alumno se

equivoque al cantar para que se echen á reír de un modo tan ridículo como indecente. Tolérase que una sonrisa, en alguna circunstancia, venga á desplegar los labios; pero sólo un niño sin piedad y sin educación es capaz de divertirse ó hablar, durante los oficios.

Gritar al cantar, hacerlo con tonada gangosa, ir muy de prisa ó muy despacio, prolongar las notas finales, son otras tantas faltas que denotan un gusto musical depravado y una notable carencia de urbanidad. El canto ha de ser suave y expresivo.

### III. — En Clase.

En clase, como en la iglesia, los rezos deben hacerse pausadamente, con tono moderado y con recogimiento, sin mirar acá y allá, ni abrir un cajón para sacar un libro ó cualquier otro objeto.

Cuando un profesor entra en el aula, los alumnos deben ponerse en pie, y esperar, para sentarse, á que el maestro haya dado el permiso ó que él mismo se haya sentado. Durante la lección, deben abstenerse de todo lo que puede cansar al profesor ó distraer á sus compañeros, como abrir un pupitre, sacudir el banco, sonarse con estrépito, etc. Tener la cabeza entre las manos, bostezar, recostarse muellemente sobre el escritorio, son faltas al respeto y á la decencia.

Entretenerse con el portaplumas ó el lápiz, llevarlos á la boca, colocarlos en la oreja, servirse de ellos como palillos de tambor, son faltas en que los atolondrados suelen incurrir.

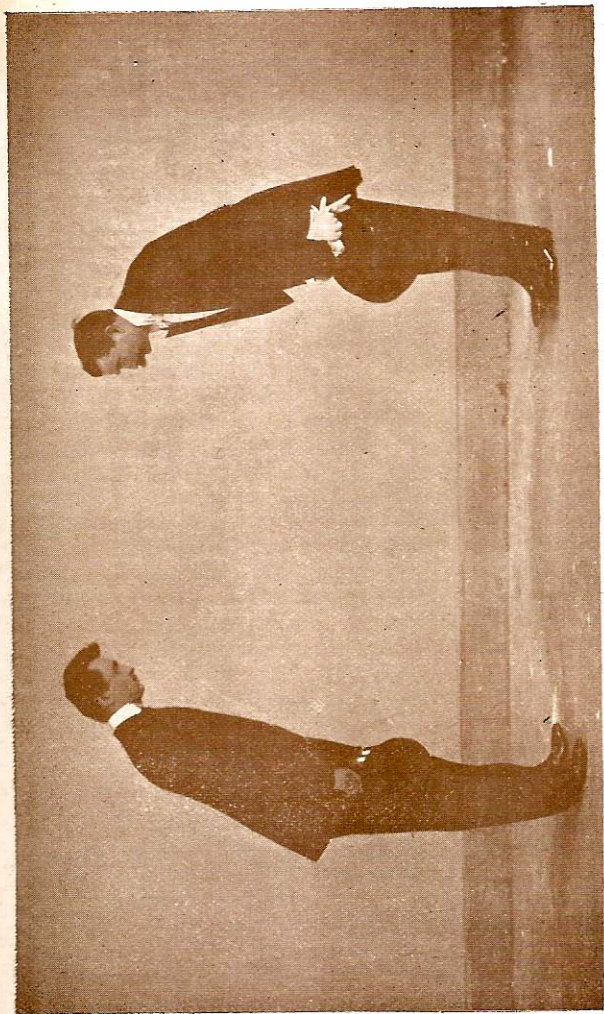
Cuando se interroga á un niño educado, éste se mantiene en pie, y no responde nunca por los monosílabos: *si*, *no*, sin agregar un apelativo: *Sí, señor*. — *Dispense, señor*.

Su mirada se dirige hacia la parte inferior del rostro de la persona que interroga, sin timidez ni osadía. Nada es tan encantador como unos ojos sencillos y una mirada franca.

Hablar con arrogancia á un profesor, ú obstinarse en contestar á sus observaciones, se considera como lo propio de un impertinente ó un testarudo.

Si se presenta ocasión de reír, el niño bien educado no prorrumpe en gritos ni hace contorsiones, y sabe contenerse.

Leer una carta dirigida á un compañero, pedir prestado un objeto con la intención de no devolverlo, falsificar notas ó tes-



**Saludo entre dos personas.** — Detenerse. — Reunir los pies. — Inclinarsse mirando á la persona á quien se saluda.  
Dejar caer los brazos á lo largo del cuerpo.

timonios de satisfacción, son faltas contra el honor, que un niño delicado no debe consentir nunca.

El discípulo bueno se granjea la simpatía de sus compañeros con su dulzura y bondad. Trata de no causarles disgustos y, por lo contrario, procura agradarles. Su postura y aseo son irreprochables. Sus vestidos, siempre limpios, no están ni arrugados, ni manchados. No se encuentra en sus libros ó sus cuadernos caricatura alguna. En su pupitre todo está en perfecto orden; cada objeto en un lugar determinado é invariable.

Ese niño tiene escrupulosa delicadeza en cuanto se refiere á la sinceridad, la lealtad, la probidad ó el honor. No recurre nunca al disimulo ni á la mentira, y no abre un escritorio para sacar de él el menor objeto, sin permiso del dueño.

El buen escolar ama el bien, y es un verdadero apóstol con la palabra y con el ejemplo.

Sus juicios son muy indulgentes. No critica jamás con acritud, y elogia de buena gana á quien ¡lo merece. No se disgusta por nada, y soporta con paciencia las contrariedades.

Admira y copia de cada uno de sus condiscípulos sus cualidades mejores y más perfectas. Imita la urbanidad y la distinción de éste, la franqueza y buen humor de aquél, la actividad del uno, la tenacidad del otro. Delicado, sumiso y laborioso, trabaja con tesón y aprovecha todas las circunstancias para demostrar á los maestros su reconocimiento y su afectuoso respeto.

#### IV. — Fuera de Clase.

En los corredores, en las escaleras, el alumno culto anda con naturalidad, sin lentitud ni precipitación.

Si encuentra en la casa á un superior, á un profesor ó á un extraño, le saluda graciosamente, le cede el paso, á todos manifiesta deferencia ó afecto.

No escribe nunca en las puertas ni en las paredes, y se guarda mucho de cometer el menor daño. Antes de entrar en una pieza, golpea discretamente, se descubre, luego avanza hacia la persona á quien quiere hablar y la saluda con soltura y sin precipitación.

## V. — En el Comedor.

El niño bien educado respeta el pan, que ¡ay! tantas veces falta á los pobres; cuida, pues, de no dejarlo caer al suelo y de no deshacerlo en migajas.

Ciertos escolares suelen ser muy exigentes para la alimentación, y hay platos que ni siquiera tocan. Se ha observado, desde hace tiempo, que los alumnos de condición más modesta son los que se muestran más descontentadizos. El niño bien educado come con elegancia y aseo todo cuanto que se le sirve; y evita cuanto pudiera ser para sus discípulos objeto de contrariedad ó de disgusto: como ensuciar la mesa, el vaso, el cubierto, hablar con la boca llena y dejar las sobras de la comida en forma desaseada. Sujeta su vaso lo más bajo posible, con tres dedos, y no lo vacía de un sorbo. El cuchillo no toca nunca sus labios, y cuando no se sirve de él, apoya la punta sobre el borde del plato. Mientras come la sopa ó un manjar cualquiera, deja la cuchara y el tenedor en el plato, y no lleva nada á la boca con la mano, salvo los alimentos secos, pan, frutas, rábanos...

Los alumnos que tanto anhelan obtener el permiso para hablar en el refectorio suelen abusar de él. Con el ruido de los vasos, de los tenedores, de los platos, se mezcla el de los gritos, carcajadas y discusiones ruidosas, produciéndose un alboroto ensordecedor. ¿Por qué no acostumbrarse á hablar en tono moderado, como lo hacen las personas cultas?

Después de la comida, cada alumno debe dejar en el mejor estado su servicio, y plegar con cuidado su servilleta.

## VI. — En el Salón de actos.

Si grande debe ser en todo momento la circunspección de un niño bien educado, en público sobre todo, en presencia de extraños, debe mostrarse digno y reservado. Procura entonces no hablar muy alto, no hacer grandes ademanes, no señalar á nada ni á nadie con el dedo, etc... Los gritos, las risotadas, los aplausos prolongados ó muy estrepitosos son de mal gusto.



Criticar de modo acerbo á los actores, que son las más de las veces condiscipulos, es propio de un vanidoso ó de un tonto.

Durante un número de canto ó recitación, un niño cortés debe permanecer sentado, evitando así estorbar la vista de las personas que estén tras él, y no se permite leer ó hablar con sus vecinos.

## VII. — En el Locutorio.

Al entrar al locutorio, el alumno, luego de haberse descubierto, se dirige hacia sus padres y les abraza afectuosamente.

Hace en estas circunstancias de dueño de su casa, ofrece asientos, ocupa el de menos categoría, la silla menos cómoda y es el último en sentarse.

Pide inmediatamente noticias de los miembros de toda la familia, particularmente de los jóvenes, ancianos y enfermos. Excusa hablar mucho de sí mismo, murmurar de sus compañeros é incurrir en lamentaciones ó recriminaciones.

Una madre decía en cierta ocasión al superior de un establecimiento : « Mi hijo ha debido portarse muy bien esta semana, pues no se ha quejado ni de sus profesores, ni de sus compañeros. »

Quien no está contento con nadie es, por lo general, ó un mal alumno ó una mala persona.

En el locutorio debe guardarse una postura digna y correcta, sin descuido; no se debe uno balancear en la silla, ni cruzar las piernas, ni volverse como veleta de un lado y de otro.

Transformar el locutorio en comedor es inconveniente; á lo más puede permitirse comer en él un pastelillo, una naranja, una fruta; y en tal caso debe tenerse la precaución de convidar á los presentes y de no arrojar nada al suelo. Los jóvenes harán bien en rehusar estas golosinas, impropias de su edad.

Terminada la visita, el alumno acompaña á sus padres, les cede el paso en la puerta del locutorio, los abraza, y, antes de dejarlos, no olvida darles memorias para todos los miembros de la familia.

### VIII. — En los Recreos.

Los alumnos, que permanecen sentados largo tiempo, deben hacer mucho ejercicio en los recreos, prefiriendo los juegos que requieren mayor movimiento, como la pelota. Necesario para el cuerpo, el ejercicio favorece el trabajo intelectual y conserva la salud del alma.

« Algo enfermo hay, ó pronto lo ha de haber, entre la juventud que no juega. » (MONSEÑOR DUPANLOUP.)

En el recreo es cuando da á conocer especialmente un niño todas sus cualidades y defectos.

Aun dejando en los recreos gran animación al juego, deben evitarse los gritos, los términos groseros, las expresiones callejeras y los juegos de manos, llamados con razón por nuestros abuelos *juegos de villanos*.

Demostraría falta de educación y corazón depravado el niño que se burlara de un compañero lisiado ó poco inteligente, ó le pusiera motes ó apodos.

Los alumnos nuevos deben ser tratados con bondad. Las novatadas han sido abolidas en todas partes; constituyen una diversión estúpida y malvada, cuando no cruel.

Tanto en recreo como en clase, el niño bien educado se guarda de causar pena á nadie, y trata, en cambio, de agradar siempre. Su bondad le granjea rápidamente todas las simpatías. Más tarde, sus discípulos, hombres ya, recordarán con gusto su nombre. *Las amistades así como las enemistades de la infancia suelen ser muy duraderas.*

### IX. — En el Paseo.

Cuando se sale de casa, es necesario tener compostura y aseo perfectos; llevar el cabello bien peinado, el sombrero y el vestido bien acepillados, la corbata bien atada y los zapatos muy limpios.

Se debe caminar sin contonear el cuerpo ó columpiar los brazos, y sin dar grandes trancos; llevando la cabeza y el cuerpo derechos, mirando siempre adelante para no chocar con los transeuntes. Meterse las manos en los bolsillos es tan impropio como desairado; cuando hace frío, se usan guantes.

En las calles, el niño bien educado ni habla demasiado fuerte, ni ríe con estrépito, ni se acerca al tinglado de los saltimbanquis, como lo hacen los papanatas.

Saluda á todas las personas conocidas que encuentra, así como á los sacerdotes y religiosos.

Ciertos compañeros son perjudiciales por sus conversaciones, entre otros los aduladores y los que están siempre murmurando : es necesario, pues, cuidar de no dar á éstos ninguna muestra de simpatía ó afecto, pues son egoístas, sin caridad, incapaces de cumplir con los deberes que impone la amistad.

## X. — En el Dormitorio.

Antes de entregarse al reposo, es bueno hacer un examen detenido de conciencia. “ El hombre que cada día se interroga sin debilidad acerca de sus propios actos, y se juzga con severidad, muy pronto llega á ser mejor. ” (F. COPPÉE.)

Todas las noches, Franklin señalaba con una cruz blanca los defectos que durante el día había evitado, y con una cruz roja aquellos en que había incurrido.

Hay que levantarse con prontitud y á la primera señal, vestirse y arreglarse con esmero, sin olvidar que la limpieza, recomendada por la urbanidad, es necesaria para la salud.

Debe lavarse frecuentemente la boca, pues constituye un receptáculo de gérmenes nocivos que no esperan sino una ocasión favorable para invadir el organismo, desarrollarse y originar enfermedades no pocas veces mortales.

Para evitar ó retardar la caries de los dientes, hay que limpiarlos todas las mañanas con un lienzo ó un cepillo blando, valiéndose de polvos dentífricos : el bicarbonato de sosa es uno de los mejores y menos costosos. ¡ Cuántas enfermedades de estómago se evitarían si, desde temprana edad, se tuviera gran cuidado de la dentadura !



SEGUNDA PARTE

EL

ARTE DE HABLAR

---

CAPÍTULO PRIMERO

LA CONVERSACIÓN

I. — Importancia de la conversación.

La conversación es un cambio de ideas entre dos ó más personas, sobre los más diversos temas. Es una de las condiciones de la vida humana. Ser eminentemente social, tiene el hombre necesidad de comunicar á sus semejantes los pensamientos de su mente y los sentimientos de su corazón, y de entenderse con ellos por la palabra y por escrito.

Al mismo tiempo que nos brinda agradable desahogo, permite la conversación adquirir, sin trabajo ni esfuerzo, cuantiosos conocimientos. ¡Dichosos los que, desde temprana edad, pueden escuchar una palabra animada, que despierta el espíritu, provoca la atención é inspira útiles reflexiones. Adquieren en poco tiempo gran actividad intelectual y una facilidad especial para asimilarse el pensamiento ajeno!

Por la conversación es también como los negocios comerciales nacen, se desarrollan y multiplican. ¡Cuánta habilidad de palabra no ha de necesitar el negociante para hacer valer su mercancía, ganar la voluntad del cliente y merecer su confianza!

Pero la conversación es además un poderoso medio para alentar y consolar, para insinuarse en los ánimos, llevar á buen fin una negociación delicada, afianzar el acierto de una empresa difícil. Requiere la conversación mucho tino, habilidad y juicio.

Pocas personas descuellan en el arte del bien decir, porque pocas se ejercitan en él; y, con todo, nada es más útil, máxime en nuestros días.

Para que sea correcta, ha de ser una conversación urbana sin afectación, alegre sin trivialidad, graciosa sin remilgo, literaria sin pedantería, y ante todo respetuosa de los fueros de la conciencia.

« El hombre que merece ser escuchado, dice Fenelón, es el que no se vale de la palabra sino para expresar el pensamiento, para defender la verdad y la virtud. »

La lengua castellana es un admirable instrumento de conversación; viva y animada cuando discute, fina y picaresca cuando chanea, clara y precisa cuando expone, reviste todas las cualidades requeridas para una plática útil é interesante. Su majestad no superada por ninguna lengua, su fuerza y energía aventajadas sólo por el latín, su armonía y sonoridad que la igualan casi con el griego, le dan uno de los primeros puestos entre las lenguas latinas.

Antes de hablar, es menester reflexionar. El sabio pesa sus palabras con pesas de oro; se ha dicho que « el hombre de verdadero ingenio emplea una corta cantidad de su talento en hablar y una muy grande en callar ». Los necios charlan mucho y reflexionan poco.

El charlatán es una verdadera plaga. Fluyen las palabras de sus labios como un torrente, sin interrupción ni descanso; habla de lo que sabe y de lo que ignora. Las más de

las veces, abre la boca para decir tonterías ó nonadas, y somete á dura prueba la paciencia de los oyentes.

## II. — El Tono de la conversación.

La palabra debe ser suave y armoniosa. Si se tiene un tono de voz duro, chillón, poco simpático, trátase de modificarlo, cosa que siempre se consigue con trabajo y buena voluntad.

En los salones, donde se hace gala de buena crianza, se habla con voz clara, pero moderada; en el campo, en la taberna, en ciertas reuniones, se grita ó ríe ruidosamente. « Oigo á Teodecto en la antecámara; sube su voz á medida que se aproxima; hélo dentro; ríe, grita, estalla : es un trueno. » (LA BRUYERE.)

Nada tan fácil como medir el nivel de la educación en una reunión; están los que la componen tanto mejor educados, cuanto con *mayor* animación y *menos* alboroto se habla en ella.

Aun en un momento de impaciencia ó de mal humor, la persona culta no habla demasiado alto, no grita.

La voz baja indica timidez, la muy elevada, presunción; un tono solemne, pequeñez de espíritu y vanidad; uno demasiado brusco, impaciencia y cólera.

Hay quienes no pueden hablar sin poner ternura y lágrimas en su voz, dando esto cierto carácter risible á su conversación.

Algunos tienen una pronunciación muelle, lánguida; parece como que están siempre quejándose. Esta manera de hablar indica en ellos mucha cobardía.

El tono de la voz debe ser suave sin languidez, vivo sin rudeza. Lo mismo que el continente, debe el tono mostrar cierta amalgama de reserva y de naturalidad, de modestia y firmeza. Si el tono de voz fuese siempre correcto, bien podría hablarse y aun discutir sin temor de irritar á nadie : pues, las más de las veces, es el tono lo que más ofende y hiere.

Muchos jóvenes tienen la triste reputación de arrogantes, porque no cuidan bastante de las inflexiones de su voz y su manera de hablar.

### III. — Las Cualidades de una buena pronunciación.

La buena pronunciación es clara, firme y vigorosa, sin acento defectuoso. Para articular bien se debe dar á los órganos moduladores de la voz la posición debida, y un movimiento enérgico.

Casi todos los defectos de pronunciación provienen de que se pronuncian las consonantes de una manera muelle, indecisa, sin mover suficientemente la lengua y los labios.

Cuando se habla es muy importante hacer sonar todas las letras y todas las sílabas.

Un medio excelente para corregirse de cualquier defecto de pronunciación es el de reunirse con un amigo complaciente, y hablarle en voz baja, de modo que él comprenda sólo con el movimiento de los labios.

Para darse á entender bien, es menester hacer las inflexiones exigidas por el sentido, pero sin exagerarlas y sin buscar un tono declamatorio: el lenguaje familiar exige mucha soltura y naturalidad. Debe darse también al espacio de tiempo que media entre dos palabras la duración debida y apoyar con energía en las palabras más importantes.

### IV. — Los Defectos de pronunciación.

Los principales defectos de pronunciación son: el *ceceo*, el *tartajeo*, la *tartamudez*, el *titubeo*.

El *ceceo* consiste en la indebida transformación de la *s* en *c*. Para corregirse de este defecto harto común en Andalucía es preciso cuidar de que la lengua, al pronunciar la *s*, no pase nunca de los dientes.

El *tartajeo* es un vicio de pronunciación que consiste en atropellar las palabras al hablar. Remédiase fácilmente obligándose á hablar con lentitud.

La *tartamudez* ó la repetición de una misma sílaba al principio ó en medio de una palabra, deriva tanto de la inteligencia como de los órganos vocales.

« Muchas veces tartamudea la lengua, dice Legouvé, porque tartamudea también el ingenio, porque vacila el carácter, porque no sabe uno claramente lo que va á decir, ni lo que quiere decir, porque tiene temor, porque se halla enfadado, ó porque pretende hablar demasiada deprisa. Impaciencia, timidez, falta de precisión en las ideas : tales son las causas de este defecto, que tiene ciertamente remedio. Acostúmbrate á hablar lentamente, y á no hablar sino cuando estés seguro de ti mismo, y dejarás de tartamudear. »

Para corregirse de tal defecto, dicese que Demóstenes declamó durante varios días largos discursos á orillas del mar, guardando unos guijarros en la boca. Actualmente se ha imaginado una gimnasia vocal que permite suprimir ó atenuar en poco tiempo todos los vicios de pronunciación.

Otro defecto análogo consiste en dejar oír de vez en cuando un sonido inarticulado, ó en prolongar la última sílaba de una palabra, mientras se da con la palabra siguiente. La elocución es entonces penosa y lánguida, y causa verdadero tormento al que habla y á los que le escuchan.

Este defecto es difícil de corregir, sobre todo en edad avanzada. Es preciso vigilarse mucho, *hablar lentamente*, detenerse un instante cuando no acude la palabra á los labios, y empeñarse en adquirir por medio del estudio y el ejercicio, el hábito de la palabra.

Los profesores han de ser rígidos para con los discípulos que, no sabiendo sus lecciones, arrastran la última sílaba de las palabras ó toman el hábito de repetir el mismo sonsonete, v. gr. : entonces, y...



## CAPÍTULO SEGUNDO

# CUALIDADES DEL LENGUAJE

### I. — Pureza y Corrección del lenguaje.

Se peca contra la pureza de la lengua, ya usando voces cuya forma ha sido alterada, ya dándoles una significación distinta de la establecida por el uso.

Infríngese la corrección del lenguaje faltando á las reglas gramaticales.

Los principales vicios de dicción en que se puede incurrir al hablar son el *barbarismo*, el *solecismo*, la *cacofonía*, la *anfibología* ú *obscuridad*, la *monotonía* y la *pobreza*, ó empleo muy frecuente de unos mismos vocablos.

Llámase *barbarismo* la falta contra las reglas y propiedades del lenguaje. He aquí algunos ejemplos :

1º Pronunciar y acentuar mal las palabras : v. gr. *expon-taneo*, *excéptico*, *exsena*, *haiga*, *escepto*, etc., en vez de espontáneo, escéptico, escena, haya, excepto, etc.; epí-grama, telégrama, intérvulo, domínico, kilógrama, decá-litro, díploma, cólega, metamórfosis, régimenes, carácteres, síttil, fútil, él vacía, décano, tifóidea, diciendomé, etc., en vez de epigrama, telegrama, intervalo, dominico, kilogramo, decalitro, diploma, colega, metamorfosis, regimenes, caracteres, sutil, fútil, él vacia, decano, tifoidea, diciéndome, etc.

2º Trocar por vocablos de otras lenguas los castellanos genuinos, expresivos y hermosos. Los casos más comunes de

este vicio en castellano han sido tomados del francés y se llaman *galicismos*, son una verdadera plaga en la lengua de Cervantes.

V. gr. <i>accidentado</i> (país)	por quebrado.
<i>aficionado</i>	por aficionado.
<i>aliage</i>	por mezcla.
<i>apercibirse</i>	por observar, divisar.
<i>aprovisionar</i>	por abastecer, surtir, proveer.
<i>avalancha</i>	por alud.
<i>banalidad</i>	por vulgaridad.
<i>bisutería</i>	por joyería.
<i>bizarro</i>	por extraño, extravagante.
<i>constatar</i>	por comprobar.
<i>debutar</i>	por estrenarse.
<i>finanzas</i>	por rentas públicas.
<i>fuete</i>	por látigo.
<i>macabro</i>	por fúnebre.
<i>marcado</i>	por señalado.
<i>pretencioso</i>	por presuntuoso, presumido, engreído.
<i>pronunciado</i>	por señalado.
<i>remarcable</i>	por notable, conspicuo, sobresaliente.
<i>revancha</i>	por desquite.
<i>sensacional</i>	por notable.
<i>susceptible</i>	por quisquilloso.

3º Echar mano impropriamente de una dicción que signifique otra cosa muy distinta de lo que se quiere dar á entender.

Ejemplos: Pasó *desapercibido* el discurso, — por pasó inadvertido, ignorado, pues *desapercibido* vale desprevenido, mal preparado. *Caliginoso* (oscuro) por cálido. *Cerúleo* (azul) por de color de cera. *Dintel* por umbral de una puerta. *Eminente* (muy alto) por inminente próximo. *Fauces* (garganta) por colmillos. *Figulina* (de arcilla) por figurina. *Infringir* (quebrar) por infligir, causar. *Oleoso* (aceitoso) por agitado como las olas del mar. *Sendos* (uno

para cada uno) por descomunales, grandes. *Vitando* (que debe evitarse) por vital, ó por nefando. *Bajo* esta base en vez de : *Sobre* esta base. *Bajo* este punto de vista por : *Desde* este punto de vista.

Llámase *solecismo* el defecto en la estructura de la oración respecto de la concordancia, régimen y composición de sus partes.

Suelen incurrir en solecismos muchas personas que equivocan el género de ciertos vocablos, diciendo :

*El sartén* en vez de : la sartén.

*La cortaplumas* en vez de : el cortaplumas.

*La lapicera* en vez de : el lapicero ó portaplumas.

Otras cometen, según la expresión de la Gramática de la Real Academia, *un craso desatino*, en el uso del pronombre *cuyo* quitándole su condición de posesivo : v. gr. : Dos libros te presté hace un año, *cuyos* libros aun no han vuelto á mi poder ; en vez de *los cuales* aun no han vuelto á mi poder.

Los hay que disparatan de modo divertido, en el uso de los pronombres ó en su colocación. Y así oímos frases como las siguientes : « *Se* vamos ; *me se* olvidó ; Juanito, es menester que vuelvas en *si* ; » en lugar de : « *No*s vamos ; se me olvidó ; Juanito, es menester que vuelvas en *ti*. »

Por fin no falta quien diga que se ocupa *de* un trabajo importante ó que vende un reloj con ó *sin* su cadena. Mucho más castiza fuera la frase si dijese : que se ocupa *en* un trabajo, y que vende un reloj con su cadena ó *sin* ella.

Un alumno de literatura respondía en un examen que en el siglo de oro habían muchos poetas, ignorando que poetas es complemento y no sujeto de *había*.

*Cacofonia* es vicio que consiste en el encuentro ó repetición de unas mismas sílabas ó letras : un armonioso *sonido*, reloj *ginebrino* ; esto *alienta tanto* ; *atónito ante tí* ; *dale las lilas á las niñas* ; tu *seco corazón*.

La cacofonía es un arte si se vuelve armonía imitativa :

Que los lleve Barrabás,  
Con más erres y más ruido  
Que carro por pedregal.

(L. QUIÑONES DE BENAVENTE.)

La *anfibia* ó obscuridad gramatical proviene de emplear giros donde sea difícil conocer inmediatamente el sujeto y el término de la oración. Adolece de este vicio la frase siguiente : Juan González recomienda á López á Julio, pues no se sabe cuál es la persona recomendada.

La *monotonía* y *pobreza* es el empleo demasiado frecuente de unos mismos vocablos. Los que padecen este achaque del lenguaje echan en olvido lo que dijo Quevedo : « remudar vocablos es limpieza, » y toman por muletilla una misma dicción para todo.

Pueden citarse como ejemplos de monotonía los múltiples sentidos que suele darse á los verbos *ocupar*, *hacer sufrir*, *tener lugar*, verbos de sabor más que gálico y que dan frases vaciadas en el molde de París. La pobreza de lenguaje en quien habla castellano es imperdonable, siendo la lengua de Cervantes una de las más ricas y abundantes que existen.

Al tratar de guardar perfecta pureza y corrección de lenguaje, se debe huír del excesivo refinamiento, del melindre y del purismo.

« Los puristas no sueltan la menor palabra atrevida ; no se les ocurre ninguna expresión primorosa, nada dicen con naturalidad ; hablan de un modo correcto y... aburrido. » (LA BRUYERE.)

En el lenguaje familiar, importa que no se manifieste el trabajo de la forma. En lo posible, se ha de expresar uno de un modo claro, valiéndose de frases cortas, sencillas y naturales.

Para la pureza y corrección de lenguaje, conviene poner gran cuidado en el uso de las preposiciones.

## II. — La Cultura del lenguaje.

No sólo se debe ser correcto al hablar, sino que es preciso también mostrarse elegante y digno.

La primera condición para que sea elegante el lenguaje es la *claridad* y la *precisión*.

Por costumbre, ó para suplir una expresión que no viene á la memoria, emplean muchos palabras parásitas que nada significan. Casi todas sus frases contienen dicciones como éstas: *entonces, pues, ahora bien, no obstante, comprende Vd., bien, ¿no es cierto? ¿sabe?* Recargar el discurso con palabras inútiles, es volver el lenguaje pesado y difuso.

Toda persona que se respeta á sí misma proscribe escrupulosamente de su conversación las expresiones triviales, groseras ó indecorosas. Hay que abstenerse con el mayor cuidado de semejantes expresiones, que sólo se oyén en boca de los muchachos faltos en absoluto de educación; nunca las profiere una persona que tiene cierta elevación de sentimientos. « Lo que vale el pensamiento, vale la palabra, » ha dicho Lacordaire. La trivialidad en el lenguaje, signo cierto de una mala educación, acarrea insensiblemente la vulgaridad del alma y el rebajamiento del carácter.

No debe olvidarse que, una vez adquirida la costumbre de pronunciar palabras triviales, se nos escapan fácilmente aun ante las personas á quienes debemos respeto, lo cual nos cubre de confusión. Vense ejemplos de ello hasta en las asambleas parlamentarias.

Las expresiones superlativas: *horriblemente, enormemente, fabuloso, fenomenal, adorable, divino,...* lejos de dar fuerza al discurso, lo vuelven ridículo. « Tengo una sed espantosa y un hambre *descomunal*. » « Este monstruo tiene un carácter *horrible*. » « Este paisaje es *adorable, divino...* »

Todo cuanto excede los límites de lo verdadero es de mal gusto y nada hay tan hermoso como la verdad.

## CAPÍTULO TERCERO

# LAS CUALIDADES DE LA CONVERSACIÓN

### I. — La Cortesía y la Conversación.

Será descortesía designar á una persona de respeto por medio de los pronombres : *él, ella, ése, ésa*. No se dirá, pues : *Ese me dijo tal cosa, ella me preguntó*, sino : « El señor X... me dijo, etc. » « Doña Fulana me preguntó... »

Los apelativos *señor, señora* atenúan la sequedad de los términos demasiado breves, y deben usarse después de las palabras : *sí, no, gracias*, pero no deben repetirse muy á menudo, pues resultaría fastidioso.

Cuando se habla con una persona de algún miembro de su familia, deben emplearse fórmulas respetuosas : *su señor padre, su señora madre*.

Como el *tuteo* se aviene mal con las fórmulas de respeto, sería ridículo decir : *tu señor padre ó tu señora madre*. Suele en ciertos casos decirse : *tu buen padre, tu digna mamá*, ú otra expresión urbana.

Las personas casadas se valen de los términos *marido y mujer*; pueden usarse estos en su ausencia, pero nunca ante ellas. No se dirá : ¿ *Cómo está su marido?* sino : ¿ *Cómo está Don Fulano?*

Cuéntase que Luis Felipe, rey de los Franceses, se trasladó en cierta ocasión á un pueblo donde poseía un palacio, y fué recibido por la población con el alcade á su frente. Después de cumplimentar al soberano, el magistrado,

alentado por la sencillez del rey, le dijo : « ¡ Qué lástima, señor, que no hayáis traído á vuestra mujer ; hubiera sido la fiesta completa ! — ¡ Oh ! respondió sonriendo el monarca, lo siento más que vos, señor alcalde ; pero era necesario que alguien se quedara para cuidar de la casa. »

A las personas de jerarquía se les debe dar el título que les corresponde : *Ilmo. señor, señor almirante, señor general, señor ministro, etc.*

Este título enunciado la primera vez cuando se habla con dichas personas, no se repite á cada paso en el transcurso de la conversación.

Un joven de más de quince años de edad no dice en sociedad : *papá, mamá* ; pero, en familia, se aceptan siempre bien estas palabras.

En una enumeración la tercera persona debe citarse antes que la primera y la segunda antes que la tercera. No debe decirse : *yo y mi hermano*, sino : *mi hermano y yo* ; *él y Vd.*, sino : *Vd. y él*.

No se debe hablar á nadie de un modo imperioso. Por tanto, en vez de decir : *vaya, venga, haga esto*, debe usarse de un circunloquio, diciendo, por ejemplo : *Tenga á bien, hágame el favor de, ¿ quiere, ó puede Vd. hacer esto ? sírvase...*

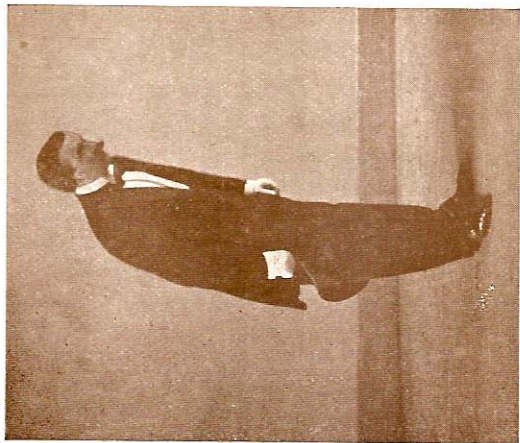
Para dar las gracias, uno usará según las circunstancias las expresiones siguientes : *gracias, mil gracias ó muchas gracias, le agradezco mucho* y otras por el estilo.

Requírese cierta habilidad y gran costumbre de los usos del mundo para saber apreciar ciertas diferencias y variar las fórmulas al tratar, ya con inferiores, ya con iguales, ya con superiores.

A propósito de leves diferencias, suele citarse la anécdota del príncipe de Talleyrand :

Dicho príncipe tenía en cierta ocasión una docena de personas á su mesa. Después de la sopa, ofreció el asado á sus convidados.

*Señor duque*, dijo al primero con gran deferencia y eligiendo el mejor trozo : *¿ me permite que le ofrezca de este asado ?*



**Saludo con sombrero.**—Inclinarse.  
Conservar el sombrero en la mano derecha.



**Saludo sin sombrero.**— Igual actitud que en la  
figura anterior.— Dejar caer las manos naturalmente.



Señor marqués, dijo al segundo con una sonrisa llena de gracia : *¿ me permitiré ofrecerle de este asado ?*

A un tercero con una expresión de particular afabilidad : *Querido conde, ¿ le ofreceré este trozo de asado ?*

A un cuarto, con benevolencia : *Barón, ¿ aceptará Vd. este asado ?*

Por último, á un caballero que estaba sentado al extremo de la mesa, designando el contenido del plato, dijo con un movimiento de cabeza y una sonrisa bondadosa : *¿ Un poco de asado ?*

Constituye un arte el saber proporcionar los miramientos á la calidad y méritos de cada cual.

Las palabras : *oportunidad, placer, honor*, no son sinónimas, y no deben, por lo tanto, usarse indistintamente. A un superior, se le dirá : *¿ Me honrará usted pronto con su visita ?* A un amigo : *¿ Tendré pronto el gusto de verle ?*

Se falta gravemente á la urbanidad, poniendo en duda la palabra de una persona ; diciendo, por ejemplo : *está Vd. equivocado, eso no es cierto, eso no es así...* ; así como respondiendo *sí ó no* á secas á alguna pregunta.

## II. — La Moral en la conversación.

En toda conversación debe tenerse cuidado de no pronunciar sin respeto el santo nombre de Dios, de no criticar las decisiones de la Iglesia, ni bromear con las cosas santas : prácticas de piedad, palabras de la Sagrada Escritura, ceremonias del culto, etc.

Deber riguroso es para todos el no decir nada que pueda herir la religión ó la moral. Si se falta á este deber, se expone uno á disgustar á las personas presentes y á recibir alguna vez ejemplares lecciones.

Tampoco está permitido usar como estribillo los santos nombres de Dios, Jesús y María : *¡ Dios mío!, qué calor hace ! ¡ Jesús, qué charlatán !* ni tampoco estas exclamaciones : *¡ Qué diablo ! ¡ á fe mía !* y otras parecidas. Sólo los borrachos y carreteros se permiten algunas otras palabras soeces y chocarreras.

### III. — La Discreción.

La discreción es una cualidad preciosa, que duplica el valor de todas las demás. Consiste en no ser nunca importuno, en no abusar de nada, en respetar el tiempo y la libertad de los demás, lo mismo que sus secretos.

Todo el mundo está obligado á ella. No hay persona que no tenga que guardar silencio sobre ciertas cosas íntimas referentes á su familia, amigos ó conocidos; que no deba evitar la grosera indiscreción de escuchar junto á las puertas, de leer cartas ó papeles dejados en un escritorio; que no tenga el deber de no revelar un secreto que la confianza ó la casualidad le han confiado.

Leer una carta dirigida á otro es indiscreción imperdonable, delito contra el honor, y proceder de hombre descortés.

Es igualmente grave indiscreción el tratar de adivinar, por el examen de un sobre, de dónde viene una carta, por quién fué escrita, y forjar sobre esto suposiciones más ó menos fantásticas.

Ciertas personas, devoradas por el deseo de saberlo todo, se vuelven molestas en extremo por sus preguntas indiscretas acerca de la familia, la fortuna, la vida íntima...

Desoídas la primera, la segunda ó la tercera vez, no se conforman con ello, volviendo á la carga hasta que su curiosidad queda satisfecha, y este deseo de conocerlo todo las hace insoportables, atrayéndoles muchos enemigos.

La curiosidad, hermana de la indiscreción, si no es vicio del corazón, es defecto propio de los niños y una manía de los tontos. Puede llegar á ser intolerable.

Sólo un hombre falto de corazón y educación podrá aprovecharse de una cordial hospitalidad para penetrar en los secretos de una familia y descorrer el velo de sus íntimas miserias. El hogar doméstico es sagrado, y abrir sus puertas á todos con chismes y habladurías indiscretas es acción vil,

vergonzosa y humillante. « Si has visto ú oído alguna cosa, dice Erasmo, finge no saber lo que sabes. »

Con justicia es severo el mundo para con los indiscretos, pues los considera como personas poco delicadas, que no merecen confianza alguna y que carecen de la más vulgar educación.

#### IV. — La Modestia.

La dulce y benévola modestia es no sólo una virtud, sino también una fuerza que granjea más amigos que la riqueza y más crédito que el mismo poder. La modestia realza todas las demás cualidades.

El hombre modesto cuida de no ponerse en evidencia, de no hacerse valer y de no llamar la atención sobre sí mismo; desea y busca la vida oculta. Se parece á la violeta, flor que su humilde tallo sustrae á nuestra vista, y cuyo perfume basta, por sí solo, para hacerla descubrir.

Rara vez discute, no da su parecer sino cuando se lo piden y nunca lo hace en forma imperiosa y decisiva.

Muy pocas veces habla de sí, de su talento y empleo.

Como desea pasar inadvertido, acepta sin dificultad la ocupación más humilde. La alabanza le cansa y la adulación le espanta.

Quiere de verdad á los amigos que elige, encuentra en ellos numerosas cualidades, y está siempre dispuesto á hacerles favores. Accede de buen grado á sus deseos y no trata de imponerles sus opiniones y gustos.

Siempre de humor tranquilo, no le envanece el triunfo, ni le desalienta el fracaso. Su modestia le libra de las violencias altaneras y despreciativas.

Después de una señalada victoria, escribía el general Turenne á su esposa :

« El enemigo nos acometió ; le hemos vencido, loado sea Dios. He trabajado algo durante toda la jornada ; te envío pues, las buenas noches y me retiro á descansar. »

¡ Qué admirable sencillez !

Los ignorantes y los necios nunca son modestos ; no com-

prenden que su *yo* es un objeto casi siempre ingrato y enojoso para los demás; al revés del hombre modesto, se ponen con gusto en escena y tratan de lucir.

El *jactancioso* habla constantemente de sí mismo y de todo cuanto puede resultar en alabanza propia, olvidando que el orgullo es hermano de la tontería, y que, *por más que haga un necio bordar hermosamente su traje, no dejará éste de ser el traje de un imbécil.*

La fatuidad del *jactancioso* raya en lo ridículo: todo lo ha visto él, todo lo ha oído, todo lo sabe. Ha leído á Homero, á Cicerón, á Hipócrates: se los sabe de memoria.

En menos de un cuarto de hora, resuelve cuatro casos graves de teología, da tres remedios infalibles para curar una enfermedad insanable, é indica con seguridad cuál es la mejor forma de gobierno.

Este hombre prodigio ha desempeñado por todas partes un papel importante. Nunca tuvo fracasos, todo le salió perfectamente, y, sin embargo, no pasa de ser un infeliz.

Conoció, según dice, poco menos que á todos los grandes personajes contemporáneos; muchos le honran aún con su amistad, y algunos hasta le escriben cartas muy amistosas. Hoy cenará con el ministro X..., mañana con el senador Y...; pasado mañana... ¡quizás no coma!

Pertenece á una familia ilustre, que descende de los virreyes de las Indias. Su padre es modesto empleado, pero su familia contó grandes señores, y su tatarabuelo fué un general distinguido que salvó á su rey y á su país.

Avido de cumplimientos, acepta con ridícula complacencia las más exageradas alabanzas.

Es para él la vanidad una necesidad, en cuyas aras hay que sacrificarlo todo, aún la misma verdad. Ni contradicciones, ni mentís, ni humillaciones le son obstáculo para satisfacer esta manía.

« Es propio de un hombre prudente, dice San Juan Bautista de la Salle, no hablar nunca de lo que le atañe, y digno de un alma estrecha envanecerse y hablar elogiosamente de sí misma. Un cristiano no debe hacerse conocer sino por su propia conducta. »

## CAPÍTULO CUARTO

# LOS DEFECTOS DE LA CONVERSACIÓN

### I. — Las Bromas.

La broma es arma peligrosa, que sólo debe esgrimirse con ingenio y delicadeza. Bromear agradablemente es cosa tan difícil como rara.

Para poderse tolerar, ha de ser la broma fina, delicada, exenta de todo sentimiento grosero, de toda expresión trivial; debe tener por objeto las cosas, y rara vez á las personas. Nadie, sino un hombre falto de educación ó un corazón malo, será capaz de chancearse con la miseria, el infortunio ó las deformidades físicas. Es cobardía y bajeza de espíritu ridiculizar á una persona porque sea tuerta, coja ó jorobada.

Á veces, por decir una palabra ingeniosa, una frase picaresca, no se teme causar pena, aunque sea á un amigo. ¿Cómo puede sacrificarse, por el prurito de lucir el ingenio, el dulce placer de ser amable y bueno?

Toda broma que hiera á la religión ó á la moral es grosera y de mal gusto; la que cause disgusto es inconveniente. Aunque sea fina y delicada, no debe dirigirse sino á personas capaces de comprenderla y de no tomarla á mal.

Bromear con un superior es una falta de respeto; con un inferior, una imprudencia: « La familiaridad, dice Madama Nécker, es siempre un error; los superiores la reciben de

mal grado, y los inferiores pierden con ella la consideración debida. »

Una broma, al parecer inocente, malquistó para siempre al pintor Isabey con el célebre músico Gretry. Este último era admirador apasionado del canto del ruiseñor. Cierta día que cenaba con Isabey, le dijo éste : « Hé aquí, querido Gretry, un pastel que ha sido preparado en vuestro honor; probadlo, y después me diréis cómo lo encontráis. » Gretry saboreó el pastel como entendido, lo repitió dos veces y declaró que nunca había probado cosa tan excelente. « Ya me lo esperaba, dijo Isabey riendo, pues es un pastel de ruiseñores. » Gretry palideció, levantóse, tomó el sombrero y no volvió en toda la vida á casa del pintor.

La broma consiste en un contraste, una relación inesperada, que causa grata sorpresa. Se distinguen tres principales : *el chiste*, *el juego de palabras*, y *el retruécano*.

El *chiste* es una frase viva, ingeniosa, que resulta de las cosas mismas ó sea del pensamiento, y no de la expresión.

Un mal bromista preguntó cierto día á Alejandro Dumas si no descendía del mono. « No sé, caballero, si descendiendo yo del mono, respondió el novelista; de lo que estoy seguro es de que Vd. vuelve á él. »

El *juego de palabras* es una alusión chistosa, fundada en la homonimia ó parecido de las palabras. Es una especie de equívoco, cuya dificultad constituye su mayor valor.

El *retruécano* es igualmente un juego de palabras basado en la similitud de sonidos, pero que no tiene en cuenta ni el sentido ni la ortografía.

No confundamos el *chistoso*, *gracioso* ú *ocurrente*, con el *bromista* ó *chocarrero* de mala ley; ambos bromean, pero de modo muy distinto. Aquél provoca la risa fina y delicada, éste excita la necia carcajada.

Ciertas farsas ó bromas son verdaderos despropósitos é impertinencias. Ocultar un bastón ó un sombrero, quitar la silla cuando está uno á punto de sentarse, poner alguna materia pegajosa en las teclas de un piano son otros tantos disparates, que sólo divierten á los insensatos y no requieren, para realizarse, fuerte dosis de ingenio.

¿Qué diremos de aquellas farsas que pueden acarrear consecuencias funestas, v. gr. aquella de que fué víctima el poeta francés Santeuil? Según nos lo refiere Saint-Simón, el autor de los *Himnos sagrados* murió después de cuarenta y ocho horas de dolores atroces, envenenado por una copa de vino en que, por broma, habían echado polvo de tabaco. ¡Qué remordimientos para el mal farsante!

Cosas hay que el decoro y la decencia prohíben mentar ó nombrar, y acerca de los cuales no se ha de bromear. Algunos espíritus por cierto muy groseros que se complacen en tan bajas regiones, tratan de llevar á ellas á sus oyentes. Son personas mal criadas que se hacen merecedoras de lecciones muy crudas. Suele juzgárseles con harta severidad, pues habla la boca de la abundancia del corazón.

Quando, en alguna reunión, se encuentra alguna persona que profiere palabras un tanto libres, no se ha de echar á reír; sino fingir no haberlas comprendido y hacer mudar de asunto la conversación, si se puede.

## II. — De la Burla y de la Mofa ó Ironía.

La *burla* consiste en palabras ó acciones con las que se pretende ridiculizar á alguien. Es arma poco cortés, que nunca emplea una persona delicada.

La *mofa* ó ironía raya en la burla y se confunde muchas veces con ella. Rara vez es delicada y de buen gusto, puesto que trata de ridiculizar ya para provocar la risa ya para satisfacer una venganza.

En sentir del Sr. Noël, distingüense tres géneros de mofa: la que *lisonjea*, la que *desagrada*, la que *hiere*. Se pasa de la primera á las demás facilísimamente.

El que se mofa no es siempre malo, y desea principalmente divertir, para ello parécenle buenos y convenientes todos los expedientes.

A veces sobresale en el arte de percibir lo ridículo y hacerlo resaltar exagerándolo. Se luce más aún con sus

ademanes, gestos y visajes y lo cómico de su actitud, que con sus palabras, las más veces incoherentes y desprovistas de buen sentido.

Imita la voz, el ademán, el acento, el paso, el continente de la persona á quien ridiculiza. Los personajes más graves y distinguidos no se eximen de su crítica y llegan, gracias á su ingrato talento, á convertirse en objeto de risa.

Indica cómo camina el señor X., cómo canta el señor Y., cómo lleva Fulano su joroba, cómo hablan, miran y ríen los idiotas y los cretinos. El parecido es perfecto, casi se le confunde con el original.

El que acostumbra mofarse tiene pocos amigos y muchos enemigos. Los mismos á quienes divierte se alejan de él, pues temen, no sin razón, ser á su vez objeto de sus sarcasmos. *Momo*, el dios de la mofa, fué arrojado del Olimpo por haber irritado á los dioses con sus majaderas burlas.

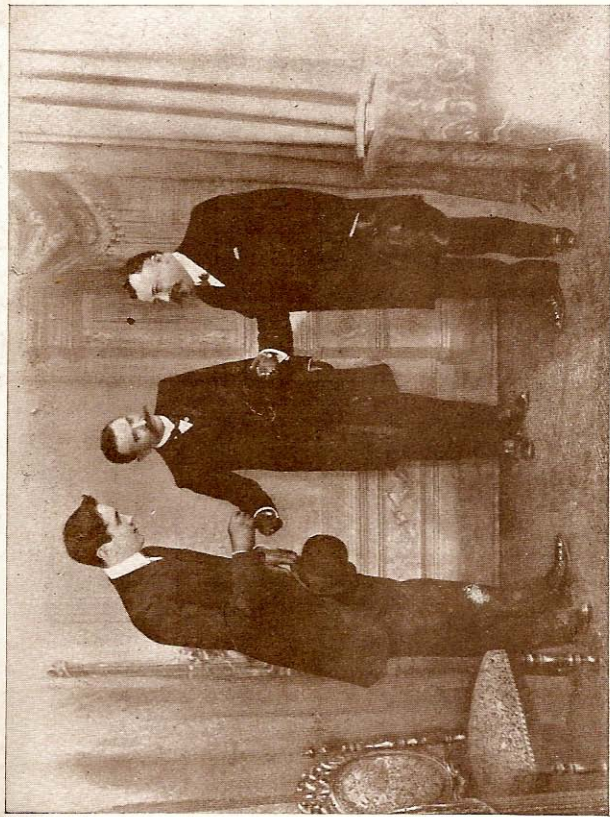
El burlador logra divertir á los demás, pero no se hará estimar por nadie, pues nunca ha merecido consideración el oficio de bufón.

Existe otra clase de bufón, constituida por los que lo toman todo en broma y nada en serio, se burlan de todo, del entusiasmo, del honor, de la virtud, ridiculizan la abnegación, parodian un acto de caridad y convierten una buena acción en comedia. Blasonan de no creer en nada y las echan de escéptico.

El escepticismo aparente del bufón llega muy pronto á ser real. ¿Cómo ha de creer en cosas que le sirven habitualmente de ludibrio? Esta inclinación que le arrastra á ridiculizarlo todo, á burlarse de todo, á no tomar nada en serio, le vuelve insoportable. Su semblante burlón, sus razonamientos absurdos, sus apreciaciones injustas, le hacen tanto más enojoso, cuanto más ingenioso se cree.

Este medio barato de ser gracioso es más que vulgar y se encuentra á cada volver de esquina.





**Sin dar la mano.** — Preséntase el inferior al superior, un caballero á una señora. — Obsérvese la mirada de la persona que hace la presentación. — La persona presentada se inclina profundamente.

### III. — La Mentira.

Dióse la palabra al hombre para expresar el pensamiento y no para disfrazarlo. Soltar embustes por verdades, es volverse tan culpable como el que hace circular moneda falsa por buena.

La mentira no admite nunca excusa. « La mentira manifiesta á las claras un alma débil, un espíritu sin alcance y un carácter vicioso. » (BACON.)

Los antiguos consideraban á la mentira como la senda que conduce á todos los vicios; casi todos, en efecto, la tienen por cómplice, auxiliar ó abogada. Se miente por vanidad, por cobardía, por malicia; se miente para excusar la pereza, la imprevisión, el aturdimiento; se miente por orgullo y se miente por envidia.

« El demonio es padre de la mentira y lleva dos nombres, el uno Satanás; el otro Mentira. » (V. HUGO.)

Hablar contra lo que se piensa es indigno de un carácter leal y de una conciencia delicada.

« El que miente, no merece ser contado en el número de los hombres. » (FÉNELÓN.)

Los mismos paganos tenían gran horror á la mentira: Aristides y Epaminondas tenían en tan grande aprecio la verdad que nunca se permitían mentir, ni siquiera por broma.

El embustero no goza de consideración alguna. Su primer castigo consiste en perder toda confianza: no se le cree nunca, y parecen trocarse sus palabras más verídicas en mentiras y embustes.

La mayor ofensa que inferirse puede á un hombre es decirle: ¡Mentís! y la mayor alabanza, reconocer que no tiene disimulo. « Nada honra tanto á un hombre como la sinceridad. » (SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE.)

No basta precaverse de la mentira; hay que evitar también la exageración, que es una especie de mentira de *las personas honradas*.

Ciertos cuentistas, para hacer más interesantes sus narra-

ciones, no temen ampliarlas y embellecerlas con detrimento de la verdad, y relatar como verdaderas, anécdotas que sólo existieron en su imaginación. Así es como adquieren el hábito de mentir.

Es menester ser veraz, pero no indiscreto. No todas las verdades deben decirse.

Viene al caso aquí lo que escribió cierto autor : « El hablador y parlanchín cuenta todo lo que sabe ; el atolondrado dice cuanto no sabe ; los jóvenes refieren lo que hacen ; los viejos narran lo que hicieron y sólo los tontos dan á conocer á quien quiera oírlo lo que intentan ejecutar. »

#### IV. — La Murmuración y la Calumnia.

Prohíbe la moral severamente la murmuración y la calumnia, esas dos plagas de la conversación. ¡ Cuán culpables son esos desgraciados que por irreflexión, ligereza ó maldad, destruyen la reputación de sus semejantes ! En su pintoresco lenguaje, el pueblo les anatematiza, llamándoles *lenguas viperinas*.

Dichas lenguas nada respetan : cual fuego destructor, denigran lo que no logran consumir. En nuestra presencia destruyen el buen nombre ajeno ; ante los demás, mancillarán el nuestro.

Al manifestar sin necesidad las faltas ajenas, compromete á menudo la murmuración los intereses más graves, y puede producir daños irreparables. Es hija de la envidia, ó de cualquiera otra mala pasión.

« Murmurar sin intención es insensatez ; murmurar con reflexión, un delito ; elija el murmurador entre ser insensato ó malvado. » (DUCLOS.)

Personas hay que no parecen tener ingenio, sino para denigrar á los demás. Incapaces de sostener una conversación seria, enmudecen cuando dejan de hablar en mal del prójimo. Los chismes y la murmuración son para ellas una necesidad á la que todo lo sacrifican, hasta la amistad.

La *calumnia*, más culpable aún que la murmuración, es una odiosa mentira, revela un alma ruin y perversa y causa los más graves perjuicios.

El asesino que mata á su víctima de una puñalada es menos culpable que el calumniador quien, sin que se pueda resistirle, sin que se le note, mata con la lengua á un inocente y le arrebató un tesoro más valioso que la vida : la honra y el buen nombre.

El calumniador, que no teme atacar las mejores reputaciones, encuentra siempre espíritus tan crédulos y malévolos que crean en sus cuentos absurdos, en sus odiosos embustes. «Ciertos oídos están siempre abiertos á la murmuración, á la calumnia, á las malas palabras, como las cloacas están listas para recibir las aguas sucias.» (VALYÈRES.)

El detractor y el calumniador son tanto más despreciables cuanto más hipócritas. «Ese pobre señor X... no es realmente feliz y merece por cierto que se le tenga compasión. Ya sabes cuánto yo le aprecio, qué amigo mío es : imagínate que se atrevió á decirme... » Y después de haber coronado de flores á la víctima, se la inmola sin piedad.

Es más de temer un falso amigo que un enemigo declarado : como Judas, vende al dar el beso. Y cuando, con palabras hipócritas y mentidas, ha cortado una carrera, sembrado la discordia en una familia, causado irreparables daños, no tiene quizás remordimiento alguno y aun se cree honrado. ¡Qué aberración !

Los murmuradores y calumniadores son seres peligrosos y malhechores ; debe huirse de ellos ó reducirlos á la impotencia, desenmascarándolos públicamente.

## V. — La Critica.

El murmurador refiere; el *criticón* juzga ó más bien censura, acibarando casi siempre con hiel sus juicios ; es duro, severo, inexorable : nadie halla perdón ante sus ojos. No hace sino vituperar y se gloria de ello ; sus apreciaciones son acerbas, injustas, perversas.

Todos se engañan, y sólo él posee talento y aptitudes; sólo él conoce á los hombres y la manera de dirigirlos. ¿ Por qué no se le consulta? En opinión suya, por no escucharle, por haber desoído sus consejos, nada sale bien.

Tan severo para con sus compañeros, no lo es menos para con sus superiores, á quienes censura implacablemente.

Soberbio y envidioso, egoísta y friamente malvado, el crítico es tan temido como detestado. Sólo los que se le parecen buscan su enojosa compañía.

« Si observáis, ha dicho La Bruyère, cuáles son las personas que no pueden alabar, que siempre censuran, que no se satisfacen con nada ni con nadie, reconoceréis pronto que son aquellas de quienes nadie está contento. »

## VI. — La Delación.

*La delación consiste en denunciar, por interés ó perversidad, un crimen, un delito ó defecto, con el propósito de dañar á alguno. Ese procedimiento es abominable y nunca se le afrentará bastante. Supone un alma corrompida y un corazón cobarde, dice Malesherbes.*

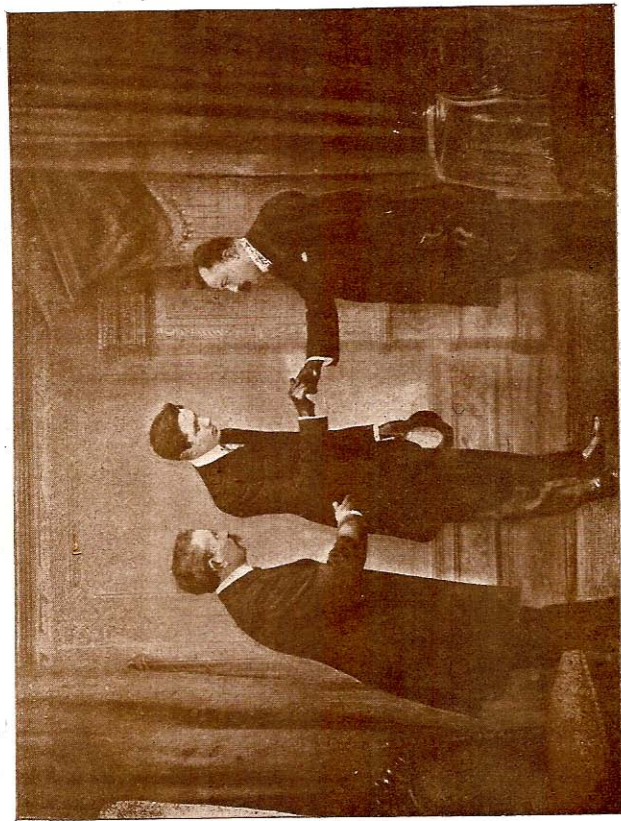
El emperador Teodosio castigaba con la muerte á todo delator que lo fuera por tercera vez.

La forma más repulsiva y más degradante de la delación es la carta anónima; ésta no se excusa jamás.

Si al acusar se cree cumplir con un deber, es menester poseer valor suficiente para no ocultarse.

Las denuncias falsas llevan casi siempre consigo funestas consecuencias. Agrían los ánimos, ulceran los corazones, fomentan las disensiones y enconan las querellas.

El sembrador de chismes es detestado por todos; la discordia y el odio quedan tras de sus huellas. Conviene juzgar favorablemente á todos y no preocuparse en cuanto cabe de los actos ajenos. Es error grande erigirse en censor público.



Dando la mano. — Esperar que presente la mano el superior. — Inclinarse en señal de respeto.

## VII. — La Lisonja y los Cumplimientos.

*La lisonja.* — La adulación, alabanza exagerada ó mentida, dictada por el interés particular, ha sido llamada la cortesía del desprecio, una moneda falsa que sólo tiene curso gracias á nuestra vanidad.

El adulator es un egoísta pernicioso; adula para insinuarse en el ánimo de uno, granjearse ó conservarse la buena voluntad, obtener algún favor. Es el peor de los enemigos, más culpable aún que el testigo falso: éste engaña al juez sin corromperle; aquél nos engaña y nos corrompe.

Es siempre malo para el adulado el permitir dicha alabanza, porque muestra con ello tener poco ingenio y mucha presunción.

El adulator sólo busca su propio interés: vive á expensas de quien le escucha.

El superior que no quiere exponerse á ser dominado por los más viles de sus inferiores, debe ante todo desconfiar de los adultores. Estos, buscándole el lado flaco, acabarán por persuadirle de que sólo ellos le tienen afecto y de que los demás son enemigos suyos.

« Es preferible ser reprendido por un sabio, á ser seducido por las lisonjas de los insensatos. » (ECLÉSIÁSTÉS.)

*Los cumplimientos ó elogios.* — El elogio, designado también con el nombre de *cumplimiento* ó *cumplido*, es una palabra agradable, una alusión fina hecha con propósito de dar gusto á una persona y de hacer resaltar sus merecimientos.

Si no está permitido adular, lo está el celebrar en momento oportuno, con tacto y con medida.

El elogio debe ser sincero, muy delicado en su forma, de giro elegante y venir muy al caso. Prefiere dejar adivinar

la alabanza á que expresarla. Se tolera una leve exageración.

Si es demasiado directo, hiere la modestia; extremado ó estudiado, es casi siempre ridículo y ofensivo quizás: causa tanto más gusto cuanto más merecido es.

El cumplido *de báscula*, es decir, el que se hace para ensalzar á una persona humillando ó otra, es tan poco cortés como falto de delicadeza. Ejemplos: « Es Vd. tan amable, como rústico el señor X... » « Es Vd. tan generoso, como avaro el Sr. Y... »

Como los cumplimientos no son sino mera cortesía, se deben escuchar con modestia, y no exagerar las protestas, pues éstas se toman siempre en serio.

Si una persona se ve alabada, no debe demostrar gran satisfacción, sino excusarse discretamente, diciendo, por ejemplo: No he hecho sino mi deber. Más discreto aún sería no decir nada, y mudar de conversación.





## CAPÍTULO QUINTO

# ELEMENTOS DE LA CONVERSACIÓN

### I. — La Narración.

Para que no canse una narración, es conveniente no detenerse en pormenores inútiles, es necesario que los diversos incidentes vayan bien encadenados, que el lenguaje sea claro, sencillo y correcto, la pronunciación distinta, los ademanes sobrios y naturales.

Debemos desconfiar de los cuentos largos ó inverosímiles, pues provocan el fastidio ó la incredulidad.

No debe anunciarse nunca que una narración cualquiera va á causar hilaridad; pues no se conoce siempre el gusto ni la disposición de los oyentes.

Al referir una historia graciosa, debemos fingir seriedad: cuanto menos ríamos nosotros, tanta más risa provocaremos. Los grandes cómicos adoptan generalmente aspecto singularmente grave.

Es falta de cortesía el reír después de haber pronunciado una frase chistosa y mirar á los demás para ver si también ríen, pues indicaría esto que se figura uno haber dicho alguna maravilla.

Sea interesante ó no un relato, si se nota que el auditorio se cansa, debe terminarse con pocas palabras.

El ademán, que acompaña necesariamente á la palabra, debe estar en perfecta armonía con la expresión, de la que es, por decirlo así, complemento. Cuanto más sencillo y familiar sea el lenguaje, tanto más suave y tranquilo habrá

de ser el ademán. Los gestos exagerados ó muy profusos demuestran demasiada vanidad y son algo ridículos.

## II. — La Discusión.

La discusión tiene sus leyes y sus reservas. Se desenvuelve con gusto y provecho, cuando queda sometida á las prescripciones de la lógica y de las convenciones sociales. Bien dirigida, presta á los asuntos más áridos un interés poderoso; aguza el espíritu, acostumbra á la réplica y estimula todas las facultades. Por este motivo, es loable la práctica, adoptada en algunos centros y colegios, de formar entre los socios y alumnos reuniones de conversación.

Cuando discutimos, debemos escuchar atenta y pacientemente al adversario, responder con calma á sus objeciones y cuidar de no herirle con palabras duras ó injuriosas.

Ni aun combatiendo arduosamente al adversario, debemos faltar en ningún momento á la cultura ni dejar de tenerle los miramientos debidos, pues es siempre penoso escuchar la menor contradicción. En resumen, ésta equivale más ó menos á decir: « Señor, Vd. se engaña, ó Vd. me quiere engañar. »

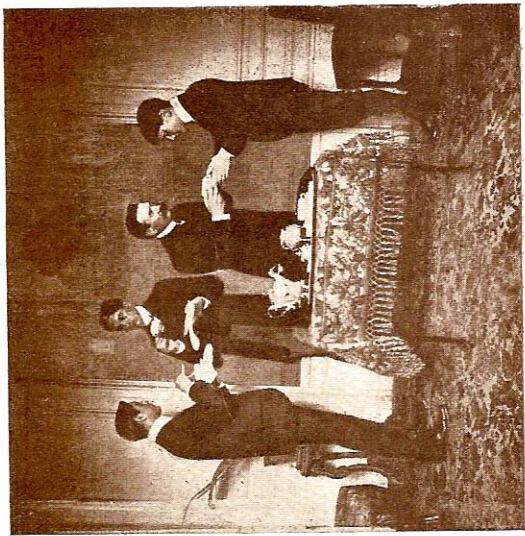
Si al discutir, se llega á descubrir la falsedad de la opinión que sostenía uno, se confiesa con franqueza, y, en caso contrario, no se abusa de la victoria evidenciando demasiado lo absurdo ó falso del contradictor.

Si la controversia degenera en personal y agresiva, y está á punto de concluir en riña, debemos adoptar gran reserva, y en el instante que podamos, cambiar hábilmente el objeto de la conversación.

¿Qué son al fin y al cabo las disputas, riñas de palabra y discusiones? Casi siempre un duelo entre dos amores propios, entre dos vanidades, entre dos soberbias; de aquí nace que se sirvan ambos campeones tantas veces de armas emponzoñadas, aun cuando sólo se batan con agujas y alfileres. »



**Modo de echar el te y de tomar el azúcar.** — Tomar el azúcar con las tenacillas ó a falta de éstas, con los dedos. — Obsérvese la posición del brazo izquierdo de la persona de derecha y su modo de tener la taza.



**Modo de beber.** — Con la mano izquierda se mantiene la servilletita debajo del platillo y, con la derecha, se toma la taza entre el pulgar y el dedo índice, dejando libres los demás dedos. — Por respeto toma el hijo de la casa la taza vacía de manos de uno de los invitados.

Hay que desconfiar de las discusiones políticas y religiosas; son éstas tan apasionadoras é irritantes, que es difícil sostener su opinión sin pecar contra las reglas de la cortesía; más vale, pues, abstenerse de tal clase de polémicas.

Como la discusión supone ó establece una especie de igualdad entre los contradictores, no está permitido discutir con los superiores.

Los jóvenes no deben discutir, y mucho menos contradecir.

Desmentir á una persona es una gran falta de cortesía, una acción imperdonable y muchas veces peligrosa.

### III. — El Modo de escuchar.

Saber escuchar es, según la persona que hable, prestar al discurso una atención bondadosa, amable ó respetuosa. Diríase que no hay cosa más sencilla ni más fácil, y sin embargo, nada es menos común; por eso dice un sabio de la antigüedad: « Los hombres nos enseñan á hablar, y los dioses á callar. »

El oyente atento anima á la persona que habla y halaga su amor propio. Sonríe con manifiesto placer, se asombra cuando se trata de algo notable y adopta un gesto grave, alegre ó enternecido conforme lo requiere la conversación.

No debe guardar siempre silencio; puede agregar una palabra oportuna, una observación juiciosa y aun algunas ligeras objeciones.

Si el relato es poco interesante, desvía hábilmente la conversación y la lleva á un terreno menos aburrido.

Cada cual tiene su tema que puede tratar con mayor competencia y que se puede escuchar con interés y provecho. Un poeta interesa cuando declama sus versos; un militar, cuando refiere una batalla; un agricultor, cuando habla de sus cosechas. Da muestras de ser delicado y discreto quien sabe hacer hablar á cada cual sobre lo que mejor conoce ó sobre lo que más le agrada.

« El ingenio en la conversación, dice La Bruyère, consiste menos en hacer gala de mucho talento que en poner de manifiesto el de los demás; quien después de conversar contigo queda contento de sí mismo y de su ingenio, lo está igualmente de ti. »

Muchos jóvenes que pasan por amables é ingeniosos, no han tenido otro título para merecer tal reputación que el de haber sabido escuchar.

Un general, que cenaba todos los sábados en casa de un pintor joven, había adquirido la costumbre de contar cada vez, durante los postres, el paso del Beresina. Los comensales, por supuesto, se fastidiaban, pero el artista creía de su deber el escuchar con bondad aquel relato tantas veces repetido.

El general murió repentinamente de apoplejía. Algunos días después de aquel fallecimiento imprevisto, el pintor fué llamado por un notario para proceder á la apertura del testamento, y cuál no sería su sorpresa al escuchar lo que sigue :

« Lego al señor X..., pintor, 10.300 francos como agradecimiento por la complacencia sin igual que ha demostrado en escucharme 103 veces el relato del paso del Beresina. »

¡ Cien francos por cada audición del famoso pasaje, era bastante lucrativo !

Escuchando con benevolencia, no se ganará siempre otro tanto, pero se conquistará la estimación y simpatía del interlocutor.

« Es hombre amable quien oye con interés cosas que sabe, de labios de quien las ignora. » (M<sup>ma</sup> DE GENLIS.)

#### IV. — Resumen de las reglas de la Conversación.

Para ser agradable en una conversación, débese, pues :  
1º *Hablar poco y escuchar mucho* : Dios nos ha dado una sola boca y dos oídos.

2º Hablar con tono moderado, gracioso y natural, sin acento defectuoso.

3º Evitar la grosería, la trivialidad, y todo cuanto pueda ofender un oído delicado.

4º Sin ser purista, velar por la corrección y la elegancia del lenguaje, respetando los fueros de nuestra hermosa lengua castellana.

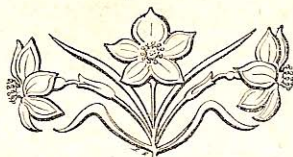
5º Hablar á cada cual de lo que mejor conozca ó de lo que más le agrade.

6º Hablar muy pocas veces de sí mismo, de su familia, de sus negocios propios: el *yo* es siempre odioso.

7º Saber guardar un secreto, y no hacer nunca preguntas indiscretas.

8º Mostrarse benévolo, sin adulación; sincero, sin rudeza; siempre amable.

9º Saber escuchar.



## CAPÍTULO SEXTO

# ALGUNOS RETRATOS

### I. — El Charlatán.

La lengua es lo peor que existe en el mundo ; ella miente, murmura, critica, ridiculiza, calumnia y asesina moralmente. « Es un mundo de iniquidades, » dice la Sagrada Escritura.

El charlatán no es malo ni vanidoso, ni trata de granjearse una reputación de agradable conversador : es un enfermo que tiene necesidad de abrir la boca, de mover la lengua, de hablar sin cesar.

No se trata para él de decir algo interesante, sensato ni razonable, no ; sino de hacer oír su voz, diga lo que dijere. « Habla, habla, decía uno de esos habladores á su hijo ; di necedades, si quieres, pero habla. »

Los que saben *poco* hablan *mucho*, y los que saben *mucho* hablan *poco*.

El charlatán no conoce ni la delicadeza ni la prudencia ; chacharea sin cesar y sin medida, no teniendo en cuenta ni las personas, ni su situación, sus gustos ú opiniones. Refiere un cuento chistoso á un amigo que está llorando, enumera la lista de manjares de un gran banquete á un infeliz muerto de hambre, y es tan poco discreto que hace las preguntas más ridículas á personas á quienes no conoce.

Para satisfacer su ansia de hablar, el hablador se pone al tanto de todas las noticias, se entera de todas las murmuraciones del barrio, del pueblo ó de la ciudad, y las narra con un exceso de pormenores tal que vuelve sus relatos

interminables. ¿Y cómo no han de deslizarse en tal diluvio de palabras, imprudencias, indiscreciones, murmuraciones y aún calumnias?

Para corregirse de tan feo defecto, hara bien el hablador en meditar de vez en cuando la sentencia popular : « El demasiado hablar daña ; » y aquella del Eclesiastés : « El mismo insensato pasa por sabio, cuando calla. »

## II. — El Atolondrado.

Pepito no es malo : es simplemente irreflexivo, desatento.

Incapaz de fijarse en nada serio, se deja llevar de una imaginación caprichosa. Como la mariposa, revolotea sin cesar y nada recoge.

No presta atención á lo que dice, responde sin reflexionar y cuenta lo que debería callar.

Ya hable, ya tenga algo entre manos, no tiene en cuenta ni el tiempo, ni el lugar, ni las personas.

Su atolondramiento le expone á toda clase de peligros : va á donde no debe ir ; lee obras que no debiera leer, y se entrega á quien le explota.

Siempre distraído, coloca Pepito los objetos en cualquier parte, y pierde un tiempo considerable en buscarlos. En la mesa, vuelca los saleros, mancha el mantel y comete mil incorrecciones. De visita, se sienta antes que le inviten, tropieza en las alfombras, derriba un velador, rompe una porcelana ; es el terror de las señoras.

Aunque no sea Pepito perverso, no deja de ser temido, pues provoca con sus ligerezas muchos disgustos y accidentes. Si fuera más atento, menos atolondrado, vigilaría más sus actos y sus palabras : se le temería menos y se le apreciaría más.

Madama de Staël dice : « La ligereza puede conducir á todo cuanto malo hay en el mundo... Precisamente en la saredad de ánimo es donde encuentra el hombre pensamientos y virtudes. »



### III. — El Timido.

Marcelo es un joven encantador, dotado de excelentes cualidades y de real talento; pero, desgraciadamente, los lleva envueltos entre pueriles timideces. No tiene confianza en sí mismo, le falta seguridad y entereza, teme dar el menor paso.

En la intimidad es amable y gracioso, su conversación es interesante, sus apreciaciones son juiciosas y su continente muy distinguido.

En presencia de extraños, Marcelo tiene miedo de moverse, de levantar los ojos. Cree, muy sin razón, que están fijas en él todas las miradas, y que espían sus menores gestos; por eso es tan torpe en sus movimientos. (Grabado XVI: *El tímido.*)

Tímidamente sentado en el borde de la silla, se suena las narices á escondidas, y no se atreve á toser ni á estornudar. Cuando se le interroga, balbucea algunas palabras tan inarticuladas como ininteligibles.

Si va á sufrir algún examen, la memoria se le va, se turban sus ideas; es incapaz de dar una buena respuesta, de encontrar una solución; paraliza el miedo todos sus expedientes y le hace pasar por poco inteligente, á pesar de todo su ingenio.

En la mesa, por miedo á llamar la atención, no se sirve del plato que le gusta ó de la sal que necesita; se priva de beber por no pedir un vaso.

Marcelo es bueno y afectuoso; tiene un corazón de oro: ¿por qué no consentirá su timidez que manifieste sus sentimientos y se muestre amable y distinguido?

Nada le causa tanto empacho como aparecer en público, hacer visitas ó recibirlas. Saludar, ofrecer un asiento, decir una buena palabra, son cosas que le causan indecibles tormentos. Detesta la soledad, y sin embargo, la busca.

La timidez es un feo defecto, pero, con todo, vale más la persona tímida que la temeraria y presuntuosa; una gusta



Obsérvese la postura de los dos personajes : no alargan las piernas bajo la mesa, y no se retrepan en sus sillas. — Después de haber cortado, se deben dejar las cartas delante del compañero.

de vivir encerrada, y otra de ponerse de manifiesto y hacerse ver; una es modesta, y otra no.

Frecuentando la buena sociedad, el tímido puede llegar á dominar su impresionabilidad y á adquirir aquella seguridad modesta universalmente apreciada.

#### IV. — El Perezoso.

Don Tranquilo tiene molletes grandes é inflados, barbilla abultada y ojos apagados.

Con las manos en los bolsillos, la cara hacia arriba, permanece frecuentemente inmóvil como si contemplase alguna cosa. ¿Qué está mirando? El agua que corre, las moscas que vuelan, las nubes que pasan. Menos aun, á veces. Es incapaz de fijar su atención en algo serio.

Nada parece conmover á este indolente personaje. Podría caerse el cielo sobre su cabeza sin que hiciera el menor movimiento para librarse de él. Habla despacio, se mueve lentamente, no se apresura jamás y llega siempre tarde.

A pesar de sus apariencias de salud, don Tranquilo padece, y cruelmente. El fastidio le roe y se le pega como el orin á los metales.

No sabe cómo matar el tiempo ni sacudir la modorra que le abruma. Se le pasa la tarde como la mañana, no haciendo nada ó haciendo nonadas. En la mesa, come y no habla; en compañía, se fastidia, bosteza y se duerme.

El ruido le enerva, el trabajo le espanta, y vé con pena cómo se mueve y se agita todo á su rededor.

Insensible al acicate del honor, de la ambición ó de la gloria, ese hombre que tiene tal vez buenos sentimientos, busca sus comodidades y sus anchas ante todo y sobre todo. Su felicidad suprema es estar muellemente tendido sobre una cama de plumas.

Don Tranquilo se acuesta muy temprano y se levanta muy tarde. Su sueño es prolongado y profundo. Despertado después de tanto tiempo, da vueltas en la cama y hace esfuerzos

impotentes para arrancarse á las dulzuras de la almohada. La pereza, que camina á paso lento apoyada en el sueño y seguida de sus hijas : la vergüenza, la miseria y el hambre, es su diosa de predilección.

Durante su infancia, no tuvo nunca don Tranquilo ánimo para trabajar y luchar contra las malas inclinaciones, contra los groseros apetitos, y es ahora juguete de las más vergonzosas pasiones.

Carga para su familia y para la sociedad, insoportable para sí mismo, el perezoso arrastra hasta la tumba una vida de languidez y deshonra, llena de disgustos y de remordimientos.

## V. — El hombre nervioso.

La constitución nerviosa, tan rara en otros tiempos, se vuelve cada día más frecuente, y las enfermedades de los nervios son actualmente la desgracia de muchas familias.

Los individuos en quienes predomina el sistema nervioso tienen el cuerpo cenceño, los miembros delgados, casi atrofiados, la piel enjuta y descolorida, y su lenguaje y gestos tienen extremada vivacidad.

La inmovilidad los mata; sienten una imperiosa necesidad de movimiento, que les impide estar un momento en reposo. Su apetito es escaso, su digestión lenta, su sueño ligero, perturbado frecuentemente por fantásticos ensueños.

Merced á una gran lucidez de espíritu y á una poderosa imaginación, poseen gran aptitud para las artes y las ciencias, pero tienen muy poca disposición para los trabajos manuales.

Inconstantes, caprichosos y antojadizos, buscan sin cesar nuevas emociones y no pueden gozar mucho tiempo de una misma satisfacción : tan pronto aman con ternura, como odian con furor.

Lunáticos y envidiosos, recelando y desconfiando siempre, pocas veces son dichosos, y rara vez también contribuyen á la felicidad ajena.

Cualquiera que sea su complexión, *el hombre es siempre dueño de sí mismo*, dice la Sagrada Escritura. Puede, por tanto siempre gobernarse, sofrenar sus pasiones y cifrar su felicidad en labrar la del prójimo.

## VI. — El Quisquilloso.

Don Cascarrabias es un espíritu estrecho, presumido, mezquino, que no tolera que se le nieguen miramientos. Su quisquilla lo vuelve insoportable á todos y le perjudica más aún á él mismo.

Siempre inquieto, se pregunta á cada momento si le serán tributados todos los honores que le son debidos, si se le dará colocación conveniente, ó si le saludarán como corresponde...

Un gesto le inquieta, una sonrisa le trastorna, una broma inofensiva le pone sombrío, taciturno, y no pocas veces impertinente.

Si no se le mira con bastante benevolencia, ó no se le saluda profundamente, si se le hiere en cualquier cosa, en un puntillo cualquiera, don Cascarrabias lo hace sentir sin tardanza, prorrumpiendo en amargos reproches, ó encastillándose en un silencio afectado, que dura largo tiempo.

Aun con la mayor buena voluntad, no es siempre posible agradar á un hombre tan personal y tan quisquilloso. No se sabe cómo satisfacerle : lo que le place hoy, le repugna mañana; el chiste que ayer le hizo sonreír, le pondrá hoy malhumorado. Con él, son imposibles la franqueza, la animación, la alegría, y resultan difíciles las relaciones diarias. A cada instante se teme, por él y por los demás, la manifestación de su mal humor.

Y ; cosa asombrosa ! don Cascarrabias, tan exigente con los otros, cree que todo le está permitido : por nada se molesta. Reclama todas las concesiones y no hace ninguna ; no tolera que nadie censure su conducta, y nadie se exime de su crítica ; no puede tolerar los defectos ajenos y pretende que se excusen todos los suyos, que *se le acepte tal*.

como es. Acaso pensando en él escribió La Bruyère : « Aun con talento, con virtud y buenos modales se puede ser insoportable. »

Un hombre modesto y bien educado no es quisquilloso; siempre indulgente, interpreta favorablemente todos los actos ajenos; excusa los agravios que contra su consideración puede haber recibido, y los atribuye á ignorancia ú olvido, más bien que á malicia y maldad.

Cuando se halla ofendido, no se encapricha en un resentimiento soberbio y vengativo; sabe perdonar, y aún vengarse noblemente haciendo bien á quienes le hicieron mal.

« Aquel que dijo por vez primera : *devolved el bien por el mal*, no era solamente un gran maestro de moral, sino también un gran maestro de educación; puede tenerse por seguro que, en las circunstancias diarias de su existencia, gastaba una cortesía y urbanidad exquisitas. » (BARONESA STAFFE.)

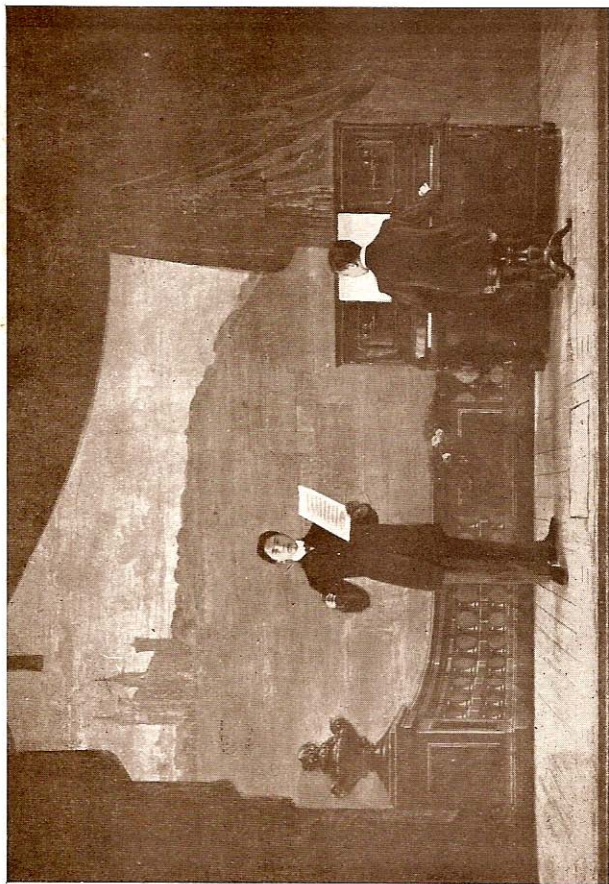
## VII. — Cándido y Rústico.

*Cándido* y *Rústico* son dos genios muy distintos, casi opuestos, pero que se encuentran frecuentemente en la sociedad.

Manso, amable y simpático, Cándido es por naturaleza propenso á la indulgencia y la bondad; no conoce el mal, ni ve el peligro, no haciendo por consiguiente nada por evitarlo. Es un sujeto *sensitivo* : sólo juzga con el corazón.

Cuando era niño, sabía amar, orar y sonrojarse. Sus modales afables, su semblante gracioso, su espíritu tranquilo, le granjeaban todas las simpatías; no conocía enemigo alguno.

Dotado de excelente carácter, el joven Cándido practicaba el bien sin esfuerzo, y seguía, sin resistencia, el impulso que se le daba. Era una blanda cera que recibía todas las impresiones. Pero su piedad, desprovista de vigor, no estaba desgraciadamente fundada en convicciones fuertes y sólidas.



El cantor mira rara vez su partitura; se vuelve ligeramente hacia el piano; evita los ademanes exagerados y las posturas teatrales.

El amable Cándido tenía un defecto capital : carecía de energía, de voluntad, y esto causaba pesar á sus padres y maestros. ¿Cómo, decían estos últimos, podrá este niño, con una sensibilidad tan profunda y con tal debilidad de carácter, resistir los ataques del vicio y las seducciones del placer?

Estas aprensiones se vieron desgraciadamente justificadas. Cuando llegó la edad de las ilusiones, la edad de la crisis juvenil, le llamó el placer, le arrastró, le hechizó.

Había querido leerlo todo, verlo todo, conocerlo todo. Y el mal libro, el mal periódico, habían desarrollado rápidamente en su débil carácter su fatal influencia.

Recordando su vida pasada, el desgraciado niño tuvo de cuando en cuando veleidades de resistencia, deseos de salir de aquel cenagal, que lo tragaba cada vez más y más : pero no sabía querer ni orar. ¡ Y aquel joven, nacido para vivir en un cielo puro, se hundió en la fangosa ciénaga!

Tras algunos años de vida desordenada, Cándido, humillado, harto de disgustos, con el corazón marchito y la fe casi extinguida, trocó su vida por otra menos tormentosa, pero que ¡ ay! estaba muy lejos de realizar las promesas de sus años juveniles...

Cargado de flores en-primavera, no daba el árbol en el otoño sino frutos escasos y sin sabor : faltábale ya la savia.

*Rústico* es como suele decirse todo un carácter; tiene formados principios inmutables, y ¡ ay de quien los ataque! que él no sabe transigir ni avenirse á las circunstancias...

Está siempre como un erizo, armado de terribles púas.

Brusco y á veces agresivo, halla *Rústico* rápidamente el lado flaco del adversario, y arremete á brazo partido contra el punto mal protegido. Su ironía, fina y mordaz, arroja proyectiles que nunca dejan de dar en el blanco.

Con su gesto ceñudo, su mirada severa, su palabra brusca, consigue ser *Rústico* el terror de los salones, y no se arrepiente de ello.

Sin embargo, bajo tan ruda corteza, oculta *Rústico*



raras cualidades; no conoce ni el doblez ni la mentira y está su lealtad libre de toda liga; tiene horror al respeto humano y no teme afirmar sus convicciones políticas y religiosas.

Aun cuando abriga un soberano desprecio por las debilidades del corazón, profesa verdadera ternura para con los desgraciados.

Sus amigos, por otra parte poco numerosos, no están á cubierto de sus críticas; pero, en los días de la adversidad, pueden contar con él. No teme imponerse los mayores sacrificios para sacarles de alguna situación difícil y halla, en tal circunstancia, delicadezas admirables.

Como la castaña, guarda Rústico bajo sus dardos amenazadores, un fruto exquisito.

### VIII. — El Hombre de carácter.

El hombre de carácter posee una voluntad fuerte y constante, que le lleva derecho á su objeto, á pesar de los peligros y las pruebas y no obstante sus pasiones.

No es una débil caña que al menor soplo se dobla, ni una veleta que gira á todos los vientos; es una roca de granito contra la cual se rompen las olas, furiosas é impotentes.

Desde su infancia, no ha dejado Mauricio de luchar contra sus deseos desordenados y malas inclinaciones. Su firme ademán, su actitud viril, el tono de su voz, la expresión de su fisonomía, todo revela en él al hombre que sabe querer.

Como los antiguos espartanos, tiene horror á todo cuanto huele á molición ó descuido, no teme la fatiga ni los trabajos penosos, y desafía igualmente el viento, el sol, el frío, y la lluvia.

Amigo del orden, ahorrador del tiempo, tiene Mauricio su vida ajustada á un reglamento: cada trabajo tiene su hora, y cada hora tiene su trabajo. Nunca está ocioso, y los instantes que no le reclaman sus deberes profesionales, los

dedica á lecturas útiles ó á estudios agradables. Así ordenada su vida, es siempre fecunda.

Fiel á sus convicciones políticas y religiosas, teme Mauricio á Dios y sigue derecho su camino, despreciando el qué dirán.

Para tomar una decisión, consulta con su conciencia, sin preocuparse por lo que piensa la multitud, que muchas veces prefiere Barrabás á Jesús. Su divisa inquebrantable es : « Aunque todos obren mal, ¡ yo, jamás ! »

Nunca transige con el error ó la injusticia, nunca doblega la cerviz ante la iniquidad triunfante.

Sabe Mauricio que la vida del hombre ha de ser un continuo combate, pero no por eso se arredra ; lucha con valor contra las pruebas inseparables de toda existencia, y se pone en guardia contra la prosperidad que debilita el alma.

Huye de las delicias de Capua, pues no ignora que allí pierden, aun los mismos vencedores, todo su valor.

Nada le desalienta, nada le descorazona ; es un alma fuerte y valerosa, un carácter hermoso y noble, un valiente cristiano.

## IX. — El Descarado.

El descarado es un hombre sin educación, sin delicadeza y sin dignidad ; no se preocupa por las reglas de la cortesía, ni por el decoro social, y se gloria de su despreocupación.

Generalmente tiene el semblante muy franco, los ojos muy abiertos, y su fisonomía presenta una mezcla de familiaridad y atrevimiento.

Su persona deja bastante que criticar ; pues tiene el cabello largo y mal peinado, los dientes negros, sus uñas guardan riguroso luto, su barba pide á voces el cepillo, y todo esto le da un aspecto repulsivo.

Lleva el sombrero deformado, el traje salpicado de manchas, no pocas veces desgarrado, un pantalón muy corto y los zapatos sin lustrar.

Al mirarlo, recuérdase involuntariamente que el desaliño es una manifestación segura de la bajeza del gusto, cuando no de la mala conducta.

Busca con avidez los placeres sensuales y groseros, y hace alarde de gran desprecio á todo lo delicado. « En el hombre, dice Pascal, hay algo de ángel y algo de bestia. » En éste predomina la bestia.

Su persona despidе un olor desagradable en que predomina el del tabaco; cuando escupe, lo hace por el colmillo y muy lejos, estornuda estrepitosamente, bosteza con toda la boca y se suena sin precaución alguna...

Muy aficionado á la buena mesa, acude á casa de los amigos á las horas de comer, á fin de que se le invite; come entonces con avidez, devora los platos con los ojos, y no perdona uno solo por numerosos que sean.

Si come bien, bebe mejor, y vacia á menudo la copa, en la que cuida bien de no echar una gota de agua. Después de algunas copiosas libaciones, se vuelve muy comunicativo. Entonces habla fuerte, ríe á carcajadas y entona, sin ton ni son, canciones que hieren á la vez el oído y la educación.

Su lenguaje suele ser trivial ó chocarrero, y está cuajado de palabras soeces y expresiones repugnantes.

Para divertir y provocar la risa, no vacila en convertirse en payaso, en bufón y aun en saltimbanqui, y sus ademanes grotescos, celebrados sólo por los imbéciles y los tontos, son el suplicio de todas las personas bien educadas.

## X. — El Joven mal educado.

El joven mal educado se distingue fácilmente por estos dos caracteres : *fatuidad* é *insolencia*. Con su necio orgullo se cree un ser superior y no profesa más estima que á sí mismo.

Exclusivamente preocupado por su persona y sus placeres, no respeta á la edad, ni al sexo, ni á la desgracia.

Su vestido es un conjunto de extravagancia, negligencia y mal gusto. Adórnase el ojal con una flor vistosa, ó cuelga de la cadena de su reloj una colección de dijes, creyendo con esto darse importancia.

Cuando sale á la calle, con el sombrero algo ladeado y el cigarro en la boca, imaginase que todos le contemplan y admiran su garbo y donosura; hace girar el bastón con fatuidad, y despide intermitentes bocanadas de humo.

Si va con algún amigote, caminan de bracero como dos borrachos, tarareando ó silbando. Señoras y ancianos tienen que bajar de la acera para dar paso á tan impertinente personaje.

Le cansa y fastidia la compañía de la gente bien educada, y prefiere una sociedad menos digna, que esté más de acuerdo con su gusto depravado. Frecuenta de esta suerte las cervecerías, las tabernas y los cafés, donde se hace notar por su insolencia y grosería.

El joven mal educado no se divierte solo, y se rodea de parásitos, que viven á sus expensas y ejercen sobre él verdadera tiranía. No pudiendo pagar sus locos despilfarros, contrae deudas que sus padres se ven obligados á satisfacer, y si éstos se niegan á pagar su desorden y su libertinaje, el desgraciado se enfada, insulta y amenaza.

« Si no me remite Vd. tal cantidad de dinero, escribía un estudiante á su padre, me voy á suicidar. » — « No puedo hacer más que una cosa, respondió el padre, pagar tu regreso en tercera clase, para que vengas á ayudarnos á ganar el pan de cada día. » El estudiante insistió, pero el padre se mostró inflexible, y el joven, obligado á renunciar á sus culpables placeres, dedicóse á trabajar. La firmeza del padre salvó el porvenir del hijo.

Sin afecto para su familia, sin respeto hacia sí mismo, el joven que se entrega á las diversiones no tarda en olvidar al Dios de su juventud, al Dios de su primera comunión. El *libre-vividor* llega muy pronto á *libre-pensador*.

Sin freno ni reserva, desciende entonces el infeliz rápidamente por la pendiente del vicio, y, de degradación en degradación, rueda hasta el fondo del abismo.

« El joven se había convertido en serpiente, y decíale su horroroso compañero : quiero que te arrastres como yo por este sendero. » (DANTE, *El Infierno*, canto XXV.)

« En la flor de la edad, con la frente surcada por precoces arrugas, los ojos hundidos, los labios impotentes para expresar la bondad, ese desgraciado arrastra bajo un sol joven aún, una existencia caduca. Presa del letargo de la muerte, y rodeado del desprecio de todos lleva su cuerpo á la tumba, donde dormirán con él sus vicios deshonorando sus cenizas hasta el fin de los días. » (LACORDAIRE.)

## XI. — El Mediocre.

« En su egoísmo envidioso, más ó menos inconsciente, el Mediocre halla muy natural, si medis algunos centímetros más que él, que os rebajéis á su altura. Tenéis que hacerlos perdonar vuestra superioridad, cual si fuera una culpa; de otro modo, os la hace pagar caro...

« El Mediocre no os dará nunca lo que tiene, — verdad es que tiene poca cosa, — pero esto no quita para que quiera compartir, como cosa debida cuanto bueno tengáis. Colocará gustoso sobre vuestros hombros la mitad de su carga, dejando que llevéis solo la vuestra entera. Por lo demás no piensa que trabajáis tanto como él, sino cuando vuestra tarea llega á ser doble de la suya.

« Colocadlo en el poder y se volverá autoritario y absoluto. No dirige, sino que vigila; no juzga, sino que presume; no tendréis ya sino las intenciones que él os preste, y se equivocará al prestáros las; no habla, sino que reniega é insulta; nada escucha y nunca depone la cólera, pues es receloso como un polizonte y arrogante como un militarote. » (P. ETOURNEAU.)

Tal vez al leer estas líneas, algún mediocre, cegado por el amor propio, diga para sí : « No soy de esta categoría; hay aquí rasgos que no son míos; por ejemplo, no tengo la arrogancia de un veterano, antes bien soy más modesto. »

¡ En verdad, es muy singular modestia la de ese mediocre que, sobre todas las cosas y personas, emite los juicios más severos; y no teme, para humillar á sus rivales, echar mano de la murmuración y la calumnia !

Ante ese censor injusto y desapiadado, nadie halla gracia, y se atreve á decir que no es arrogante, por que no tiene *siempre* la injuria en la boca y la amenaza en los labios.

## XII. — El Divino Modelo.

Una carta de Léntulo Publio al Senado de Roma, cuyo manuscrito más antiguo no remonta más allá del siglo XIV, reproduce probablemente el eco de una antiquísima tradición, y hace de N. S. Jesucristo el retrato siguiente :

« Véase aquí en Judea á un hombre de singular virtud. Su estatura es grande y bien formada ; su aspecto, manso y venerable ; sus cabellos, de un color que no sabría comparar con nada ; caen en rizados hasta por debajo de las orejas, y se desparraman sobre sus hombros con soberana gracia. Llévalos partidos en medio de la cabeza al modo de los nazarenos.

« Tiene la frente ancha y lisa y las mejillas teñidas con suave carmín : su nariz y su boca conservan admirable simetría ; su barba, espesa y de un color que responde al de los cabellos, desciende poco más abajo de la barbilla y se divide en dos partes. Tiene los ojos brillantes, claros y serenos.

« Habla y obra con *elegancia y gravedad*. Censura con majestad y exhorta con dulzura.

« Nunca se le ha visto reír, aunque llora con frecuencia.

« Es sumamente *moderado, modesto y sabio*.

« En fin, es hombre que, por su gran hermosura y sus divinas perfecciones, sobrepasa á los hijos de los hombres. »

Tal es el modelo que debemos tener constantemente á nuestra vista, á fin de imitarlo en su conducta.

Como él, no debemos hablar sino con *elegancia, grave-*

*dad* y *sabiduría*; como él, tener gran dominio sobre nosotros mismos; ser como él, siempre buenos, generosos, afables, y hacer bien á todos, aun á nuestros enemigos.

Tratando de imitar á tan divino [dechado, de bondad y perfección, adquirirá el joven la virtud de amabilidad, fuente de la verdadera cortesía; será *cortés*, en su compostura, sus modales y su lenguaje; será la gloria de sus maestros, la alegría de sus padres y consuelo del Corazón adorable de Jesús, que tanto amó á la juventud.



## CAPÍTULO SÉPTIMO

# EL ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO

### I. — Su Utilidad.

En un siglo y en un país de libre discusión, donde los estudios sociales se desarrollan más que en ninguna otra época, es necesario acostumbrarse desde temprano á hablar en público, para poder en cualquier ocasión defender sus opiniones y hacer triunfar la causa del bien y de la verdad.

Muchas personas, estimables por todos conceptos, permanecen en un aislamiento estéril, por no saber exponer convenientemente sus ideas, mientras que el orador hábil y amable ejerce en torno suyo una influencia proporcionada á su talento.

« La elocuencia es á la vez el don de conmoverse y de comunicar la emoción... Es el sonido que apasiona á las almas. »

(LACORDAIRE.)

La elocuencia es un don natural y, por tanto, no puede enseñarse; no se aprende á conmoverse ni á conmover. Cuando se siente con viveza lo que se quiere decir, no se expresa, sino que se *pinta* con la palabra y con el ademán.

Es el corazón el que hace elocuente á un orador; los discursos son siempre interesantes, cuando el alma está llena de sentimiento.

¿No son admirables, por ejemplo, aquellas palabras de un anciano salvaje, á quien se pretendía desterrar de su país: “¿Por ventura diré á los huesos de nuestros antepasados: Levantaos y caminad ante nosotros hacia una tierra extranjera?”

Según lo que acabamos de decir, parecería que la Retórica no tiene importancia ni su estudio utilidad alguna; muy al contrario, el *arte del buen decir* perfecciona las disposiciones naturales,



enseña á juzgar las obras oratorias y á darse cuenta de sus propias emociones ante una obra maestra de la elocuencia. Enseña también, lo que no es menos ventajoso, á preparar un discurso y á pronunciarlo con arte.

## II. — La Preparación del discurso.

Ciertas personas, al oír á un buen orador, se imaginan que las palabras fluyen de sus labios cual el río de su fuente, sin ningún esfuerzo y sin haber requerido trabajo alguno; es este un grave error.

Un hombre serio no arrostra un auditorio sino después de larga preparación, y si no siempre tiene tiempo de preparar el discurso, por lo menos, elabora su plan.

El plan es absolutamente necesario: el más hábil de los improvisadores no puede prescindir de él. El plan produce orden, claridad y unidad en el discurso, auxilia á la memoria y evita las digresiones. Sus divisiones deben ser distintas, claras, poco numerosas, pero fecundas en su desarrollo.

El plan supone dos cosas: la *invención* y la *disposición*.

La *invención* consiste en hallar las ideas que convienen al asunto, y los argumentos propios para conmover ó convencer. Cuanto más profundo sea el estudio de una cuestión, tanto más abundantes serán los pensamientos y más convincentes las pruebas.

El gran secreto de la elocuencia es conocer bien la materia de que se habla, y conocer á fondo toda la doctrina que á ella se refiere, pues, como escribió Horacio, « pensar bien sirve maravillosamente para hablar bien ».

La *disposición* hace una selección juiciosa de los materiales, los ordena, los clasifica de una manera lógica, yendo de lo conocido á lo incógnito. Las divisiones deben estar bien señaladas, y las ideas perfectamente ligadas.

## III. — Las Divisiones del discurso.

Todo discurso comprende tres partes principales: el exordio, la exposición y la peroración.

El *exordio* tiene por objeto granjearse la benevolencia de los

oyentes, y anunciar el asunto que se va á tratar. « Debe mostrar todo el objeto del discurso en conjunto, y prevenir favorablemente al auditorio con una modesta introducción hecha con tono de probidad y candor. » (FENELÓN.)

La *exposición* establece los hechos en forma clara, sencilla y precisa, insistiendo en las circunstancias de que más tarde se deberá hacer uso : este último punto tiene importancia capital. De los hechos y de los principios, se deducen las consecuencias, y se dispone el razonamiento de modo que todas las pruebas se apoyen entre sí, y guarden un enlace que facilite su comprensión y recuerdo.

Es menester que el interés del discurso vaya creciendo, y que la verdad se imponga cada vez más al espíritu del oyente. Las pruebas más convincentes, las imágenes más brillantes, los pensamientos más decisivos, suelen reservarse para el final.

El orador debe conocer perfectamente las pasiones que agitan el corazón humano, sobre todo aquellas que son capaces de producir mayor impresión, á fin de ponerse en condiciones de excitar en los oyentes profundas y duraderas emociones. Obrando así, con habilidad y progresivamente en el corazón y en el ánimo de los que escuchan, es como logrará conmoverlos y convencerlos.

Después de la *exposición*, viene la *peroración*, ó conclusión del discurso. Es particularmente importante esta última parte. Por ser ella la que produce la impresión definitiva, requiere ser bien trabajada. « Entonces, más que nunca, está permitido valerse de todos los recursos de la elocuencia. » (QUINTILIANO.)

La peroración debe resumir el asunto, recordar sucintamente lo más conmovedor ó persuasivo que se haya dicho, y terminar con un pensamiento notable, sorprendente, capaz de conseguir en el espíritu y el corazón del auditorio el triunfo de la verdad.

#### IV. — Conviene escribir el discurso.

Aun cuando se tenga costumbre de hablar en público conviene escribir el discurso.

Si, en sus *Diálogos sobre la elocuencia*, parece opuesto Fenelón á los discursos escritos, es porque supone que el orador

tiene gran facilidad de elocución, y que ha preparado con todo cuidado lo que debe decir, aun en sus pormenores. Esta preparación equivale á un trabajo escrito muy desarrollado. Bourdaloue, Massillon, Flechier, escribían y aprendían de memoria sus discursos. Después de una brillante improvisación, un célebre abogado de Lyon no tuvo reparo en decir: « La improvisación más feliz soporta difícilmente la lectura : nada reemplaza la preparación hecha con la pluma en la mano. »

Imponiéndose la obligación de escribir el discurso, se trabaja no solamente el fondo, sino también la forma. Se comprenderá toda la importancia de este trabajo, si se recuerda que la forma es el ropaje del pensamiento, que ella le da sus contornos, le suministra sus encantos y su brillo, y consiente que produzca todo su efecto.

¿Qué valen las más sublimes ideas, si se expresan desatinadamente? ¿Habría acaso pensamiento capaz de impresionar, si no reviste la expresión adecuada y conveniente? « Casi siempre, lo que se dice impresiona menos que el modo de decirlo. »

(VOLTAIRE.)

El estilo ensalza las más sencillas ideas, vuelve conmovedoras las más comunes, fortalece las más débiles y agrada á la vez al oído y al espíritu. El estilo es bueno cuando hace concordar todos sus movimientos con los del pensamiento; sencillo, cuando la idea lo es también; florido, cuando es ésta graciosa; magnífico, cuando se eleva y sublima. Notemos, de paso, que el castellano, tanto por su majestad, fuerza y energía cuanto por su notable armonía y sonoridad, parece ser la lengua adecuada para la literatura oratoria. De todos modos, el discurso debe ser claro. Es ésta la nota fundamental de una obra de elocuencia.

Para ser claro, conviene evitar los períodos largos, los términos técnicos ó muy abstractos, explicar el sentido de las palabras poco inteligibles, valerse, en caso de necesidad, de comparaciones sencillas y familiares, conservando, empero, la dignidad del asunto. « El único discurso bueno es el que es claro para los ignorantes, sin que los sabios hallen en él nada que corregir. » (QUINTILIANO.)

El orador necesita conocer el modo de ver y sentir de su auditorio, con objeto de usar un lenguaje que aquél pueda comprender y gustar. No se hablará á los niños como á las personas de edad, ni al habitante de las ciudades como al campesino.

O'Connell ejerció tan gran influencia sobre los Irlandeses, porque sabia hablar el lenguaje popular, más elocuente muchas veces que el que empleaba en el parlamento inglés.

Cualesquiera que sean los oyentes, el orador hábil trata de granjearse sus simpatías con su sencillez y benevolencia; de no chocarles con el abuso del odioso *yo* ni de herirles con palabras imprudentes ó demasiado severas.

Lo que más debe temerse es la monotonía, madre del fastidio y del sueño. Para evitarla, variará el número y extensión de los períodos, interpolará algunas frases largas, apuntaladas con otras muy cortas, y pondrá especial esmero en verter sus pensamientos en forma viva, conmovedora y florida.

Conservando la sencillez, debe velar el orador por la armonía y elegancia del lenguaje, evitando las malas consonancias, las repeticiones de sonidos ó palabras iguales, la acumulación de los *que*, los *de*, los *para*, los *porque*, los *pues...* y de todo cuanto es duro y fastidioso. La idea más noble no puede agradar al espíritu, si hiere el oído.

Se debe también, una vez terminada la redacción, leerla con cuidado para corregir los giros viciosos, los términos impropios, y para rayar todo cuanto fuere ajeno al objeto propuesto, todo cuanto pueda perjudicar á la proporción de las partes, ó desagradar al auditorio.

## V. — Hay que estudiar el discurso.

El orador ha de aprender su discurso, aun cuando tenga gran facilidad de palabra.

Lo lee, desde luego, una y otra vez, para darse cuenta del orden y encadenamiento de las ideas, y trata de retener en la memoria sus divisiones y subdivisiones.

Estudia en seguida los párrafos primero uno tras otro, y luego agrupándolos.

Cuando sabe el discurso por completo, lo recita en alta voz, y procura exteriorizar, con los gestos é inflexiones de la palabra, los sentimientos expresados. Suple los términos que no recuerda, y rara vez acude á su cuaderno.

El orador esclavo de su texto se expone á perder el hilo de las ideas y á cortarse en medio de su discurso. « Es un tor-

mento que extingue el fuego de la imaginación y perjudica la naturalidad y rapidez de la acción. » (QUINTILIANO.)

Cuando se habla en público, es necesario ser dueño de la frase, para no detenerse en alguna expresión que no acuda á tiempo.

Quiere Cicerón que tenga el orador mucha presencia de ánimo, para que sepa agregar, siguiendo la inspiración y cuando lo exijan las circunstancias, algunas buenas ideas. Estas digresiones, principalmente para los que comienzan, deben ser breves y escasas.

## VI. — La Acción oratoria.

El orador que quiere dominar á su auditorio debe, desde luego, dominarse á sí mismo. Cualquiera que tenga miedo ó no sea dueño de sus nervios, hará mejor en callarse.

Cuando se turba un orador, le falta la memoria y le abandonan las ideas, padece y hace padecer.

La acción oratoria que regula el ejercicio de la voz y del gesto, tiene gran importancia, y sin ella pierde toda su fuerza el más hermoso discurso.

Lamennais, que escribía admirablemente, no podía hablar en público; en cambio, muchos discursos de Mirabeau y de Gambetta, débiles y aún incorrectos á la lectura, produjeron en las asambleas parlamentarias donde se pronunciaron, los más maravillosos efectos.

« Sin acción oratoria, el mayor orador es nulo; y merced á ella, el orador más mediáno se eleva al nivel de los más hábiles. El ademán anima la palabra, cautiva el oído, conmueve el corazón y disimula las imperfecciones y defectos del discurso. »  
(CICERÓN.)

Por la perfección de su recitado y el encanto de su dicción consiguió Hortensio, no obstante su inferioridad, ser por largo tiempo rival de Cicerón.

## VII. — La Dicción.

Una buena dicción comprende la *dicción material* y la *interpretativa*.

La dicción material se refiere á la voz; á la pronunciación, á la prosodia.

La voz debe mantenerse en su término *medio*, es decir entre grave y aguda; sólo accidentalmente pueden usarse estos dos últimos registros. « Siendo dicho término *medio* la voz ordinaria, en él deben expresarse los sentimientos más verdaderos y naturales. » (LEGOUVÉ.)

Contaba cierto abogado haber perdido uno de sus mejores pleitos, por haber comenzado su alegato con tono demasiado elevado : influyendo la fatiga física sobre el espíritu, se embrolló en los argumentos y no pudo hacer triunfar su causa.

Si, para hacerse oír mejor, ó por la acústica de la sala, es preciso hablar en voz alta, nunca se debe gritar.

« Los gritos deben ser muy escasos, dice Amyot, constituyen una explosión de todas las pasiones; es menester, pues, usarlos muy parcamente. »

La buena pronunciación suple la insuficiencia de la voz: Sansón, uno de los más notables profesores de declamación del siglo XIX, obligado un día á moderar su voz porque tenía que desempeñar luego un papel en “los Pleitistas” de Racine, interpretó, ante sus discípulos maravillados, los diversos sentimientos de Agripina, sin ademanes y con un tono muy moderado. Debe tratarse de pronunciar distintamente todas las letras y sílabas.

La voz disminuye y pierde su amplitud, cuando es la respiración corta ó incompleta. Para evitar este grave inconveniente, es menester ponerse muy derecho, tener el pecho bien libre, moderar la salida del aire y hablar lentamente. Quien habla muy de prisa respira difícilmente.

A una articulación clara y vigorosa debe el orador agregar una buena *prosodia*, es decir, debe dar á cada sílaba una duración conveniente, y colocar bien el acento tónico ó prosódico.

### VIII. — La Dicción interpretativa.

La buena *dicción interpretativa* supone perfecto conocimiento del sujeto y larga práctica y estudio de las reglas dadas por los maestros de la palabra. Refiérese á las pausas, á la tonalidad, al movimiento y los ademanes.

Las *pausas* son el alma del discurso : favorecen la claridad, ponen de relieve las ideas y los sentimientos, y dejan al orador tiempo para expresar su pensamiento con las palabras necesarias. Son de dos clases : pausas escritas y pausas no escritas.

Las *pausas escritas* : coma, punto y coma, dos puntos y punto, exigen generalmente una parada proporcional al valor del signo.

Las interrogaciones y admiraciones no indican pausa alguna, sino cambio de frase.

Los puntos de suspensión, por lo contrario, indican una detención bastante larga.

Las *pausas no escritas*, es decir no indicadas por signos, son los reposos requeridos por el sentido para separar algunas palabras, con objeto de expresar algunos sentimientos particulares : dolor, menosprecio, terror, duda.

Hácese generalmente una breve pausa :

1º Después del sujeto, si éste no exige una conjunción : *El sabio | prefiere lo útil á lo agradable.*

Cuando va seguido el sujeto de un calificativo, no se hace la pausa sino después de este último : *La muerte implacable | no sorprende al sabio.*

2º Entre el nombre y el calificativo, si á este último sigue un complemento : *Las nubes | cargadas de electricidad.*

3º Entre los dos términos de una comparación : *Gemia el laúd dulcemente | como un rruiseñor en la selva sombría.*

4º En las frases elípticas : *Cuanto más se asemejan la palabra á la idea, la idea | al alma, el alma | á Dios; tanto más hermosas son.*

5º Para expresar terror, dolor, desdén : *Descubrió un cadáver; era | el de su hijo.*

Para evitar la monotonía, han introducido los grandes escritores en sus composiciones pausas variadas. Hay que imitarles.

La *tonalidad* es el tono que conviene á la expresión de una idea, á la interpretación de un sentimiento.

El brillo y sonoridad de nuestra lengua facilitan la expresión de los sentimientos verdaderos é íntimos del corazón humano.

Un tono falso produce siempre desagradable impresión y perjudica mucho al efecto que se desea producir. Un actor célebre, conmovido por el acento de verdad que reinaba en el discurso de un notable orador, decía á un amigo: « Ese es un orador, nosotros no somos más que cómicos. »

Varia el tono con la edad, la situación y el temperamento del que habla, y también con el tema tratado. Una narración de género sencillo requiere mucha naturalidad.

Las elegias y las narraciones conmovedoras se recitan lentamente, con dulzura, en tono que varía entre el medio y el grave.

El lenguaje debe ser lento y serio en el razonamiento; vivo, flexible, elegante, cuando se trata de una obra en que domina la imaginación.

Para expresar los sentimientos violentos ó apasionados, debe ser la voz enérgica y vibrante, no saliendo, empero, de lo natural... La afectación es siempre un defecto.

Las *inflexiones* constituyen el encanto de la frase; frecuentemente, precisan el sentido; son como una música agradable, cuya belleza consiste en la verdad de los tonos, que suben ó bajan, según lo requiera la naturaleza del pensamiento. Deben siempre imitarse las inflexiones del lenguaje corriente, tan justas y verdaderas, en la interrogación, la duda, la ironía, la exclamación, etc.

En toda frase bien construída, existe una palabra sobre la que se concentra en cierto modo la idea, sobre la que tiende á llamar la atención todo el artificio del estilo; es preciso pues ponerla de relieve por medio de una acentuación más señalada.

Todas las palabras notables de un párrafo no tienen la misma importancia; hay que establecer, pues, entre ellas la graduación que existe entre los sentimientos que expresan.

Hacer resaltar las palabras importantes es un talento, que supone el perfecto conocimiento del asunto.

Cuando está la acción oratoria en armonía con los pensamientos expresados, es irresistible el poder de la oración.

Cuenta Cicerón que los enemigos de Graco no pudieron contener las lágrimas, cuando gritó éste con voz conmovedora: « *Desdichado, ¿adonde irá?... ¿qué asilo me queda? ¿El Capitolio?... Inundado está con la sangre de mi hermano. ¿A mi*



*casa? ¡Allí me espera una desgraciada madre, á quien verá deshacerse en lágrimas y morir de dolor!... »*

En el *movimiento*, ó sea la marcha del recitado, hay que evitar dos escollos: la demasiada rapidez y la lentitud excesiva.

Si la dicción es muy precipitada, no se cuida de las pausas, se agrupan las palabras de modo incoherente, se cansa el orador, y, al fin y al cabo, no se le entiende.

Si la dicción es lánguida ó monótona, pierde el discurso su brillo, y el oyente se impacienta cuando no se duerme.

El movimiento moderado es generalmente el más conveniente. Se le emplea: 1º al principio del discurso; 2º para expresar la melancolía, el dolor, la postración; 3º en la oda, la tragedia, la epopeya, la predicación.

## IX. — Los Ademanos y el Gesto del orador.

La palabra es auxiliada muy eficaz y poderosamente por los ademanes y el gesto de la fisonomía. El *gesto* y los *ademanes* constituyen un lenguaje mudo que habla á los ojos, y se hace entender más por el corazón que por el espíritu; animan el discurso y suplen la insuficiencia de la dicción; pero dicho lenguaje debe ser sobrio. Los palmoteos, los golpes en el borde de la tribuna, todos los movimientos bruscos, impulsivos, violentos y exagerados, son de pésimo gusto.

Los ademanes perfectos preceden algo á la palabra, y terminan con ella; deben ser precisos, graciosos, elegantes, y verificarse con el brazo derecho, muy pocas veces con el izquierdo, sin que la mano se eleve más arriba de los ojos, ó descienda más abajo de la cintura. Lentos en la elegía, enérgicos en el drama, sencillos en el relato, han de ser siempre naturales. Vale más no emplearlos, que ejecutarlos mal.

Los antiguos eran muy celosos de la conveniencia y belleza del ademán. Entre los Atenienses, la menor falta de mímica despertaba la risa, y los gladiadores romanos aprendían á caer con gracia en el circo.

En nuestra época, no es menos apreciado el ademán: « He visto al incomparable Carlos Dickens, dice admirado el señor Legouvé, representar tan vivamente la fisonomía, la voz, el gesto, la actitud, el acento del juez y del acusado, que desaparecía el actor completamente tras los personajes. No era él quien hablaba, sino ellos mismos. »

Talma, poco favorecido por su aspecto físico, se transformaba con la armoniosa sonoridad de su voz y la hermosura de sus movimientos de estilo antiguo.

El semblante bien compuesto es factor importante del discurso. Tranquilo durante el exordio, se anima poco á poco y á medida que lo requiere el discurso.

La mirada debe ser modesta y pasearse con seguridad por todo el auditorio, sin detenerse jamás fijamente sobre una misma persona ú objeto. Los ojos son un espejo que retrata los pensamientos del orador. Inflamados en la cólera, están velados en la tristeza y la vergüenza; extrávalos el terror y la admiración los eleva. Así como la cabeza, no deben estar constantemente en movimiento.

## X. — Conclusión.

Como acaba de verse, el arte de hablar en público exige perfecto conocimiento de las pasiones que pueden agitar el corazón humano, lógica ajustada, palabra elegante, vibrante, apasionada, y acción oratoria irrefragable.

Difícilmente se hallan juntas estas condiciones en un mismo orador, y pocas veces nos será dado admirarlas en toda su integridad, pues los hombres excepcionales, por desgracia, van siendo cada día más escasos. Pero, en este arte como en los demás, existen graduaciones; y cada cual debe esforzarse por fecundizar con el trabajo los talentos que Dios le ha dado, pues es grande la influencia de un hombre que sabe expresarse de modo elegante y correcto. « La palabra y la pluma son una potencia para la causa del bien. » (L. VEUILLOT.)

En la sociedad moderna, el arte del bien decir es, sin asomo de duda, el más importante de todos, pues no sólo encanta y agrada á los auditorios numerosos, sino que también embellece las reuniones íntimas. ¡Qué gusto no se experimenta, en efecto, al ver interpretar propiamente en una tertulia, algunas páginas escogidas de los mejores escritores de nuestra lengua! Los naipes, el piano, las charlas ociosas no han de ser las únicas distracciones de nuestros salones; y una poesía bien recitada, que revela las bellezas escondidas de un escritor, y presenta de relieve los rasgos salientes de un genio, provoca verdadero entusiasmo entre los oyentes y les hace olvidar las tristes realidades de la vida. « Conviene, dice Monseñor Dupanloup, saber

equilibrar la vida ideal con la vida práctica, y poder en ciertos momentos sustraerse á las preocupaciones materiales.»

¡Elevemos los corazones! ¡*Sursum corda!* nos dice diariamente el sacerdote desde el altar. ¡Si! elevemos nuestros corazones! Librémonos, cuanto sea posible, de la tiranía de los sentidos y de las duras necesidades que nos obligan á doblarnos hacia el suelo; y cuando necesitemos distracciones y reposo, busquemos, ante todo, los placeres de la inteligencia, pues los placeres sensuales sólo enervan las almas sin conseguir conmoverlas.



# TERCERA PARTE

## EL

# ARTE DE ESCRIBIR

---

### CAPÍTULO PRIMERO

## EL ARTE DE ESCRIBIR

### I. — Su importancia.

Saber escribir es una rara condición, que requiere copiosos conocimientos, espíritu elevado, gusto delicado y *sobre todo gran práctica*.

Durante sus estudios y después de ellos, no debe el joven omitir esfuerzo alguno para adquirir habilidad en este arte tan importante, y acaso el más útil de todos.

No es tan sólo la instrucción la que puede infundir alta idea de la educación ó capacidad de un joven, sino también, y principalmente, su modo correcto y elegante de hablar ó escribir.

Los estudios literarios además de formar el ingenio y el gusto, constituyen un manantial inagotable de numerosos y suaves goces. Son el hechizo de la vida, el descanso tras el trabajo, una ocupación amena durante los ocios, y una

palanca poderosa para levantar el alma y comunicarle el amor á lo bello y á lo bueno.

Finura de ingenio, rectitud de juicio, pureza de gusto, reforma del carácter; tales son algunos de los preciosos frutos del estudio acertadamente dirigido y prolongado de las bellas letras. Lo bueno y lo bello son inseparables; ¿cómo no amar el bien, cuando se apasiona uno por lo bello?

« Entre los pueblos civilizados el cultivo de las letras, después de la religión, es el primer tesoro público, el aroma de la juventud, la espada de la edad viril. » (LACORDAIRE.)

Suavizando las costumbres es como favorecen los estudios literarios las relaciones sociales. Las conversaciones se vuelven más interesantes, y la vida social, templada por la cortesía, es menos difícil y más amable. No se puede vivir entre flores, sin impregnarse en su perfume, ni se nutre una inteligencia con pensamientos rectos y elevados, sin que adquiera la mente mayor rectitud y elevación.

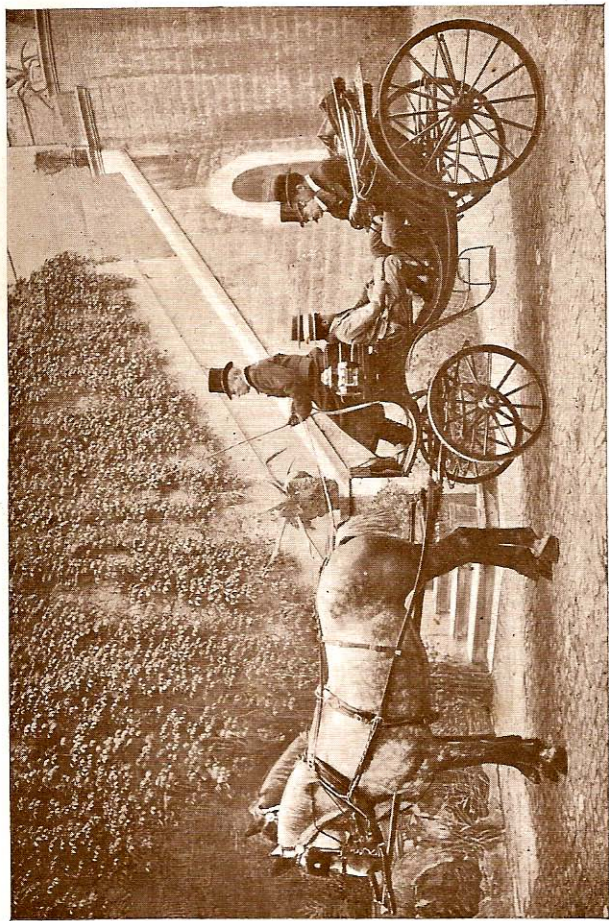
« Degrádase un pueblo que deja morir en su seno el amor á lo bello, y si no es inferior hoy día, lo será mañana. » Sucede lo propio con el joven: si no quiere decaer, debe reservar, aun en una posición modesta, algunos instantes para leer un buen libro ó componer algunas líneas.

« Aun cuando os destinéis á una carrera industrial ó científica, dad á vuestra educación un fundamento literario: encontraréis en ella siempre recursos para hablar y escribir correctamente vuestro lenguaje profesional, al mismo tiempo que un inagotable venero de elevadas distracciones, que mantendrán muy alto vuestro corazón, y lo preservarán contra los lazos que tiende la ociosidad tanto á la salud como á la dignidad moral. » (FONSAGRIVES.)

## II. — El Estilo.

Para escribir deben consultarse al mismo tiempo el espíritu y el corazón.

« Para escribir bien, no basta ingenio, se necesita



**Orden de los asientos.** — El superior sube primero y toma el primer puesto, es decir la derecha del coche, en la testera; — el 2º asiento está a la izquierda — el 3º en frente del 1º; — el 4º en frente del 2º. — La postura debe ser tan correcta como en un salón.

alma; requiérese para ello el corazón, el hombre entero. No debe aprenderse sólo á evitar toda palabra sin pensamiento, todo pensamiento sin alma, sino también... todo estado de alma sin Dios. » (*Las Fuentes*, P. GRATRY.)

Compuesto de ideas y de palabras, es el estilo una forma del espíritu y del sentimiento; cuando son justas las ideas y se las expresa fielmente, es bueno el estilo. Es este sencillo, noble, gracioso, ingenioso, según las cualidades de corazón y espíritu de quien escribe. Refleja la constitución intelectual y moral del escritor; es un espejo donde se vé al hombre tal como es, con sus virtudes y sus defectos. « Es el hombre mismo, » ha dicho Buffón.

Para adiestrarse en el arte difícil de escribir, es necesario leer atentamente reducido número de buenos autores, estudiar los modelos y, en particular, dedicarse á la composición.

Este último trabajo ejercita todas las facultades del alma. Difícil en un principio, llega muy pronto á ser atractivo; todo consiste en tener la decisión de comenzar. Si uno se impusiese la obligación de escribir cada día algunos renglones, llegaría en breve tiempo á escribir con gusto, corrección y aun elegancia. ¡Qué fin no se logra con la perseverancia! Los esfuerzos prolongados son á veces más útiles para el éxito que la misma facilidad.

Las cualidades generales del estilo son: pureza, precisión, naturalidad, propiedad, armonía, y principalmente claridad.

### III. — Manera de tratar un tema.

Para tratar convenientemente un tema, se debe ante todo meditar, á fin de reunir las ideas y ponerlas por orden.

Antes de escribir, debemos aprender á pensar: conforme sea nuestra idea más ó menos oscura, será más ó menos clara y pura la expresión que la siga. Lo que bien se concibe, se enuncia claramente, y acuden fácilmente á los labios las palabras para expresarlo.

Mientras se reflexiona, son las ideas escasas ó abundantes, y por lo común, se presentan sin orden alguno; es menester entonces clasificarlas, subordinarlas, separar las accesorias de las principales, rechazar las que no tengan relación directa con el tema, y con las elegidas *formar un conjunto perfectamente homogéneo y de justas proporciones*.

Para esto, conviene establecer un plan sinóptico, compuesto más bien de palabras que de frases. El plan es lo más importante en la composición, pues *escribir bien es ordenar y animar el pensamiento*. (BUFFÓN.)

Es necesario ligar las diferentes partes de un tema en un orden lógico, y disponerlas de modo que se afirme tanto más la idea maestra, cuanto más se aproxime uno á la conclusión.

Concluído el plan, se comienza con calma, sin precipitación, sin pararse en la elección de expresiones ó palabras, por temor de cortar el hilo de las ideas ó de quitar á la composición la vida, el movimiento ó el calor.

Terminada la composición, se vuelve á leer para enmendar aquello que lo necesite.

Debe tacharse *toda repetición de palabras ó de ideas*, todo cuanto esté fuera del tema ó no se refiera directamente al mismo.

Deben enmendarse *las frases incorrectas ó demasiado largas, los giros malos ó viciosos, los términos improprios, vagos ó ambiguos, las consonancias desagradables, las expresiones redundantes, triviales ó vulgares*.

Por ningún concepto conviene dejar de corregir; pues, como lo dice muy bien el Padre Longhaye: *trabajar la forma, es trabajar el fondo*.

« Guárdate de creer que el pensamiento lo sea todo y la palabra poca cosa. Piensa que el estilo, mejor quizás que el pensamiento, es el que hace vivir las obras, y que una obra mal escrita tiene la muerte asegurada. » (DUPANLOUP.)

Notables escritores ha habido que compusieron sus obras con gran trabajo, pues habiéndose encontrado sus primeros



borradores, se observa que el poema definitivo no conserva sino pocos versos del esbozo primitivo.

Debe enmendarse y volver á corregir la obra, modificando el trabajo hasta que queden las ideas perfectamente claras y el estilo corriente, hasta que se tenga una obra acabada, cuya forma sea el cabal desarrollo de las ideas que constituyen su fondo.

Ha de evitarse cuidadosamente la ampulosidad del estilo, la palabrería hueca. Conviene que abunde una composición literaria en sustantivos y verbos, y que tenga pocos adjetivos, epítetos y adverbios. Los principiantes necesitan pues hacer frecuente uso de la *lima*, como lo aconsejaba Horacio.



## CAPÍTULO SEGUNDO

# LA CORRESPONDENCIA

### I. — Las Cartas en general.

La carta es una conversación escrita, una plática á distancia, una necesidad para quienes, viviendo separados, desean comunicarse sus ideas y sentimientos. Brota espontáneamente del espíritu ó del corazón, conforme la motiven la razón ó el cariño. Se habla y se escribe como se comprende y se siente.

Caben los más diversos sentimientos en una carta : unas veces el goce ó el dolor ; otras la solicitud y la previsión ó la súplica, la exhortación y el reproche : es un alma entera que acompaña la misiva para unirse con otra alma.

Por tal motivo es el estilo epistolar de los más flexibles, pues no rige ninguna regla sus períodos. Tan pronto es frío, como afectuoso ; alegre, como severo ; familiar, como solemne ; pasa de la ingenuidad infantil á la ternura más exquisita ; abre, de par en par, las puertas de la mente y del corazón ; es frecuentemente patético, y á veces remonta el vuelo hasta lo sublime..

### II. — Importancia de las Cartas.

Tienen las cartas importancia capital ; por ellas se nos suele juzgar y apreciar.

Son como la fotografia de nuestra alma ; revelan nuestros más íntimos pensamientos y nuestros sentimientos más recónditos ; y no sólo son el termómetro de nuestra cultura literaria, sino también el de la rectitud de nuestro espíritu, de la vulgaridad ó nobleza de nuestro carácter y del grado de nuestra ilustración.

¡Cuántas cosas puede, manifestarnos una carta! Puede hablar tanto en nuestro favor, como una conversación de muchas horas; una sola palabra inadvertida bastará en cambio para probar que carecemos de tino ó de sentimientos generosos, que somos egoístas ó envidiosos. « Las cartas indican la medida de nuestro talento, ingenio y educación. » (M<sup>ma</sup> CAMPAN.)

¡Cuánta vergüenza para el joven que ha recibido cierta educación, no saber redactar algunas breves líneas, sin quebrantar á la vez las reglas de la buena educación, de la ortografía ó de la gramática!

Conviene pues estudiar las cualidades del estilo epistolar, y proceder de suerte que sea la correspondencia tan irreprochable como quepa, aun respecto de la forma.

Nada agrega evidentemente la forma al valor del pensamiento; pero haciéndolo más ameno, le permite lograr más fácilmente su objeto: no pierde su sabor el vino presentado en una copa vulgar, pero nos brinda doble placer cuando lo bebemos en rico vaso.

Debe guardarse mucha prudencia, cuando se escribe, y discernir lo que se puede decir y lo que se ha de callar: evitar las críticas injustas, las palabras acerbas, las murmuraciones y las calumnias, en una palabra, todo cuanto pueda herir ó comprometer. « Las palabras vuelan, los escritos quedan. »

La carta es un testigo pronto siempre para deponer contra quien la firmó; puede pasar de manos de un amigo á las de un enemigo y causar graves disgustos. Además, ¿quién puede responder de la discreción de un amigo y de la duración de su amistad? ¡Cuántas cartas que debieron quedar siempre secretas, cayendo en el dominio público han ocasionado á sus autores desagradables consecuencias!

Por respeto á sí mismo y á las personas á quienes se escribe, no debe uno tolerar en las cartas manchas ni raspaduras, y, mucho menos, faltas de ortografía. Estos descuidos se juzgan con severidad, y suelen considerarse como muestra de incapacidad ó mala educación.

## CAPÍTULO TERCERO

# EL ESTILO EPISTOLAR

### I. — Su Naturaleza y Cualidades.

Ya que la carta es una conversación escrita, debe ser imagen fiel de una *buena* conversación.

Debe escribirse, por lo menos, tan bien como se habla; pues el escrito, que ha de exponerse por mucho más tiempo á la vista del lector, permite reflexiones que la celeridad de la conversación impide formular. « No es cosa muy fácil escribir una carta, y muchas personas, aun bastante hábiles, sólo consiguen hacerlo medianamente. » (P. DELAPORTE.)

¿Existe un arte exclusivamente epistolar? En otros términos, ¿puede redactarse convenientemente una carta, si se ignora el modo de expresar correctamente el pensamiento? No, pues las cualidades del estilo epistolar no son distintas de las que exige una composición literaria cualquiera, sólo que necesitan aquellas inspirarse en una sencillez tal, que no se sienta su presencia. Las palabras deben salir de la pluma como la frase de los labios, sin esfuerzo ni violencia. « La más hermosa carta, á mi juicio, es aquella que saca todo su atractivo de la forma sencilla, galana y natural en que fué escrita. » (SAN GREGORIO NACIANCENO.)

Hermosilla dice : *Todo lo que viene naturalmente, todo lo que sale del corazón, tanto en orden á los pensamientos como al modo de presentarlos y de expresarlos, es bueno : el vicio está en la afectación.*

Sirvan en esto de modelo nuestros escritores epistolarios quienes nos han dejado primores en este género.

## II. — Caracteres del Estilo epistolar.

Hay un sinnúmero de categorías en el género epistolar : cartas de amistad, de negocio, de petición, de recomendación, de pésame, de felicitación, de oficio, familiares, etc., pues el corazón humano que las dicta tiene una escala de sentimientos sumamente extensa. No faltan preceptistas, tanto antiguos como modernos, que hayan dado reglas peculiares para cada una de estas clases; creemos más útil dar las reglas comunes para todas ellas, de esta suerte descartaremos las repeticiones :

1<sup>a</sup> El estilo ha de ser natural y sencillo, porque nada hay tan feo en una carta como la afectación y la ampulosidad.

2<sup>a</sup> La naturalidad y la sencillez no excluyen la gracia y el donaire. No sientan mal en una carta, antes bien acrecientan su mérito, los pensamientos ingeniosos ó profundos, los chistes de buen género, los refranes oportunamente citados, las anécdotas que vienen á cuento, etc. En esta parte pueden servir de modelo las hermosas cartas de santa Teresa y del Padre Isla.

3<sup>a</sup> El estilo y el tono estarán en perfecta consonancia con la calidad de quien escribe, de la persona á quien se escribe y del asunto de la carta; pero deberá siempre reinar, en las cartas de particular á particular, cierto tono de familiaridad que no es incompatible con el respeto debido á las personas de elevada categoría ó posición.

4<sup>a</sup> La sencillez y naturalidad, que se recomiendan en el estilo epistolar, nada tienen que ver con el descuido y desaliño. Aun es cribiendo á un amigo, es preciso evitar cuidadosamente todo cuanto pueda dañar á la pureza y corrección del estilo.

5<sup>a</sup> Aunque siempre hay que procurar la armonía del estilo, han de evitarse en las cartas los períodos muy largos

y redundantes y la coordinación demasiado musical de las palabras. Las cualidades que mejor caracterizan el estilo epistolar son la soltura y facilidad en las construcciones y una sencillez que no excluye la distinción y el ingenio, según queda dicho.

6ª Excepto cuando lo requiere el carácter especial de la carta, debe evitarse el empleo de voces técnicas y el alarde de erudición. Conviene evitar también las alusiones obscuras, las alegorías, las palabras desusadas ó arcaicas, las exclamaciones intempestivas, apóstrofes, etc. En una palabra, es menester hermanar la claridad y la naturalidad con la elegancia. Todas estas reglas, como es natural, admiten excepciones y quedan subordinadas al buen juicio de quien escribe.

7ª La claridad ha de ser tal que no se incurra ni en excesiva *conciación*, ni en la *prolijidad* extremada; la naturalidad y llaneza no ha de convertirse nunca en desaliño, chocarrería, trivialidad ni grosería; la elegancia ha de ser sin amaneramiento ni exageración alguna.

El Sr. Lansón resume todas las reglas del estilo epistolar en las siguientes palabras :

« Es preciso escribir con *naturalidad*, pero no se debe escribir con *descuido*. Conviene que haya en las cartas *llana espontaneidad* y *efusión*, pero hay que evitar la vana é insustancial *palabrería*. Hay que huír del *estilo declamatorio* y *ampuloso*; pero se deben evitar la *ramplona vulgaridad* y la *aridez*. »

### III. — Ser natural y procurar agradar.

Todos los preceptos del estilo epistolar pueden resumirse en estos dos : *ser natural* y *procurar agradar*.

*Ser natural*, es mostrarse una persona tal cual es, sin publicar por eso sus defectos, ni abandonar la pluma á la ventura, pues no excluye la naturalidad la reflexión ni la selección de las ideas.

Cuanto mayores sean la imaginación, el juicio, el saber, el

tacto y el corazón, tanta mayor probabilidad tendrá la carta de agradar é interesar.

Ser natural, es evitar el disimulo, no atribuirse más ingenio del que se tiene, ni expresar sino los propios y reales sentimientos.

Es sin duda necesario el ingenio en una carta; pero ha de ser ese ingenio bueno, que á nadie ofende, y á todos agrada, ese ingenio que es á la vez luz y calor, idea y sentimiento.

*Procurar agradar.* El deseo de dar gusto anima el espíritu, excita el corazón, infunde pensamientos delicados y sentimientos generosos, hace evitar *lo falso, lo ficticio, lo trivial*, todo cuanto sea contrario al buen gusto y á la educación.

Cuando se escribe movido por el afecto, son las ideas verdaderas, amables é ingeniosas; pues hay siempre mucho ingenio donde hay mucho sentimiento.

Las cartas que son efecto sólo del ingenio, como algunas de Voltaire, están muy lejos de ser dechados cumplidos, porque, como dice M<sup>ma</sup> de Genlis : « Ningún talento, ni mérito alguno pueden reemplazar un buen corazón. »



## CAPÍTULO CUARTO

# FORMA Y CEREMONIAL DE LAS CARTAS

### I. — Cómo se escribe una Carta.

Al disponerse á escribir una carta, debe ponerse uno, con el pensamiento, frente á la persona á quien se va á dirigir, y, conforme se trate de un superior, un igual ó un inferior, á quien se quiera rogar, felicitar ó aconsejar, adopta uno un tono diferente. Conocer la situación propia y saber á quién se escribe es una de las primeras condiciones de la carta correcta.

Después de haber reflexionado en lo que se ha de decir y en el modo de decirlo, se traza *un plan* para ordenar y encadenar las ideas.

Luego se escribe con calma y sin precipitación, hablando de lo que constituye el objeto de la carta; refiriéndose después si se juzga conveniente, una anécdota interesante, dando noticias personales y terminando con algunas palabras amenas y graciosas.

No se mezclan los diferentes asuntos, y se reserva un párrafo para cada uno de ellos.

Mediante el estudio de los modelos y, más que todo, con la práctica es como se vuelve uno hábil en el arte epistolar. Recomendamos de un modo especial la lectura atenta de las cartas de la insigne Santa Teresa, las de la Venerable María de Agreda á Felipe IV, publicadas recientemente, las de Guevara, del Padre Isla, del Padre Avila, de Solís, de Antonio Pérez, de Antonio Agustín, de Moratín padre, de Quintana,



etc. Como modelos de cartas literarias, morales, científicas, críticas, etc., podemos citar las *Cartas* de Figaro (Larra), las *Cartas de un Filósofo rancio*, del Padre Alvarado; las *Cartas de mi celda*, de Bécquer; las dos series de *Cartas americanas*, de Valera, etc.

La *posdatá* es de uso anticuado y casi siempre inútil cuando se ha formado un plan.

Conviene siempre sacrificar una carta mal escrita; puede en tal caso utilizársela como borrador para una nueva, en la que se enmendarán todos los defectos de la primera.

## II. — Á quién se debe escribir.

Ante todo á los padres : esta correspondencia, tan particularmente amena, nunca debe retrasarse.

Los jóvenes han de procurar, desde su más temprana edad, expresar á sus padres sentimientos de agradecimiento filial y de afectuosa ternura. Dichosos ellos si, á ejemplo de Ozanam, no tienen secreto alguno para su madre, y le profesan durante toda la vida una confianza sin restricción.

No contestar una carta es una falta grave que nunca se puede excusar.

Aun teniendo una vida muy atareada, es siempre posible disponer de algunos instantes para escribir, unas palabras siquiera. ¡Cuántas relaciones comerciales, cuántas amistades quedan rotas por falta de exactitud en la correspondencia!

No se tiene á veces tiempo para contestar las cartas, porque se dejan amontonar; no dejemos, pues, para mañana una carta que podemos escribir hoy mismo, y así nunca nos retrasaremos.

Una contestación debe ser pronta, completa y del mismo estilo que la carta que la motivó. Si la misiva recibida es ingeniosa, afectuosa ó chistosa, habrá que dar á la contestación igual carácter; sería censurable responder con tono juguetón ó irónico á una carta seria de amonestaciones,

ó escribir frases acibaradas á quien nos haya dirigido amables cumplimientos.

Es igualmente necesario escribir una carta cuando se trata :

- 1º De agradecer un regalo, un favor obtenido.
- 2º De presentar felicitaciones ó pésames.
- 3º De ofrecer plácemes por el día ortomástico ó por año nuevo.
- 4º De responder á una invitación.
- 5º De pedir un favor ó información.
- 6º De mantener relaciones amistosas ó solazarnos con el intercambio de noticias.

### III. — El Papel y la Escritura.

Hay que prestar atención á la clase, el tamaño y el color del papel en que se escribe.

Sólo se tolera á las personas de clase humilde, escribir en papel muy ordinario; por otra parte sería ridículo usar papel perfumado en cartas de negocios.

Las señoras usan con frecuencia papel de colores, y aun muchos caballeros suelen emplearlos. Esta costumbre no es recomendable; sobre todo, se deben evitar los colores chillones como el verde, el amarillo y el rojo. El de color de rosa es vulgar; el gris y el de color de malva son los más distinguidos; pero el papel blanco, de buena calidad, es preferible y puede emplearlo indistintamente todo el mundo, cualquiera que sea la condición social de la persona á quien se escribe. Los papeles con flores, pajarillos, etc., son siempre ridículos.

El tamaño del papel varía con lo que se escribe; generalmente, se usa en 4º para las cartas comunes y comerciales, en 8º para las familiares, y en folio para las peticiones. Los volantes, esquelas, tarjetas, se emplean sólo entre personas de confianza.

Sólo se escriben en hojas sencillas las cartas de comercio; es un deber de educación elemental el escribir siempre en papel doble fuera de dicho caso.

No ha de exigirse del que escribe excelente caligrafía, sin embargo para no abusar del tiempo y la paciencia del lector; habrá de ser la escritura bien clara, los caracteres algo gruesos, sobre todo cuando la carta va dirigida á una persona de edad avanzada.

Es costumbre lamentable la de las personas que firman de modo ininteligible, hasta el punto de que, cuando se recibe carta suya, no puede entenderse su nombre.

Hay también que poner cuidado en no cruzar los renglones ó cerrar la carta fresca, para que no se manchen ó borren las letras; procurando escribir las líneas derechas, con auxilio de falsilla, si no hay costumbre de escribir, pero sin usar el vulgar papel rayado. En caso de luto basta un sencillo filete negro, más ó menos ancho.

« Una mala escritura, dice Grocio, es una demostración de desprecio hacia los demás; pues de muestra que se concede más importancia al tiempo propio que al de los otros. »

La tinta debe ser negra, azul ó violeta y de buena calidad. Las de color verde ó rojo son de mal gusto.

#### IV. — Márgenes y Encabezamientos.

Cuando se escribe á un personaje de distinción, se deja en el papel una gran margen, y se escribe el encabezamiento: « Muy señor mío, muy señora mía, » en medio de la página. Las cartas de petición deben contener sólo cuatro renglones de escritura en la primera página.

Si la carta es de etiqueta ó gran respeto, se ponen la fecha y el nombre del destinatario debajo de la firma.

No hay que omitir el título que pueda tener el destinatario, conviene usar poco las abreviaturas y no emplearlas jamás en las palabras señor ó señora.

« El hombre cuidadoso se revela por la forma de los enca-

bezamientos y márgenes, y por su puntuación minuciosa. » (*Traatdo de Grafología.*)

Es frecuente, cuando no media gran etiqueta, escribir : « Muy señor mío y *estimado amigo*, » ó, en vez de estimado, *ilustre, querido, admirado*, etc.

Las cartas íntimas empiezan así : « Mi querido padre, » « Mi querido amigo. » Puede suprimirse la palabra *Mi*, vg. : « Querido tío, » y emplear el superlativo « Queridísimo hermano ».

Se usa asimismo el nombre : « Querida Clara » ó « Mi querida Juana ».

Si la carta va dirigida á personas de gran autoridad, se pone en vez del nombre sólo la palabra *Señor*.

Un hombre que escribe á una mujer con quien no tenga gran confianza, dirá siempre : « Muy señora mía » ó « Muy señora mía y amiga ».

La fecha es indispensable en las cartas de negocios, y se coloca á la cabeza de la primera página, algo á la derecha, después de la dirección impresa :

« Buenos Aires, avenida de Mayo, 555, » — « 19 de Marzo de 1910. »

En las demás cartas la fecha puede escribirse después de la firma, y á la izquierda.

(Firmado) « J. M. FERNÁNDEZ.

« Avenida República, 1518. » « 5 de Marzo de 1912. »

La costumbre de poner su dirección, ya al principio, ya al fin de las cartas, es muy conveniente, pues evita al corresponsal tener que revolver papeles y buscar direcciones cuando vaya á contestarla.

Toda persona capaz de escribir una carta *anónima* ó comprometedora para un tercero, ó insultante para quien la recibe, es *cobarde é infame*.

## V. — El Final de las Cartas.

La terminación de las cartas requiere sumo tacto : se han de conocer perfectamente los usos consagrados, y guardarse mucho de herir á la persona á quien se escribe : « Nada me cuesta tanto al escribir una carta, decía un gran escritor, como las dos últimas líneas. »

Las palabras más usadas en las fórmulas finales son : *respeto*, *consideración*, *estima*, *afecto*, conviniendo usar unas y otras con toda propiedad.

El *respeto* se debe á las personas no familiares, y, en general, á las que tengan superioridad en edad, sexo ó posición.

La *consideración* se emplea para con las personas de cierta posición social. Es de rigor, en el lenguaje oficial y en las relaciones con personas de condición igual á la nuestra y con quienes no tengamos intimidad.

La *estima* sólo se manifiesta á las personas de categoría inferior.

El *afecto* se usa entre parientes, amigos y compañeros, ó de superior á inferior.

Las personas acostumbradas á escribir pueden usar elegantes transiciones para que brote la fórmula de despedida, por decirlo así, del cuerpo de la carta ; pero no es esto fácil para todo el mundo.

En cartas muy ceremoniosas, entre iguales, puede decirse : « Quedo, con el más profundo respeto, su atento seguro servidor. »

En vez de *respetuoso*, suelen usar algunos *humilde* ú *obediente*; pero no es fórmula muy recomendable, pues tiene algo de servilismo más que de cortesía.

Tratándose de un superior, se dice : « Tengo el honor de suscribirme su muy respetuoso servidor » ó « su muy obediente servidor ».

En cartas más familiares se emplea : « Quedo suyo atento y seguro servidor. »

« Se despide de usted su afectísimo amigo y seguro servidor. »

« Reciba V. mis afectuosos saludos. »

« Suelen usarse las abreviaciones : afmo., atto., S. S. »

Las iniciales Q. S. M. B. con que se terminaban siempre en otro tiempo las cartas resultan en América un tanto anticuadas.

En las cartas de familia se emplean, después de los recuerdos y abrazos para los demás, fórmulas como la siguiente : « Para ti lo que quieras de tu... »

Ó frases cariñosas : « Su hija que lo quiere mucho y desea verle. »

« Tu hermano que te abraza con toda el alma, » etc.

Una señora, dirigiéndose á otra, dirá : « Reciba, señora, la expresión de mi mayor consideración. »

Un caballero, dirigiéndose á una señora, dirá : « Reciba, señora, mis homenajes respetuosos. »

Cuando se escribe á un inferior no deben suprimirse las fórmulas de cortesía, y puede terminarse así : « Reciba V. la seguridad de mi mayor consideración ó aprecio. »

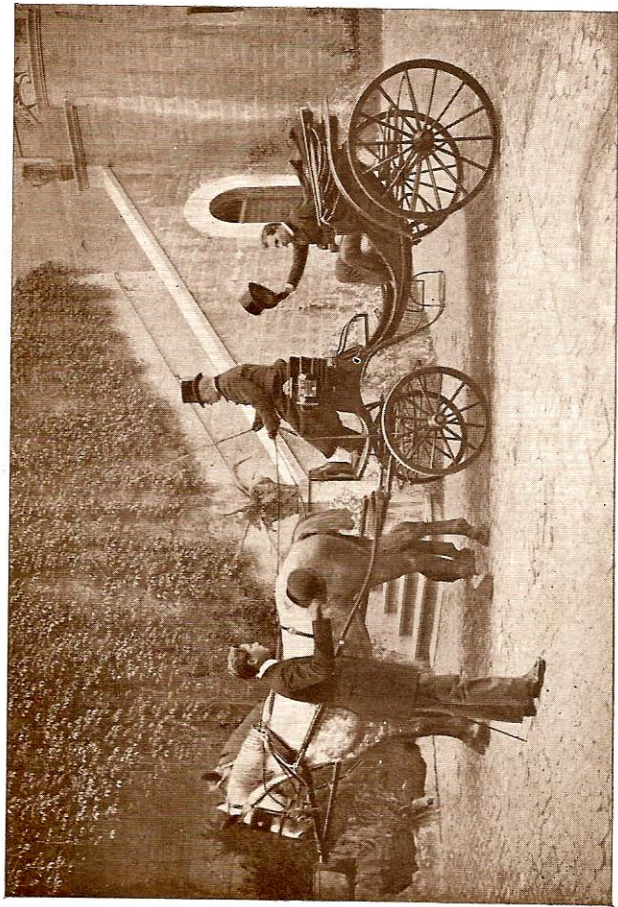
Cuando coincide el final con el principio de una página, conviene escribir dos ó tres líneas más de texto antes de comenzarle.

Dos personas íntimas pueden escribir en una misma carta, pero sólo tratándose de un amigo común.

## VI. — El Sobre y la Dirección.

Terminada la carta, se vuelve á leerla con atención, y se dobla en dos ó cuatro partes, de modo que pueda entrar fácilmente dentro del sobre ; sin embargo, siempre es preferible no plegarla sino en dos.

Hay que buscar un sobre que pese poco y no deje transparentarse la escritura, procurando que su tamaño sea suficiente, para que venga justa la carta.



**El saludo.** — Mirar á la persona á quien se saluda é inclinarse ligeramente hacia delante.

Las esquelas que se cierran solas, sin sobre, y otros muchos caprichos, no pueden emplearse sino con personas de cierta intimidad.

En medio del sobre ha de escribirse el nombre y el apellido del destinatario, seguido de su título, la calle, el número de la casa, ó la casilla de correo y, en el ángulo bajo de la derecha, el nombre de la ciudad.

Si es la carta para el extranjero, se escribe el nombre del país en la parte superior del ángulo izquierdo.

Cuando es para un pueblo poco conocido, se indica la provincia ó departamento.

El sello ó estampilla ha de colocarse en el ángulo superior de la derecha.

Para los valores declarados, conviene expresarse la cantidad que contiene la carta en número y en letra, poniéndole á aquella, además, cinco sellos de lacre.

Sin el correspondiente franqueo extraordinario, las palabras « urgente » y « recomendado » no activan el servicio de correos, pero pueden prevenir los descuidos de los empleados y demás intermediarios.

Cuando se presume que la persona á quien se escribe está de viaje, se puede colocar en la parte inferior del sobre estas palabras : « Se ruega hacerla seguir en caso de ausencia. »

Una carta de recomendación se cierra después de haberla leído á la persona que la solicita, ó se le entrega abierta; en tal caso, el que la recibe debe cerrarla después de haber tomado conocimiento de ella.

## VII. — El Franqueo.

El franqueo de una carta es obligatorio.

La estampilla ó sello, como antes se ha dicho, se coloca en la parte alta del sobre, á la derecha. Ciertas personas consideran como una falta de miramiento la forma descuidada en que se pega el sello, inclinadó ó tuerto.



Se acostumbra enviar un sello á un funcionario ó á una persona poco conocida de quien se solicita una contestación, pero nunca á un amigo ni á una persona de cierta fortuna.

Las cartas ordinarias se cierran humedeciendo la parte engomada del sobre; pero las que son algo ceremoniosas exigen un sello con las iniciales de la persona. En algunos países se coloca este sello sobre un redondel de lacre, rojo si es correspondencia administrativa y negro si se guarda luto.

La administración de Correos exige también un sello lacrado para las cartas certificadas y otras correspondencias de importancia.

Las cartas se remiten ya por medio de un mensajero, ya por una persona de confianza, ó ya por el correo. Este último medio es el más sencillo y generalmente el más seguro.

Una carta que se confía á una persona debe darse abierta, y ser inmediatamente cerrada por quien la recibe. Sería incorrecto pedir á un superior ó á una persona de distinción que se encargue de una carta, de un paquete ó de una comisión cualquiera.

### VIII. — Las Tarjetas postales y las Esquelas.

La tarjeta postal es muy cómoda para las comunicaciones breves, porque ofrece á la vez papel, sobre y franqueo. La tarjeta postal se usa para hacer un encargo, para pedir un informe, pero nunca para comunicar cosas confidenciales, ni para escribir á personas que merecen respeto.

Llámanse esquelas, las misivas breves que sólo pueden usarse entre personas con quienes se tiene familiaridad; ó por los superiores, respecto de sus subalternos é inferiores. Los asuntos que suelen tratarse en ellas, son siempre de poca importancia: tales como avisos breves, cortas citas, preguntas, parabienes, etc.

La forma de las invitaciones varía, con la calidad de las

personas; pero siempre han de ser sencillas, breves, amables y respetuosas.

Cuando se ve uno obligado á rehusar una invitación *no se presentan excusas, sólo se debe manifestar el pesar de no poder aceptarla.*

« El Sr. y la Sra. X. saludan al Sr. y la Sra. M., y les suplican se dignen honrarles con su presencia, para comer con ellos el martes próximo á las seis. »

« El Sr. y la Sra. A. saludan á los Sres. B., y tienen el mayor gusto en aceptar su amable invitación. »

« Los Sres. de B. manifiestan al Sr. A. su sentimiento por no poder acudir á su invitación, quedando muy agradecidos por su amabilidad. »

Las *cartas de participación* son tarjetas impresas por medio de las cuales se anuncia á los parientes y amigos algún suceso señalado : nacimiento, casamiento, muerte.

Son de dos clases : las que contienen una invitación para una ceremonia, y las que se limitan á anunciar un suceso. Se redactan unas y otras de acuerdo con fórmulas especiales conocidas por los impresores, quienes están siempre al corriente de los cambios que introducen el uso ó la moda. Por lo general se remiten en sobre abierto.

A estas cartas de invitación ó participación se contesta con una tarjeta.



## CAPÍTULO QUINTO

# REGLAS PARA ESCRIBIR CARTAS

### I. — Las diferentes clases de Cartas.

Las cartas pueden clasificarse en tres géneros diferentes : cartas de amistad, cartas de cortesía y cartas de negocios :

*Las cartas de amistad* se dirigen á los parientes, á los amigos, á las personas á quienes se puede escribir con confianza y libertad ; requieren más afecto que ingenio.

Se escriben *cartas de cortesía* para satisfacer deberes de posición, de interés ó de cortesía, y exigen éstas, por lo contrario, más ingenio que corazón.

Las *cartas de negocios* tienen por objeto un interés material y exigen mucha precisión y claridad.

Esta distinción, empero, no puede ser absoluta, pues muchas veces las cartas de cortesía lo son de amistad ó de negocios, y recíprocamente.

### II. — Cartas de amistad.

No están sometidas á ninguna regla especial ; cada cual las redacta á su modo. Antes que un trabajo son un gusto, el único que nos queda en ausencia de nuestros parientes ó amigos.

« Contigo me deleito, decía Madama de Sevigné á su hija, con los demás elaboro. »

Al escribir una carta de amistad, se *suelta la rienda*,

por decirlo así, no sólo al espíritu sino también al corazón, que tiene entonces un modo de expresarse que siempre embelesa y nunca hiere. El estilo mana entonces como el agua de una fuente, fluye amable, gracioso y fácil, nunca irrespetuoso; pues el afecto, lejos de proscribir el respeto, lo acrecienta más y más. Cuanto más quiere un niño á sus padres, tanta mayor veneración les profesa.

Aun escribiendo á los amigos íntimos, debe conservarse la distinción que caracteriza á todo hombre bien educado; cuidar el estilo, ordenar y encadenar las ideas, evitar las trivialidades, las ideas comunes, las expresiones vulgares, las chanzas groseras, y, con tanta mayor razón, cuanto huela á vulgaridad ó mal gusto.

Es bueno hermanar el interés de la carta con los primores del estilo, y matizar el discurso con reflexiones ingeniosas, rasgos vivos y agudos, palabras amables y graciosas.

La demasiada familiaridad engendra el menosprecio y destruye la amistad.

Las cartas de amistad pueden ser extensas, pues no se cansa uno de leerlas.

### III. — Cartas de Pascua, días y año nuevo.

Para las cartas de onomástico, el ramillete ó el regalo que se envía, ó la vida del santo, facilitan pensamientos graciosos, alusiones gratas, que pueden servir de base para el cumplimento.

« En estas cartas, así como en las de año nuevo, dice un pensador, se descuida mucho el sentimiento religioso, y, sin embargo, este sentimiento es el más fecundo en pensamientos de sublime sencillez. ¿No es, por ventura, Dios dueño de cuanto somos y tenemos? Y no es acaso natural hacerle intervenir en todas las felicidades que deseamos á nuestros amigos? »

A pesar de esto, no se debe convertir la carta en sermón, pues sería un error como todo cuanto cae en el exceso.

#### IV. — Cartas de enhorabuena.

La carta de enhorabuena ó felicitación es un testimonio de afecto que se manifiesta á las personas por quienes nos interesamos, cuando les ocurre un suceso feliz.

Mostrarse indiferente cuando un amigo ha obtenido un éxito feliz, una distinción honrosa, ó ha escapado á un peligro evidente ó á una enfermedad grave, sería una prueba de poca simpatía y una falta á la buena educación.

La carta de felicitación es, ante todo, un cumplimiento, y éste para ser correcto debe revestir mucho tino y finura. Muy extenso, podría fastidiar; muy breve, no satisfacer; muy delicado, no ser comprendido; exagerado, tomarse por una burla. « Los elogios son sátiras, si llega á suponerse que no son sinceros. » (M<sup>ma</sup> DE SÉVIGNÉ.)

La carta de felicitación se envía cuanto antes, y no ha de contener nada extraño á su objeto.

Se habla en ella del mérito de la persona favorecida, de la justicia que le ha sido hecha, de las esperanzas que puede abrigar para lo porvenir, del buen discernimiento y habilidad de quien concedió un favor tan merecido, y otras ideas comunes que se expresan tan amable y delicadamente como se pueda.

Es menester habilidad para sacar, de la naturaleza misma del objeto, es decir, de la felicidad alcanzada, del favor obtenido, algunos pensamientos delicados que halaguen discretamente el amor propio de aquél á quien se dirigen.

Si la carta de enhorabuena no contiene todas estas cualidades, ha de tener, por lo menos, el mérito de ser breve, y no ha de ser nunca la expresión de un secreto despecho. Cuando el corazón desmiente lo que la pluma traza, vale más abstenerse y enviar sólo una sencilla tarjeta. La sonrisa del que llora suele ser una horrible mueca.

## V. — Cartas de pésame.

Escribense cartas de pésame á los parientes ó amigos que han padecido alguna desgracia. ¡ Y cuán extensa es la lista de los dolores que piden un consuelo !

Cuando nos hallamos en medio de la aflicción, necesitamos encontrar corazones que se compadezcan de nuestras miserias, escuchar una voz amiga que reanime nuestro valor abatido ; siempre procuramos no estar solos para llorar.

¡ Cuán dulce es la misión de consolar al que llora ! tal fué la principal ocupación de Nuestro Señor Jesucristo, cuando recorría las ciudades y aldeas de Judea.

La primera y más importante cualidad de una carta de pésame es la sinceridad. Si el afligido pudiera sospechar, por alguna razón, que la compasión que se le demuestra no es más que fingida, se consideraría profundamente herido y aumentaría su sufrimiento.

En esta clase de cartas, más que en ninguna otra, es menester dejar correr la pluma y hablar al corazón. Las frases muy estudiadas y enfáticas, el fárrago de las máximas filosóficas, no sirven para consolar.

Sin dejar de reconocer el legítimo dolor de la persona afligida, no se debe hablar de la causa de su dolor, sino con mucho tino ; pues, si hay personas que se complacen en mirar frente á frente la desgracia que les hiere, otras, en cambio, rechazan hasta su recuerdo, y procuran alejarlo de su espíritu.

Las cartas de pésame requieren alguna extensión. La mucha brevedad, sobre todo en una circunstancia grave, revelaría un corazón poco generoso y poco conmovido por la desgracia ocurrida. Hay que asociarse con la pena de la persona á quien se quiere consolar, no expresar pensamientos que no estén en armonía con sus sentimientos, y no vacilar en hacer el elogio del objeto amado y perdido. Debe omitirse toda trivialidad, todo cuanto no tenga relación directa con el objeto.

Sería grave falta de tacto escribir una carta de pésame en papel de color.

## VI. — Cartas de súplica.

Las cartas de súplica se escriben para solicitar una colocación, para pedir un favor cualquiera.

Cuando se dirige la carta á un funcionario público, lleva el nombre de presentación, solicitud ó memorial. En este caso, requiere el uso que se escriba en papel de gran tamaño y sólo en las tres cuartas partes del ancho de la página. Debe escribirse con gran claridad y precisión, con exquisita córtésia y escrupulosa conformidad con las reglas del ceremonial.

Antes de solicitar un favor de una persona, es menester conocerla bien y saber lo que puede agradarle ó mortificarle, con objeto de poder darle razones capaces de conmovérle y convencerla. Ni la altanería, ni la presunción, ni la bajeza, han de hallar cabida en una carta de petición. Homero pinta con rasgos muy acertados lo que ella debe ser, cuando nos representa á las Plegarias, humildes y cojeando, que caminan con los ojos bajos...

Si no está permitido en una carta de petición formular promesas que no se hayan de cumplir y que puedan luego causar vergüenza, no se prohíbe, en cambio, alabar y elogiar con tacto y medida. « ¡ Qué cosa no se obtiene con un grano de incienso ! » dice cierto autor.

Las ideas que se suelen desarrollar en esta clase de cartas son : la generosidad de la persona á quien se pide, la facilidad con que puede otorgar el favor solicitado, el agradecimiento que despertará en el solicitante y en su familia ; expresado todo ello en forma nueva y hábil, y dirigido principalmente al corazón.

## VII.— Cartas de recomendación.

La carta de recomendación tiene por objeto solicitar la benevolencia de alguno en favor de otra persona por quien se interesa uno.

Como la carta de petición, ha de ser ésta delicada, prudente, respetuosa y convincente.

Si la carta de recomendación se escribe por mera complacencia, conviene mostrarse reservado, expresarse vagamente, elogiar con moderación, insistir en la idea de que no se pretende influir demasiado sobre la persona á quien se escribe.

Si, por lo contrario, es sincera amistad la que motiva la recomendación de una persona realmente digna de interés, debe redactarse en términos instantes, calurosos, llenos de afecto; recordar los lazos que ligan al recomendante con el recomendado, y manifestar el vivo deseo que se tiene de ver conseguido el favor que este último solicita.

Enuméranse las condiciones de la persona recomendada: carácter, aptitudes, talento, experiencia, amor al trabajo, edad, desventuras si las tiene ó ha tenido; en una palabra, todo cuanto pueda interesar en favor suyo, sin ofender sin embargo su amor propio, ni recurrir á la mentira. El estilo, más que todo, constituye el mérito de una carta de recomendación.

El uso ha establecido que se entregue dicha carta abierta á la persona que la solicita.

## VIII. — Cartas de agradecimiento.

La carta de agradecimiento, por medio de la cual se demuestra gratitud por un favor conseguido, un beneficio recibido, un presente ofrecido, es un deber del corazón, cuya falta de cumplimiento expone á pasar por un hombre



sin educación ó por un ingrato; y nada hay tan odioso como la ingratitud.

El estilo de una carta de agradecimiento debe ser muy esmerado, pero libre de toda afectación; pues demasiado ingenio ó rebuscamiento haría dudar quizás de la sinceridad de los sentimientos expresados.

El arte consiste, en este caso, en olvidarse á sí propio, no haciendo referencia alguna á su mérito, y atribuyendo únicamente el favor obtenido á la generosidad del bienhechor. Considerar el favor recibido como un préstamo que se devolverá en la primera oportunidad, sería grosera incorrección.

Háblase con sencillez y sin énfasis ni exageración, de la importancia del favor, del partido que de él se espera sacar, de la gratitud que se conserva en el corazón y que no ha de debilitar el tiempo.

Si se dan las gracias por algún regalo recibido, se expresan en términos convenientes la sorpresa, la alegría, la admiración, el agradecimiento que ha despertado la vista del obsequio, el sitio de honor que se le destina y la satisfacción que se siente de poseer un recuerdo de la persona amada y respetada, para quien se conservará siempre sincera gratitud.

### IX. — Cartas de reconvención.

Tienen por objeto dar á conocer á una persona sus yerros voluntarios ó involuntarios.

Las reconvenciones son de dos clases: las reprimendas que suponen autoridad, y los reproches propiamente dichos, que son reprimendas de amistad. Las primeras deben hacerse siempre con calma, reserva y dignidad; las segundas con bondad, tacto y finura.

Las cartas de reconvención exigen grande habilidad; pues si alguna vez puede herir un buen consejo, el reproche humilla siempre. No deben redactarse bajo la influencia de una impresión primera, bajo el imperio de una pasión cualquiera, y sin motivos graves. Las quejas infundadas, ó

hechas á la ligera, suelen traer confusión á su autor, y producen muchas veces desavenencias serias y lamentables rompimientos.

Puestos en el caso de tener que reprender á alguien, debemos cuidar de no mostrarnos injustos ó agresivos, y tratar de suavizar con algún afectuoso epíteto la crudeza de ciertas expresiones.

Está permitido, tratándose de un agravio serio, mostrar su gravedad y sus funestas consecuencias, sin perjuicio de excusar al culpable, atribuyendo la falta cometida más bien á un olvido que á la mala voluntad. La indulgencia y la bondad conquistan rápidamente todas las simpatías, y nunca han de estar ausentes de una carta recriminatoria.

Cuando es ligera la falta que motiva una queja, por ejemplo, una visita ó una contestación retardada, conviene adoptar un tono jocoso, quejarse bromeando, pero con ingenio y delicadeza. La broma es arma peligrosa, cuyo manejo exige grande ingenio, y frecuentemente suele equivocarse uno acerca del valor del ingenio propio.

## X. — Cartas de excusa.

Las cartas de excusa tienen por fin justificar una falta injustamente atribuída, ó reconocer un agravio real que se intenta reparar.

Las cartas de excusa son obligatorias en muchos casos, especialmente para los jóvenes cuya inexperiencia y ligereza exponen á descuidos numerosos. La pronta presentación de las excusas hace merecer el calificativo de hombre bien educado, de tacto y buen corazón.

Si es uno realmente culpable, lo mejor es confesarlo lisa y llanamente, pues siempre es honroso el reconocer los yerros y faltas. Declárase entonces que se ha faltado por distracción ó aturdimiento, nunca por mala voluntad; prométese respeto, adhesión, y se muestra uno dispuesto á poner por obra lo necesario para enmendar la falta y obtener un generoso perdón.

Si es falsa la acusación, se exponen, con prudencia y calma, razones suficientes de disculpa, cuidando de no alterar la verdad, pues sería una vergüenza si se descubriera que, por justificarse, no ha vacilado uno en recurrir á la mentira.

Si se escribe por simple cortesía una carta de excusa, hay que hacerlo con mucha habilidad; pero, cuando se experimenta verdadero afecto hacia la persona ofendida; basta con dejar hablar el corazón.

El estilo de estas cartas debe ser grave y respetuoso, á no ser que se trate de responder á un reproche hecho en tono jocosos; en tal caso la contestación puede ser análoga, procurando, empero no faltar á la cortesía. La broma es casi siempre agresiva, y franquea con suma facilidad los límites del respeto.

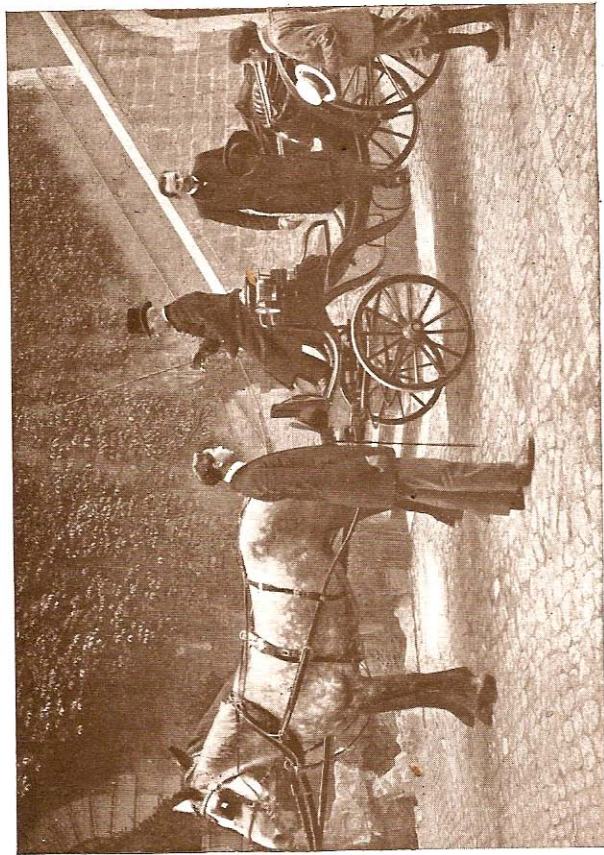
## XI. — Cartas de información.

Las cartas de información son relatos en que se refieren las mil y una pequeñeces de la existencia ordinaria, los acontecimientos que en una ú otra forma pueden interesar directa ó indirectamente á los parientes y amigos. Para que ajuste bien una anécdota en una carta, ha de ser verdadera é interesante y no encerrar nada que pueda herir á una conciencia delicada.

Está permitido, al relatar un hecho, acompañar la narración con algunos comentarios y reflexiones que traduzcan el interés despertado por el acontecimiento, pero no ha de olvidarse que solo se juzga con acierto á las personas y los hechos, elevándose á las cumbres, y colocándose por encima de las pasiones humanas.

El escritor hábil sabrá revestir con ropaje encantador el más nimio relato, y realzar, por medio del ingenio, la trivialidad de ciertos pormenores.

Cautiva y fija la atención un estilo apropiado, que varía con el tema. Grave, ligero, compasivo, pintoresco, conforme se trate de un asunto serio, burlesco, tierno ó literario, nunca habrá de ser trivial ni chocarrero.



**Bajada y recepción.** — Los inferiores bajan los primeros. — Mantener abierta la portezuela para un superior (hombre); dar la mano derecha a una señora, a un anciano, a un enfermo.

Una carta de información no será tampoco un suplemento á la crónica de los periódicos, ni el relato de los chismes de barrio, ni mucho menos, una oportunidad para hablar mal del prójimo, murmurar ó calumniar. El murmurador y el calumniador son seres envidiosos, tan despreciados como temidos. « Lo más pequeño que existe, y lo más terrible, es, dice Víctor Hugo, un envidioso. »

## XII. — Cartas de negocios.

La carta de negocios tiene por objeto un interés material, y comprende todas las relaciones mercantiles de la industria y del comercio.

Ofrece particulares dificultades, pues ya pide, ya contesta, ya consigna la aceptación ó el rechazo, ó explica algunas observaciones; es tan pronto insinuante, como amenazadora; ora trata de ganar la confianza, ora de hacer olvidar faltas ó de excusar errores.

Los comerciantes guardan la copia de sus cartas durante diez años.

La primera y más importante cualidad de una carta de negocios es la claridad, sin cuyo requisito podrían producirse grandes errores y serios perjuicios. No es menos útil la precisión. Deben suprimirse de ella las galas retóricas, los cumplimientos exagerados, los pormenores ociosos, en una palabra, cuanto no tenga íntima relación con el asunto; hay que decir lo necesario y ni una palabra más.

El estilo claro, sencillo, preciso, correcto, cortés, constituye la perfección en este género de correspondencia, hoy día tan necesaria.

Pocos jóvenes pueden considerarse aptos para la *correspondencia comercial*, porque, durante sus estudios, descuidaron mucho la práctica de la composición.

### XIII. — Conclusión.

Es casi imposible que una carta dirigida á un pariente ó á un amigo, no pertenezca á la vez á varios de los géneros antes expresados. Á menudo en una carta de felicitación la parte más breve es la destinada á dar la enhorabuena; con frecuencia, al formular una petición, se refiere una aventura interesante, se presentan excusas, se manifiestan los sentimientos de amistad, etc. etc.

Para que las cartas de todo género puedan considerarse como buenas, deben atenerse siempre á los preceptos relativos á cada una de sus diversas clases, cuidando el que escribe de empezar párrafo aparte cada vez que varíe de materia.

---

### Modelos de Cartas.

#### I

*Carta de Santa Teresa al Padre Fr. Juan de Jesús Roca, carmelita descalzo; escrita desde la cárcel en que se hallaba la Santa.*

Recibí la carta de V. R. en esta cárcel, adonde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi Religión. Lo que me da pena, mi Padre, es la que Vuestras Reverencias tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mío, no tenga pena, ni los demás la tengan; que, como otro Pablo (aun que no en santidad), puedo decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi Religión, son regalos y mercedes para mí. Nunca me he visto más aliviada

de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos y encarcelados con su ayuda y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos por la merced que me hace en esta cárcel. ¡Ay, mi hijo y Padre! ¿Hay mayor gusto, ni más regalo, ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios! ¿Cuándo estuvieron los santos en su centro y gozo, sino cuando padecían por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios, y el más cierto; pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, Padre mío, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos: y el día que nos faltaran ¡ay de la Religión descalza! ¡ay de nosotros!

## II

*Carta del Padre Isla á su hermana.*

Escrita en Villagracia á 8 de Setiembre de 1757.

Hija: Buenos paseos, buenas arboledas, buenas diversiones y buenos días sosegados te dé Dios en la amable compañía de esa señora amiga tuya, á quien rindo mis respetos, acompañados de muchas gracias por lo que te favorece. Hazte golondrina de otoño, y no pienses volver á Santiago hasta que haya peligro de que las nieves cierren el camino. Este es el máximo de los remedios, y para mi gusto un buen baño de aldea vale más que todos los malos baños del mundo. Por algo estoy tan gustoso donde estoy, burlándome tanto de los que viven en el tumulto, como ellos se compadecen de los que habitamos en el campo; y es que no se hizo la miel para paladares insulsos. Esto, y una moderada dosis de Nicolás, que no te faltará todas las semanas mientras estés en estas cercanías, es lo que te conviene, y deja que el prusiano se desespere, que al moscovita lo descalabren, que forcen al inglés, que la Archiduquesa triunfe, y que el francés se pasee por donde quisiere. Lo mismo, á proporción, se te ha de dar de padres, hijos, hermanos y cuñadas; con cuyo soberano remedio verás como engordas igualmente por todas partes, y se te acabarán los tumores, menos aquellos que Dios enviará cuando fuere su voluntad. Guárdete el mismo Señor cuanto desee tu amante. — Pepe. — Mi Mariquita.

## III

*Carta del mismo á un amigo.*

En Bolonia á 26 de Noviembre de 1792.

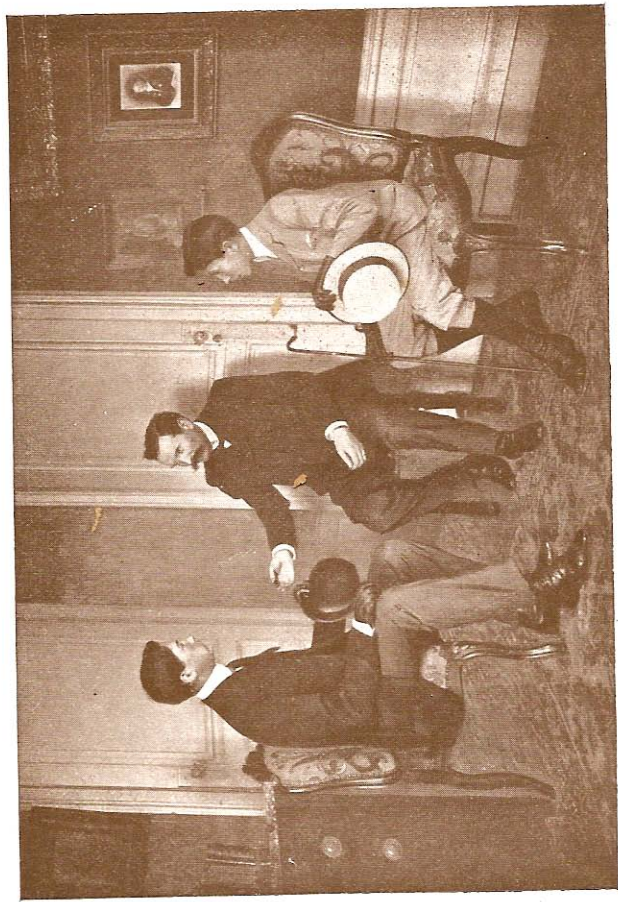
Amigo y señor : estoy vivo, robusto, alegre, flaco y viejo, voy á entrar en los 70 años. No me moré á tres jornadas de Turin, llamado del rey de Cerdeña, según dijeron en Bilbao, no sé para qué.

Nada tengo, y nada me falta, porque estoy más contento con mi nada, que cuando me sobraba todo. He tenido gran consuelo en saber de V. M. S. dos, ó de V. M. uno. Este país no puede ser más delicioso, ni la ciudad más magnífica, ni la gente más tratable; limpieza, policía y cultura; expresiones cuantas Vmd. quisiere : mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas, carrozas, tabernáculos, caballos frisonos (salvo que son de azabache), mujeres polifemos, literatos á paso, academias como paja, plaza abundantísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren, damas que vuelan...

Este es el pueblo en donde vivo, las campañas, jardines, palacios, casinos, bosques, huertos, arroyos, ríos, pozos, fuentes, y en una misma pieza, viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos como las calles de los jardines reales de Aranjuez y San Ildefonso : los alimentos de bella apariencia, pero de poca substancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Las damas más damas lo beben como allá se bebe horchata. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos (hablo del vino venal). Está V. M. obedecido en la descripción que me pide de esta región, y lo estará siempre en todo lo que dependiere de mí. Lo mismo digo al otro V. M. porque de entrambos soy uno, y lo rubrico.

---





Obsérvese la mirada del amo de la casa, su ademán, y su porte; la postura sencilla y correcta de los dos oyentes y su modo de escuchar y de sentarse, no se retraen en la silla en presencia de un superior.

## IV

*De Ventura de la Vega á su esposa.*

París, 21 de mayo 1853.

Manuela mía de mi corazón : ¡Cuánto deseo recibir carta tuya ! Bien conozco que, según lo que acordamos, tú no me habrás escrito hasta haber recibido la primera mía de París, que te la escribí al llegar el sábado pasado 14, de modo que hasta el martes ó miércoles no espero recibirla. Sentiría que me engañase el corazón ; pero no me dice que suceda nada desagradable. Tengo cierta confianza en que estáis todos buenos, y esto me consuela de un tanto de fastidio que siento algunos ratos acordándome de vosotros. Mi salud es buena : no sólo no me he resentido del estómago, sino que sigo notablemente aliviado. No faltó al sistema que había emprendido : sigo acostándome á las doce y levantándome á las ocho ; no como más que cosas sanas y me paseo mucho.

Y vosotros, queridos míos, ¿cómo estáis ? Espero con ansia tu carta : deseo leer que estás buena y que lo están mis hijos : hasta entonces no sosiego, ni dejo de sentir un vacío que nada puede llenar, estando separado de vosotros. En los ocho días que llevo de estar aquí he estado siempre con Segovia y Olona : con ellos he recorrido estas maravillas, que están muy mejoradas de como tú las viste. Los teatros están en un punto de perfección imponderable en cuanto á actores : baste decirte que anoche fui con Olona al Gimnase : empezó la función á las siete, y yo me estuve fijo en la luneta hasta las doce. Tú me conoces, y no te digo más. Hasta ahora no ha salido Rachel más que una noche á hacer una comedia titulada *Lady Tartuffe* ; mala comedia, pero la ejecución admirable, y sobre todo Rachel ! Esta noche voy á verla en *Bajazet* ; y la semana que viene trabajo por despedida cuatro días : el martes *Lady Tartuffe*, el miércoles *Polyeucte* (que se la has visto), el jueves *Adriana* y el viernes *Fedra*. Ya tengo los billetes para las cuatro noches : te contaré, sobre todo, de *Adriana*.

No sé si había llegado Ventura primo : voy á averiguarlo

hoy, para llevarlo á que se divierta antes de entrar en su encierro. Dales memorias á sus padres.

En este momento acaba de estar á verme Niermarini : le he hallado tan grueso, tan fresco y tan bueno como estaba hace once años. El pobre ha llorado hablando de ti, y me ha llenado de abrazos y de besos. He pasado un rato muy agradable con él, haciendo elogios de ti.

Hoy escribo á Corral y á Barbieri; da tú memorias á Salas, á quien pronto escribiré, y á los demás amigos, particularmente á Zea. Dime como va la casa nueva y háblame de mis hijitos, y llamo hijitos á los cuatro. Un abrazo á Pepa y Pepe y á la pobre mamá Carmen : dile que le llevaré un regalito. — Te quiere con todo su corazón tu VENTURA.



# CUARTA PARTE

---

EL

# ARTE DE ESTUDIAR

---

## CAPÍTULO PRIMERO

## EL TRABAJO INTELECTUAL

### I. — Su necesidad.

Á la salida del colegio, abre su horizonte una nueva vida ante los ojos del joven. En adelante tendrá que pensar y obrar por sí mismo, defender sus convicciones, hacerlas respètar, y manifestar gran energìa. Su feliz èxito en la carrera que abrace dependerá de sus cualidades de espìritu y corazòn, cualidades que procurará perfeccionar. Por esto, le serán muy necesarios el libro y el profesor, aun despuès de haber obtenido sus títulos.

Si, al salir del colegio, renunciara un joven á hacer trabajar su pensamiento, condenariase á una gran medianìa, por no decir á una nulidad absoluta. ¡Cuántas esperanzas defraudadas, cuántas carreras cortadas por consecuencia del abandono de los estudios!

El trabajo es una necesidad, una ley de nuestra naturaleza. Fuente de alegrías para quien á ella se somete, es dicha ley para quien la quebranta, sobre todo mientras duran los ardores juveniles, causa de su ruina.

« El hombre que no trabaja se desliza, por rápida pendiente, de la melancolía al fastidio y del fastidio á los desórdenes del corazón. » (LACORDAIRE.)

Cualquiera que sea la profesión que abraza, dispone siempre un joven de algunas horas no ocupadas por los deberes de su estado; y le exponen estos ocios á graves peligros. Si no abriga amor á los libros, pasión por el saber, llamarán otras pasiones menos nobles á las puertas de su corazón, y muy fácilmente se dejará encadenar por los placeres sensuales, en cuyas aras inmolará su dignidad, su virtud y su honor.

Si, por lo contrario, es capaz de saborear los purísimos goces de la mente, escapará más fácilmente á la seducción de los sentidos, á todo cuanto marchita el corazón y atrofia la inteligencia. Desdeñará los goces groseros que aturden el alma y le impiden elevarse hacia lo bello y lo bueno, y no conocerá los tormentos del aburrimiento, ni los fastidios del ocio.

Creando un fondo inagotable de distracciones saludables, el trabajo intelectual preserva al propio tiempo no sólo de los lazos que tiende el ocio á la virtud, sino que procura además nobles y puros placeres; hasta parece acortar los días y comunicar á la vida un especial encanto.

« Aquel que cifra su goce en el estudio, conserva su pureza, sus buenas costumbres y su inocencia; la vida le sonríe y no son los días para él sino momentos felices... A cubierto del frío, ¡qué encanto se experimenta en leer y meditar, tranquilo en su retiro, donde chisporrotea un alegre fuego! Por la noche, cuando tiende el silencio su negro manto sobre nuestras habitaciones, cuando sólo se oye el campaneó de las horas, ¡cuán agradable es prolongar el dulce trabajo del día! Huye el tiempo, vigilado constantemente por el tic tac del bronce, y, en el éxtasis pro-

longado del pensamiento, ni se acuerda uno siquiera que la noche avanza sin cesar! » (LEBRUN.)

M. de Guérin escribía á su hermana :

« Ya lo sabes, tengo un cuarto muy bonito, donde están mi cama, mi lumbre y mis libros; aquí, trabajo á mi gusto, larga y silenciosamente. Me encierro en este recinto, como si estuviera en un imperio, y una vez echada la llave, no existe más el mundo para mí; soy entonces todo mío, pertenezco á mis pensamientos y á mis libros, y nada turba el secreto de mi santuario. »

Siempre ha sido necesario seguir estudiando después de dejar el colegio, y hoy día, en que tiene la vida pública exigencias tantas, es aún más imperiosa esta necesidad.

En todas partes se constituyen agrupaciones y sociedades, y en todas estas reuniones se habla, se discute y discurre. Un joven que haya recibido cierta educación no puede quedar extraño á tan vasto movimiento intelectual, á tantas cuestiones como preocupan actualmente al mundo.

Ahora bien, al salir del colegio, ¿qué se sabe de todas estas preocupaciones? Nada ó casi nada. Es menester, pues, estudiarlas y para ello debe el joven ingresar, siempre que sea posible, en esos círculos de estudios sanos y provechosos, donde no faltan una selecta biblioteca, y hábiles conferenciantes.

El roce con hombres superiores, con inteligencias sobresalientes, elevará su mente, ennoblecerá sus sentimientos y orientará su vida; se apasionará por el estudio y dedicará á éste, con gusto, todos sus momentos libres.

Y muy pronto sentirá la necesidad de comunicar á otros el fruto de sus lecturas y meditaciones; expondrá entonces sus ideas á un auditorio escogido por él, al que hará compartir sus anhelos de saber y su amor por el bien.

Dichoso, pues, el joven que, al salir del colegio, encuentra un centro de reunión de esta clase: círculos de estudios, conferencias, asociaciones, academias, donde pueda satisfacer su amor al estudio, afirmar sus convicciones, y

contribuir por su parte, aun cuando sea débilmente, á la práctica del bien.

## II. — Es menester saber hablar y escribir.

En cualquier carrera, es indispensable siempre saber hablar con corrección y aun con elegancia. ¿Cómo defender sus intereses ó hacer prevalecer sus derechos, si es uno incapaz de expresarse correctamente ó de exponer con claridad su pensamiento? ¿Qué influencia podrá ejercer sobre los demás, si ignora las reglas del lenguaje hablado ó escrito?

Conviene no olvidar lo que dijo á este respecto un escritor contemporáneo, Luis Veuillot : « Con la palabra y con la pluma se adquiere influencia poderosa para la causa del bien. »

Un joven debe aplicarse con todo empeño á perfeccionarse en el arte de hablar y escribir. Para esto, le serán necesarias tres cosas : *leer autores selectos, estudiar los modelos y, principalmente, practicar la composición.*

## III. — La Lectura de autores selectos.

La mente, tanto como el cuerpo mismo y aún más que éste, necesita una alimentación sana y fortificante, alimentación que se extraerá de las páginas de los grandes escritores. « Hay dos vidas : la del cuerpo y la del alma ; si consiste la primera en beber, en comer y en dormir, la segunda consiste en leer, en meditar, en releer y en meditar de nuevo. » (LACORDAIRE.)

La lectura atenta de un buen libro fecunda la imaginación, desarrolla la inteligencia, enseña á pensar y á reflexionar, y, como consecuencia natural, á hablar y á escribir.

Al rozarnos con los hombres más distinguidos de todas las épocas, nos comunica la lectura sus pensamientos, nos

hace saborear sus sentimientos y vivir en su compañía ; nos apasiona por la verdad y nos hace amar el bien.

Un buen libro es un amigo que nos distrae y deleita, nos instruye y perfecciona. ¡ Cuántos goces nos procura ! ¡ Qué de malos humores disipa ! El nos reprende sin acritud, nos alienta sin halagarnos, y ejerce sobre nuestro espíritu y corazón la más saludable influencia.

« El poder de un buen libro es el más eficaz que sobre la tierra existe ; eficaz para iluminar, eficaz para consolar, eficaz para convertir no solamente á un hombre, sino á un pueblo, á un siglo entero. » (P. FÉLIX.)

Aunque un joven sólo buscara en la lectura un placer, no tendría por qué arrepentirse de ello, pues no hay distracción más provechosa y honesta. Las demás diversiones no son ni para todas las edades, ni para todas las condiciones ; pero la del libro encanta, á la vez, á la infancia y á la vejez ; nos proporciona placer en la prosperidad y consuelo en el infortunio.

« Encuentro en la lectura una gran distracción para mi espíritu ; ella reposa mi oído fatigado por los tumultos del foro y los gritos de la turba. ¿ Quién osará criticarme por dedicar al estudio de las letras el tiempo que otros dedican á las fiestas, á las diversiones, al reposo, á los festines ó á los juegos de azar ? » (CICERÓN.)

La lectura de novelas, dañosas para todos, es particularmente funesta para los niños y los jóvenes, pues estraga el gusto, exalta la imaginación, tuerce el buen juicio y perverte el corazón. Es la novela una de las principales causas de la decadencia literaria.

Nutrida con ideas huecas, quiméricas y malsanas, se marcha la mente y se torna incapaz de entregarse á cualquier trabajo serio : aléjase de los grandes pensamientos y de los horizontes amplios ; creada para vivir en las cumbres, se complace en los abismos fangosos ; formada para volar no sabe ya sino arrastrarse.

El lector de novelas vive en un mundo imaginario, que



nada tiene de común con la vida real. Edifica castillos en el aire y forja proyectos fantásticos, absurdos, irrealizables. Persiguiendo un ideal que no habrá nunca de alcanzar, sufre, se disgusta y concluye por hallar insoponible la existencia. ¡Qué de muertes y suicidios han sido consecuencia de las malas lecturas!

« Hay libros, escribía el Dr Frédault, que han causado tantas desgracias como una epidemia. ¡Quién pudiera calcular el número de jóvenes que son víctimas de las malas lecturas! »

Un mal libro es tanto más peligroso, cuanto mejor escrito esté.

¡Oh! cuán culpables son esos desgraciados que abusan del talento con que Dios les ha favorecido para ridiculizar la virtud, presentar al vicio como cosa amable, y tender asechanzas á la juventud para arrancarle su inocencia!

Tiende la literatura á convertirse en una extraña exhibición de enfermedades y de llagas, tanto más apreciadas cuanto más repugnantes son. Doquiera abundan las novelas perversas, imágenes falsas de un mundo que, si fuera tal como lo pintan; no mereciera ciertamente ser representado.

« La astucia y las tretas de los enemigos de la Iglesia, decía León XIII, son innumerables; pero de todos esos peligros, uno de los más graves consiste en la libertad con que se escriben malos libros y se difunden por el mundo cristiano. »

A las palabras tan autorizadas del glorioso Pontífice, agreguemos las no menos notables, de Víctor Hugo: « ¡Ay! si tu casta mano abriese ese libro infame, sentirías en el acto morir á Dios en tu alma. »

#### IV. — De qué manera conviene leer.

Conviene leer *poco y bien, lentamente y con reflexión, con la pluma en la mano.*

*Poco y bien.* Gracias á Dios, abundan los buenos libros : querer leerlos todos sería condenarse á un trabajo inútil y excesivo. No hay más remedio que moderarse, virtud rara entre los jóvenes.

Sólo deben leerse obras escogidas, que exciten y nutran el pensamiento, obras que cuenten desde tiempo con el sufragio público y cuya reputación no sea equívoca.

« Si quieres que deje en tí la lectura impresiones duraderas, límitate á los autores de espíritu sabio, y nútrete con su substancia. » (*Arenas de oro.*)

El escritor más original suele ser el que ha leído varias veces reducido número de libros excelentes y pocas obras mediocres. « Temo al hombre de un solo libro, » decía un antiguo.

Durante diez y ocho años la lectura de predilección de San Francisco de Sales fué el « Combate espiritual, » — un libro pequeñísimo. De esta lectura largamente meditada, nació la « Introducción á la Vida devota », una de las más hermosas obras de la literatura moral francesa.

*Leer lentamente y con reflexión.* La segunda condición de una buena lectura es la lentitud y la reflexión.

Leer con precipitación, saltar de una página á otra, correr en pos de los hechos interesantes, sin tomarse el trabajo de reflexionar, es obrar como la mariposa que revolotea de flor en flor y no saca de ellas ningún provecho. Muchos jóvenes leen de este modo.

La lectura rápida enerva las facultades, engendra la confusión y no deja sino recuerdos vagos. Después de algunos años, apenas si se recuerda el título de las obras leídas precipitadamente. « Las lecturas devoradoras, decía Montaigne, forman asnos sabios. »

Leer, es elegir y luego recoger; es examinar los pensamientos del autor, aprobarlos ó discutirlos, rechazarlos ó asimilarlos, cosa que requiere no poca atención. Una sola frase, cuyo espíritu é intención se llegue á penetrar, vale más para el buen criterio que centenares de páginas recorridas á la ligera y que ninguna huella dejan en nuestra mente.

Los que mejor saben manejar la palabra y la pluma, más que leído han meditado sus lecturas. Balmes no leía sino reducido número de páginas á la vez, luego, envolviéndose la cabeza en el manto, se entregaba á larga reflexión.

Leyendo con lentitud y pasando de la lectura á la meditación, se fortalecen y desarrollan las facultades.

El medio más eficaz para obtener este resultado es, como lo aconseja monseñor Dupanloup, *leer con la pluma en la mano*, anotar los pensamientos notables, las expresiones particularmente felices, los pasajes sobresalientes; hacer el resumen de la obra y apreciar su valor.

« Para aprovechar una lectura, lee lentamente, detente á menudo, reflexiona mucho, vuelve muchas veces sobre lo que te parezca más sublime, más profundo; resume y analiza lo que leas; recoge impresiones, haz un extracto, anota los pensamientos y máximas singulares, y te será la lectura de provecho. »

Leyendo así, se asimilan los pensamientos del autor, se educa el gusto y se inicia la persona en una vida intelectual superior.

## V. — El Estudio de los modelos.

Los trozos bien elegidos y aprendidos de memoria infunden afición á lo bello, y, declamados con arte, procuran grato pasatiempo en tertulias y reuniones de familia ó de amigos.

Estudiar páginas hermosas, es depositar en el tesoro de su mente pensamientos nobles y puros, que servirán luego para dar mayor ingenio á la conversación y mayor interés y facilidad á las composiciones literarias.

« No hay quizás medio más seguro para aprender á pensar, á hablar y á escribir, que meterse en la memoria algunas páginas selectas de los mejores escritores. »

(MARIÓN.)

Y también : « Una cabeza vacía, nunca será cabeza bien hecha. » Por eso, los niños y los jóvenes deben imponerse la obligación de aprender de memoria trozos selectos de los autores más celebrados.

Si cada día se estudiaran de memoria solamente cinco versos, se sabría mil ochocientos en un año, y diez y ocho mil al cabo de diez años. ¡Qué precioso tesoro!

## VI. — La Composición.

La composición es el trabajo por excelencia : nada puede, como ella, procurar nobles goces y desarrollar la mente.

Penosa en un principio, muy pronto nos cautiva : todo es empezar.

« Hay personas, dice el Padre Gratry, que parecen ignorar esta verdad incontestable, y es que, para escribir, es necesario tomar la pluma, y que, mientras no se hace uso de ella, no se aprende á escribir. »

Toda costumbre se forma con acciones repetidas. ¿Quieres caminar bien? Pues camina. ¿Quieres saber escribir? Pues escribe.

« Tres cosas hay que no puede saber un hombre sin ejercicio asiduo : hablar correctamente, razonar justamente y escribir con elegancia. » (SANTO TOMÁS.)

Si, al salir del colegio, se impusiera un joven la obligación de escribir todos los días *diez renglones*, sería muy pronto capaz de componer con claridad, y aún con elegancia. La constancia se ve casi siempre coronada por el éxito.

« Lo que fertiliza la inteligencia, no es el saber, sino el trabajo ; lo que hace á la tierra fecunda es su cultivo. » (C. ROZAN.)

Escribir mucho, tener siempre la pluma en la mano, ejercitarse en ello un rato cada día : ese es el punto capital para amaestrarse en el arte de escribir.

¿Y qué se debe escribir? El relato de un paseo, de un suceso interesante; el resumen, el análisis, la apreciación de una obra, de una conferencia, de un discurso, el desarrollo de un pensamiento leído ú oído, las impresiones personales ó el *diario íntimo*.

En esta forma, han escrito los más ilustres autores las cosas más maravillosas; y nos han dejado páginas admirables, donde están expresados, con raro talento, las más bellas ideas y los más nobles sentimientos: sírvannos ellos de modelos.

El *diario íntimo* conserva el recuerdo de los principales sucesos de la familia y de la sociedad en que se vive; consigna las fechas de los días de luto y alegría, así como las impresiones diarias, que más tarde se leen con gran deleite y á veces con sorpresa.

Naturalmente, si todos los días se escribe algo, se llegará á dar al pensamiento cierta elevación; pues pronto se dejan á un lado las trivialidades.

Estas confidencias extendidas sobre el papel dan legítima satisfacción á esa necesidad de expansión que tiene la juventud, á ese deseo de decir cuanto piensa y siente.

Proporcionando temas variados de redacción, enseña este diario íntimo á componer acertadamente, es por lo tanto uno de los medios mejores y más agradables para adquirir el arte de escribir.

Puede aconsejarse sin miedo este sistema á todo joven que desee conservar su actividad intelectual, dar unidad á su vida y aumentar en sí el amor á lo verdadero y á lo bueno.

A este diario íntimo se agrega á veces el *cuaderno de recuerdos*, en que se apunta cuanto se halle de notable en las lecturas.

Los botánicos encierran en magníficos herbarios plantas que muchas veces van á buscar muy lejos y á costa de mil fatigas; ¿por qué no hacer otro tanto con las flores, igualmente hermosas, que nos brinda el campo tan dilatado de la literatura?

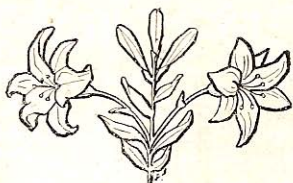
El célebre Gladstone, que durante tanto tiempo dirigió

los destinos de Inglaterra, dedicaba todos los días á su cultura personal una ó varias horas.

« Es increíble cuán lejos llevan al cabo de un año una ó dos horas consagradas todos los días al trabajo. » (ROLLIN.)

No se debe dejar de escribir, ni impacientarse si no corresponde el resultado al primer esfuerzo. La labor perseverante contribuye al éxito más que la facilidad. Al principio sale mal el trabajo, luego se hace algo mejor, después bien, y finalmente de un modo perfecto.

Para apresurar el progreso, conviene someter el trabajo á un censor severo, juicioso é ilustrado. Sus consejos ayudarán poderosamente á corregir las imperfecciones que difícilmente echa uno mismo de ver.



## CAPÍTULO II

# LOS ESTUDIOS DE UN JOVEN

### I. — La Geografía y la Historia.

Estos dos estudios tan interesantes se aclaran y completan ; no se debe pues separarlos.

Las lecturas geográficas y los relatos de viajes han obtenido siempre éxito considerable.

El hombre es naturalmente curioso, y desea conocer los climas, los productos, las costumbres de los diversos países que quisiera visitar, aún cuando sólo sea con la imaginación.

La colonización, la aproximación de pueblos, el intercambio económico,... son otros tantos motivos de conversación y de conferencias tan variadas como interesantes.

Fácilmente se contrae pasión por los estudios históricos, por el relato de las acciones nobles, de las hazañas de los héroes, por la descripción de costumbres y prácticas antiguas.

Este estudio, lleno de encantos, produce los más opimos frutos. ¡ Cuántas luces, cuánta experiencia puede sacarse de los anales de los siglos !

« La historia es la luz de los tiempos, la depositaria de los sucesos, el testigo de la verdad, la consejera de la vida humana. » (CICERÓN.)

Por el conocimiento de los hombres y de las constituciones del pasado, especialmente de las épocas que nos han prece-

dido inmediatamente, es como se pueden conocer las necesidades y aspiraciones de la nuestra.

En la escuela, suele contentarse el joven con estudiar hechos y tratados, sin preocuparse por su encadenamiento, sus causas y sus efectos.

Es necesario suplir esa falta y leer obras que dejan entrever el porqué de los sucesos, apreciar sus resultados y ver cómo « respetando la libertad humana, gobierna Dios al mundo y dirige á los pueblos hacia un fin digno de su sabiduría ». (BOSSUET.)

Enseña también la historia á juzgar á los hombres y á coleccionar de estos juicios reglas prácticas para la propia conducta. Ofrece una galería de personajes de valor muy diferente : santos y héroes, tiranos y traidores : es, por decirlo así, una enseñanza viva de la moral y del progreso. Dice Fenelón que « la historia, con sus grandes ejemplos, hace servir los mismos vicios del malvado para la instrucción de los buenos ».

## II. — Las Ciencias físicas y naturales.

Aumenta sin cesar el dominio, ya de por sí considerable, de las ciencias aplicadas.

Día tras día, arrebatan los sabios algún secreto á la naturaleza, y los industriales, guiados por los ingenieros, apresuran en aprovechar los descubrimientos de la ciencia.

Las condiciones de la vida material mejoran, y va haciéndose el bienestar cada vez más asequible para la mayoría. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo del progreso intelectual y moral!

En revistas y libros magníficamente ilustrados, tratan hábiles escritores de poner al alcance de todas las inteligencias los más notables é importantes descubrimientos del espíritu humano.



La *ciencia*, así *vulgarizada*, presenta singular interés; ofrece lecturas amenas y numerosos temas de conversación y de conferencias, y nos facilita gran copia de informes sobre las muchas transformaciones de la materia primera.

Las *manipulaciones químicas* proporcionan á muchos jóvenes útiles y gratas distracciones. Con una *caja de reactivos* y algunos accesorios, es fácil hacer interesantes experimentos de química general ó industrial, reconocer las falsificaciones tan frecuentes en las bebidas, substancias alimenticias y en la casi totalidad de los productos de la industria y del comercio.

Las *ciencias naturales*, que ofrecen tanto atractivo, son igualmente dignas de ocupar los ocios de un joven inteligente.

¡Qué gusto se tiene en recorrer montañas y llanuras, valles y collados, praderas y bosques, para completar ricas colecciones de entomología, mineralogía y botánica! Estas excursiones, que procuran saludable ejercicio é inolvidables recuerdos, son mucho más útiles para la salud, la virtud y la dignidad moral, que la permanencia en cafés y teatros donde tanta gente se pierde. « Lo único bueno que había en esto, decía San Agustín hablando de los culpables devaneos de su juventud, era que los falsos placeres sólo obraban como simiente de amarguras y dolores, que me causaban hastío á más no poder. »

### III. — El Derecho, el Comercio y la Economía social.

El estudio del derecho está muy descuidado, no sólo en la escuela, sino también fuera de ella, y, sin embargo, *á nadie le está permitido ignorar la ley*.

Muchos, á quienes interesa, no conocen las obligaciones que impone la vida civil, ni las reglas legales á que están



Obsérvese la postura defectuosa del joven que recibe la reprimión : sombrero cogido con ambas manos, rodillas demasiado apretadas, pies doblados hacia adentro, actitud de la cabeza, modo de sentarse.

sometidos en sus relaciones comerciales; de esto nacen numerosos pleitos y pérdidas considerables de tiempo y dinero.

Sin poseer la ciencia del juriconsulto, es conveniente conocer los principales derechos y deberes del ciudadano, y, para esto, se deben leer con atención algunas obras de derecho usual.

El *comercio* adquiere cada día mayor importancia: abraza el mundo entero. Sus procedimientos, reglas y usos se modifican sin cesar, según los tiempos y los lugares.

*Obrar pronto y bien*: tal es la gran fórmula de nuestra época de ferrocarriles, automóviles, teléfono y aviación.

Esta fórmula exige del comerciante suma actividad, mucho orden, y gran costumbre de los cálculos y las combinaciones rápidas.

Todo empleado de comercio ha de empeñarse en conocer los principales derechos y deberes del negociante, para salir airoso en esa carrera que tantas dificultades ofrece en la actualidad.

En nuestros días, la *ciencia económica* preocupa con razón á buen número de espíritus, y es objeto de innumerables estudios, controversias y discusiones.

El proteccionismo, el libre cambio, las relaciones entre el capital y el trabajo, entre patronos y obreros, las causas de la decadencia ó de la prosperidad de una nación, son otros tantos problemas que pertenecen al vasto dominio de las ciencias económicas, y que es menester ahondar.

Muchas veces, puede verse un joven en la obligación de refutar á pedantes incapaces, quienes, á pesar de las absurdas soluciones que dan á ciertos problemas, no dejan de ejercer influencia considerable sobre los ignorantes y los tontos.

La ciencia social conduce á las *obras sociales*: sindicatos, mutualidades, cajas de socorros mutuos, etc., que producen mucho bien, y que nunca serán bastante recomendadas.

#### IV. — La Filosofía.

La filosofía, — palabra que no debe asustarnos<sup>1</sup>, — abraza y protege al hombre entero, enseña á conocer el alma, su naturaleza, sus facultades, las condiciones de su actividad y desarrollo, los medios de ser bueno y virtuoso y de cumplir con su destino.

Enseña además á pensar y á discurrir, y por consiguiente, á hablar y á escribir.

Si no conoce un joven suficientemente las leyes del raciocinio, las condiciones de la verdad, difícilmente se defiende contra las sutilezas del sofisma : está á la merced del tribuno peligroso y del diario depravado. Es un soldado inerme en el conflicto intelectual que á su alrededor hierve. Incapaz de defender su fe, vese gravemente expuesto á ser arrastrado por las corrientes del error y de la impiedad.

La filosofía muestra la necesidad de obrar con independencia, según determinadas convicciones, de hacerse el paladín del derecho y de la justicia, de todo lo honrado, bueno y virtuoso. Es el complemento necesario de toda buena educación.

« La filosofía debe efectuar una transformación en el alma del joven, y hacer que predominen la razón, la conciencia, el deber, el pensamiento de Dios, allí donde imperaban antes las impresiones, la imaginación, los sentidos quizás, y las pasiones nacientes...; en una palabra, ha de volverlo más hombre. » (MONSEÑOR DUPANLOUP.)

#### V. — La Religión.

La ciencia religiosa, que tiene por objeto el estudio de las grandes cuestiones relativas á Dios, al alma y á su destino, es, sin contradicción, la más importante de todas.

<sup>1</sup> « Se considera á la filosofía como una ciencia que corona los estudios; por lo contrario, la creo yo una ciencia elemental, que debe ser enseñada desde la edad más temprana. » (RAMBAUD.)

¿Qué hombre serio, aun en medio de las mayores preocupaciones de la vida, no se pregunta de dónde viene, á dónde va, qué será de él después de la muerte?

Todas estas cuestiones son del dominio de la ciencia religiosa, que debe más que nunca, estudiarse hoy día.

Nunca fué más necesario para el discípulo de la escuela cristiana ó del colegio católico buscar los fundamentos de su fe, conocer sus legítimas prescripciones y apreciar sus inmensos beneficios.

El estudio de la Religión es particularmente útil en la actualidad en que tantos y tan diversos impugnadores la atacan. Los unos blasonan de materialistas, y los otros no aceptan ninguna autoridad religiosa: son *libre pensadores*.

El hombre, sin duda, es libre, pero no es independiente. Creado por Dios, redimido por Nuestro Señor Jesucristo, santificado por el Espíritu Santo, protegido por una Providencia de bondad infinita, debe á Dios, su dueño absoluto, perfecta sumisión y amor sin límites... La autoridad divina tiene sobre él acción soberana; dirige sus actos exteriores, así como sus más recónditos pensamientos; le persigue y le acosa hasta los últimos pliegues de su conciencia.

Al rey como al pastor, al sabio no menos que al ignorante, á todos impone obligaciones que es preciso conocer y practicar, so pena de exponerse á crueles remordimientos y á eternos castigos.

Por eso, en todos los tiempos, los hombres verdaderamente superiores han hecho su estudio predilecto de la Religión y le han dedicado el primer puesto entre sus trabajos.

« Hijo mío, decía Platón, lo que tú miras como una cosa sin valor, es precisamente lo que más importancia tiene: quiero decir, tener conceptos justos acerca de la Divinidad. »

En el siglo xvii, era la teología el coronamiento necesario de los estudios, y no se ha visto que los grandes autores de la edad de oro, que en su mayoría eran teólogos, se hayan sentido amenguados por ello: muy al revés.

« La figura de este mundo pasa, escribía el ilustre Ampère en una de sus meditaciones; si te alimentas con sus vanidades, pasarás tú como ella. ¡Dios mío! ¿qué son todas estas ciencias, todos estos razonamientos, todos estos descubrimientos que admira el mundo, que la curiosidad trata de conocer con tanto afán? En realidad, no pasan de ser vanidad. Estudia las cosas de este mundo, pues es el deber de tu estado, pero no las mires sino con un ojo solo; para que esté fijo el otro constantemente en la luz eterna. »

Desengaños, amarguras, tristezas, dolores, tal es el resumen de la vida más feliz. Sólo la Religión, que tiene por norte nuestra felicidad en la otra vida, es capaz de consolarnos en nuestras penas y de hacernos saborear aquí abajo un poco de esa felicidad de la que tan ávidos somos.

« Tienes afición á la alegría, al reposo, al placer; yo lo he probado todo: no hay alegría, reposo ni placer, sino en servir á Dios. » (M<sup>ma</sup> DE MAINTENÓN.)

El estudio de la Religión se ve poderosamente ayudado por la práctica de los deberes que impone. El joven que acude asiduamente á los sacramentos, se preserva de la corrupción del corazón, que acarrea casi siempre la ceguera del espíritu.

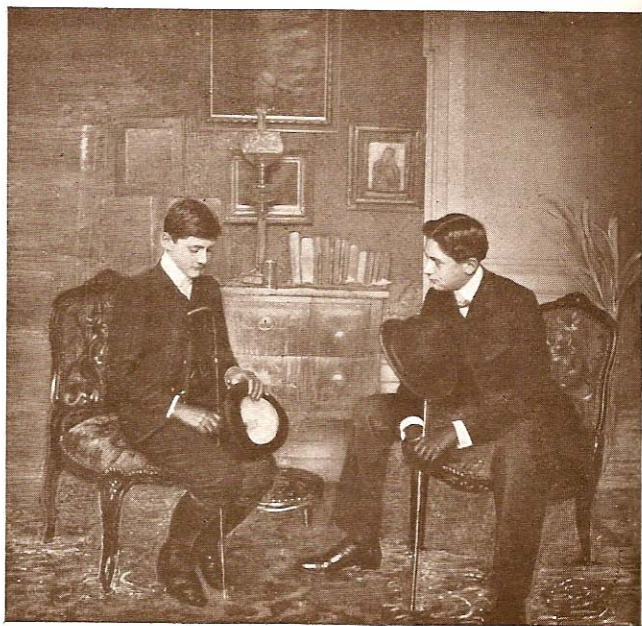
Bebiendo, como santo Tomás, en las sagradas llagas de Jesús un amor más generoso, es como se obtiene una fe más viva y más ardiente, una comprensión más clara de las cosas de Dios.

Estos estudios, ú otros parecidos, procurarán los más delicados goces al joven que á ellos se dedique, y le preservarán de los tormentos inseparables de la ociosidad.

« La pereza trae al hombre incalculables males: mancha su infancia, marchita su juventud, corrompe su virilidad, y comunica á todas sus facultades la vergüenza de la esterilidad. » (P. FÉLIX.)

Para triunfar de este enemigo de toda grandeza intelectual y moral, es menester someter la vida á un reglamento; saber pronunciar estas mágicas palabras: *Yo quiero.*

LÁMINA XXIV. EL TÍMIDO Y EL DESCARADO



El tímido se sienta en el borde de su silla, baja los ojos y no sabe qué hacer con las manos. — El descarado abre las piernas, apoya los codos sobre las rodillas y coloca el sombrero sobre el bastón.

« Yo quiero, son las palabras menos usuales en este mundo, y sin embargo, las más frecuentemente usurpadas. Pero, si posee un hombre el secreto terrible que ellas envuelven, aunque sea hoy pobre y el último de los mortales, puede asegurarse que un día le veréis más elevado que vosotros. » (LACORDAIRE.)

Si, al salir del colegio un joven, armado con una voluntad fuerte y constante, desprecia los groseros placeres de los sentidos y se entrega á los del espíritu; si teme la ociosidad y cifra su felicidad en el estudio, conquistará en breve tiempo señalada superioridad sobre todos sus compañeros. Se apasionará por las grandes ideas, por las nobles acciones, y su vida, feliz y fecunda, se iluminará con el honor y la virtud.





## CAPÍTULO TERCERO

# LA BIBLIOTECA DEL JOVEN

### I. — Obras de que debe componerse.

No tenemos aquí la ambición de presentar un catálogo razonado y completo de todas las obras útiles para un joven que anhela cultivar su inteligencia. Es, sencillamente, nuestro propósito, señalar algunas producciones excelentes, entre las cuales podrá elegir el lector rápidamente las que estén más en relación con su temperamento y aficiones, y con sus recursos pecuniarios.

No hay para qué mencionar las obras fundamentales sobre la Doctrina cristiana y la Historia eclesiástica, pues en esta materia hay bastante en donde escoger, y ya sabemos, por lo demás, que un hombre amante de la verdad encontrará fácilmente quien le aconseje en la elección.

Deben hallarse en todas las manos la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, una buena traducción de los Santos Evangelios, la *Imitación de Cristo*, un *Catecismo explicado*, un *Manual de Historia eclesiástica*...

Existen, además, obras de ciertos clásicos españoles que un espíritu cultivado saborea siempre con placer: las obras de Fr. Luis de León, de Santa Teresa, algunos dramas de Calderón, de Lope de Vega, de Tirso de Molina, y otras muchas lumbreras del siglo de oro de la literatura castellana.

Las que aquí vamos á enumerar, no ofrecerán quizás todas el mismo valor, pero serán siempre de gran auxilio para la adquisición de conocimientos variados que contribuyen, en gran parte, á la felicidad y ornato del hogar.

Citamos con preferencia las producciones modernas, no por

desacreditar á las antiguas, sino porque las obras maestras de los pasados siglos, aunque más conocidas, son tal vez menos accesibles para todo el mundo que los libros que llevan el sello de nuestra época.

Hemos repartido estas obras en dos grupos: *instructivas* ó sencillamente *interesantes*; entre ellas se hallarán muchas que, aunque no escritas en nuestro idioma, han sido convenientemente vertidas á él, ofreciendo siempre singulares bellezas.

Los *libros instructivos* constituirán seis categorías: *Religión y Piedad* — *Filosofía* — *Historia y Biografía* — *Geografía y Viajes* — *Literatura* — *Ciencias y Bellas Artes*.

No quiere decir esto que tales divisiones sean completamente distintas una de otra; pues hay libros históricos que son obras maestras de literatura, y otros, célebres por su mérito literario, fueron escritos principalmente con objeto científico. Pero era necesario clasificar, y creemos haberlo realizado lo mejor posible.

Abundan los *libros interesantes*, pero lo esencial es elegirlos bien. Las bibliotecas públicas ofrecen á todos grandes facilidades para satisfacer sus gustos. Dichos libros no contribuyen todos, sin embargo, á la educación del espíritu y á la formación del buen gusto, y requieren, por tanto, una esmerada selección.

## II. — Libros de Religión y de Piedad.

*Curso de instrucción-religiosa*, por un profesor de Seminario, compuesto de cuatro partes:

- 1º Doctrina cristiana.
- 2º Apologética cristiana.
- 3º Historia de la Religión.
- 4º Historia de la Iglesia.

*Jesucristo* (A. Nicolás).

*El Protestantismo* (A. Nicolás).

*La Virgen María* (A. Nicolás).

*El Liberalismo* (Monseñor de Segur).

*Masonismo y Catolicismo* (Monseñor Soler).

*El Arte de creer* (A. Nicolás).

- Estudios filosóficos sobre el Cristianismo* (A. Nicolás).  
*El Genio del Cristianismo* (Chateaubriand).  
*Los libre-pensadores* (L. Veuillot).  
*Conferencias del P. Lacordaire*.  
*Catolicismo y Protestantismo* (J. Balmes).  
*Año de María* (J. Pallés).  
*Leyenda de oro* (M. I. D. Ed. M. Villarrasa).  
*La Virgen María* (Fray J. M. Martínez y Saez).  
*Biblioteca de Predicadores* (Pbro. Juan Troncoso).  
*Conferencias del R. P. Monsabré*.  
*La Biblia y la Ciencia* (G. González).  
*El Dolor* (Monseñor Turinaz).

### III. — Filosofía.

- Misceláneas* (J. Balmes).  
*Cartas á un escéptico* (J. Balmes).  
*El Criterio* (J. Balmes).  
*Filosofía* (R. P. J. Mendive).  
*Caracteres* (La Bruyère).  
*Pensamientos* (Joubert).  
*El Cerebro, el Alma y sus facultades* (Farge).  
*La Ciencia de la vida* (L. Penassón).  
*Religión é Irreligión* (Monseñor Bougaud).  
*Obras de Donoso Cortés*.  
*Filosofía elemental* (Zeferino González).

### IV. — Historia.

#### a) HISTORIA RELIGIOSA

- Orígenes del Cristianismo* (Monseñor Le Camus).  
*Pasión del Redentor* (J. Pallés).  
*La Estrella de Nazaret* (Luis García Luna).  
*Vida de San Francisco de Sales* (Cura de San Sulpicio).  
*Historia de las variaciones de las iglesias protestantes* (Bossuet).  
*Jesucristo* (Berthe).  
*Historia de los Papas* (Ludovico Pastor).  
*Vida de San Juan Bautista de la Salle* (J. Guibert).

- Jesucristo* (R. P. Didón).  
*Vida de San Luis Gonzaga* (R. P. G. Gómez Rodeles).  
*San Juan Berchmans* (R. P. J. Mir y Noguera).  
*Vida de Sta. Rosa de Lima* (R. P. J. A. C. de Calella).  
*Vida de Sta. Teresa de Jesús* (Fr. B. Moral).  
*Fisonomía de los Santos* (Hello).  
*Discurso sobre la Historia universal* (Bossuet).  
*Los Monjes de Occidente* (Montalembert).  
*Los Santos*; colección de M. Henry Joly.  
*El año cristiano* (R. P. Croisset, Trad. P. Isla).  
*Historia de la Iglesia* (Rohrbacher).

## b) HISTORIA PROFANA

- La Ciudad antigua* (Fustel de Coulanges).  
*Historia de San Martín* (B. Mitre).  
*Historia de Belgrano* (B. Mitre).  
*Acciones navales modernas* (Javier de Salas).  
*María Antonieta y su familia* (de Lescure).  
*El Papa* (de Maistre).  
*Lecciones de Historia Argentina* (J. M. Estrada).  
*Historia universal* (C. Cantú).  
*Colón y la Rábida* (Fr. José Coll).

## c) BIOGRAFÍA

- García Moreno* (R. P. A. Berthe).  
*Fray Cayetano* (R. P. Pacífico Otero).  
*El R. P. Castañeda* (R. P. Pacífico Otero).  
*Santiago de Liniers* (P. Groussac).  
*Pasteur* (diversos autores).  
*O'Connell* (La Faye).  
*Lacordaire* (P. Chocarne).  
*Don Bosco* (J. M. Villefranche).  
*Cristóbal Colón* (diversos autores).  
*La Juventud católica en el siglo XIX* (P. Rouzic).

## V. — Geografía y Viajes.

- De Madrid á Nápoles* (P. A. de Alarcón).  
*Viajes por España* (P. A. de Alarcón).

- Geografía Argentina* (G. M. Urien y E. Colombo).  
*Geografía universal* (Gregoire).  
*Robinson Crusoe* (Daniel de Foe).  
*Pekín*, Historia y Descripción (Monseñor Favier).  
*Las Misiones católicas* (publicación semanal).  
*Los Estados Unidos* (X. Marmier).  
*Australia* (Beauvoir).  
*La Argentina* (diversos autores).  
*Del Plata al Niágara* (P. Groussac).  
*En viaje* (Miguel Cané).  
*Viajes* (D. F. Sarmiento).  
*Geografía física* (Martone).  
*Viajes á Oriente* (Monseñor Abel Bazán).  
*Obras de Manuel Bernárdez*.

## VI. — Literatura.

- El Arte de escribir* (Toro y Gómez).  
*Antología de poetas líricos castellanos* (M. Menéndez y Pelayo).  
*Don Quijote de la Mancha* (Miguel de Cervantes Saavedra).  
*Hojas sueltas* (Selgas).  
*Santa Teresa de Jesús*, Obras completas.  
*El Lazarillo de Tormes* (Hurtado de Mendoza).  
*Parnaso español* (Quintana).  
*Tesoro de la lengua española* (Toro y Gisbert).  
*Lope de Vega* (obras escogidas).  
*Calderón de la Barca* (obras escogidas).  
*Balart Federico* (Poesías).  
*Amalia* (José Mármol).  
*Tradiciones Argentinas* (P. Obligado).  
*Antología de poetas argentinos* (J. de la C. Puig).

## VII. — Ciencias y Artes.

- Manual de Arqueología* (Mallet).  
*Las cien obras maestras del arte religioso*.  
*Rafael y su obra* (E. Muntz).  
*Colección Quantín*, 1 tomo para cada asunto.  
*El Arte cristiano* (Cartier).

- El Arte gótico* (Gonse).  
*Un siglo, movimiento del mundo 1800-1900.*  
*La Electricidad al alcance de todos* (varios autores).  
*La Democracia y sus Condiciones morales* (Usset).  
*Principios de economía política* (varios autores).  
*Finanzas* (J. A. Terry).  
*Las Estrellas* (R. P. Secchi).  
*Obras de José Manuel Estrada.*  
*Obras de F. Le Play.*

### VIII. — Algunos libros interesantes.

- Obras de Enrique Conscience.*  
 Silvio Péllico : *Mis prisiones, Deberes del hombre.*  
 Julio Verne : *Obras completas.*  
 Sienkiewicz E. : *¿ Quo vadis?* (traducción Toro y Gómez).  
*Tartarín de Tarascón* (A. Daudet).  
*Tartarín sobre los Alpes* (el mismo).  
*Obras de Fernán Caballero.*  
*Obras de Pereda:*  
*Un secreto de familia* (E. Marlitt).  
*Frutos del dolor* (F. Coppée).  
*Patria* (I. R. Pearson).  
*El Triunfo del siglo* (I. R. Pearson).  
*Venciste, Galileo ó el Triunfo del Cristianismo* (E. B. Prack).  
*Quien mal anda, ¿ cómo acaba?* (M. Polo y Peyroló).  
*Mi conversión* (Adolfo Retté).  
*Tabaré* (Zorrilla de San Martín).  
*Obras del R. P. Coloma.*  
*María* (Jorge Isaacs).  
*El Hombre de bien* (Franklin).  
*Mis montañas* (Joaquín V. González).  
*Obras de Pierre l'Ermite.*  
*Obras de R. Bazin.*  
*Resonancias del Camino* (Zorril'a de San Martín).  
*Obras completas* de Menéndez y Pelayo.  
*Obras de Trueba.*  
*Obras de Juan Valera.*  
*Obras de Emilia Pardo Bazán.*  
*Obras de Pedro de Alarcón.*



# TABLA DE MATERIAS

---

## La Vida en sociedad.

CAPÍTULO I.	— La Urbanidad . . . . .	1
— II.	— El Aseo y el Orden. . . . .	6
— III.	— Continente y Actitudes . . . . .	10
— IV.	— Modo de levantarse, de acostarse y de vestirse. . . . .	23
— V.	— El Respeto y la Distinción . . . . .	27
— VI.	— La Mesa . . . . .	39
— VII.	— Bebidas higiénicas. — Alcoholismo . . . . .	64
— VIII.	— Modos de presentarse á una persona. . . . .	73
— IX.	— Las Relaciones fuera de casa . . . . .	78
— X.	— Las Visitas. . . . .	83
— XI.	— Las Tertulias y Saraos . . . . .	97
— XII.	— Los Paseos. . . . .	105
— XIII.	— Los Viajes . . . . .	109
— XIV.	— La Hospitalidad y los regalos . . . . .	112
— XV.	— Las Fiestas de familia . . . . .	118
— XVI.	— El Luto . . . . .	126
— XVII.	— Ciertos hábitos desaparecen, la cortesía subsiste . . . . .	130
— XVIII.	— La Cortesía en la escuela . . . . .	134

## El Arte de hablar.

CAPÍTULO I.	— La Conversación . . . . .	141
— II.	— Cualidades del lenguaje. . . . .	146
— III.	— Cualidades de la conversación. . . . .	152
— IV.	— Defectos de la conversación. . . . .	158
— V.	— Elementos de la conversación. . . . .	168
— VI.	— Algunos retratos . . . . .	173
— VII.	— El Arte de hablar en público . . . . .	188



### El Arte de escribir.

CAPÍTULO I.	— El Arte de escribir. . . . .	199
—	II. — La Correspondencia. . . . .	204
—	III. — El Estilo epistolar . . . . .	206
—	IV. — Forma y ceremonial de las cartas. . . . .	212
—	V. — Reglas para escribir cartas.— Modelos de cartas. . . . .	220

### El Arte de estudiar.

CAPÍTULO I.	— El Trabajo intelectual . . . . .	235
—	II. — Los Estudios de un joven. . . . .	246
—	III. — La Biblioteca del joven . . . . .	254



# TABLA DE LOS GRABADOS

## FUERA DEL TEXTO

---

- I. — Presentar y recibir un objeto. — Modo de beber.
  - II. — Modo de cortar. — Echar de beber.
  - III. — Pronunciar un brindis.
  - IV. — Disposición de la mesa.
  - V. — Mesa : Cuadro recapitulativo.
  - VI. — Saludo en la calle.
  - VII. — Saludo en la calle.
  - VIII. — Encuentro con un superior.
  - IX. — Encuentro con un superior.
  - X. — Modo de dar la mano.
  - XI. — Recepción en un salón.
  - XII. — De visita.
  - XIII. — De visita.
  - XIV. — Presentación.
  - XV. — Presentación.
  - XVI. — El te.
  - XVII. — El juego.
  - XVIII. — Canto.
  - XIX. — En coche.
  - XX. — En coche.
  - XXI. — En coche.
  - XXII. — La conversación.
  - XXIII. — Una reprimanda.
  - XXIV. — El tímido y el descarado.
-